

1061E

Rex Stout

La banda de

"El Goma



Selecciones de Biblioteca Oro ^{Tc} www.todocoleccion.net

Rex Stout

La banda de «El
Goma»

Nero Wolfe, 3

Biblioteca Oro 346 -
Molino

GUÍA DEL LECTOR

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra.

BARISH

Secretaria del Sr. Muir.

BRENNER (Fritz)

Leal criado de Nero Wolfe.

CRAMER

Inspector de policía.

DURKIN (Fred)

Eficaz colaborador de Wolfe.

FOX (Clara)

Taquígrafa de Muir.

GOODWIN (Archie)

Secretario de Wolfe.

HORROCHS (Francis)

Sobrino del Marqués de Clivers.

HORSTMANN (Teodoro)

Hábil jardinero de Nero.

LINDQUIST (Victor)

Componente de la banda de «El

Goma».

LINDQUIST (Hilda)

Hija del anterior.

MARQUES DE CLIVERS

Un digno y respetable diplomático,

MUIR (Ramsey)

Vicepresidente de la firma

«Seaboard Products Corporation».

PANZER (Saúl)

Activo colaborador de Wolfe

PERRY (Antonio)

Director de la citada firma

WALSH (Michael)

También individuo de la misma.

WOLFE (Nero)

Experto detective, protagonista de
esta novela

CAPITULO PRIMERO

DEJANDO a un lado el *Times* del domingo, bostecé. Dirigí mi vista hacia Nero Wolfe y volví a bostezar.

—Ese pájaro, S. J. Woolf, ¿tiene algún parentesco con usted?

Wolfe, que acababa de disparar una flecha que fue a clavarse en un rey de picos, no me prestó la menor atención y yo continué:

—Supongo que no, puesto que se

escribe diferente. Lo pregunto porque se me acaba de ocurrir una idea. ¿No sería conveniente para el negocio que ese S. J. Woolf le hiciera una fotografía y escribiera un artículo sobre usted para el *Times*? Es un buen tema. —Sonreí considerando el tamaño y aspecto físico de Wolfe mientras él con un gruñido se agachaba para recoger un dardo que se le había caído.

Continué:

—Es mucho mejor que la publicidad, y en cuanto a categoría, más elevado que el monte Everest. Ese Woolf sólo se dedica a los peces gordos. He estado leyendo sus artículos durante años, y versaron sobre Einstein,

el príncipe de Gales, tres presidentes de los Estados Unidos, el rey de Siam y otras personalidades por el estilo. Al parecer sólo se interesa por los adalides. Eso le incluye a usted, y por extraño que parezca no bromeo, sino que lo digo sintiéndolo. Entre nuestro extenso círculo de amistades debe haber quien le conozca y se lo insinué.

Wolfe continuó sin hacerme el menor caso. A decir verdad, tampoco lo esperaba, puesto que estaba ocupado haciendo ejercicio. Últimamente tenía la impresión de que pesaba demasiado... lo cual era como si el Océano Atlántico se considerase demasiado húmedo... y por ello había añadido uno nuevo a su rutina

diaria. Puesto que sólo salía al exterior cuando había algún terremoto o cataclismo, apenas realizaba movimiento alguno, excepto cuando estaba en el terrado con Horstmann y las orquídeas, desde las nueve a las once por las mañanas, y de cuatro a seis de la tarde, y allí no había espacio para saltar con pértiga. De ahí el nuevo aparato para realizar un ejercicio a diario y que era un primor. Con él practicaba desde las tres cuarenta y cinco hasta las cuatro de la tarde. Se trataba de un tablero de unos dos pies cuadrados forrado de corcho en el que iba marcado un gran círculo. Veintiséis radios y un círculo interior más reducido y delineado por

alambre fino, dividían el área del círculo en cincuenta y dos secciones. Cada una de estas secciones llevaba un símbolo pintado, y juntas formaban una baraja de cartas; el centro del blanco, un reducido círculo situado en el centro, era el Comodín. Había también varios dardos, de unas cuatro pulgadas de largo y que pesarían un par de onzas, contruídos con madera, plumas y una punta afilada de metal. Había que colgar el tablero en la pared, colocarse a unos diez o quince pies de distancia, lanzar cinco dardos y formar *poker* con el comodín. Entonces se arrancaban los dardos y volvía a empezarse de nuevo...

Es evidente que era un juego

interesantísimo. Lo que quiero decir es que hubiera sido muy adecuado para una escuela de niñas, ya que no creo que los niños de más de seis meses hubieran perdido el tiempo con él. Puesto que mi única excusa para escribir esto es relatar los hechos de uno de los casos de Nero Wolfe, y ya que sólo me tomo esta molestia cuando envuelto en ellos va algún crimen, ustedes supondrán que les cuento lo de este juego porque más adelante uno de estos dardos, debidamente envenenado, ha de servir para matar a alguien. Nada de eso. Nadie sufrió nunca daño alguno con ellos, que yo sepa, excepto yo. Por espacio de un par de meses Nero Wolfe

me ganó más de ochenta y cinco «pavos». No había manera de adquirir habilidad en aquel juego, que dependía más que nada de la suerte.

De todas formas, cuando Wolfe decidió que pesaba demasiado, fue eso lo que compró. El llamaba jabalinas a los dardos. Cuando descubrí que mis pérdidas se iban aproximando a los cien decidí dejar de burlarme de él y cortar por lo sano, diciéndole que mi médico me había advertido que mi corazón no resistiría los ejercicios atléticos. Wolfe continuó con el juego y por aquel entonces, este domingo al que me refiero, era capaz de dar dos veces en el comodín con sólo cinco disparos,

Le dije:

—Sería un buen artículo. Lo merece.

Usted mismo admite que es un genio. Eso nos proporcionaría un montón de clientes nuevos, y podríamos tener una ayuda permanente...

Uno de los dardos resbaló de la mano de Wolfe, y al caer al suelo rodó hasta mis pies. Wolfe me miró. Yo sabía lo que deseaba. Odiaba el tener que agacharse, pero eso era en realidad el único ejercicio violento de aquel juego y consideré que lo necesitaba. Continué sentado y Wolfe se dignó contestarme:

—He reparado en los dibujos del señor Woolf. Técnicamente son magníficos.

El muy tuno trataba de sobornarme para que recogiera el dardo, simulando interesarse por lo que le decía. Yo me dije: «Muy bien, pero tendrá que pagarlo; veamos cuánto tiempo conserva ese interés.» Recogí el periódico abierto por la sección correspondiente en la que aparecía el artículo y comenté a toda prisa:

—Este es uno de los mejores. ¿Lo ha leído? Habla de un inglés que ha venido con una misión del gobierno... Espere... Aquí dice...

Al fin lo encontré y leí en voz alta:

«Se ignora si el marqués de Clivers está autorizado para discutir los acuerdos militares y navales en el

Lejano Oeste; lo que si se ha averiguado es su intención de intervenir en la cuestión de las esferas de influencia económica. Por eso, tras una semana de conferencias en Washington con los Departamentos de Estado y Comercio, ha venido a Nueva York indefinidamente para consultar con los dirigentes financieros e industriales. Se está haciendo cada vez más evidente en los círculos gubernamentales que la única base permanente y satisfactoria para la paz en Oriente es la renovación de las presentes causas del roce económico.»

Miré a Wolfe.

—¿Lo ha captado? Esferas de

influencia económica. Lo mismo que preocupó a Al Capone y Dutch Schultz. Mire a dónde les condujo el roce económico.

Wolfe asintió.

—Gracias, Archie. Muchísimas gracias por explicármelo. Ahora si quisieras...

Me apresuré a atajarle.

—Espere, es mucho más interesante todavía. —Revisé el artículo—. En la fotografía parece un hombre acostumbrado a gobernar a los demás... ¿sabe? Como un maestro barbero o un *maître*, ya conoce el tipo. Continúa diciendo lo mucho que conoce esferas e influencias, su actuación en la guerra...

estuvo al mando de una brigada, siendo condecorado cuatro veces... Un *lord* noble y además cubierto de condecoraciones... Voy a lanzar tres vivas y luego brindemos por el rey, caballeros. ¿Comprende? estoy resumiendo.

—Sí, Archie. Gracias.

Wolfe parecía molesto y tomé aliento.

—De nada. Pero la parte realmente interesante es la que habla de su carácter y su vida privada. Es un gran jardinero. ¡Poda sus propias rosas! Por lo menos eso dice, aunque es casi demasiado para creerlo. Luego continúa en otro párrafo: «Aunque sería una exageración llamar

excéntrico al marqués, en muchos aspectos no se ajusta a la idea convencional que tenemos de los pares británicos; probablemente es debido en cierto modo al hecho de que en su juventud... ahora cuenta sesenta y cuatro años... pasó muchos años entregado a diversas actividades en Australia, Sudamérica y la parte oeste de los Estados Unidos. Es sobrino del noveno marqués, y entró en posesión del título en mil novecientos cinco, cuando su tía y dos primos perecieron en el hundimiento del «Rotania» en las costas africanas. Pero bajo cualquier circunstancia es una persona extraordinaria y sus idiosincrasias, como él gusta de

llamarlas, son definitivamente muy suyas.

»Nunca dispara contra animales o pájaros, a pesar de ser uno de los mejores tiradores de Escocia... No obstante, es un experto de la pistola y siempre lleva una encima. Posee un magnífico establo, pero no ha montado a caballo por espacio de quince años. Nunca toma nada entre la comida y la cena, lo cual en Inglaterra casi se considera una traición. Nunca ha presenciado un partido de *cricket*. Es propietario de más de una docena de automóviles y no sabe conducir. Es un magnífico jugador de *poker* y ha popularizado este juego entre el círculo

de sus amistades. Es un apasionado entusiasta del *croquet* y considera el golf como «el corruptor de la decencia social». Tiene un cocinero americano en su finca de Pokenham para que le prepare tartas de calabaza. En sus frecuentes viajes al Continente nunca deja de llevar consigo...»

No había por qué continuar; de modo que me detuve. Había perdido mi auditorio. Mientras me miraba. Wolfe había ido entornando los ojos y de pronto se le abrió la mano dejando caer todos los dardos al suelo, donde rodaron en todas direcciones, en tanto que él salía de la habitación sin pronunciar palabra. Le oí entrar en el ascensor y

cerrar la puerta de golpe. Claro que tenía la excusa de que eran las cuatro, la hora en que acostumbraba subir a cuidar de sus plantas.

Podría haber dejado que Fritz los recogiera más tarde, pero no había razón para portarme como un chiquillo sólo porque a Wolfe se le ocurriera hacerlo. De modo que arranqué la parte del artículo que había estado leyendo y en cuyo centro aparecía el retrato del marqués de Clivers, lo coloqué en el tablero de corcho sujetándolo con un par de clavillos, y recogiendo los dardos me coloqué a ocho pasos de distancia y comencé a lanzarlos. Uno de ellos fue a clavarse en la nariz del marqués, otro en

su ojo izquierdo, dos en el cuello y el último no le alcanzó por una pulgada. Estaba bien acribillado. Buena puntería. Pensé, mientras iba en busca de mi sombrero para irme al cine, sin saber que antes de abandonar nuestra ciudad el marqués iba a darnos una exhibición de mejor puntería con un arma bien distinta, ni que en aquella hoja de periódico que yo había prendido al tablero de corcho había una buena información que luego habría de resultar muy útil a Nero Wolfe al considerar profesionalmente un caso de muerte violenta.

CAPÍTULO II

AL DÍA siguiente, lunes, siete de octubre, mi agenda señalaba dos citas. Ninguna prometía resultar lucrativa o excitante. La primera, para las tres treinta de la tarde, era con un individuo llamado Antonio D. Perry. Era el Director de la Metropolitan Trust Company, el Banco con quien negociábamos, y presidente de la Seaboard Products Corporation... una de esas firmas ambiguas que ocupan seis pisos de un enorme rascacielos y venden

anualmente por valor de un billón de dólares de algo que nadie ha visto en realidad, como plantas asiáticas de habas comestibles, polvo de cáscara de coco, o pezuñas de llama secas. Como digo, Perry presidía reuniones, y estaba presente en todos los Comités Mayores. Wolfe había realizado un par de investigaciones, contratado por él en años anteriores... nada importante. Ignorábamos qué era lo que deseaba en esta ocasión; se había limitado a telefonar solicitando una entrevista.

La segunda cita para las seis de la tarde era bastante extraña, pero las teníamos muy a menudo. El sábado cinco de octubre por la mañana, una voz

de mujer había dicho por teléfono que deseaba ver a Nero Wolfe. Yo le dije que bueno. Ella repuso que iba a venir con cierta persona que no llegaría a Nueva York hasta el lunes por la mañana y que como estaba ocupada todo el día vendría a las cinco y media. Yo le dije que si podían acudir a las seis, y cogí un lápiz, dispuesto a anotar su nombre, que se negó a darme, diciendo que ya nos lo diría entonces y que estarían aquí a las seis en punto, puesto que era muy importante. No era gran cosa, pero lo anoté en la agenda con la esperanza de que viniera, puesto que era una de esas voces que hacen desear conocer a su poseedora.

Antonio D. Perry se presentó a las tres y media en punto. Fritz abrió la puerta y le hizo pasar al despacho. Wolfe se hallaba tras su escritorio bebiendo cerveza. Yo ocupé mi rincón y fruncí las cejas ante la posibilidad de que Perry nos pidiera que siguiéramos la pista a algún competidor sospechoso de comerciar de mala fe. Pero esta vez su problema era bien distinto, aunque no es nada capaz de helarles la sangre. Nos preguntó por el estado de nuestra salud, incluyéndome a mí porque era democrático; se interesó cortésmente por las orquídeas, y luego enderezó su silla mirando a Wolfe como cualquier hombre de negocios a otro.

—Señor Wolfe, he venido a verle en vez de pedirle que lo hiciera usted, por dos razones. Primera, porque sé que no le gusta dejar su casa para visitar a nadie, y segunda, porque lo que me trae aquí es de índole particular y confidencial.

Wolfe asintió.

—Cualquiera de las dos hubiera bastado, señor. ¿De qué se trata?

—Es, como le digo, confidencial. — Perry aclaró su garganta mirándome mientras abrí mi block de notas—. Supongo que el señor...

—Goodwin. —Wolfe se sirvió un vaso de cerveza—. La discreción del señor Goodwin raya en lo infinito. Para

él no hay nada demasiado confidencial.

—Muy bien. Deseo encargarle una delicada investigación, que requerirá un manejo cuidadoso. Es referente a una desgraciada circunstancia que ha ocurrido en nuestras oficinas. —Perry volvió a carraspear—. Temo que una de nuestras empleadas, una jovencita, vaya a ser víctima de una injusticia... o de las circunstancias... a menos que se haga algo.

—Pero, señor Perry. Sin duda, usted, como director de su corporación, es su fuente de justicia... ¿o lo contrario? —insinuó Wolfe.

Perry sonrió.

—De ninguna manera. Todo lo más,

un monarca constitucional, Permítame que me explique. Nuestras oficinas ejecutivas se hallan situadas en el piso treinta y dos de nuestro edificio... el Seaboard Building. En ese piso tenemos treinta despachos privados de los empleados de categoría, jefes de departamento, etcétera. El viernes pasado uno de los encargados tenía en su escritorio una crecida cantidad de dinero en efectivo que desapareció en circunstancias que le impulsaron a sospechar de... la empleada antes mencionada. A mí no me lo comunicaron hasta el sábado por la mañana. El encargado exige una acción inmediata, pero yo no me atrevo a creerla culpable.

Es... es decir..., ha sido siempre merecedora de la más absoluta confianza. A pesar de las apariencias...

Se detuvo y Wolfe preguntó:

—¿Y usted quiere que nosotros descubramos la verdad?

—Sí. Desde luego. Eso es lo que deseo. —Perry carraspeó—. Pero también que consideren su ficha de honradez y lealtad en todos sus servicios. Y quisiera pedirle, que al discutir este asunto con el señor Muir, le hagan comprender que se les ha encargado tratar este asunto como cualquier investigación similar. Además, deseo que me informen de todo personalmente.

—Ya. —Wolfe había entrecerrado los ojos—. Lo encuentro un tanto complejo, y quiero evitar posibilidad de un malentendido. Aclarémoslo. Usted no nos pide que descubramos las pruebas que demuestren la culpabilidad de esa empleada, ni tampoco que inventemos otras que manifiesten su inocencia. Lo único que desea es que descubramos la verdad.

—Si. —Perry sonrió—. Pero creo y espero que la verdad pruebe su inocencia.

—Que así sea. ¿Y quién va a ser nuestro cliente, usted o la *Seaboard Products Corporation*?

—Pues... no se me había ocurrido

pensarlo. Creo que la Compañía. Será mejor.

—Bien. —Wolfe me miró—. Archie, si haces el favor. —y reclinándose en su silla y entrelazando sus dedos sobre su abultado abdomen, cerró los ojos.

Yo me volví con la libreta en ristre.

—En primer lugar el dinero, señor Perry. ¿Qué cantidad era?

—Treinta mil dólares en billetes de cien.

—¿De la nómina?

—No. —Vaciló—. Bueno, si; puede llamarlo así.

—Sería mejor que lo supiéramos todo.

—¿Es necesario?

—Necesario, no. Conveniente.

Cuanto más sepamos, menos tendremos que averiguar.

—Pues... puesto que queda entendido que esto es estrictamente confidencial... ustedes ya saben que en relación con nuestro negocio necesitamos ciertos privilegios en algunos países extranjeros. Y en los tratos con los representantes de esos países algunas veces necesitamos emplear sumas en efectivo.

—De acuerdo. Ese señor Muir que usted ha nombrado, ¿es el encargado de efectuar los pagos?

—El señor Ramsey Muir es el vicepresidente de la Corporación y

acostumbra a encargarse de esos contactos. En esta ocasión, el viernes pasado, tenía citado a comer a un caballero de Washington. El caballero perdió el tren y le telefoneó que llegaría más tarde, presentándose en nuestra oficina a las cinco y media. Cuando el señor Muir abrió el cajón de su escritorio, el dinero había desaparecido, y desde luego fue muy violento para él.

—Ya. ¿Cuándo lo puso allí?

Wolfe nos interrumpió. Se había erguido en la silla, luego se dispuso a levantarse mirando a Perry.

—Usted me perdonará, señor. Es la hora de mi ejercicio y a continuación debo cuidar mis plantas. Si le divierte,

cuando haya terminado con el señor Goodwin, suba al terrado a verlas, me encantará enseñárselas. —Se dirigió hacia la puerta, desde donde se volvió—. Creo que sería aconsejable que el señor Goodwin realizara algunas investigaciones preliminares antes de emprender definitivamente la comisión que acaba de proponernos. Al parecer presenta algunas dificultades. Buenos días, señor. —Salió. El tablero de los dardos aquella mañana había sido trasladado a su dormitorio, puesto que era día de trabajo.

—Un hombre prudente. —Perry me sonrió—. Claro que su excepcional habilidad le permite serlo.

Vi que Perry estaba dolido por el color que apareció en sus mejillas. Le dije:

—Sí. ¿Cuándo lo puso allí?

—¿Qué? ¡Oh, si! El dinero había sido traído del Banco y colocado en el escritorio del señor Muir aquella mañana, pero él miró el cajón al volver después de comer, a eso de las tres, y el dinero estaba intacto. A las cinco y media había desaparecido.

—¿Estuvo él allí todo el tiempo?

—¡Oh, no! Entraba y salía. Por espacio de unos veinte minutos permaneció conmigo en mi despacho. Fue una vez al lavabo, y pasó más de media hora desde las cuatro a las cuatro

y media en el despacho del director conferenciando con otros directivos y el señor Savage, nuestro consejero de relaciones exteriores.

—¿El cajón estaba cerrado?

—No.

—Entonces cualquiera pudo llevárselo.

Perry meneó la cabeza.

—La encargada del departamento de recepción tiene el escritorio colocado de modo que domina todo el corredor en eso consiste su trabajo, en saber dónde está todo el mundo en cualquier momento para facilitar las entrevistas. Ella sabe quién entró en el despacho del señor Muir y cuándo.

—¿Quién entró?

—Entraron cinco personas. Un botones con el correo, otro vicepresidente de la Compañía, la taquígrafa del señor Muir, Clara Fox, y yo.

—Vayamos eliminando. Supongo que usted no lo cogió...

—No. casi desearía haberlo hecho. Cuando entró el botones, Muir estaba también allí. El señor Arbuthnot, el vicepresidente, queda descartado. Y en cuanto a la taquígrafa de Muir, aún seguía allí cuando se habían marchado a sus casas... e insistió en que registrasen sus pertenencias. Tiene un pequeño cuartito contiguo al despacho de Muir y

no había salido de él más que para entrar en su despacho. Además, lleva once años trabajando a su lado y confía en ella.

—De modo que sólo nos queda Clara Fox.

—Sí. —Perry aclaró su garganta—. Clara Fox es la encargada de las comunicaciones... un cargo de mucha responsabilidad. Ella es quien traduce y descifra todos los cables y telegramas. Fue al despacho de Muir a eso de las cuatro y cuarto, durante su ausencia, con un mensaje cifrado, y aguardó allí mientras la mecanógrafa de Muir iba a su despachito a copiarlo a máquina.

—¿Lleva mucho tiempo con ustedes?

—Tres años. Tal vez un poco más.

—¿Sabía que el dinero estaba allí?

—Es probable que supiera que estaba en el despacho de Muir. Dos días antes había recibido un cable en el que se daban instrucciones para el pago.

—Pero usted no cree que ella lo cogiera.

Perry abrió la boca volviendo a cerrarla. Yo le miré. No parecía indeciso, sino más bien que buscaba las palabras adecuadas. Aguardé y volví a mirarle. Poseía unos ojos de un color gris azulado, inteligentes y cautelosos; mandíbula tal vez un tanto demasiado cuadrada; cabellos grises, aunque no más de lo corriente considerando que

debía haber doblado los sesenta; frente alta con un lunar en la sien derecha y un cutis sano y bien conservado. El conjunto no era desagradable, pero en aquel momento yo no le observaba con mucha benevolencia, puesto que sospechaba que en aquel asunto había algo extraño; y además yo no tengo en gran opinión a un individuo que luego de pedirte que le ayudes a resolver un rompecabezas intenta ocultarte una de las piezas principales.

Perry habló al fin.

—A pesar de las apariencias, mi opinión personal es que Clara Fox no cogió ese dinero... Representaría un gran golpe para mí el saber que lo hizo, y la

prueba tendría que ser inexpugnable.

—¿Qué dice ella de todo esto?

—No se la ha interrogado. Nada se ha dicho, excepto a Arbuthnot, la señorita Vawter... la encargada del departamento de recepción... y la mecanógrafa de Muir. También debo decirle que esta mañana Muir quería llamar a la policía y yo le he contenido.

—Tal vez lo cogiera la señorita Vawter.

—Lleva dieciocho años en la casa. Antes sospecharía de mi mismo. Además, constantemente pasa gente por el pasillo. Si hubiera abandonado su puesto un solo minuto lo habrían notado.

—¿Qué edad tiene Clara Fox?

—Veintiséis años.

—¡Oh! ¿Un poco joven, no, para un cargo de tanta responsabilidad? ¿Casada?

—No. Es una persona muy competente.

—¿Conoce usted acaso sus costumbres? ¿Colecciona diamantes?

Perry me miró asombrado y yo dije:

—¿Apuesta en las carreras de caballos?

Frunció el ceño.

—No, que yo sepa. No tengo intimidad con ella ni la he hecho vigilar.

—¿Cuánto gana y en qué cree usted que emplea el dinero?

—Su sueldo es de tres mil

seiscientos. Que yo sepa, vive sensata y honradamente. Tiene un pisito no sé dónde y un pequeño automóvil... la he visto conduciéndolo. Tengo entendido que le... gusta el teatro.

—¡Ujum! —Volví una página de mi block y repasé lo escrito—. ¿Y ese señor Muir que deja su cajón abierto con treinta de los grandes en su interior... no es posible que se encontrase en un momento difícil económicamente y se hubiera apropiado del dinero?

Perry meneó la cabeza sonriendo.

—Muir posee treinta y ocho mil acciones de nuestra Compañía, que en la actualidad valdrán unos dos millones de

dólares en el mercado, además de otras propiedades. Suele dejar el cajón abierto en semejantes circunstancias.

Volví a consultar mi block de notas y elevando mis hombros los dejé caer de nuevo con desgana, lo cual significaba que había sido ligeramente provocado. Aquello se presentaba muy embrollado, poco apetitoso y no era de esperar nada en el terreno de la acción o del beneficio. Desde luego, el primer paso a dar, después de lo dicho por Wolfe, era echar un vistazo al piso treinta y dos del edificio Seaboard y entablar conversación. Mas el reloj de pared marcaba las cuatro y veinte. A las seis esperábamos a la atractiva voz que

llamó por teléfono y a su amigo de fuera de la ciudad, y quería estar allí, cosa que no sería posible si inmediatamente me lanzaba a la caza de aquellos treinta grandes, y le dije a Perry:

—De acuerdo. Supongo que mañana por la mañana estará usted en su despacho. Estaré allí a las nueve en punto para echar un vistazo. Quiero ver todo lo...

—¿Mañana por la mañana? —Perry frunció el entrecejo—. ¿Por qué no ahora?

—Tengo otra cita.

—Cancélela. —El color volvió a teñir sus mejillas—. Es urgente. Soy uno de los clientes más antiguos del señor

Wolfe, y me he tomado la molestia de venir personalmente...

—Lo siento, señor Perry. ¿No le va bien mañana? Mi entrevista no puede aplazarse así como así.

—Envié a otra persona.

—No tengo nadie a mano que pudiera resolverlo por mí...

—¡Esto es un ultraje! —Perry se irguió en su silla—. ¡Insisto en ver al señor Wolfe!

Moví la cabeza.

—Usted sabe que no es posible. Sabe perfectamente que es un excéntrico... —Pero luego pensé: «He visto individuos peores y éste es un cliente y tal vez no pueda evitar el

formar parte de los Comités Mayores. Es posible que a él le fastidie». De modo que levantándome de mi silla le dije—: Subiré a decírselo a Wolfe, él es el jefe. Si dice...

Se abrió la puerta del despacho y me volví. Fritz se acercó con la formalidad de siempre a anunciarme una visita. Aunque a ésta no la anunció, puesto que venía detrás él pisándole los talones, y yo sonreí al ver que Fritz ignoraba que estuviera allí y empezó a decir:

—Un caballero desea...

—Sí, ya le veo. Está bien.

Fritz dio media vuelta y al verle parpadeó sorprendido. Yo continué observando al visitante, que era todo un

ejemplar. Tendría unos seis pies y tres pulgadas de estatura y vestía un traje azul de sarga muy usado sin chaleco y de mangas algo cortas; llevaba un sombrero de ala ancha color crema, con un rostro que parecía como si hubiera estado saliendo por la chimenea durante medio siglo y sus andares eran una combinación de los vaqueros de los rodeos y las panteras de los zoológicos.

Me anunció con voz lenta y pastosa:

—Mi nombre es Harlan Scovil. —y dirigiéndose a Antonio D. Perry le miró con ojos semicerrados. Perry se removi6 inquieto en su silla pareciendo molesto. El visitante le dijo—: ¿Es usted Nero Wolfe?

Yo intervine suavemente:

—El señor Wolfe no está aquí. Yo soy su ayudante, y estoy ocupado con este caballero. Si quiere usted dispensarnos...

El recién llegado asintió y se volvió de nuevo para mirar a Perry.

—Entonces quién... ¿no será Mike Walsh? ¡Diablos, no! Mike era un enano. —Dejó en paz a Perry y tras echar un vistazo a la habitación se dirigió a mí—. ¿Qué hago ahora, sentarme y colgarme el sombrero de una oreja?

Sonreí.

—Sí. Pruebe esa butaca tapizada de cuero.

Se dirigió hacia ella con sus andares

de pantera y yo eché a andar hacia la puerta mirando a Perry por encima del hombro.

—No tardaré mucho.

Arriba, en el invernadero de la azotea cubierto de cristales, donde Wolfe guardaba sus diez mil orquídeas, le encontré ante unos *oncidiums* fuera de estación que estaban a punto de florecer, mientras Horstmann iba de un lado a otro con un cubo lleno de carbón de leña y abono. Wolfe, desde luego, no me miró ni interrumpió su tarea; siempre que le interrumpía en el invernadero simulaba ser Joe Louis en su campo de entrenamiento y que yo era un niño que lo miraba todo desde la cerca.

Le dije en tono bien alto para que no fingiera no haberme oído:

—Ese millonario que está abajo dice que tengo que ir a su oficina ahora mismo para empezar a mirar debajo de la alfombra a ver si encuentro sus treinta grandes, y tengo una cita aquí a las seis. Yo he expresado mi preferencia en ir mañana por la mañana.

Wolfe replicó:

—¿Y si se te cae el lápiz al suelo y se te presenta la alternativa de cogerlo del suelo o dejarlo donde está, también necesitarías consultármelo?

—Está furioso.

—Yo también.

—Dice que es urgente, que le estoy

insultando y que es un antiguo cliente.

—Y es probable que tenga razón en las tres cosas. En particular me agrada su segunda conclusión. Ahora déjame.

—Muy bien. Acaba de llegar otra visita. Se llama Harlan Scolvin. Es un hombre francote y curtido que ha mirado a Antonio D. Perry diciendo que no era Mike Walsh.

Wolfe me miró.

—Supongo que esperarás recibir tu salario a fin de mes.

—Está bien. —Deseaba pisar uno de sus *oncidiums*, pero comprendí que no sería diplomático; de modo que me marché.

Cuando regresé a nuestro despacho,

Perry estaba de pie con el sombrero puesto y el bastón en la mano. Le dije:

—Lamento haberle hecho esperar.

—¿Y bien?

—Tendrá que ser mañana, señor Perry. No podemos posponer esa entrevista. De todas formas, el día está ya casi terminado y no podría hacer gran cosa. El señor Wolfe lamenta muy de veras...

—Muy bien —me atajó Perry—. ¿A las nueve, dijo usted?

—Estaré allí a las nueve en punto.

—Venga a mi despacho.

—De acuerdo.

Fui a abrirle la puerta.

En el despacho Harlan Scolvin

continuaba sentado en el sillón de cuero junto a una librería. Al entrar vi que dormitaba y que parecía viejo y cansado, pero al oírme se enderezó y fijó en mí sus ojos brillantes. Yo hice girar mi silla para sentarme frente a él.

—¿Desea usted ver a Nero Wolfe?
Asintió.

—Esa era mi intención. Sí, señor.

—El señor Wolfe estará ocupado hasta las seis y a esa hora tiene otra cita. Mi nombre es Archie Goodwin. Soy el ayudante confidencial del señor Wolfe. ¿Tal vez pueda ayudarle?

—Es usted el diablo. —Poseía una voz suave a pesar de su edad y su rostro ajado. Me contemplaba con los ojos

entreabiertos—. Escúcheme, hijo. ¿Qué clase de hombre es ese Nero Wolfe?

Sonreí.

—Un hombre gordo.

Movió la cabeza con cierta impaciencia.

—¿No ve que no es ocasión para bromear? Ya ve qué clase de hombre soy. Estoy fuera de mi condado. — Parpadeó—. ¡Diablos, vivo más allá de las montañas! ¿Quién era ese hombre que estaba aquí cuando llegué?

—Sólo un hombre. Un cliente del señor Wolfe.

—¿Qué clase de cliente? Deben llamarle de alguna manera.

—Supongo que sí. La próxima vez

que le vea pregúnteselo. ¿Puedo servirle en algo?

—De acuerdo, hijo —asintió—. Naturalmente que yo tenía mis sospechas al ver a esa clase de hombre aquí y a esta hora, pero ya me oyó usted comentar que no era Mike Walsh. Y Dios sabe que no era la hija de Vic Lindquist. Gracias por dejarme hablar libremente. ¿Puede darme un pedazo de papel? Cualquiera.

Le alargué una hoja de papel de escribir a máquina que había sobre mi escritorio. La cogió y sosteniéndola en las palmas de sus manos y ante su rostro se inclinó y dejó caer en ella una bola de tabaco mascado del tamaño de un

huevo de gallina. Soy un buen observador, pero no había sospechado su existencia. La envolvió en el papel y luego de ir a arrojarla a la papelera volvió a ocupar su sitio. Sus ojos me miraron parpadeando.

—Al parecer no se estila el escupir en la parte Este del Mississippi. A mi no me importa, pero si John Orcutt hubiese estado aquí no lo hubiera tolerado. Pero usted me preguntaba si podía ayudarme en algo. Ojalá lo supiera. Ojalá encontrase un hombre en esta ciudad en quien poder confiar.

—¡Si se refiere a un hombre honrado, señor Scovil! —sonreí—. Debe haber formado esa idea por las

películas. Aquí hay tantos como pueda haber al otro lado de las montañas. Yo soy uno de ellos. Soy tan honrado que a menudo me cuesta creerlo. Nero Wolfe es casi tan bueno como yo. Continúe. Debe de haber venido aquí para soltar algo más que ese amasijo de tabaco.

Con los ojos fijos en mi alzó su mano derecha pasando su dorso lentamente por las ventanillas de su nariz, primero de izquierda a derecha y luego, tras una pausa, de derecha a izquierda. Hizo un gesto de asentimiento.

—He recorrido cerca de dos mil millas, desde Hiller County, Wyoming, para venir aquí por una remota

posibilidad. Vendí treinta reses para conseguir el dinero, y para mi, hoy en día, son muchas reses. Hasta esta mañana no supe que iba a ver a algún hombre llamado Nero Wolfe. Para mí sólo es un hombre y una dirección escritos en un pedazo de papel que tengo en mi bolsillo. Todo lo que sabía es que iba a ver a Mike Walsh y a la hija de Vic y la de Gilbert, y también era de suponer que viese a Jorge Rowley y le aseguro que si le veo y lo que dicen es cierto podré disponer de algunas cercas este invierno en las que encerrar algo más que lagartijas y coyotes. De todas formas usted puede decirme una cosa. ¿Ha oído hablar de un tal Marqués de

Clivers?

Asentí.

—He leído algo en los periódicos referente a ese hombre.

—Bien por usted. Yo no leo mucho. Una de las razones es que soy tan receloso que no creo ni siquiera lo que leo, de modo que no creo que merezca la pena tomarse la molestia. Ahora estoy aquí porque sospecho. Debía haber venido a las seis con los demás, pero como tenía tiempo pensé que sería conveniente venir a echar un vistazo. Quiero ver a ese Nero Wolfe. Usted no tiene aspecto de salir de noche a robar corderos, pero quiero ver a Wolfe. Lo que me hizo sospechar en realidad

fueron las dos hijas. Dios sabe lo malo que puede ser un hombre que no se conoce, pero dudo que nunca se llegue a conocer a una mujer lo bastante como para dejarla suelta por ahí. La verdad es que nunca me he tomado la molestia porque no me pareció que valiera la pena. —Se detuvo y volvió a pasarse el dorso de la mano por las ventanillas de la nariz. Sus ojos brillaron—. Naturalmente que usted debe pensar que hablo mucho. Es verdad. No le va a hacer daño, y es posible que le haga bien. Allí en Wyoming he estado hablando conmigo mismo como ahora por espacio de treinta años, y si yo he podido soportarlo, usted también podrá.

Tuve la impresión de que tendría que soportarlo quisiera o no, pero algo más nos interrumpió: El timbre del teléfono. —Di media vuelta para atender la llamada y una voz femenina me dijo que no cortara... y al momento siguiente otra voz llegaba hasta mí.

—¿Goodwin? Soy Antonio D. Perry. Acabo de llegar a mi despacho y debe usted venir en seguida. Cancele todos los compromisos que tenga, y si le ocasiona algún perjuicio yo lo pagaré. Aquí la situación ha evolucionado. En un taxi puede estar aquí dentro de cinco minutos.

Me encantan esas personas que creen que el reloj se para cada vez que

ellos estornudan. Por el tono de su voz comprendí que era cuestión de decir: «Si, si, señor, o mandarle sencillamente al diablo, y yo soy un hombre educado por naturaleza. De modo que le dije que bueno.

—¿Vendrá en seguida?

—Le he dicho Que bueno.

Dejé el teléfono y me volví hacia mi visitante.

—Tengo que dejarle, señor Scovil. Negocios urgentes. Pero si no he oído mal, ha sido usted invitado a la reunión que tendrá lugar aquí a las seis, de modo que ya le veré. ¿Acierto?

Asintió.

—Pero escúcheme, hijo; quiero

preguntarle...

—Lo siento, tengo que irme corriendo. —Uní la acción a la palabra y le miré desde la puerta—. No abrigue más sospechas con respecto a ese hombre llamado Nero Wolfe. Es tan honrado como obeso. Hasta luego.

Fui a la cocina, donde Fritz tenía unas nueve clases de hierba esparcidas sobre el mármol, y le dije:

—Tengo que salir. Volveré a las seis. Dejo la puerta abierta para que puedas ver el recibidor. En el despacho hay un individuo que espera para la entrevista de las seis, y si tienes tiempo para ofrecerle una bebida y un plato de galletas, te aseguro que lo merece. Si

Wolfe baja antes de que haya vuelto, dile que está ahí.

Fritz asintió, mordisqueando un pedacito de estragón. Yo fui al recibidor y agarrando mi sombrero me lo encasqueté.

CAPITULO III

NO QUISE hacer el tonto y tomar un taxi, ni valía la pena coger el turismo, que estaba junto a la acera como de costumbre, y luego tener que luchar por aparcarlo. De la casa de Wolfe, situada en el número treinta y cinco de la calle Oeste, no lejos del Hudson, donde él había vivido veinte años y yo había dormido en el mismo piso durante ocho, al nuevo edificio Seaboard había sólo un salto, ya que estaba también junto al río. Yo lo di, considerando entretanto lo

curioso de mi empresa. ¿Por qué don Antonio D. Perry, presidente de la Seaboard Products Corporation, se había tomado la molestia de venir a nuestra oficina para darnos cuenta de un robo vulgar? ¿Por qué no telefonear? Y si estaba tan seguro de que no había sido Clara Fox, ¿acaso sospechaba que trataban de complicarla... o qué?

Habiendo estado ya en el edificio Seaboard, e incluso, si quieren creerlo, en el despacho del propio presidente, supe encontrar el camino. Recordaba el aspecto de la encargada del departamento de recepción del piso treinta y dos y por ello no esperé un buen recibimiento, ni lo tuve. También

sabia que se llamaba señorita Vawter y así me dirigí a ella, observando que sus orejas formaban el mismo ángulo que tres años antes. Me esperaba, y sin molestarse en abrir sus finos labios me indicó con un gesto el extremo del pasillo.

En el despacho de Perry, que era una habitación enorme, amueblada según el estilo de La Oficina Ideal, con cuatro ventanas que permitían contemplar el río, me aguardaba una reunión. Al entrar cerré la puerta a mis espaldas y les miré a todos. Perry hallábase sentado tras su escritorio de espaldas a las ventanas, con el ceño fruncido y fumando un cigarro. Un hombre huesudo de estatura

mediana y cabellos algo más grises que los de Perry, ojos castaños demasiado juntos y orejas puntiagudas, estaba sentado a su lado. De pie junto al escritorio de Perry vi a una mujer de unos treinta y tantos años, de nariz chata, que por su aspecto podría haber sido maestra de escuela. Al parecer había estado llorando. Un poco separada, y en otra silla, había otra mujer que me daba la espalda. Al aproximarme a Perry pude ver su perfil y comprendí que no me disgustaría contemplarla más a mi gusto.

Perry me dedicó un gruñido y dijo a los otros:

—Este es el señor Goodwin, de la

oficina de Nero Wolfe. —Y con diversas inclinaciones de cabeza me fue indicando sucesivamente a la mujer sentada, a la que estaba en pie y al otro hombre—: La señorita Fox. La señorita Barish. El señor Muir.

Saludé a todos y miré a Perry.

—¿Dice usted que el asunto ha ido evolucionando?

—Sí. —Sacudió la ceniza de su cigarro, y luego de mirar a Muir volvió su vista hacia mí—. Usted conoce la mayoría de los hechos, Goodwin. Vayamos al grano. Cuando regresé descubrí que el señor Muir había llamado a la señorita Fox a su despacho acusándola de haber robado el dinero y

fue interrogada en presencia de la señorita Barish. Esto era contrario a las instrucciones dadas por mi. Ahora insiste en llamar a la policía.

Muir se dirigió a mí en tono amable.

—Está usted presenciando una discusión familiar, señor Goodwin. — Fijó sus ojos en Perry—. Como ya le he dicho, Perry, acepto todas sus disposiciones en cuestiones de negocios. Este es un asunto personal. El dinero ha sido robado de mi escritorio. Yo era el responsable, sé quién lo robó, estoy dispuesto a jurarlo ante un tribunal y tengo intención de hacerlo.

Perry sostuvo su mirada.

—¡Oh, bien! Le he dicho que mi

autoridad abarca todos los asuntos que se ventilan en estas oficinas. —Su tono hubiera podido servir para helar un refresco—. Puede estar dispuesto a jurarlo ante la autoridad y exponerse a que le demanden por falsa acusación, pero yo no consentiré que un vicepresidente de esta Compañía corra ese riesgo. Me he tomado la molestia de contratar al mejor hombre de la ciudad de Nueva York, Nero Wolfe, para que investigue. Incluso había tomado medidas para que la señorita Fox ignorase que se sospechaba de ella antes de que se llevara a cabo la investigación. Admito que yo no la creo una ladrona. Esa es mi opinión, y si la

evidencia llega a demostrar que me equivoco, entonces es que lo estoy.

—¿Evidencia? —Muir apretó las mandíbulas—. Un hombre inteligente como Nero Wolfe lo mismo puede descubrir que encubrir. ¿Verdad? No sabemos para qué le paga usted.

Perry procuró sonreír.

—Es usted un estúpido, Muir, al decir una cosa semejante. Soy el presidente de esta Compañía, y comete una estupidez al decir que yo puedo traicionar sus intereses, ya sean importantes o triviales. El señor Goodwin oyó mi conversación con su jefe. El puede decirle para qué le he contratado.

—No dudo de que podría decirme lo que usted le haya dicho que me diga.

—Me estoy cansando, Muir. —Perry continuaba sonriendo—. La clase de insinuaciones que está haciendo pueden convertirse en algo serio. No puede baladronear sin tener en cuenta la posibilidad de entablar una verdadera lucha, y yo no considero que desee pelear por una trivialidad semejante.

—¿Trivialidad? —Muir empezó a temblar. Vi que la mano que tenía sobre el brazo del sillón se crispaba. Apartó la vista de Perry para posarla en Clara Fox, sentada a cierta distancia, y su mirada puso de relieve que las trivialidades estaban fuera de lugar.

Claro que yo no sabía si la odiaba por haber robado los treinta grandes o por haberle pisado un callo, pero desde donde yo estaba me pareció que era por algo mucho más importante que cualquiera de esas dos cosas. Si las miradas matasen, ella debía ser ya por lo menos una moribunda.

Al volverse hacia mí tuvo que dominar su voz.

—No le pido que repita la conversación que oyó, señor Goodwin, pero ya que ha recibido instrucciones e insinuaciones del señor Perry, también puedo dárselas yo. —Y poniéndose en pie vino a colocarse ante mí—: Imagino que una parte importante de su

investigación será seguir los movimientos de la señorita Fox, para averiguar, si es posible, lo que ha hecho con el dinero. Cuando usted la vea entrar en un teatro o en un restaurante de lujo con el señor Perry, no crea que está gastándolo así. Será el señor Perry quien pague. O si ve al señor Perry entrar en su departamento una noche, no será para ayudarla a deshacerse de las pruebas. Su visita obedecerá a algo muy distinto.

Y dicho esto, abandonó la estancia sin apresurarse, cerrando la puerta tras él sin ruido. Yo no le vi, le oí; estaba mirando a los demás. La señorita Barish miró a la señorita Fox y se puso muy

pálida. La única reacción visible del señor Perry fue apagar su cigarro en el cenicero y luego apartarlo. El primer movimiento fue por parte de la señorita Fox, que se puso en pie.

Se me ocurrió pensar que debido a la emoción probablemente en aquellos momentos estaba más bonita que de ordinario, pero aun descontándolo resultaría así muy atractiva. A pesar de mi imparcialidad, en aquellos instantes me incliné favorablemente hacia ella mientras puesta en pie se dirigía a Antonio D. Perry. Tenía el cabello castaño, ni muy largo ni muy corto, una aureola de cabellos peinados como al descuido, y sus ojos, también castaños,

daban a entender claramente que no dirían más que lo que ella quisiera.

—¿Puedo marcharme ya, señor Perry? —preguntó—. Son más de las cinco y tengo una cita.

Perry la miró sin demostrar extrañeza. Sin duda la conocía y respondió:

—El señor Goodwin querrá hablar con usted.

—Lo sé. ¿No podría ser mañana por la mañana? ¿Tengo que venir a trabajar mañana?

—Pues claro. Diríjase a Goodwin. Es el encargado de este asunto y suya es toda responsabilidad.

Moví la cabeza.

—Perdóneme, señor Perry. El señor Wolfe dijo que él decidiría si llevaría o no adelante este asunto después de realizar una investigación preliminar. Y en cuanto se refiere a la señorita Fox, mañana por la mañana me parece muy bien. —La miré—: ¿A las nueve?

Asintió.

—No es que tenga nada que decirle acerca del dinero, como no sea que yo no lo he cogido y que nunca lo vi. Ya se lo he dicho así al señor Perry y al señor Muir. Entonces, ¿puedo marcharme? Buenas noches.

Se comportaba con frialdad y dulzura. Por su modo de actuar nadie hubiera dicho que tuviese la menor

sospecha de que se encontraba en una situación difícil. En su saludo de despedida nos incluyó a todos, y dando media vuelta salió de la estancia con la prestancia y seguridad de un cervatillo ignorante de la escopeta y del dedo que aprieta el gatillo.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Perry se volvió rápidamente hacia mi.

—¿Por dónde quiere empezar, Goodwin? ¿Servirían de algo las huellas dactilares que pueda haber en el cajón de Muir?

Moví la cabeza sonriente.

—Sólo para hacer práctica, y no la necesito. Me gustaría charlar con Muir. Debe comprender que no es posible

arrestar a la señorita Fox sólo por haber estado en su despacho. Tal vez crea saber dónde está el dinero.

Perry explicó:

—La señorita Barish es la secretaria del señor Muir.

—¡Oh! —Miré a la mujer de nariz chata que estaba en pie, y le dije—: ¿Fue usted quien copió a máquina el cablegrama mientras la señorita Fox estaba en el despacho del señor Muir? ¿Observó usted...?

Perry intervino.

—Puede hablar con la señorita Barish más tarde. —Miró el reloj de pared, que señalaba las cinco y veinte—. O si lo prefiere puede hacerlo ahora

aquí mismo. —Hizo girar su sillón y se puso en pie—. Si me necesita estaré en el despacho del director, al otro extremo del pasillo. Ahora tengo que asistir a una conferencia. No tardaré mucho. Le diré a Muir que se quede y también a la señorita Vawter por si usted desea verla. —Había dado la vuelta a la mesa escritorio y se detuvo—. Quiero decirle una cosa referente a Muir, Goodwin. Le aconsejo que olvide su ridícula salida de tono. Está crispado y nervioso y la verdad es que es demasiado viejo para resistir la tensión a que debe someterse hoy en día un hombre de negocios. Dispense su tontería. ¿Lo hará?

—Desde luego. —Levanté la mano

— Déjele que delire.

Perry frunció el ceño y salió de la habitación.

La mejor silla visible era la que Perry acababa de abandonar, de modo que fui a ocuparla. La señorita Barish permaneció en pie con los hombros abatidos, retorciendo su pañuelo y sin mirarme. Yo le dije en tono amistoso:

—Siéntese... ahí, donde estaba Muir. De modo que es usted la secretaria del señor Muir.

—Si señor. —Se sentó en el borde de la silla.

—Ha sido su secretaria por espacio de once años.

—Si, señor.

—No me llame señor. ¿De acuerdo? No tengo canas. ¿Dicen que Muir revisó sus pertenencias el pasado viernes y no encontró el dinero?

Sus ojos se ensombrecieron

—Por supuesto que no lo encontraron.

—Bien. ¿Registraron su despachito?

—Lo ignoro. No me importa que lo hagan.

—No se enfade. A mi tampoco me importa. Después de que usted copió el cablegrama y devolvió el original a la señorita Fox en el despacho del señor Muir, ¿qué llevaba ella en la mano cuando se marchó?

—Pues el cablegrama.

—¿Pero dónde llevaba los treinta grandes, dentro de los zapatos? ¿No le asomaban?

La señorita Barish apretó los labios para demostrar que no estaba de humor para bromas.

—Yo no vi que la señorita Fox llevase nada más que el cablegrama. Ya se lo he dicho al señor Muir y al señor Perry. No llevaba más que ese cablegrama.

Sonreí.

—Y ahora está usted diciendo al señor Goodwin que usted no vio que la señorita Fox llevara otra cosa que ese cablegrama. De acuerdo. ¿Es usted amiga de la señorita Fox?

—No. Una verdadera amiga, no. No me agrada.

—Eso es sinceridad. ¿Por qué no le gusta?

—Porque es extremadamente atractiva y yo no. Porque lleva sólo tres años en la casa y podría convertirse en la secretaria particular del señor Perry mañana mismo si quisiera, y ése es el trabajo que yo he deseado desde que estoy aquí. Y también porque es más inteligente que yo.

Miré a la señorita Barish con más interés, sorprendido por su franqueza. Decidido a comprobar hasta dónde llegaba ésta, le pregunté:

—¿Cuánto tiempo hace que la

señorita Fox es la amiga del señor Perry?

Se puso como la grana, y bajando los ojos movió la cabeza. Al fin volvió a mirarme. Lo intenté por otro lado.

—Entonces dígame esto: «¿Cuánto tiempo hace que el señor Muir intenta alejarla de Perry?»

Sus ojos volvieron a ensombrecerse y desapareció su rubor. Me miró y al fin se puso en pie retorciendo su pañuelo. Su voz temblaba, pero no parecía importarle.

—No sé si eso es asunto suyo, señor Goodwin, pero desde luego no lo es mío. ¿No comprende...? ¿No se da cuenta de la tentación que representa

para mí? ¿No podría decir que la vi salir llevándose algo de ese despacho? —Retorció su pañuelo con más furia—. Pues... no lo digo. ¿Acaso no he de conservar el respeto que me debo a mí misma? No sé nada de esto, pero no creo que Clara Fox haya sido la amiga de nadie. No tiene necesidad y es demasiado lista. Tampoco sé nada de ese dinero, pero si usted desea seguir haciéndome preguntas por ver si lo sé, adelante.

—La clase ha terminado —le dije—. Puede marcharse a su casa. Tal vez la necesite mañana por la mañana, aunque lo dudo.

Se puso pálida con la misma rapidez

que antes había enrojecido. Decididamente era una criatura muy impresionable. Me levanté del sillón de Perry y fui hasta la puerta, y la mantuve abierta. Ella pasó ante mi retorciendo su pañuelito y murmurando: «Buenas noches». Cerré la puerta.

Busqué un cigarrillo y al ver que no me quedaban fui hasta las ventanas para contemplar la calle. Como había sospechado, aquello no estaba nada claro. Desde el punto de vista del negocio era evidente que lo que convenía hacer era volver a decir a Nero Wolfe que se negase a permitir que los dirigentes administrativos de la Seaboard Products Corporation

utilizaran nuestra oficina como lavadero donde lavar su ropa sucia. Pero algo me lo impedía, y era mi curiosidad profesional hacia Clara Fox: Si las ladronas eran tan frías y dulces como ella, había llegado el momento de descubrirlo. Y si no lo era, me repugnaba instintivamente la idea de que estuvieran fraguando un complot contra ella y me resistía a dejarla en aquellas circunstancias. Estaba bastante disgustado ya, y ahora se acrecentó mi disgusto. Después de estar mirando un rato por la ventana, busqué de nuevo un cigarrillo sin resultado.

Anduve por La Oficina Ideal mirándolo todo y luego salí al pasillo.

Estaba desierto. Claro que ya no era hora de oficina. En toda su extensión y anchura no había el menor movimiento, y estaba algo más oscuro que cuando entré, ya que no habían encendido más luces y en el exterior estaba oscureciendo. En uno de sus lados había varias puertas y al otro extremo la doble puerta cerrada del despacho del director. Oí una tosecilla y al volverme vi a la señorita Vawter, la encargada del departamento de recepción, sentada en un rincón, bajo una lámpara y leyendo una revista.

Me dijo con acritud:

—Me he quedado porque el señor Perry dijo que tal vez usted quisiera

hablar conmigo.

Era toda sentimiento.

—Quédese, por favor. ¿Dónde está el despacho del señor Muir?

Me indicó una de las puertas y yo me dirigí a ella.

Estaba ya a punto de abrirla cuando me gritó:

—¡No puede entrar de esa manera! El señor Muir ha salido.

—Dígaselo —le respondí—. Si desea interrumpir al señor Perry en su conferencia, vaya a su despacho y dé la alarma. Estoy investigando.

Entré, cerrando la puerta tras de mí, después de buscar el interruptor de la luz la encendí. Al hacerlo se abrió otra

puerta y apareció la señorita Barish, que se detuvo sin decir nada.

Comenté:

—Creí haberle dicho que se marchara a su casa.

—No puedo. —No cambió de color—. Cuando el señor Muir está aquí no debo marcharme hasta que él me autorice. Está en una conferencia.

—Ya. ¿Es ése su despacho? ¿Puedo pasar?

Se hizo a un lado para dejarme paso. Era una habitación pulcra y reducida con una ventana y la acostumbrada máquina de escribir al lado del fichero. Dejé que mis ojos la recorrieran con detalle y luego le pregunté:

—¿Le importaría dejarme aquí un minuto con la puerta cerrada mientras usted va hasta el escritorio del señor Muir y abre y cierra un par de cajones? Me gustaría ver el ruido que hace.

—Estaba escribiendo a máquina —replicó.

—Es cierto. Bueno; olvídelo. Venga a enseñarme en qué cajón estaba el dinero.

Echó a andar delante de mí y al llegar al escritorio de Muir abrió uno de los cajones, el segundo de la parte superior derecha. En su interior no había más que un montón de sobres. Yo lo cerré, volviendo luego a abrirlo y cerrarlo, sonriendo al recordar la

insinuación de Perry acerca de las huellas dactilares. Luego de alejarme del escritorio di una vuelta por la habitación. Era sencillamente el despacho de un vicepresidente, algo menor y más modesto que el de Perry, pero magnífico. Observé un detalle, o mejor dicho tres, que se salían un poco de lo corriente. En las paredes no había ningún retrato de Abraham Lincoln, ni la copia de la Declaración de la Independencia, pero sí tres fotografías distintas y de buen tamaño de tres mujeres atractivas. Me volví hacia la señorita. Barish, que seguía de pie junto al escritorio.

—¿Quiénes son esas hermosas

damas?

—Son las esposas del señor Muir.

—¡No! ¿Ante Dios? ¿Y han muerto?

—No lo sé. Ninguna de ellas vive ahora con él.

—¡Qué pena! Al parecer él es un sentimental.

—El señor Muir es un libertino.

Volvía a hablar con toda franqueza. Consulté mi reloj. Eran las seis menos cuarto. Me quedaban otros cinco minutos, que pensé podría aprovecharlos hablando con ella. Comencé a interrogarla, pero a pesar de parecer deseosa de arriesgarse a charlar conmigo no conseguí nada concreto. Todo lo que averigüé ya lo sabía... que

no tenía motivos para suponer que Clara Fox se hubiera apoderado del dinero, y si aquello era un complot tramado contra ella, no tenía nada que ver en ello. Cuando cinco minutos después me dispuse a marchar se abrió la puerta y entró Muir.

Al vernos, se detuvo y luego se aproximó a su mesa de despacho.

—Puede usted marcharse, señorita Barish. Siéntese, Goodwin, si desea hablar conmigo,

La señorita Barish desapareció hacia su despachito.

—No voy a entretenerle ahora, señor Muir —le atajé—. Supongo que estará aquí por la mañana.

—¿Dónde iba a estar si no?

Esa clase de puerilidad nunca me irrita. Sonreí al anciano y le dejé con un: «Hasta mañana.»

Fuera, en el pasillo, a pocos pasos del despacho del director había un grupo de cuatro o cinco hombres charlando. Vi que Perry estaba entre ellos y me acerqué. Al verme salió a mi encuentro.

—Se acabó por esta noche, señor Perry —le dije—. Dejemos que Muir tenga ocasión de enfriarse. Informaré a Nero Wolfe.

Perry frunció el ceño.

—Puede telefonar a mi casa a cualquier hora de esta noche. El número está en la Guía.

—Gracias. Se lo diré.

Al pasar ante la señorita Wawter camino de la puerta aun seguía en el mismo rincón con su revista, y le dije con la boca ladeada:

—La veré en el Salón Arco Iris.

CAPÍTULO IV

UNA vez en la calle, caminando en dirección norte hacia la calle Treinta y Cinco, dejé que mi cerebro vagara de una cosa a la otra, y concluí que la situación en que se encontraba Clara era más que apurada. ¿Habría encendido el fuego ella misma? Dejé la pregunta sin respuesta.

Llegué a casa a las seis en punto, y sabiendo que Wolfe no bajaría hasta al cabo de unos minutos fui al despacho para ver si la maravilla de Wyoming

había ideado nuevas sospechas y si llegaron sus colegas. El despacho estaba vacío. Fui a la habitación contigua para ver si había trasladado allí su base, pero tampoco había nadie allí. Entré en la cocina y pregunté a Fritz, que sentado y sin zapatillas leía un periódico en francés:

—¿Qué ha hecho con él?

—¿*Con quién? Ah, le monsieur...*—

Fritz rió por lo bajo —. Perdóneme, Archie. ¿Se refiere al caballero que estaba esperando?

—Sí, a ése.

—Recibió una llamada telefónica.

—Fritz se inclinó para calzarse las zapatillas—. ¡Ya es hora de que baje el

señor Wolfe!

—¿Le telefonearon aquí?

Fritz asintió.

—Casi media hora después de que usted se marchara Tal vez más. Espere a que lo mire. —Fue hasta donde estaba el teléfono de la cocina y miró la agenda —. Eso es, a las cinco veintiséis. Veintiséis minutos después de las cinco.

—¿Quién era?

—¿Cómo voy a saberlo, Archie? Un caballero dijo que deseaba hablar con el señor Scovil en caso de que se encontrase aquí, y yo fui al despacho y le pregunté si era el señor Scovil; habló desde el teléfono del escritorio y luego cogió su sombrero y se marchó.

—¿Dejó algún recado?

—No. Yo había vuelto a la cocina después de cerrar la puerta del despacho para que hablase con tranquilidad, pero dejando ésta abierta como usted dijo, y salió a toda prisa. No dijo nada.

Yo me encogí de hombros.

—Volverá. Desea ver a un tal Nero Wolfe. ¿Qué tal es el menú de hoy?

Fritz me dijo en qué consistía dejándome oler la sartén humeante que había sobre el fogón; luego oí el ascensor y regresé al despacho. Wolfe, al entrar, se fue directamente a su sillón; llamó para que le trajeran cerveza, y al fin me dedicó una mirada.

—¿Ha sido agradable la tarde,

Archie?

—No, señor. Desastrosa. Fui a las oficinas de Perry.

—Ya. Un hombre de acción debe esperar semejantes vejaciones. Cuéntamelo todo.

—Bien, Perry se marchó de aquí en cuanto yo bajé, pero ocho minutos después telefoneó diciéndome que fuera a toda prisa. Teniendo en cuenta los intereses de mi jefe fui en seguida.

—No obstante la ley física que asegura que el contenido no puede ser mayor que el continente. —Fritz llegó con dos botellas de cerveza. Wolfe destapó una y se sirvió un vaso—. Continúa.

—Sí, señor. Confío en su inteligencia, porque me gustaría enseñarle este retrato antes de que lleguen las **visitas**, que por cierto se han retrasado ya diez minutos. A propósito, el visitante que estaba aquí ya se ha marchado. Dijo formar parte de la reunión de las seis y que esperaría, pero Fritz dice que recibió una llamada telefónica y se marchó a toda prisa. Puede que la entrevista se haya desbaratado. De todas maneras aquí tiene el rompecabezas de Perry...

Se lo expuse del modo que a él le gusta, con toda suerte de detalles, no importa lo triviales que éstos sean. Le conté cuál era el aspecto de cada uno de

ellos, lo que hacían y lo que dijeron palabra por palabra. Entretanto él se bebió la botella de cerveza y buena parte de la segunda antes de que yo terminase. Yo me recliné en mi silla y tomé un sorbo del vaso de leche que había traído de la cocina.

Wolfe se rascó la nariz.

—¡Puf! ¡Hienas! ¿Y cuáles son sus conclusiones?

—Que tal vez sean unas hienas. Sí. —Tomé otro sorbo—. En principio no me agrada Perry, pero es posible que esté empleando toda la decencia que le haya quedado después de una vida infame. Usted me ha prohibido utilizar la palabra «piojo»; de manera que diré que

Muir es un insecto. Clara Fox es el ideal de mis sueños, aunque no tanto como para no creer que pudo llevarse la pasta, si bien me sorprendería.

Wolfe asintió.

—Debe recordar que hace cuatro años Perry puso inconvenientes a una factura nuestra por una investigación de las prácticas comerciales de uno de sus competidores. Presumo que ahora querría que limpiásemos de barro sus oficinas por doce dólares diarios. No siempre es conveniente burlarse del barro; hay demasiado. De modo que por eso proporciona mayor placer el limpiarlo cuando se puede. En la actualidad nuestro balance bancario es

agradable de contemplar. ¡Puf! —Vacío su vaso y se secó los labios con el pañuelo.

—De acuerdo —convine—. Pero hay que tener en cuenta otra cosa. Perry desea que usted le telefonee esta noche. Si usted se encarga del caso y lo lleva adelante, por lo menos cubriremos gastos; y si no, a Clara Fox le darán cinco años de cárcel por robo en gran escala y yo tendré que trasladarme a Ossining para estar cerca de ella y llevarle golosinas los días de visita. Pese la limpieza del barro contra la pérdida de mis servicios... Parece que llegan visitas. Más tarde continuaré mi apelación.

Había oído el timbre de la puerta, que hizo acudir a Fritz al recibidor. Miré el reloj. Las seis treinta, se retrasaban media hora. Recordé la atractiva voz que me habló por teléfono, preguntándome si nos encontraríamos ante otra ninfa en apuros, fría y dulce.

Fritz entró cerrando la puerta tras él y anunció a los recién llegados. Wolfe asintió. Fritz regresó a los pocos instantes con un hombre y dos mujeres. Apenas me fijé en el hombre y en una de las mujeres, porque estaba muy ocupado contemplando a la otra. Desde luego era una ninfa en apuros, dulce y fría y evidentemente había oído hablar lo bastante de Nero Wolfe para

reconocerle, ya que tras dirigirle sólo una rápida mirada se acercó a su escritorio y le dijo:

—¿El señor Wolfe? Le telefoneé el sábado. Siento haberme retrasado. Mi nombre es Clara Fox. —Se volvió— Esta es la señorita Hilda Lindquist y el señor Michael Walsh.

Wolfe les saludó con una inclinación de cabeza.

—Es mi corpulencia lo que me hace permanecer sentado, no la grosería. — Me señaló con un dedo—. El señor Archie Goodwin. Sillas, Archie.

Obedecí mientras Clara Fox decía:

—Esta tarde he conocido al señor Goodwin, en el despacho del señor

Perry.

Yo pensé para mis adentros: Desde luego, y por no haber reconocido tu voz debieran encerrarme en la celda contigua a la tuya cuando te lleven río arriba.

—Ya. —Wolfe había entreabierto los ojos, lo cual significaba que no perdía detalle—. La silla del señor Walsh a la derecha, por favor. Gracias.

La señorita Fox se estaba quitando los guantes.

—En primer lugar quiero explicar el por qué de nuestro retraso. Dije por teléfono que no podía fijar la entrevista antes del lunes porque esperaba a cierta persona de fuera de la ciudad que

tendría que estar aquí. Era un hombre del Oeste llamado Harlan Scovil. Llegó esta mañana y yo le vi a la hora de comer y quedamos en que iríamos a recogerle a su hotel a las cinco y cuarto para traerle aquí. Fui a buscarle, pero no estaba. Esperé y... bueno, quise hacer algunas averiguaciones. Luego me reuní con la señorita Lindquist y el señor Walsh, como habíamos convenido, y juntos regresamos nuevamente al hotel del señor Scovil. Aguardamos hasta las seis y cuarto y decidimos que sería mejor venir sin él.

—¿Es imprescindible su presencia?

—Yo no diría tanto. Por lo menos en este momento. Le dejamos recado para

que se reuniera aquí con nosotros en cuanto llegara. Debe verle a usted antes de que podamos hacer nada. Debo advertirle, señor Wolfe, que tengo una historia muy larga que contar.

No me había mirado ni una vez. Decidí dejar de contemplarla y dedicarme a sus compañeros. Eran tipos corrientes. Claro que recordaba a Harlan Scovil diciendo a Antonio D. Perry que no era Mike Walsh. Al parecer lo era aquel pájaro. Un hombrecillo delgado como un alambre, con más de sesenta años, vistiendo ropas baratas aunque limpias, y sentado a medias en su silla y haciendo pantalla con su mano derecha en su oreja. La

señorita Lindquist, de rostro cuadrado, vestía un buen traje castaño, y tenía estatura, aunque no podía decirse que fuera maciza, en primer lugar porque sólo hubiera sido decir la mitad de la verdad, y en segundo porque podía haberme pegado. Adivino que era una mujer fina, algo más apta para tener entre sus manos una taza de café que una copa de champaña. Al recordar además a Harlan Scovil me pareció, que fuera cual fuese el juego para el que se preparaba la señorita Fox, estaba escogiendo unos tipos un tanto extraños para formar su equipo.

Wolfe le había dicho que cuanto más larga fuese su historia, más pronto debía

comenzar y estaba diciendo:

—Empieza cuarenta años atrás, en Silver City, Nevada. Pero antes de comenzar, señor Wolfe, debo decirle algo que espero habrá de interesarle. He averiguado cuanto he podido con respecto a usted y tengo entendido que posee notables habilidades y formada opinión igualmente notable de su valor efectivo para las personas para quienes trabaja.

Wolfe suspiró.

—Cada uno de nosotros debe escoger su sistema de ganarse la vida, señorita Fox.

—Desde luego. Eso es lo que he hecho yo. Si se aviene a ayudarnos y si

tiene éxito, cobrará cien mil dólares.

Mike Walsh se inclinó hacia delante y gruñó:

—¡El diez por ciento! ¿Es bastante?

Hilda Lindquist le miró frunciendo el ceño, y Clara Fox no le hizo el menor caso.

Wolfe dijo:

—El precio es relativo. No pueden contratarme para que les alcance la luna.

Ella se echó a reír, y aunque yo había sacado mi block de notas decidí mirarla durante las pausas.

—No lo necesito —dijo—. ¿Va a anotar todo el señor Goodwin? ¿Dejando bien entendido que si usted decidiera no ayudarnos, deberá

entregarme todas sus notas?

Prudente Clara. Las arrugas de las mejillas de Wolfe se estiraron un tanto.

—Por supuesto.

—De acuerdo. —Se atusó el cabello—. Decía que comenzaba cuarenta años atrás, pero no empezaré por ahí. Sino cuando yo tenía nueve años, en mil novecientos dieciocho, el año en que mi padre fue muerto en la guerra, en Francia. No me acuerdo mucho de mi padre. Le mataron en mil novecientos dieciocho y antes envió a mi madre una carta que no recibió hasta un año más tarde porque en vez de confiarla al correo del ejército la entregó a otro soldado para que la trajera a casa. Mi

madre la leyó entonces, pero yo no conocí su existencia hasta siete años después, en mil novecientos veintiséis, cuando me la entregó en su lecho de muerte. Yo tenía diecisiete años y amaba profundamente a mi madre.

Se detuvo. Hubiera quedado bien en cualquier película que en aquellos momentos tuviera los ojos húmedos y la voz quebrada, pero al parecer sólo se había detenido para tragar saliva. Lo hizo un par de veces. Durante la pausa la estuve mirando. Luego continuó:

—No leí la carta hasta un mes más tarde. Sabía que la había escrito mi padre para mi madre ocho años antes, y no viviendo mi madre ya no me parecía

que pudiera tener importancia para mí. Pero debido a lo que dijera mi madre un mes antes de morir la leí. La llevo conmigo y tendré que leérsela.

Abrió su bolso de piel de lagarto y sacó un papel doblado. Después de desdoblarlo se volvió a Wolfe.

—¿Puedo leerla?

—Veo que está escrita a máquina.

Asintió.

—Esto es una copia. El original está guardado. —Se apartó los cabellos del rostro con un gesto parecido al de los pájaros—. No está completa. Es sólo... sólo la parte que debo leer.

«De modo, queridísima Lola, que puesto que aquí un hombre no puede

decir lo que va a ocurrirle ni cuándo, he decidido escribirte para contarte un pequeño incidente ocurrido la semana pasada y hacer de modo que llegue hasta ti con seguridad, en caso de que yo nunca regresara a casa para contártelo. Tendré que retroceder.

»Te he contado muchas locuras de los días vividos en Nevada. Esta también te la conté, pero voy a repetírtela brevemente. Ocurrió en Silver City, en mil ochocientos noventa y cinco. Yo tenía veinticinco años, de modo que fue diez años antes de que te conociera. Estaba sin blanca, igual que la banda de menores de la que voy a hablarte. Todos eran menores, excepto

uno. No éramos amigos, porque allí no se conocía la amistad. La mayoría de los dos mil aproximadamente que habitábamos en el campamento de Silver City por aquel entonces eran bastante mayores que nosotros, y por ello íbamos siempre juntos... temporalmente. ¡Todo era temporal!

»El cabecilla de nuestra banda era un muchacho al que llamábamos «El Goma» por la facilidad con que se levantaba cuando le tumbaban de un puñetazo. Su nombre era Coleman, pero nunca supe su nombre de pila, o si llegué a saberlo no puedo recordarlo, aunque lo he intentado a menudo. Ya que «El Goma» era nuestro jefe, alguien

gastó la broma cierto día de que debiéramos llamarnos la banda de «El Goma», y así lo hicimos. Al poco tiempo todo Silver City nos llamaba así.

»Uno de la banda, llamado Jorge Rowley, disparó contra un hombre y lo tumbó. Por lo que oí... yo no lo presencié... tenía tanto derecho para disparar como se necesitaba allí por lo general, pero lo malo del caso fue que el muerto resultó ser miembro del Comité de Vigilancia. Una noche, veinticuatro horas después, decidieron ahorcarle. Rowley no tuvo el sentido suficiente para largarse, y por ello le encerraron hasta que se hiciera de día, poniendo como guardián a un irlandés. Como diría

Harlan Scolvin..., nunca olvidaré a Harlan..., era una «especie» de hombre llamado Mike Walsh.

»Rowley fue tras su guardián, Mike Walsh. Quiero decir que no dejó de hablarle, y al fin, a eso de medianoche, le convenció para que enviara a buscar a Coleman, «El Goma». Coleman habló con él y con Mike. Luego estuvieron conspirando y «El Goma» estuvo conversando mucho con Rowley. Nosotros estábamos reunidos en la oscuridad de los arbustos, detrás del John's Palace, en una choza de las afueras de la *ciudad...*»

Clara Fox alzó los ojos.

—Mi padre subrayó la palabra

ciudad.

—Muy apropiadamente sin duda —
replicó Wolfe.

Ella continuó:

«... y habíamos estado bebiendo bastante y pasándolo en grande. A eso de las dos apareció «El Goma» otra vez y encendió varias cerillas para enseñarnos un papel que Jorge Rowley había firmado teniendo por testigos a él y a Mike Walsh. Ya te lo he contado. No puedo repetírtelo palabra por palabra, pero esto es exactamente la esencia de lo que decía: Que su verdadero nombre no era Jorge Rowley, y que no quería darlo por escrito, pero que se lo decía a Coleman, «El Goma». Decía que

pertenecía a una acaudalada familia de Inglaterra, y que sí salía con vida de Silver City regresaría allí y algún día tendría su parte de la herencia familiar..., que no sería muy grande, puesto que no era el hijo mayor. Luego acordaba que fuera cuanto fuese y lo que fuese que lograra sacar de sus relaciones familiares, habría de darnos la mitad de ello, con tal que nosotros le sacáramos con vida de Silver City y sus perseguidores antes de que llegase la hora de ahorcarlo.

»Éramos jóvenes, y aunque aventureros, estábamos medio bebidos o tal vez más que eso. Dudo que ninguno de nosotros pensase llegar a tener nunca

parte en las riquezas de la nobleza inglesa, con la posible excepción de Coleman «El Goma», pero la idea del rescate nocturno de un miembro de nuestra banda nos pareció suficiente atractivo. «El Goma» tenía preparado otro papel escrito, y encabezado así: PACTO DE LA BANDA DE «EL GOMA» y que todos firmamos. Ya había sido previamente firmado por Mike Walsh. Por él nos comprometíamos a repartir equitativamente todo lo que nos viniera de Jorge Rowley, sin importar quién lo recibiera o cuándo.

»Todos estábamos sin blanca, excepto Vic Lindquist, que tenía una bolsa llena de oro en polvo. Fue cosa de

«El Goma» que incluyéramos a «El Tortuga» en el pacto. «El Tortuga» era un viejo jugador que poseía el caballo más veloz de Silver City. No es que tuviera categoría para tener esa clase de caballo; pero daba la casualidad de que lo había ganado jugando al *poker* pocos días antes. Yo fui con «El Goma» a la cabaña de «El Tortuga». Le ofrecimos el polvo de Vic Lindquist a cambio del caballo, pero dijo que no era suficiente. Eso ya lo esperábamos. Entonces «El Goma» le explicó lo que ocurría contándole toda la historia y ofreciéndole una parte igual a la de cada uno de nosotros por el caballo, y además el polvo. «El Tortuga» estaba todavía

medio dormido. Al fin comprendió de qué se trataba; parpadeó y de pronto dándose un golpe en la rodilla comenzó a reír a carcajadas diciendo que siempre había deseado poseer parte de Inglaterra, y que de todas maneras era probable que perdiera el caballo antes de tener la oportunidad de montarlo. Coleman sacó el PACTO DE LA BANDA DE «EL GOMA» y «El Tortuga» no quiso que se añadiera su nombre, porque no quería ver su nombre escrito en ninguna parte. Confiaba en que nosotros habríamos de darle su parte. «El Goma» garabateó una factura de la venta del caballo, que «El Tortuga» también se negó a firmar; dijo

que yo estaba allí como testigo, que el caballo era nuestro y que eso bastaba. Se puso las botas y nos llevó al corral de Johnson, donde montamos en el caballo, un palomino de cara blanca y regresamos por detrás de las chozas y tiendas y a lo largo del canal, hasta donde estaba la banda.

»Rescatamos a Jorge Rowley sin dificultad. Ya me has oído contar... cómo aflojamos un par de tablones y luego prendimos fuego a la cabaña donde le tenían encerrado. Aprovechando el alboroto que se armó pudo escaparse y Mike Walsh, que no erraba un tiro, vació dos pistolas disparando contra él sin darle. Rowley

montó sobre el caballo y desapareció antes de que los demás se dieran cuenta y nadie se tomó la molestia de perseguirle, puesto que estaban demasiado ocupados apagando el fuego.

»La historia saltó a relucir más tarde con motivo de la compra del caballo de «El Tortuga», pero por aquel entonces la gente pensaba en otras cosas, y de todas formas el cargo mayor contra nosotros era el haber prendido fuego a la cabaña y no pudieron probarlo. Hubiera sido distinto si el hombre que ayudamos a escapar hubiera hecho algo realmente criminal, como hacer trampas en el juego o robar el oro de otro.

»Que yo sepa, ninguno de nosotros

volvió a ver o a saber de Rowley desde aquella noche. Me has oído decir veinte veces, cuando tú y yo lo pasábamos mal, que me gustaría encontrarle para saber si me debía algo, pero sabes que nunca le vi y que desde luego lo decía más que nada como un chiste cualquiera. Pero recientemente aquí en Francia han ocurrido dos cosas que me han hecho recordarlo. La primera es un pensamiento que no se aparta de mi mente: si muero aquí, ¿qué vaya dejaras a ti y a la pequeña? Mi querida hijita Clara... ¡Dios mío, cuánto me gustaría verla... y a ti! ¿De qué sirve decir todo esto cuando es inútil?; pero me pondría en pie gustoso y dejaría que los

alemanes me mataran de un tiro mañana por la mañana si pudiera veras en este mismo momento. La respuesta a mi pregunta es... nada. Mi vida habría terminado más inútilmente que comenzó, dejando a mi mujer y a mí hija absolutamente sin nada.

»La otra cosa es que he visto a Jorge Rowley. Fue la semana pasada. Es posible que te haya dicho que le faltaba el lóbulo de la oreja derecha... dijo que se lo había cortado en Australia... pero no le conocí por eso en realidad. Es probable que en mí mente se grabara su imagen y supe en seguida que era él. ¡Después de veintitrés años! Yo me encontraba en un destacamento de

reconocimiento a una milla de las trincheras del frente tendiendo nuevas líneas de comunicación, cuando se aproximó un gran automóvil británico. El coche se detuvo. En él iban cuatro oficiales británicos y uno de ellos me llamó para preguntarme la dirección del cuartel general de nuestra división. Yo se la di, y él, mirando mi insignia, me preguntó si nosotros los americanos permitíamos que nuestros capitanes cavasen trincheras. Yo había visto por su insignia que era general de Brigada. Sonriendo, le dije que en nuestro ejército todo el mundo trabajaba excepto los soldados rasos. Me miró más detenidamente y exclamó: ¡Cielos, si es

Gil Fox! Yo contesté: Si, señor. ¿El general Rowley? Asintió con la cabeza y riendo dijo al chofer que continuara. El coche arrancó y él me saludó con la mano.

»De modo que está vivo, o por lo menos lo estaba la semana pasada, y no precisamente en un asilo, o como le llamen en Inglaterra. He procurado averiguar quién era, pero sin resultado. Tal vez lo consiga pronto. Entretanto, te escribo para contarte todo esto y disponer de ello, ya que, aunque pueda parecer disparatado, el caso es que es lo único algo parecido a un legado que puedo dejaros a ti y a Clara. Al fin y al cabo aquella noche en Silver City

arriesgué mi vida por un convenio escrito, y si ese inglés está nadando en la abundancia no veo razón para que no pague. Espero y confío que harás todo lo posible para que cumpla, no sólo por ti, sino por nuestra hija. Esto tal vez parezca melodrama, pero las cosas que ocurren aquí hacen ser así. Tan pronto como averigüe quién es, te pediré que me envíes esta carta para agregarla.

»Otra cosa. Si le encuentras y consigues un buen bocado, no debes emplearlo en pagar los veintiséis mil dólares que debo a esa gente de California. Tienes que prometérmelo. Debes hacerlo, querida Lola. ¡Este legado lo dejo a ti y a Clara; no a ellos!

Te digo esto porque no ignoro sabes cuánto me ha preocupado esa deuda durante diez años. Aunque en realidad no era responsable de ese enredo, es cierto que nada me hubiera satisfecho más en este mundo que poder resolverlo, excepto verte a ti y a Clara, pero si muero, ese asunto morirá conmigo. Claro que si consiguieras tanto dinero que te sobrara... pero milagros así no ocurren nunca.

»Si lograses algo, debe ser repartido con el resto de la banda, si puedes encontrarles. No sé nada de ninguno de ellos, exceptuando a Harlan Scovil y llevo sin saber de él varios años. La última dirección suya la tengo anotada

en el librito rojo que está en el cajón de mi escritorio. Una de las dificultades es que no tienes el papel que firmó Jorge Rowley. De común acuerdo Coleman «El Goma» lo guardó junto con el PACTO DE LA BANDA. Tal vez logres encontrar a Coleman. O puede que Rowley sea un individuo decente y te pague sin papel alguno. Las dos cosas me parecen improbables. ¡Diablos!, es todo una ilusión. De todas formas, tengo intención de regresar a tu lado sano y salvo, y si es así, nunca leerás esto, a menos que te lo lleve como recuerdo.

»Aquí tienes los nombres de todos los que intervinieron en esto: Jorge Rowley. Coleman (ignoro su nombre de

pila). Victor Lindquist. Harlan Scovil (ya le conoces, búscale el primero). Mike Walsh (era un poco mayor, tal vez tuviera treinta y dos años entonces; no era de la banda de «El Goma»). «El Tortuga» era bastante mayor, es probable que haya muerto, y sólo le conozco por este nombre. Y el último, pero de ninguna manera el menos importante, tuyo amantísimo, tanto que me costaría todo un año decírtelo, Gilbert Fox, el firmante de la presente»

Clara Fox se detuvo. Pasó sus ojos de nuevo por la última frase y luego volvió a doblar la hoja y a guardarla en su bolso. Luego se atusó el cabello mirando a Wolfe. Nadie dijo nada.

Al fin Wolfe suspiró.

—Bien, señorita Fox. Al fin de cuentas parece que quiere usted la luna.

Ella movió la cabeza.

—Sé quién es Jorge Rowley, y ahora está en Nueva York.

—Y esta señorita, supongo... — Wolfe la indicó con la cabeza—, será la hija de Victor Lindquist. Y este caballero —lo señaló a su vez—, el señor Walsh, que vació dos pistolas contra el señor Rowley sin herirle.

—¡Podría haberle acertado! — exclamó Mike Walsh.

—Lo supongo, señor. Y usted, señorita Fox, desearía ardientemente tener esos veintiséis mil dólares, con

intereses acumulados, para pagar las deudas de su difunto padre. En otras palabras, necesitaba usted más o menos unos treinta mil.

Ella le miró sorprendida. Volvió sus ojos hacia mí y luego nuevamente hacia Wolfe, a quien preguntó:

—¿Estoy aquí como cliente, señor Wolfe, o como sospechosa de robo?

—De momento, como ninguna de las dos cosas, y por favor no cometa la tontería de ofenderse. Si le expongo mi pensamiento es sólo para ahorrar tiempo y evitar desatinos. ¿Acaso no he estado escuchando pacientemente por espacio de diez minutos a pesar de que me disgusta que me lean en voz alta?

—Eso sí que es un desatino.

—Desde luego. Creo que lo es, pero continuemos. Hábleme de don Jorge Rowley.

Pero eso había de quedar para más adelante. Había oído sonar el timbre de la puerta, los pasos de Fritz por el recibidor y un murmullo de voces procedentes del exterior. Alcé mi mano para detener a Clara Fox mientras se abría la puerta del despacho, dando paso a Fritz, que la cerró tras él.

—Hay un hombre que desea verle, señor. Le dije que estaba usted ocupado.

Me puse en pie. Hay sólo dos clases de hombres que Fritz no anuncia como caballeros: los que él sospecha tratan de

vender algo, y a los policías, vayan o no de uniforme, podía olerlos a una milla de distancia. De modo que me puse en pie de un salto y pregunté:

—¿Es un policía?

—Sí, señor.

Me volví a Wolfe.

—Desde que hoy vi al señor Muir mirando a la señorita Fox no he dejado de pensar que ella debía de llevar un pararrayos. ¿Quiere que la detengan aquí, o fuera en el recibidor?

—Está bien, Archie —replicó Wolfe.

Yo me apresuré a apoyarme contra la puerta, que seguía cerrada, y dije a Fritz en voz baja señalándole la que daba a la

habitación contigua:

—Salga por ahí y cierre con llave la puerta que separa esa habitación del recibidor. —Obedeció y yo me volví a los otros—: Entren ahí y siéntense, y si no hablan, no nos molestarán. —Walsh y la señorita Lindquist me miraron con los ojos muy abiertos. Clara Fox dijo a Wolfe:

—Todavía no soy su cliente.

—Ni tampoco sospechosa —replicó él—. Por aquí. Por favor obedezcan al señor Goodwin.

Ella se levantó y los otros la siguieron. Fritz regresó y le dije que cerrara aquella puerta y me entregase la llave. Luego volví a sentarme ante mi

escritorio mientras Fritz, a una señal de Wolfe, iba al recibidor en busca del recién llegado.

Entró el policía, y me sorprendió ver que le conocía.

Me sorprendió, porque la última vez que supe de Slim Foltz él estaba en el Departamento de Homicidios, en el despacho del fiscal del distrito.

—Hola, Slim.

—Hola, Goodwin. —Iba de paisano, y se acercó a mi con el sombrero en la mano—. Hola, señor Wolfe. Soy Foltz, del Departamento de Homicidios.

—Buenas noches, señor. Siéntese.

El policía dejó el sombrero sobre la mesa y tomó asiento. Introduciendo la

mano en su bolsillo extrajo un pedazo de papel.

—Hace una hora aproximadamente han matado a un hombre en la calle. Le acribillaron. Lleva cinco balazos en el cuerpo. Le asesinaron. Este pedazo de papel estaba en su bolsillo con su nombre y esta dirección escritos en él, junto con otros nombres. ¿Sabe usted algo de él?

Wolfe movió la cabeza.

—Nada, excepto que ha muerto. Es decir, en este momento. Si conociera su nombre tal vez...

—Sí. Su nombre estaba también en su bolsillo en una licencia de caza del Estado de Wyoming. Harlan Scovil.

—Ya. Es posible que el señor Goodwin pueda ayudarle. ¿Archie?

Yo pensaba para mí: «¡Cielos, menos mal que al fin y al cabo no ha venido por ella!» Pero al mismo tiempo me alegraba que Clara no estuviera entonces en la habitación.

CAPÍTULO V

SLIM Foltz me miraba.

—¿Harlan Scovil? —le dije—.

Desde luego. Estuvo aquí esta tarde.

Foltz sacó de su bolsillo un pequeño block de notas y un lápiz.

—¿A qué hora?

—Llegó a eso de las cuatro y media, tal vez un poco antes, y se marchó a las cinco veintiséis.

—¿Qué quería?

—Ver a Nero Wolfe.

—¿Para qué?

Moví la cabeza con pesar.

—Ahí me ha cogido usted, *mister*.

Le dije que tendría que esperar hasta las seis, de modo que quedó esperando.

—Debió decir algo.

—Desde luego lo dijo: que deseaba ver a Nero Wolfe.

—¿Qué más dijo?

—Que Al parecer a este lado del Mississippi no se acostumbraba a escupir y que deseaba saber si a este lado de las montañas había algún hombre honrado. No especificó para qué quería ver al señor Wolfe. No le había visto nunca ni oído hablar de él. Oh, sí, dijo que acababa de llegar a Nueva York esta misma mañana procedente de Wyoming.

A propósito... sólo porque llevase esa licencia en el bolsillo... ¿era un hombre de unos sesenta años, de más de seis pies de estatura, vistiendo un traje de sarga azul, de mangas demasiado cortas y solapas raídas, de rostro rojo y apergaminado, sombrero de vaquero...

—Ese mismo —gruñó el policía—. ¿Para qué vino a Nueva York?

—Supongo que para ver a Nero Wolfe. —Sonreí—. Esa es la respuesta que obtuvimos. Si quiere decir si nos dejó entrever para qué quería verle, no lo hizo.

—¿Vio a Wolfe?

—No. Ya le dije que se marchó a las cinco veintiséis. El señor Wolfe nunca

baja antes de las seis.

—¿Por qué no esperó?

—Porque recibió una llamada telefónica.

—¿Aquí?

—En esta misma habitación. Yo no estaba. Había tenido que salir y dejé a ese pájaro esperando las seis. Fritz Brenner, el cocinero del señor Wolfe y orgullo de la casa, atendió la llamada. ¿Quiere verle?

—Sí. Si no le importa.

Wolfe hizo sonar el timbre y entró Fritz. Mi jefe le dijo que debía contestar a las preguntas de aquel caballero, y Fritz, con un «Sí, señor», quedó en pie, muy erguido.

Todo lo que Foltz logró sacarle fue lo mismo que a mí. Había anotado la hora de la llamada telefónica siguiendo las instrucciones de Wolfe para llevar con exactitud y detalle las cosas de la casa y la oficina. Fue un hombre quien llamó; no había dado su nombre y Fritz no reconoció su voz, ni oyó la conversación. Harlan Scovil habíase marchado inmediatamente sin decir nada.

Fritz regresó a la cocina.

El policía frunció el ceño mirando el pedazo de papel.

—No pensé encontrar este vacío. Vine aquí en primer lugar. Hay otros nombres en este papel... Clara Fox.

Michael Walsh. Michael está mal escrito. Hilda Lindquist, eso es lo que parece decir, y un tal marqués de Clivers. Supongo que usted no...

Intervine moviendo la cabeza:

—Como le dije, cuando ese Harlan Scovil entró aquí hoy a las cuatro y media no le había visto nunca. Ni a ninguno de esos otros. Eran extraños para mí. Estoy seguro de que lo son también para el señor Wolfe. ¿No es así, señor?

—¿Si les había visto? No. Pero creo haber oído hablar de uno de ellos. ¿No discutíamos ayer acerca de un tal Marqués de Clivers?

—¿Discutir? Ah, sí, señor. ¿Cuando

usted dejó caer la jabalina? Aquel pedazo de papel. —Miré a Foltz—. Ayer venía un artículo en el *Times*...

Asintió.

—Lo sé. El sargento me lo dijo. Ese marqués está respaldado por una potencia extranjera o algo por el estilo y es posible que ni siquiera sea una potencia amiga. El sargento dice que en este asunto pudiera haber un complot internacional. El capitán Devore irá a ver a ese marqués para advertirle o protegerle.

—¡Espléndido! —Wolfe asintió con voz aprobadora—. La policía merece la gratitud de todos nosotros. A no ser por ellos, los investigadores privados

esperaríamos sentados y en vano la llegada de clientes.

—Sí. —Foltz se puso en pie—. Muchas gracias por el cumplido, aunque haya sido lo único que me llevo. Quiero decir que no he conseguido gran información. Sólo esa llamada telefónica que puede llevarnos a alguna parte. Scovil fue asesinado a sólo cuatro manzanas de aquí, en la calle Treinta y Una, nueve minutos después de recibir esa llamada, a las cinco treinta y cinco. Iba por la acera y alguien que pasaba en un coche se acercó a él acribillándole a balazos. Murió en el acto. Estaba bastante oscuro, pero un hombre que pasaba por allí cerca vio el número de

la matrícula y el automóvil ha sido encontrado en la Novena Avenida. Nadie vio apearse a nadie de él.

—Bien, eso es algo —dije en tono animoso—. Eso puede conducirle a alguna parte.

—Probablemente se tratará de un coche robado. Es lo corriente. —El policía recogió su sombrero—. Parece todo obra de una banda. De todas maneras, gracias.

—No se merecen, Slim.

Le acompañé al recibidor para despedirle y luego cerré la puerta principal con cerrojo. Antes de volver al despacho me detuve en la cocina para decir a Fritz que yo atendería todas las

llamadas que pudiera haber durante el resto de la noche.

Me acerqué al escritorio de Wolfe sonriendo.

—¡Ja, ja! Estuvo aquí la maldita policía.

Wolfe miró el reloj, que señalaba las siete y diez. Hizo sonar el timbre, y cuando Fritz se presentó, se reclinó exhalando un suspiro.

—Fritz.

—Diga, señor.

—Una calamidad. No podemos cenar a las ocho como de costumbre. Es decir, no habrá cena. No hay comida, y supongo que tendremos que cenar. Tú tienes filetes de ternera y salsa Abano...

—Sí, señor.

Wolfe volvió a suspirar.

—Tendrás que servirlos a pedacitos, para cinco personas. Puedes hacer mucha sopa. Abre una lata de *petits poissons* húngaros. ¿Hay mucha fruta? Arréglate como puedas. Es una contrariedad, pero no podemos evitarlo.

—La salsa es un gran éxito, señor. Podría dar a los otros pollo en lata y champiñones...

—¡Cielos, no! Si ha de haber sacrificios, yo debo compartirlos. Eso es todo. Tráeme un poco de cerveza.

Fritz se marchó y Wolfe se volvió hacia mí:

—Tráigame a Clara Fox.

Abrí la puerta de la habitación contigua. Fritz no había encendido la luz y estaba en la penumbra. Las dos mujeres hallábanse sentadas en el diván; Mike Walsh en una silla y parpadeó al verme como si hubiera estado dormido.

Yo dije:

—El señor Wolfe quisiera hablar con usted, señorita Clara Fox.

Mike Walsh comentó:

—Tengo apetito.

—Igual que todos nosotros — replicó Clara Fox.

—Primero sólo usted. Por favor...

Pronto tomaremos un pequeño refrigerio, señor Walsh. Si tiene la bondad de esperar aquí.

Clara Fox vacilaba, pero al fin se puso en pie para seguirme. Cerré la puerta y volvió a ocupar su silla frente a Wolfe, la que antes ocupara el policía. Wolfe había vaciado su vaso y volvía a llenarlo.

—¿Quiere un vaso de cerveza, señorita Fox?

Ella movió la cabeza.

—Gracias. Pero no me agrada discutir esto a solas con usted, señor Wolfe. Los otros tienen tanto derecho...

—¡Sí, si! Permítame. Se reunirán con nosotros en seguida. El caso es que quisiera que hablásemos de otro asunto unos momentos. ¿Cogió usted el dinero de la mesa del señor Muir?

Ella le miró fijamente.

—No debemos confundirnos. ¿Actúa usted ahora como el representante de la Seaboard Products Corporation?

—Le estoy haciendo una pregunta. Usted ha venido a consultarme porque cree que tengo facultades. Las tengo, y estoy haciendo uso de ellas. Escoja entre responder a mi pregunta o buscar esas facultades en otra parte. ¿Cogió usted ese dinero?

—No.

—¿Sabe quién fue?

—No.

—¿Sabe algo de esto?

—No. Tengo ciertas sospechas, pero nada en concreto acerca del dinero.

—¿Se refiere a que sospecha de la actitud personal del señor Perry y el señor Muir hacia usted?

—Sí. Principalmente de Muir.

—Bien. Ahora dígame una cosa: ¿Ha asesinado usted a alguien esta tarde entre las cinco y las seis?

—No diga estupideces.

Wolfe bebió un sorbo de cerveza, se secó los labios y se reclinó contra el respaldo de su silla.

—Señorita Fox. El evitar las estupideces debiera ser la preocupación primera y constante de toda persona inteligente. Y lo es mía. Algunas veces lo logro. Fíjese, por ejemplo, en su declaración de que no robó el dinero.

¿La creo? Como filósofo no creo nada. Como detective, lo suficiente para dejarlo a mi espalda, pero estoy dispuesto a mirar por encima de mi hombro. Como hombre lo creo ciegamente. Le aseguro que la razón de las preguntas que le hago no es una estupidez. En primer lugar, observo su rostro cuando las contesta. Tenga paciencia; creo que llegaremos a alguna parte. ¿Mató usted a alguien entre las cinco y las seis de esta tarde?

—No.

—¿Lo hicieron el señor Walsh o la señorita Lindquist?

—¿El qué, matar a alguien?

—Sí.

Sonrió.

—Como filósofa, no lo sé, ni soy detective. Como mujer, creo que no lo hicieron.

—Sí lo hicieron. ¿Usted no lo sabe?

—No.

—Bien. ¿Tiene usted un billete de un dólar?

—Supongo que si.

—Démelo.

Ella movió la cabeza, no negándose, sino demostrando resignación y perplejidad ante aquellas extravagancias sin sentido. Buscó en su bolso y al cabo alargó a Wolfe el billete pedido. Este lo cogió y desdoblándolo me lo entregó a mi.

—Ingréselo, Archie, por favor, como anticipo de la señorita Clara Fox. Y llame por teléfono al señor Perry. —Se volvió a ella—. Ahora es usted cliente mía.

Clara no sonrió.

—Dejando entendido por supuesto que yo puedo...

—¿Renunciar? —Desarrugó el ceño—. Naturalmente. Sin el menor reparo.

Encontré el número de Perry y lo marqué. Al fin conseguí dar con él y le hice seña a Wolfe para que le atendiera.

—¿El señor Perry? —Wolfe habló en tono suave—. Aquí Nero Wolfe. He recibido el informe del señor Goodwin de su investigación preliminar. Se siente

inclinado a participar de su actitud con respecto a la probable inocencia de Clara Fox, y por lo tanto cree que podremos prestarle algún buen servicio. Pero por una curiosa casualidad la señorita Fox ha venido a vernos esta tarde... está aquí ahora... para pedirnos que la representemos en este asunto... No, permítame, por favor... Bien, me pareció aconsejable aceptar su anticipo... La verdad, señor, no veo que vaya contra la ética...

Wolfe aborrecía el discutir por teléfono y cortando lo más pronto posible se consoló con la cerveza. Luego se volvió a Clara Fox.

—Cuénteme sus relaciones

personales con el señor Perry y el señor Muir.

No contestó en seguida. Le miraba con el ceño fruncido. Era la primera vez que la veía hacerlo y me gustaba más sonriente. Al fin dijo:

—Supongo que ya habría aceptado encargarse del caso en favor del señor Perry. Me había tomado muchas molestias considerando que era usted el hombre mejor para nosotros... la señorita Lindquist, el señor Walsh, el señor Scovil y yo... y le telefoneé el sábado para concretar la entrevista, antes de saber nada del robo. No supe hasta hace un par de horas que le había contratado el señor Perry, y puesto que

teníamos concertada la cita creí que podíamos seguir adelante. Ahora le dice usted al señor Perry que actúa para mí, no para la Seaboard y que le he pagado ya un anticipo. Eso no es justo. Si quiere llamarlo así, lo será por el asunto por el que he venido a verle, no por esa estupidez del robo del dinero. Eso es una tontería.

Wolfe le preguntó:

—¿Qué le hace pensar que es una tontería?

—Pues que lo es. Ignoro la verdad, pero estoy convencida de que es una tontería.

Wolfe asintió.

—Estoy de acuerdo con usted. Por

eso resulta peligroso.

—¿Peligroso? ¿En qué sentido? Si se refiere a que perderé mi empleo, no lo crea. El señor Perry es el verdadero jefe, sabe que soy más competente, y no es posible que piense que yo cogí ese dinero. Si este otro asunto resulta, y creo que tendremos éxito, tampoco querré continuar trabajando.

—Pero usted querrá su libertad — Wolfe suspiró— ; y la verdad, señorita Fox, estamos perdiendo un tiempo que puede ser precioso. Dígame, se lo ruego, todo lo que sepa de los señores Perry y Muir. El señor Muir insinuó esta tarde que el señor Perry la galantea. ¿Es eso cierto?

—Desde luego que no. —Frunció el ceño y luego sonrió—. Llamándolo así no resulta tan mal, ¿no es cierto?, pero no es así. Comencé a ir a cenar y al teatro con el señor Perry con cierta frecuencia poco después de empezar a trabajar para la Seaboard. Esa fue mi fase aventurera. Estaba dispuesta a serlo.

—¿Y qué fue lo que se lo impidió?

—Nada más que mi desilusión. Siempre tuve intención de llegar a alguna parte, no a una en particular, sino a cualquiera. Mi padre falleció cuando yo tenía nueve años y mi madre contaba diecisiete. Siempre me dijo que yo era como mi padre. Pagó mis estudios

cosiendo para señoras obesas y adoraba a mi madre y aborrecía aquella vida monótona de la que no podía sacarla.

—¿No pudo encontrar a Jorge Rowley?

—No lo intentó con gran empeño. Pensaba que era una fantasía. Una vez escribió a Harlan Scovil, pero le devolvieron la carta. Después de su muerte probé varias cosas, desde vendedora de sombreros hasta un curso de mecanografía, y por espacio de tres años estudié idiomas en mis ratos libres porque quería recorrer el mundo entero. Al fin, tuve la suerte de encontrar un buen empleo en la Seaboard. De eso hace tres años. Por primera vez tenía

dinero suficiente para poder gastar un poco en buscar a Jorge Rowley y los demás que nombra mi padre en su carta... Comprendí que tendría que encontrar algunos de los otros para que alguien reconociera a Jorge Rowley. Supongo que mi madre tuvo razón al decir que yo era como mi padre; desde luego tengo ideas fantásticas y estoy plenamente convencida de que soy una persona poco corriente. Mi idea en aquella ocasión era conseguir el dinero de Jorge Rowley lo más pronto posible, para poder pagar la antigua deuda de mi padre en California, y luego irme a Arabia. El motivo que me hacía desear ir a Arabia...

Se interrumpió bruscamente sobresaltada para preguntar:

—En nombre del cielo, ¿por qué habré empezado a hablar de esto?

—No lo sé. —Wolfe no se impacientó—. Está usted perdiendo nuevamente el tiempo. ¿Qué me dice de Perry y Muir?

—Bien. —Se apartó los cabellos del rostro—. Poco después de empezar a trabajar en la Seaboard, el señor Perry comenzó a invitarme al teatro, diciéndome que su esposa llevaba ocho años en cama y que lo único que deseaba era compañía. Yo sabía que era multimillonario, y después de pensarlo decidí convertirme en una aventurera. Si

le parece una estupidez de niña, se engaña. Para muchísimas mujeres ha sido una carrera excitante y satisfactoria. En realidad nunca pensé hacer gran cosa con el señor Perry, porque no me animaba por su parte, pero esperaba practicar con él y al mismo tiempo conservar mi empleo. Y hasta fui en coche con él, mucho después de que me resultara una molestia. Pensé que también podría hacer prácticas con el señor Muir, pero pronto me arrepentí de haber despertado su interés.

Abatió un tanto sus hombros, enderezándolos luego con un, gesto muy delicado.

—Fue el señor Muir quien me curó

de querer ser una aventurera, quiero decir en el sentido clásico. Claro que no ignoraba que para serlo con éxito debía tratar con hombres y que éstos fuesen ricos, y el ver cómo era el señor Muir, me hizo mirar a mi alrededor y comprender que era casi imposible encontrar un hombre rico que resultase atractivo y divertido. El señor Muir se volvió prácticamente loco después de haber cenado un par de veces conmigo. Una vez vino a mi departamento con un enorme collar de perlas en su bolsillo. Claro que fue desagradable en cierto sentido, pero divertido más que nada, porque a mí nunca me gustaron las perlas. Pero lo peor del señor Muir es

su testarudez. Es escocés, y parece ser que cuando se le mete una idea en la cabeza no puede quitársela...

Wolfe intervino.

—¿El señor Muir es un tonto?

—Pues... sí, supongo que sí.

—Me refiero como hombre de negocios. ¿Es tonto?

—No. En ese aspecto, no. En realidad es muy listo.

—Bien, ahí tiene usted. —Wolfe suspiró—. Es usted muy ingenua, señorita Fox. Usted sabe que el señor Muir, que es un hombre astuto, está dispuesto a presentar una orden de arresto contra usted, acusándola de robo. ¿Cree que lo haría sin estar

preparado? ¿Por qué insiste en actuar rápidamente? Para que no sufran alteración sus preparativos expresamente o por casualidad. Tan pronto como presenten la orden de detención, la policía registrará todas sus pertenencias, incluyendo el lugar donde serán encontrados los treinta mil dólares. ¿No es posible que el señor Muir los cogiera él mismo de su escritorio para ponerlos donde quisiera con las debidas precauciones?

—¿Ponerlos...? —Le miró extrañada—. ¡Oh, no! —Meneó la cabeza—. Eso sería caer demasiado bajo. Un hombre no puede ser tan ruin como para hacer una cosa semejante.

—¿Bien? ¿Quién va a saber mejor que usted, una ex aventurera, que la raza de hombres ruines no ha sido exterminada todavía? Por Dios, señorita Fox, debieran atarla a su cuna. ¿Dónde vive usted?

—Pero, señor Wolfe... Nunca podrá convencerme...

—No voy a perder el tiempo intentándolo. ¿Dónde vive?

—Tengo un pisito en el Este, en la calle Sesenta y Uno.

—¿Y alguna otra pertenencia? Podemos descartar su escritorio de la oficina, porque eso no sería bastante convincente. ¿No tiene alguna casita en el campo? ¿Un baúl en depósito? ¿Un

automóvil?

—Tengo un cochecito. Pero nada más.

—¿Ha venido aquí en él?

—No. Está en un garaje de la calle Sesenta.

Wolfe se volvió hacia mí.

—Archie, ¿quieres ir allí en seguida?

Eché un vistazo al reloj.

—Estaré con Saúl Panzer en diez minutos. Si Fred Durkin no ha ido al cine, con él dentro de veinte minutos, y si ha ido, con Orrie Cather en media hora.

—Búscales. La señorita Fox te dará la llave de su piso, una autorización

para el garaje. Saúl Panzer registrará el departamento a conciencia. Dile lo que debe buscar, y si lo encuentra, que lo traiga aquí. Fred, que coja el automóvil y lo lleve a nuestro garaje. Que lo registre bien y lo deje allí. Esto sólo nos costará veinte dólares, veinte veces el valor del anticipo de la señorita Fox. Todo lo que emprendemos hoy parece una especulación.

Fui hasta el teléfono. Wolfe se dirigió de nuevo a Clara Fox.

—Puede preguntar a la señorita Lindquist y al señor Walsh si quieren lavarse antes de cenar. La cena estará lista dentro de cinco minutos.

Ella movió la cabeza.

—No necesitamos comer. O en todo caso saldremos a tomar un bocadillo.

—¡Por todos los santos! —Estaba a punto de estallar.— ¡Que no necesitan comer! En nombre del cielo, ¿es que son camellos, o hacen como los osos durante el invierno?

Clara se puso en pie, y fue a la habitación contigua para avisarles.

CAPÍTULO VI

INTERRUMPIERON mi cena por dos veces. Saúl Panzer llegó antes de que hubiera terminado la sopa, y Fred Durkin cuando estábamos con la ternera y las verduras. Las dos veces fui al despacho para darles instrucciones y decirles qUe corría prisa.

Wolfe tiene por norma no hablar de negocios en la mesa, pero en aquella ocasión continuamos con ellos, puesto que interrogó a Hilda Lindquist y Mike Walsh y de este modo averiguamos

algunas cosas acerca de ellos. Ella era hija de Victor Lindquist, que ahora contaba ochenta años y no estaba en disposición de viajar, y vivía con él en su granja de Nebraska. Al parecer no manejaba tazas de café, sino trilladoras. Clara Fox había conseguido encontrarla, o mejor dicho, encontrar a su padre por mediación de Harlan Scovil y había venido al Este por ver si había oportunidad de conseguir lo bastante para pagar una docena de hipotecas, y tal vez un poco más para comprar un tractor nuevo o por lo menos una mula.

Walsh había pasado por varios colores antes de llegar a la presente oscuridad. Hizo tres buenas inversiones

en Nevada y California perdiéndolo casi todo. Trató de emplearse como contratista de obras en el Colorado a principio de siglo. Alzó un edificio que se vino abajo cuando seiscientas yeguas pasaron por el Cañón tres días después de haberlo terminado. Había regresado al Este probando esto y aquello, pero al parecer sin que le acompañase la suerte. En la actualidad era vigilante nocturno de una empresa constructora en Madison, y se lamentaba de los tres dólares que perdía al tener que pagar a un sustituto para acudir a la cita de Clara Fox. Le había encontrado un año atrás por medio de un anuncio.

Wolfe hacia las veces de anfitrión

atento. Procuró que Mike Walsh tomase dos vasos de *whisky* y las damas una botella de vino blanco; y como caballero que era, ofreció a Walsh dos filetes más de ternera bien rociados con salsa, por los que hubiera sido capaz de vender su alma. Pero no le dejó encender su pipa cuando llegó el café, diciendo que tenía asma, cosa que no es cierta. Estaba dolido con Walsh por haber tenido que cederle la ternera y se vengaba de aquel modo.

No habíamos hecho más que volver al despacho, poco después de las nueve, y ocupado nuestras sillas... cuando sonó el teléfono. Fui a abrir la puerta y descorrí el cerrojo. Era Fred Durkin,

parecía preocupado y le pregunté:

—¿Lo has encontrado?

—Claro que sí.

—¿Qué ocurre?

—Pues es *curioso*. ¿Está Wolfe aquí? Tal vez también le agrade oírlo.

Cerré la puerta y le conduje al despacho. Se adelantó hasta situarse ante el escritorio de Wolfe.

—Encontré el automóvil, señor Wolfe. Está en el garaje. Pero Archie no me dijo que me trajera también un policía, de modo que me deshice de él. Cogió un taxi y me siguió. Cuando dejé el coche en el garaje y vine aquí andando, él también lo hizo. Está al otro lado de la acera.

—Ya —dijo Wolfe con voz feble. Le desagradaban las complicaciones después de las comidas—. ¿Y si nos presentase primero al policía? ¿Dónde le encontró?

Fred cambió su sombrero de mano. Nunca conseguía hablar con Wolfe sin ponerse nervioso, pero debo confesar que a menudo tenía motivos para ello. Fred Durkin era claro como la luz del sol y el mejor sabueso que he visto, pero nada brillante en sus discursos.

—Bien —dijo—, *fui* al garaje y enseñé la nota al individuo, que dijo que esperase que me traería el coche. Se marchó y al cabo de un par de minutos apareció un hombre de boca grande

preguntándome si iba a dar un paseo. No le había visto nunca, pero hubiera adivinado que se trataba de un policía aunque sólo le hubiese tocado con el dedo meñique y con los ojos cerrados. Supuse que estaría trabajando en algún asunto y que preguntaba sólo por preguntar, de modo que procuré contestarle amablemente. Dijo que si pensaba dar un paseo, que era mejor que me procurase un caballo, porque el coche que yo buscaba iba a permanecer aún allí por el momento.

Wolfe murmuró:

—De modo que le pediste disculpas y fuiste a una droguería para telefonar aquí pidiendo instrucciones.

Fred pareció sobresaltarse.

—No, señor, no lo hice. Tenía orden de llevarme el coche y me lo llevé. Aquel policía no tenía documentos ni nada... En realidad no tenía más que una boca grande. Subí arriba y se vino tras de mí. Cuando el individuo del garaje vio la clase de problema que se le presentaba, se limitó a desaparecer. Yo mismo bajé el automóvil en el ascensor y saliendo a la calle puse rumbo al Este. El policía se montó en el estribo, pero cuando yo me incliné accidentalmente para quitar una mota del parabrisas, le hice saltar. Entonces estábamos en la Tercera Avenida y tomando un taxi me siguió. Cuando llegué a la Décima

Avenida, y una vez en el interior de su garaje, registré el coche de arriba abajo, pero no encontré más que herramientas, un lápiz viejo, una correa de perro, medio paquete de cigarrillos Omar y...

Wolfe le detuvo con un ademán.

—¿Y el policía está ahora al otro lado de la calle?

—Sí, señor. Allí estaba cuando entré.

—¡Espléndido! Espero que no se escape en la oscuridad. Ve a la cocina y di a Fritz que te de un bocadillo de cianuro.

Fred estrujó su sombrero.

—Siento, señor, si es que...

—¡Vete! Nada de bocadillos. Espera

en la cocina. Si tenemos complicaciones aquí, te necesitaremos.

Fred se marchó. Wolfe se recostó en su sillón y cruzó sus manos sobre su abdomen moviendo los labios. Al fin abrió los ojos lo bastante para que Clara Fox viese que la miraba.

—Bien. Llegamos demasiado tarde. Ya le dije que estábamos perdiendo el tiempo.

Ella alzó las cejas.

—¿Demasiado tarde para qué?

—Para evitar que vaya usted a la cárcel. ¿No está bastante claro? ¿Qué razón podía haber para que vigilaran su automóvil, sino el esperar pescarla tratando de huir con él a alguna parte?

Es probable que la estuvieran esperando si es que todavía no han encontrado el dinero.

—¿Encontrarlo, dónde?

—No puedo decirlo. Tal vez en el mismo coche. No soy adivino, señorita Fox. Ahora, antes de que...

Sonó el teléfono. Era Saúl Panzer. Escuché su breve historia, y luego de decirle que no cortara, me volví para decir a Wolfe:

—Es Saúl. Llama desde un teléfono público de la calle Sesenta y Dos de Madison. Ante la casa de la señorita Fox había un policía jugando solo a la herradura. Ha registrado todo el piso sin encontrar nada. Cree que el *poli* sigue

allí, pero no está seguro. Es posible que le siga; si es así, ¿debe deshacerse del policía y venir aquí, o qué?

—Dile que venga aquí, y que por nada del mundo sacuda al policía. Puede que conozca al que ha traído Fred, y en ese caso es posible que les gustase hablar.

Así se lo dije a Saúl antes de cortar la comunicación. Wolfe seguía repantigado con los ojos entrecerrados.

Mike Walsh los había cerrado por completo, y su respiración profunda se percibía en el silencio. Hilda Lindquist tenía los hombros abatidos, pero los ojos brillantes y el rostro sonrosado. Clara Fox apretaba los labios para

adquirir una expresión resuelta.

Wolfe dijo:

—Despierte, señor Walsh. Una vez atendido lo más urgente... aunque en vano... ahora podemos con tranquilidad llenar algunas lagunas con respecto a ese fantástico asunto de la Banda de «El Goma». Señor Walsh, un fuerte golpe con su mano en el pescuezo le ayudará. ¿Un poco de agua? Muy bien... ¿Entendí bien, señorita Fox, cuando dijo que había encontrado a Jorge Rowley?

Ella asintió.

—Hace un par de semanas.

—Cuénteme cómo.

—Pero señor Wolfe... esos detectives...

—Para estar seguro. ¿Recuerda que le dije que debieran atarla a su cuna? De momento esta casa es su cuna. Aquí está a salvo. Volveremos a ocuparnos de ese pequeño problema. Hábleme de Jorge Rowley.

Ella tomó aliento.

—Pues... le encontramos. Hace mucho tiempo empecé a hacer lo que pude, que no fue mucho. Claro que no podía permitirme el lujo de ir a Inglaterra, ni enviar allí a nadie. Pero reuní cierta información. Por ejemplo, averigüé los nombres de todos los generales que habían mandado brigadas en el ejército inglés durante la guerra, y aunque a distancia, comencé a

eliminarles. Había cientos y cientos que aún vivían y, naturalmente, yo ignoraba si el que andaba buscando estaba vivo aún. Hice muchísimas cosas, y algunas bastante ingeniosas a pesar de ser tan tonta. Había encontrado a Mike Walsh por medio de un anuncio. Conseguí veintenas de fotografías y se las fui enseñando. Por supuesto que el que Jorge Rowley hubiera perdido el lóbulo de la oreja derecha fue una ayuda. En diversas ocasiones, cuando sabía por los periódicos que un general o ex general inglés había llegado a Nueva York, me las arreglaba para echarle un vistazo y algunas veces Mike Walsh lo hacía también. Dos semanas atrás llegó

uno, y en la fotografía que apareció en la Prensa daba la impresión de que le faltaba el extremo de la oreja derecha. Mike Walsh le esperó una tarde ante la puerta de su hotel para verle, y era Jorge Rowley.

Wolfe hizo un gesto de aprobación.

—Debía de ser el marqués de Clivers.

—¿Cómo lo sabe?

—Desde luego no por adivinación.

No importa. La felicito, señorita Fox.

—Gracias. El marqués de Clivers salía para Washington al día siguiente, pero regresó. Intenté verle aquella misma tarde, pero no conseguí llegar hasta él. Cablegrafié a un pariente que

tengo en Londres, y supe que el marqués es propietario de grandes fincas, fábricas, minas y un yate. Me había estado comunicando con Hilda Lindquist y Harlan Scovil durante algún tiempo y les telegrafíé que vinieran, enviándoles el dinero para el viaje. El señor Scovil no quiso aceptarlo. Me escribió diciendo que él nunca había aceptado dinero de una mujer y que no pensaba cambiar. —Sonrió a Wolfe—. Imaginó que tendría miedo de las aventureras. Dijo que vendería algunas terneras. El sábado por la mañana recibí un telegrama en el que me decía que llegaría aquí el lunes, y por eso telefoneé a su oficina solicitando una

entrevista. Cuando le vi este mediodía le enseñé dos fotografías del marqués de Clivers y dijo que era Jorge Rowley. Me costó trabajo evitar que saliera detrás del marqués en aquel mismo momento.

Wolfe alzó una mano para detenerla.

—¿Pero qué le hizo pensar que me necesitaría? Hasta el momento no veo ninguna dificultad en todas sus operaciones.

—¡Oh!, siempre pensé que necesitaríamos un abogado al llegar el momento decisivo. Había leído mucho acerca de usted, y le admiraba.

—Yo no soy abogado.

—Eso no importa. Sólo conozco a

tres abogados, y si los viera sabría por qué le he escogido a usted.

—Otra vez está diciendo tonterías.
—Wolfe suspiró—. ¿Quiere usted que crea que me eligió por mi aspecto físico?

—No, por supuesto. Eso sería... De todas maneras le elegí a usted. Cuando le dije cuáles serían sus honorarios, no exageré. Pongamos que sus fincas, minas y demás valgan cincuenta millones...

—¿De libras?

—De dólares, y se avino a pagar la mitad. Veinticinco millones. Pero no he conseguido encontrar a dos hombres. Ni a Coleman «El Goma», el cabecilla, ni al que llamaban «El Tortuga». He

intentado dar con «El Goma», ya que tenía los papeles, pero no lo logré. Si de los veinticinco millones descontamos lo suyo, una tercera parte, nos quedan dieciséis millones. Piense en toda clase de cosas... Separe, para no andar con miserias, quince millones. Nos queda un millón. Eso es lo que le pedí hace una semana.

—¿A quién se lo pidió? ¿A *lord Clivers*?

—Sí.

—Si dijo usted que no había podido verle.

—Eso fue antes de que marchara a Washington. Cuando regresó volví a intentarlo. Había hecho amistad con

cierta persona... lleva ayudantes en su misión... diplomáticos y demás... y yo hice amistad con uno de ellos hará un par de semanas y por su mediación pude llegar hasta el marqués pensando que podría arreglármelas sin ayuda. Estuvo muy desagradable. Cuando supo lo que yo pretendía me ordenó que me marchara diciendo que no sabía de qué le estaba hablando, y cuando quise enseñarle la carta que mi padre había escrito en mil novecientos dieciocho, ni siquiera la miró. Llamó a un empleado joven para que me acompañara hasta la puerta.

No había terminado, pero sonó el timbre de la puerta y yo fui a abrir.

Pensé que si eran dos podrían arrollarme y entrar y por ello dejé la cadena echada hasta ver que se trataba de Saúl Panzer. Entonces abrí, y cerrando la puerta volví a echar el pestillo.

Saúl es el policía público o secreto más diminuto que he visto, pero el de mayor valía. No puede arrollar edificios por carecer de la talla adecuada, pero fuera de todo esto no había nada que no hiciera por ganar su paga. Es difícil describir su aspecto, ya que su nariz impide ver su rostro. Traía una gran caja de cartón bajo el brazo.

Le llevé al despacho. Cuando se aproximó al escritorio de Wolfe dirigió

una rápida mirada a su alrededor que fue suficiente para que la imagen de aquellas tres personas allí sentadas se grabara en su mente hasta el fin de sus días.

—Buenas noches, Saúl —le saludó Wolfe.

—Buenas noches, señor Wolfe. Ya supongo que Archie le habrá dado cuenta de mi llamada telefónica. No tengo mucho que añadir. Cuando llegué el detective estaba en la acera de enfrente. Se llama Bill Purvil. Le vi una vez hace cuatro años en Brooklyn, cuando trabajábamos en el caso Moschenden. No me reconoció. Pero cuando entré en esa casa me siguió.

Imaginé que era mejor seguir adelante. En el piso había teléfono. De encontrar el paquete podría llamar a Archie para que fuese al patio de la calle Sesenta y arrojárselo desde una ventana posterior. Cuando el detective vio que entraba en el departamento con una llave, me detuvo para interrogarme y yo le contesté lo que se me ocurrió. Se quedó en el rellano y yo cerré la puerta por dentro y registré el piso. El dinero no está allí. Salí a la calle y el detective me siguió. Telefoneé desde una droguería. No creía que intentara seguirme, pero quise asegurarme de que si lo hacía no tuviera éxito.

—Bien. —Wolfe hizo un gesto de

aprobación—. ¿Y ese paquete?

Saúl tomó la caja de debajo de su brazo y la colocó sobre la mesa escritorio.

—Me imagino que serán flores. Lleva una etiqueta con el nombre Deumond, una floristería de Park Avenue. Estaba en el suelo ante la puerta del piso. Al parecer acababan de enviarla y va dirigida a la señorita Clara Fox. Sólo tenía orden de registrar el departamento, y por ello no me atreví a abrirla, ya que no estaba dentro; pero tampoco quise dejarla allí, pues tal vez contenga lo que anda buscando. Por eso la traje.

—Bien. ¿Podemos abrirla, señorita

Fox?

—Desde luego.

Yo me levanté para ayudar. Entre Saúl y yo quitamos la tapa de fantasía gris y la cinta. Como estábamos de pie fuimos los únicos que pudimos ver su interior. Yo exclamé:

—Una docena de rosas.

Clara Fox se puso en pie de un salto para mirar. Yo introduje la mano en la caja y saqué un sobre en cuyo interior había una tarjeta. La escritura era difícil y leí en voz alta:

—¿Francis Horrocks?

Asintió.

—Es quien me sirvió de enlace para llegar al marqués de Clivers: Un joven

diplomático que conoce especialmente el lejano Oeste. ¿Verdad que son preciosas? Mira, Hilda. Huele. Son muy bonitas. —Se las mostró a Wolfe—. ¿Verdad que tienen un color precioso, señor Wolfe? Huela. —Miró a Mike Walsh, pero éste había vuelto a dormirse, de modo que volvió a colocarlas en la caja y a sentarse.

Wolfe se rascaba la nariz que ella había rozado con las rosas.

—Saúl. Lleve esas rosas a la cocina y que Fritz las ponga en agua. Usted quédese allí Tiene que ver mis orquídeas, señorita Fox, pero eso puede esperar. ¡Señor Walsh! Archie, despiértale, por favor.

Me acerqué a Walsh para zarandearle y me miró sobresaltado, protestando:

—¡Eh! Hace demasiado calor aquí. Nunca tuve tanto calor después de cenar como aquí.

Wolfe dijo blandiendo el dedo índice:

—Si me hace usted el favor, señor Walsh. La señorita Fox nos ha dado algunos detalles... por ejemplo, que usted reconoció al marqués de Clivers. ¿Entiende lo que le estoy diciendo?

—Claro. —Walsh se pasó los dedos por los ojos y al fin los abrió del todo —. ¿Qué hay con ello?

—¿Reconoció usted al marqués de

Clivers como Jorge Rowley?

—Desde luego que sí. ¿Quién dice lo contrario?

—Hasta ahora nadie. ¿Está seguro de que era el mismo hombre?

—Sí. Ya se lo dije durante la cena. Siempre estoy seguro.

—Eso dijo usted... entre otras cosas. Usted dijo también, que, por una antigua costumbre de cuando estuvo empleado como guardián nocturno, lleva revólver. Que sospechaba que Harlan Scovil era inglés y que toda la sangre inglesa era mala. ¿Lleva encima el revólver por casualidad? ¿Podría verlo?

—Tengo licencia de armas.

—Por supuesto. ¿Podría

enseñármela? Sólo como favor.

Walsh masculló algo entre dientes, pero tras un momento de vacilación se inclinó hacia delante y llevándose la mano a la cadera sacó una pistola. La estuvo mirando y luego pasó su mano izquierda con sumo cuidado por el cañón y se la entregó a Wolfe, que luego de mirarla me la dio a mi para que la inspeccionara. Era una Folwell antigua del cuarenta y cuatro. Estaba cargada. El cilindro lleno de balas no olía a nada que hiciera sospechar que hubiera sido utilizada recientemente. Miré a Wolfe, y al ver que me hacía una seña, devolví el arma a Mike Walsh, que la acarició antes de volverla a su bolsillo.

—¿Quién está perdiendo el tiempo ahora, señor Wolfe? —dijo Clara Fox—. Todavía no nos ha dicho...

Wolfe la contuvo con un gesto.

—No empiece otra vez, señorita Fox, por favor. Deme la oportunidad de ganar mi parte de ese millón, Aunque debo confesar que en mi opinión todos ustedes podían venderlo por un billete de diez dólares y habrían hecho una buena inversión. ¿En qué se basan para llevar esto adelante? En nada. El papel firmado por Jorge Rowley fue confiado a Coleman, a quien no han podido encontrar. La única base, fuera de ésta, para hacer una reclamación legal, sería que el hombre llamado «El Tortuga»

quisiera recobrar el valor de su caballo, y puesto que el señor Walsh nos ha dicho que «El Tortuga» contaba más de cincuenta años en mil ochocientos noventa y cinco, es muy probable que haya muerto. Sólo hay dos sistemas para poder conseguir algo del marqués de Clivers; una es tratar de establecer una reclamación legal por incumplimiento de contrato, para lo cual necesitarían un abogado y no un detective. Ustedes ya han realizado a conciencia el trabajo de un detective. El otro sistema es tratar de atemorizar al marqués para que les pague, amenazándole con hacer público su pasado. Es un método antiguo que a menudo da resultado... técnicamente se

conoce como chantaje. No es...

Ella le interrumpió, fría, pero resuelta:

—No puede considerarse chantaje el querer cobrar lo que un hombre ha prometido pagar.

Wolfe asintió.

—Es un bonito punto de vista. Moralmente lo debe, pero ¿existe algún papel firmado? De todas maneras, déjeme terminar. Yo mismo, me hallo en un aprieto. Cuando usted me dijo por primera vez lo que se proponía, me sentí inclinado a rechazar su oferta sin miramientos. Luego intervino otro elemento, que usted ignora todavía, que le prestó un nuevo interés. Claro que el

interés no es bastante; antes está la cuestión: ¿quién va a pagarme? Esperaré...

Mike Walsh exclamó:

—¡El diez por ciento!

Clara Fox intervino:

—Le dije, señor Wolfe...

—Permítame. No esperaré nada exorbitante. Da la casualidad de que la cuenta de mi Banco está en excelentes condiciones, y por lo tanto mi codicia está relativamente dormida. No obstante, siento profunda aversión a trabajar por amor al arte. Señorita Fox, yo la he aceptado como cliente. ¿Puedo confiar en usted?

Clara asintió con impaciencia.

—Claro que puede. ¿Cuál es el otro elemento que ha intervenido y del que no tengo noticia?

—¡Oh! Eso. —Wolfe contempló los tres rostros con ojos entrecerrados—. A las seis menos veinte de esta tarde, hace menos de cinco horas, Harlan Scovil fue muerto a balazos en la calle Treinta y Uno, cerca de la Décima Avenida.

Mike Walsh pegó un respingo y miró a Wolfe, que continuó:

—Iba por la acera y alguien disparó cinco veces contra él desde un automóvil. Cuando un transeúnte llegó a su lado ya había muerto. El automóvil fue encontrado, vacío.

Clara Fox exclamó asombrada:

—¡Harlan Scovil!

Hilda Lindquist apretó los puños y los labios. Mike Walsh miraba a Wolfe y de pronto exclamó:

—¡Es usted tonto de remate!

Desde luego era todo un record que Wolfe se dejara llamar tonto dos veces en una sola tarde. Tomé nota para reírme cuando tuviera tiempo. Clara Fox decía:

—Pero, señor Wolfe... no es posible... ¿Cómo puede...?

Walsh continuaba desahogándose.

—De modo que oyó usted disparos y por eso quiso oler mi revólver. ¡Es usted un estúpido! Por todos los cochinos... — Se detuvo bruscamente, y apoyando las manos en sus rodillas entrecerró los

ojos. Parecía muy despierto y competente para ser un anciano de setenta años—. ¡Al diablo con todo eso! ¿Dónde está Harlan? Quiero verle.

Wolfe quiso apaciguarle con un gesto.

—Refrénesse, señor Walsh. Todo a su tiempo. Como usted ve, señorita Fox, esto es una complicación.

—Terrible. ES... es horrible. ¿Le han asesinado realmente?

Hilda Lindquist habló de pronto.

—Yo no quería venir aquí. Ya te lo dije. Siempre pensé que era una pretensión absurda. Mi padre me hizo venir. Está viejo y enfermo y deseaba que viniera porque pensó que tal vez así

conseguiríamos el dinero suficiente para salvar la granja.

Wolfe asintió.

—Y ahora, naturalmente...

Hilda alzó su barbilla cuadrada.

—Ahora celebro haber venido. He oído hablar a mi padre a menudo de Harlan Scovil. Le hubieran asesinado igual, de no haber venido yo, y celebro estar aquí para ayudar. Ustedes tendrán que decirme lo que debo hacer porque no lo sé. Pero si ese marqués piensa que puede negarse a hablar con nosotros y luego asesinarnos por la calle... ya verá.

—Yo no he dicho que le asesinara el marqués, señorita Lindquist.

—¿Y quién si no?

Por su tono pensé que iba a decirle que no fuese estúpido, pero no lo hizo y se limitó a mirarle.

—No puedo decírselo —repuso Wolfe—. Pero tengo más detalles para usted. Ésta tarde Hartan Scovil vino á nuestra oficina. Dijo al señor Goodwin que había venido antes de la hora de la entrevista para ver qué clase de hombre era yo. A las cinco y veintiséis minutos, mientras esperaba para verme a mí, recibió una llamada telefónica y se marchó en seguida. Recuerden que poco después de que ustedes llegaran esta tarde, llegó una visita y les pedimos que pasasen a la habitación contigua. Era un detective del Estado que nos informó del

crimen, describió el cadáver, y dijo que en su bolsillo había sido encontrado un papel con mi nombre y dirección, así como también con los nombres de Clara Fox, Hilda Lindquist, Michael Walsh y el marqués de Clivers. Scovil había sido asesinado sólo nueve minutos después de recibir la llamada telefónica que le hizo abandonar la casa.

Clara Fox dijo:

—Yo le vi escribir esos nombres, mientras comía conmigo.

—Seguramente sería él mismo... señor Walsh. ¿Telefoneó usted aquí al señor Scovil a las cinco y veintiséis?

—Desde luego que no. ¿Cómo iba a hacerla? Esa es una pregunta estúpida.

Yo ignoraba que estuviese aquí.

—Lo supongo. Pero creí posible que Scovil hubiera dispuesto encontrarse aquí con usted. Cuando Scovil llegó, había otro hombre en el despacho, uno de mis clientes, y Scovil se aproximó a él y le dijo que no era Mike Walsh.

—Bueno, ¿acaso lo era? Yo soy Mike Walsh, míreme. La única cita que tenía con él era a las seis y con la señorita Fox. Deje eso de una vez. Le he preguntado dónde está Harlan. Quiero verle.

—A su tiempo, señor... Señorita Fox. ¿Telefonó usted al señor Scovil aquí?

Ella movió la cabeza.

—No. ¡Oh, no! Creí que había dicho usted que fue un hombre.

—Eso parecía. Es posible que Fritz se equivocase. ¿Fue usted quien telefoneó, señorita Lindquist?

—No. No he telefoneado a nadie en Nueva York, excepto a Clara.

—Bien. —Wolfe suspiró—. Supongo que ven ustedes esta nueva dificultad. Quienquiera que telefonease sabía que Scovil estaba en Nueva York y en este despacho. ¿Quiénes lo sabían además de ustedes tres?

Hilda Lindquist exclamó:

—El marqués de Clivers lo sabía.

—¿Cómo lo sabe?

—No lo sé. Lo veo así. Clara había

ido a verle y él la amenazó con hacerla detener si seguía molestandole. La hizo vigilar, y este mediodía los detectives la vieron con Harlan Scovil, al que siguieron hasta aquí y luego notificaron al marqués de Clivers. Entonces él telefoneó...

—Es posible, señorita Lindquist. Admito que es posible. Y si substituye al detective por un miembro del séquito del marqués, incluso todavía más. Pero suponiendo que aceptásemos esa idea, ¿cree que lo haría la policía? Estoy seguro de que esa idea no iba a gustarles.

Mike Walsh exclamó:

—Al diablo con los malditos

policías irlandeses.

Clara Fox quiso saber:

—El detective que estuvo aquí... ese del que nos ha hablado... y que le dio la noticia del crimen, si nuestros nombres estaban en el papel. ¿Por qué no quiso vernos?

—Sí que quería, ya lo creo. Pero observé que en el papel no había más dirección que la mía, de modo que probablemente le costará encontrarles. Decidí no mencionar que estaban aquí, de momento, porque deseaba hablar con ustedes y sabía que les hubiera acaparado toda la noche.

—El detective de mi piso... puede haber estado allí... por esto...

—No. Apenas han tenido tiempo.

Además, había otro en el garaje.

Clara le miró y tomó aliento.

—Parece que estoy en un buen apuro.

—En dos, señorita Fox. —Wolfe llamó para pedir cerveza—. Pero es posible que antes de darnos por vencidos cambien las cosas.

CAPÍTULO VII

SOLO a medias oí el extraño comentario de Wolfe. Parte de mi pensamiento iba de una cosa a la otra sin encontrar dónde situarlas. A decir verdad, durante toda la noche me había ido intranquilizando, desde que Foltz nos había hablado de los nombres escritos en aquel papel y Wolfe le dejó marchar sin decirle que tres de las personas que buscaba estaban sentadas en la habitación de al lado. Estaba investigando un crimen, y el hecho de

que el nombre de un personaje como el marqués apareciese en el papel, significaba que no iban a dejar piedra por remover. Más pronto o más tarde encontrarían a aquellas tres personas, y cuando supieran donde estuvieron cuando Slim Foltz nos visitó, se molestarían. Existían ya un par de fieles policías que consideraban a Wolfe un poco tramposo, y al parecer aquello iba a aumentar esta opinión. Yo sabía muy bien cómo trabajaba Wolfe, y cuando vi que dejaba marchar a Foltz, supuse que iba a sostener una pequeña conversación con el trío visitante y luego telefonar a alguien como Cramer, de la Jefatura Superior, o Dick Morley, del

Departamento Fiscal, para disponer algunas entrevistas. Pero he aquí que eran ya más de las diez y seguía de conversación. Aquello no me gustaba nada.

Reparé en sus extraños comentarios, de los dos apuros y de efectuar un cambio. Comprendí su idea, y ese fue uno de los puntos que ocuparon mi pensamiento. Vi la relación que podía existir entre el asunto de la banda de «El Goma:» y el procurar que Clara Fox pareciese la autora del robo de los treinta grandes. Ella había ido a ver al británico con su pretensión, y él fríamente la había echado a la calle. Pero quedó preocupado. Incluso

podríamos decir asustado, de no haber sido un noble. Pocos días después se le ocurre la idea de simular lo del robo. Sería interesante descubrir si el marqués de Clivers conocía al señor Muir y hasta qué punto. Clara Fox había dicho que Muir era escocés, de modo que no podía uno fiarse de él tanto como de los ingleses, o tal vez un poco menos. Como de costumbre, Wolfe me llevaba la delantera, pero no me había perdido, yo jadeaba a sus espaldas.

Entretanto tenía que escuchar, ya que la conversación continuaba. Después del comentario de Wolfe acerca del cambio, Mike Walsh se puso en pie de pronto para anunciar:

—Me marchó.

Wolfe le miró.

—Todavía no, señor Walsh.

Siéntese.

Mas él permaneció en pie.

—Tengo que marcharme. Quiero ver a Harlan.

—El señor Scovil ha muerto. Se lo ruego, señor. Quedan aún un par de puntos por explicar.

—No me gusta esto —murmuró Walsh—. ¿No ve que no me gusta? —Miró a Wolfe, luego volvió su mirada hacia mi y volvió a sentarse en el borde de su silla.

Wolfe dijo:

—Se está haciendo tarde. Tenemos

que enfrentarnos con tres problemas distintos, y cada uno de ellos presenta dificultades. Primero el asunto del dinero desaparecido de las oficinas de la Seaboard Products Corporation. Hasta ahora parece sólo un problema personal de la señorita Fox y lo discutiré con ella más tarde. Segundo, su propósito colectivo de cobrar cierta suma de dinero del marqués de Clivers, y tercero, el peligro que corren ustedes como consecuencia del asesinato de Harlan Scovil.

—El peligro lo dividiremos, señor.
—Walsh había vuelto a entrecerrar los ojos—. Igual que el dinero.

—Como lo prefieran. Pero

consideremos en primer lugar el segundo problema. No veo razón para abandonar el ataque contra el marqués de Clivers porque el señor Scovil haya encontrado una muerte violenta. De hecho, ello debiera impulsarnos a continuar. Mi consejo es este... Archie, tu block. Copia la carta para el marqués de Clivers y que será firmada por mí. Salúdale democráticamente: Muy señor mío:

»He sido contratado por el señor Victor Lindquist y su hija, la señorita Hilda Lindquist, como su representante para recoger cierta cantidad que usted les debe desde mil ochocientos noventa y cinco. En ese año, y en Silver City,

Nevada, con su conocimiento y anuencia, el señor Lindquist compró un caballo a un hombre conocido por «El Tortuga», y lo ensilló para que usted lo utilizara para realizar una diligencia particular y urgente. Usted firmó un papel antes de partir haciéndose cargo de su obligación, pero desde luego la deuda seguiría siendo una obligación legal incluso sin ese documento.

»En aquel lugar y a aquella hora los caballos eran escasos y muy valiosos; sin contar que por ciertas razones peculiares de su situación, aquel caballo era para usted de un valor extraordinario en aquellos momentos. La señorita Lindquist, representando a su padre,

declara que ese extraordinario valor puede traducirse en unos cien mil dólares. Por lo tanto, esa es la cantidad que les debe usted, con un interés del seis por ciento acumulado hasta la fecha.

Confío en que pagará la suma debida sin dilación y sin obligarnos a recurrir a la acción legal. Yo no soy abogado. Si usted prefiere efectuar el pago a través de dos abogados que representen a las dos partes, nos avendremos gustosos a hacer este arreglo.»

Wolfe se reclinó en su sillón.

—¿Le parece bien, señorita Lindquist?

Ella le miraba con el ceño fruncido.

—El no puede remediar con dinero

la muerte de Harlan Scovil.

—Desde luego que no. Pero cada cosa a su tiempo. Debo decirles que esta reclamación no tiene base legal, puesto que ha caducado con el tiempo, pero el marqués no se atreverá a agarrarse a esa defensa. Estamos al borde del chantaje, pero nuestra intención es buena. También debo explicarles que al seis Por ciento de interés compuesto, el dinero se dobla en el plazo de doce años y que el valor actual de la suma que yo reclamo en esa carta pasa del millón de dólares. Un precio un tanto elevado por un caballo, pero sólo lo utilizamos como punto de referencia. ¿Da su aprobación, señorita Fox?

Clara Fox, con las manos cruzadas sobre su regazo, ya no parecía tan fría y dulce como por la tarde cuando Muir había declarado ante ella que era una vulgar ladrona.

—No —respondió—. No creo que queramos... no, señor Wolfe. Me estoy dando cuenta... de que por culpa mía han matado al señor Scovil. Yo empecé todo esto. ¡Sólo por ese dinero... no! No envíe esa carta. No haga nada.

—¡Ya! —Wolfe bebió un trago de cerveza y volvió a dejar el vaso con la lentitud acostumbrada—. Después de todo, parece que el crimen a veces es provechoso.

Ella crispó sus manos.

—¿Provechoso?

—Evidentemente. Si, como parece probable, Harlan Scovil fue asesinado por alguien complicado en el asunto de la banda de «El Goma», el criminal lo hizo por dos fines: para quitar de en medio a Scovil y asustar al resto de ustedes. Para desalentarles, y al parecer lo ha conseguido. Habría que felicitarle.

—No estamos asustados.

Hilda Lindquist intervino, con la barbilla erguida:

—Yo no. Envíe esa carta.

—¿Señorita Fox?

Se encogió de hombros antes de asentir:

—De acuerdo. Envíela.

—¿Señor Walsh?

—A mi no me cuente. Dijo usted que deseaba explicar algo.

—Sí. —Wolfe vació su vaso—. Entonces enviaremos la carta. El tercer problema permanece incommovible. Debo llamar su atención hacia estos factores: Primero, la policía les está buscando a los tres en estos momentos... en su caso, señorita Fox, dos sectores distintos de policía. Segundo, la policía es capaz de llegar a la conclusión de que el asesino de Harlan Scovil es alguien que le conocía o sabía de él, y que estuvo esta tarde por este vecindario. Tercero, es probable que en todo Nueva York no haya nadie que haya oído nunca

hablar de Harlan Scovil, fuera de ustedes tres y Clivers; o, si lo hubiera, no es probable que la policía lo descubra... La verdad es que no se les ocurrirá esa idea hasta que hayan agotado todas las posibilidades de ponerse en contacto con ustedes tres. Cuarto, cuando les encuentren y les interroguen, sospecharán no sólo del asesinato de Scovil, sino también de algún complot descabellado contra el marqués de Clivers, puesto que su nombre aparecía en el papel.

»Quinto. Cuando les interroguen, se les presentan tres caminos a seguir. Pueden decir la verdad, en cuyo caso su absurda y extravagante historia reforzará

sus sospechas y será suficiente para convencerles de casi todo, incluso del crimen. O pueden variarla un poco, y decirles sólo parte de la verdad e inventando para rellenar los huecos, con lo que les cogerán en mentiras y les acosarán más que nunca. O acogerse a los derechos constitucionales y negarse a hablar; si lo hacen así les encarcelarán como testigos materiales, y sin fianza. Como ven ustedes, es un dilema con tres perspectivas y ninguna atrayente. Como bien ha dicho la señorita Fox, están en un aprieto, y ninguna de las tres salidas les dará *hors de combat* para volver a molestar al marqués de Clivers.

Hilda mantenía su barbilla erecta.

Mike Walsh estaba inclinado hacia delante con los ojos fijos en Wolfe. Clara Fox había dejado de retorcerse las manos y sus labios estaban apretados. Los abrió para decir:

—De acuerdo. Usted gana. ¿Cuál hemos de escoger?

—Ninguna. —Wolfe suspiró—. Ninguna de esas. Maldita sea, nací romántico y nunca he conseguido curarme. Pero, como he dicho antes, espero cobrar. Espero haber puesto bien en claro que no ha de encontrarles la policía hasta que estén preparados para ello. ¿Lo he demostrado?

Las dos mujeres preguntaron a un tiempo:

—¿Y bien?

—Pues... Archie, trae a Saúl.

Yo me levanté por la costumbre de obedecer, no porque sintiera entusiasmo. Estaba molesto. Aquello no me gustaba. Encontré a Saúl en la cocina, bebiendo oporto, mientras contaba historietas a Fred y Fritz, y le llevé al despacho.

—Diga, señor —le dijo una vez estuvo ante la mesa de Wolfe.

Wolfe habló, pero sin dirigirse a él.

—Señorita Lindquist, éste es don Saúl Panzer. Yo confiaría en él más de lo que puede considerarse prudente. Es soltero, pero tiene conocidos que se han casado y posiblemente incluso amigos, con la correspondiente vivienda... un

departamento o una casa... ¿Tiene usted algo que decirle?

Pero la joven era algo lenta y no le comprendió. Clara Fox preguntó a Wolfe:

—¿Puedo hablarle yo?

—Hágalo, se lo ruego.

—La señorita Lindquist quisiera recluirse una temporadita... sólo unos días... no sabe exactamente cuántos. Pensó que tal vez usted supiera de algún sitio... quizá alguno de sus amigos...

Saúl asintió.

—Desde luego, señorita Lindquist.

—Se volvió hacia Wolfe—. ¿Han dado orden de detenerla?

—No. Todavía no.

—¿Debo darle la dirección a Archie?

—De ninguna manera. Si necesito comunicarme con la señorita Lindquist puedo hacerlo por medio de Envíos Generales. Ella puede notificarme por teléfono qué sección.

—¿Saldremos por la parte de atrás que da a la calle Treinta y Cuatro?

—Iba a sugerírtelo. Cuando vuelvas a estar libre, ven aquí. Esta misma noche. —Wolfe parpadeó, dirigiendo luego su vista hacia la joven—. ¿Hay algo de valor en el equipaje que dejó en el hotel, señorita Lindquist?

—No mucho. No.

—¿Lleva usted dinero?

—Tengo treinta y ocho dólares y mi billete de vuelta a casa.

—Bien. Eso es opulencia. Buenas noches, señorita Lindquist. Que duerma usted bien.

Clara Fox también se había puesto en pie y acercándose a la joven le puso las manos sobre los hombros y la besó.

—Buenas noches, Hilda. Las cosas van mal, pero... mantén la cabeza bien alta.

Hilda Lindquist dijo en voz baja:

—Buenas noches a todos. —Y dando media vuelta siguió a Saúl Panzer fuera de la habitación. A los pocos segundos pude oír sus pasos en la escalera que conduce al sótano donde

hay una puerta que da al patio posterior. Todos mirábamos a Wolfe que estaba destapando una botella de cerveza. Yo estaba pensando: supongo que ahora enviará a la señorita Fox a Budapest con su madre. Me parecía adivinar su pensamiento.

Wolfe miró a Mike Walsh.

—Ahora, señor, le toca a usted. Observo sus muestras de disgusto, pero estamos haciendo todo lo que podemos. En la cocina hay un hombre llamado Fred Durkin, a quien usted ya ha visto. Dentro de su capacidad merece su confianza y la mía. Le sugiero...

—No quiero a ningún Durkin. — Walsh volvía a estar en pie—. No

quiero nada de usted. Me marchó.

—Pero, señor Walsh. —Wolfe le detuvo con un ademán—. Créame, no le dará resultado ser tan obstinado. No soy alarmista por naturaleza, pero hay ciertos aspectos de este asunto...

—Eso he notado. —Walsh se aproximó a la mesa— .

Eso es lo que no me gusta. —Miró a Clara Fox, luego a mí y a Wolfe, para demostrar su disgusto—. Es posible que no esté en la primavera de la vida, pero todavía no estoy en la caja. ¿Qué clase de trapisonda quería gastarle a un pobre viejo como yo, eh? Que me marche y me esconda. ¿Por qué he de hacerlo? ¿Puedo hacer un par de preguntas?

—Eso ya son tres. —Wolfe suspiró —. Adelante.

Walsh se volvió hacia mí.

—Usted, ¿se llama Goodwin, no? ¿Fue usted quien contestó ayer al teléfono, cuando llamaron a Harlan Scovil?

—No —le sonreí—. No estaba aquí.

—¿Dónde estaba?

—En las oficinas de la Seaboard Products Corporation, donde trabaja la señorita Fox.

—¡Ajá! ¿De veras? Usted no estaba aquí. Y supongo que pudo ser usted quien telefonara a Harlan.

—Cierto que pude hacerlo, pero no lo hice. Escuche, señor Walsh...

—Ya he escuchado bastante. He estado escuchando a Clara Fox durante todo un año y mirando su cara bonita. No tenía razón para dudar de ella, y ¿qué ha resultado de todo esto? He ayudado a mi viejo amigo Harlan Scovil a encontrar la muerte en una emboscada. Mi viejo amigo Harlan. —Se detuvo bruscamente apretando los labios, y mientras nos miraba, un grueso lagrimón brotó de cada uno de sus ojos, dejando un surco brillante en sus mejillas arrugadas. Continuó—: Yo he cenado con usted. Me ha invitado a una comida y a tres bebidas. Tal vez quiera devolvérselo algún día. Puede que sea como es debido, pero sé que hay alguien

que no lo es y voy a averiguarlo. ¿Qué es eso de que van a perseguir a la señorita Fox por robar dinero? También puedo averiguar eso. Y si quiero cobrar algo a ese inglés, marqués o lo que sea, puedo cobrarlo yo solo. Buenas noches a todos.

Y dando media vuelta se dirigió a la puerta. Wolfe gritó:

—¡Detenle, Archie!

Recordando el revólver que llevaba en su bolsillo, saqué el mío y le sujeté por detrás. Lanzó un gruñido y después de propinarme un par de puntapiés en las espinillas y tratar de desasirse, tuvo el sentido suficiente para darse cuenta de que no le serviría de nada. Se

estremeció un tanto y luego permaneció inmóvil, aunque yo seguí sujetándole.

—¿No me deja marchar, eh?

Wolfe le habló desde el otro extremo de la habitación.

—Usted me ha llamado idiota, señor Walsh. Yo le devuelvo el cumplido. Pero usted es peor, es un obcecado. Pero también es un viejo, y por eso le debo respeto. Puede ir a donde le plazca, pero debo advertirle que cada paso que dé puede ser peligroso. Además, cuando hable, cada palabra puede ser peligrosa no sólo para usted, sino también para la señorita Fox y la señorita Lindquist. Le aconsejo que tome todas las precauciones...

—Yo sé cuidarme.

—¡Mike! —Clara Fox se acercó a él con la mano extendida—. Mike, no puede pensar... Lo que el señor Wolfe dice es cierto. No nos abandone ahora. Suéltele, señor Goodwin. Dele la mano, Mike.

Walsh meneaba la cabeza.

—¿No le viste sujetarme, y sólo porque quería marcharme por mi propio pie? Odio a los detectives como siempre les he odiado, ¿y qué estaba haciendo en tu oficina? Y si eres mi enemiga, Clara Fox, Dios te proteja, y si no, podrás ser mi amiga. Ahora no. Cuando me suelte me marcharé.

—Suéltale, Archie. Buenas noches,

señor Walsh.

Yo aflojé la presión de mis brazos y di un paso atrás. Mike Walsh se llevó la mano a la cadera, se volvió a mirarme y luego dijo a Wolfe:

—Pero no soy un estúpido.
Enséñeme la salida posterior.

Clara Fox le suplicó:

—No se vaya, Mike.

No le contestó. Yo eché a andar hacia la cocina y él me siguió después de recoger su sombrero y su abrigo en el recibidor. Le dije a Fred que le acompañara al patio, y al pasaje que daba a la calle Treinta y Cuatro, y les encendí la luz del sótano. Les estuve viendo marchar. No me importaba

mucho aquel asunto, que ahora tenía aún peor aspecto por culpa de aquel anciano irlandés que iba en busca de la respuesta a sus preguntas. Pero no había intentado disuadirle, porque conozco el paño.

Cuando regresé al despacho, Clara Fox continuaba de pie, y preguntó:

—¿Se ha ido de verdad?

Asentí.

—Ya lo creo.

—¿Usted cree que sentía verdaderamente lo que dijo? —Se volvió a Wolfe—. Yo no creo que lo sintiera en absoluto. Estaba sólo furioso, asustado y triste. Sé lo que sentía. Lamenta que Harlan Scovil haya muerto asesinado porque nosotros empezamos

este asunto y ahora no desea marcharse y esconderse. Yo tampoco. No quiero marcharme.

—Entonces es una suerte que no tenga usted que hacerla. —Wolfe vació su vaso, que puso de nuevo en la bandeja, que corrió hasta un extremo de la mesa. Aquello significaba que tenía bastante cerveza por aquel día y que por consiguiente no era probable que abriese más de una botella antes de irse arriba, contando con que se fuera pronto. Suspiró—. Comprenda, señorita Fox, que esto es algo sin precedentes. Hace mucho años que no duerme ninguna mujer bajo este techo. No es que yo las desapruebe, excepto cuando quieren

hacer las veces de animales domésticos. Pero cuando se dedican a las vocaciones que mejor les sientan, tales como acicalarse, adular, engañar, la superchería y el mimo, algunas veces resultan criaturas espléndidas. De todas formas... encontrará su habitación, que está precisamente encima de la mía, muy cómoda. Debo añadir que soy terriblemente aficionado a las buenas líneas, el colorido y los materiales finos, y que tengo muy buen gusto en esas cuestiones. Es un placer contemplarla. Posee usted una belleza inusitada. Le participo que aunque la idea de que una mujer duerma bajo mi techo me resulta insoportable, en este

caso estoy dispuesto a transigir muy gustoso.

—Gracias. Entonces, ¿debo ocultarme aquí?

—Sí. Debe usted permanecer en su habitación con las cortinas echadas. Será necesaria mucho prudencia; ya le daremos más detalles. El señor Goodwin cuidará de ello. Si su estancia se prolonga, es posible que pueda reunirse con nosotros en el comedor a las horas de las comidas; el comer en una bandeja es un insulto para el que come y para la comida; y en esta casa la comida se sirve puntualmente a la una y la cena a las ocho. Pero antes de que se retire a descansar hay una o dos cosas

que necesito saber; por ejemplo, ¿dónde estuvieron usted, la señorita Lindquist y el señor Walsh entre cinco y seis de esta tarde?

Clara Fox asintió.

—Lo sé. Por eso me preguntó si había matado a alguien, y yo creí que se había vuelto loco. Ya le he dicho que estuvimos buscando a Harlan Scovil,

—Vayamos por partes. Anota, Archie. El señor Goodwin me informó de que usted había salido de las oficinas Seaboard a las cinco y cuarto.

Clara me miró.

—Sí, poca más o menos. A esa hora esperaba encontrarme con Harlan Scovil en su hotel de la calle Cuarenta y Cinco,

y no llegué allí hasta más de las cinco y media. No estaba. Miré por la calle, y fui hasta un hotel que hay en la manzana siguiente por si no me había entendido bien, y al no encontrarle volví al primero, pero tampoco estaba entonces. Me dijeron que había pasado toda la tarde fuera. Hilda se hospedaba en un hotel de la calle Treinta, y yo le había dicho a Mike Walsh que estuviera en el vestíbulo a las seis menos cuarto, que yo iría a recogerles. Claro que llegué tarde, ya eran las seis cuando fui allí, y decidimos pasar por el hotel de Harlan Scovil una vez más, pero tampoco le encontramos. Esperamos unos minutos y al fin resolvimos venirnos sin él, por

eso llegamos aquí a las seis y media. — Se detuvo y se mordió el labio inferior —. Ya estaba muerto... entonces. Mientras nosotros le buscábamos. Y yo que proyectaba... que pensaba...

—Cálmese, señorita Fox. No podemos resucitarle. De modo que no sabe usted nada de lo que hicieron la señorita Lindquist y el señor Walsh entre las cinco y las seis... Cálmese, se lo ruego. No vuelva a decirme que soy un estúpido o acabaré por creerlo. Sólo trato de formar una imagen, o más bien un boceto. Tal vez sea mejor que nos deje ya y vaya a acostarse. Recuerde que debe permanecer en su habitación por su propia tranquilidad y para

evitarme serias complicaciones. El señor Goodwin...

—Lo sé. —Me miró frunciendo el ceño—. Lo pensé cuando me dijo usted que debía quedarme aquí. Me considera usted cómplice por el hecho...

—No diga tonterías. —Wolfe se enderezó y su mano se dirigió automáticamente hacia el lugar donde había estado el vaso. Me miró para ver si yo había reparado en su gesto y luego volvió a apoyar la espalda contra la silla—. Estoy actuando convencido de que usted no está complicada en el robo ni en el crimen. Si lo está, dígalo y márchese. Si no, vaya a acostarse. Fritz le enseñará su habitación. —Apretó el

timbre—. ¿Y bien?

—Iré a acostarme. —Se apartó los cabellos del rostro.— Aunque no creo que consiga dormir.

—Espero que duerma, aunque ahora no le apetezca. De todas maneras no se pasee mucho, porque yo duermo precisamente debajo de usted. —Se abrió la puerta y Wolfe se volvió a mirar —. Fritz. Haz el favor de acompañar a la señorita Fox a la habitación sur, pon toallas limpias y demás. Por la mañana le llevas sus rosas con el desayuno, pero antes que Teodora les corte los tallos... Y a propósito, señorita Fox, usted no lleva nada consigo. Tendrá que pasarse sin sus articulas de tocador, pero creo

que podremos proporcionarle una prenda para dormir. El señor Goodwin tiene un pijama de seda muy bonito que su hermana le envió desde Ohio como regalo de cumpleaños. Es atrevido, pero bonito. Estoy seguro de que a él no le importará. Fritz, supongo que lo encontrarás en el cajón de la cómoda que hay cerca de la ventana. A menos... que prefieras ir a buscarlo tu mismo, Archie.

Hubiera querido tirarle algo a la cabeza. Sabía perfectamente lo que yo pensaba de aquel pijama. Estaba tan dolido que debía reflejarse en mis mejillas, ya que vi a Fritz morderse el labio inferior. Me costó reponerme más

de lo acostumbrado, aunque nunca he sido muy rápido, pero en aquel instante sonó el timbre de la puerta, lo cual fue una suerte para Wolfe. Me puse en pie pasando ante ellos para dirigirme al recibidor.

No tuve cuidado por dos razones. En primer lugar, daba por hecho que era Saúl Panzer que regresaba de acompañar a Hilda Lindquist a su lugar de reclusión, y el motivo para que diera algo por hecho cuando no debía hacerlo, puesto que siempre es perjudicial en nuestra profesión, fue que seguía pensando en el intento de Wolfe de hacerse el gracioso. De todas formas sigo reconociendo que fui imprudente.

Descorrí el cerrojo y quitando la cadena abrí la puerta.

Casi me tiran al suelo y el borde de la puerta me dio en un hombro. Eran dos y al parecer llevaban prisa. Me eché hacia atrás y le di a uno en el estómago con la rodilla y al otro le retorcí un brazo. Empezó a tambalearse, pero no me preocupé por ello; recogí al que había detenido con la rodilla y lo utilicé como escoba confiando en la rapidez y en mis ciento ochenta libras. El resultado dejó limpio el recibidor. Salimos a tal velocidad que el primer individuo cayó de bruces, y yo, dejando caer al que llevaba en brazos, me apresuré a cerrar la puerta. Entonces

hice sonar el timbre tres veces. El individuo que se había caído, el que quiso golpearme, estaba ya en pie y se acercaba diciendo:

—Somos oficiales.

—¡Cállese! —Oí pasos en el interior y grité a través de la puerta cerrada—: ¿Fritz? Dile al señor Wolfe que han venido un par de caballeros y me quedo con ellos en el porche para charlar. ¡Y oye! Aquello está en el último cajón.

CAPÍTULO VIII

YO DIJE:

—¿QUÉ quiere decir eso de oficiales? ¿Del ejército o de la marina?

Me miró. Era un paco más alto que yo y se irguió para exagerar la diferencia. Su voz fue lo bastante dura como para asustar a una colegiala hasta el punto de hacerle perder los calcetines.

—Escucha, pimpollo. He oído hablar de ti. ¿Te gustaría echar una buena siestecita en alguna celda?'

El otro policía también se había puesto en pie, pero era muy bajo y estaba furioso. Yo me apresuré a echar aceite sobre las turbulentas aguas. Normalmente hubiera disfrutado con una buena discusión, pero deseaba averiguar algo y luego volver a entrar en la casa. Adopté una sonrisa amistosa.

—¿Cómo diablos iba yo a saber que eran policías? Está bien, gracias, sargento. Sólo vi que se abría la puerta y entraba un ciclón. ¿Es ese el modo de inspirar confianza?

—De acuerdo; ahora ya sabe que lo somos. —El sargento había vuelto su solapa para mostrarme su insignia—. Déjenos entrar. Queremos ver a Nero

Wolfe.

—Lo siento, pero tiene jaqueca.

—Nosotros le curaremos. Escuche.

Un amigo mío me previno una vez contra usted. Dijo que llegaría un día en que habrían de bajarle los humos. Tal vez haya venido aquí a eso. Pero de momento es cuestión de la Ley. Abra esa puerta o la abriré yo mismo. Quiero ver al señor Wolfe por un asunto de la policía.

—No existe ninguna ley para eso. A menos que tenga una orden de registro.

—De todas formas usted no podría leerla. Déjenos entrar.

Yo me estaba impacientando.

—¿Para qué perder el tiempo? No

pueden entrar. Acaban de fregar el suelo, y de todas maneras Wolfe no habría de recibirles a estas horas de la noche. Díganme lo que desean como caballeros y policías, y veré si puedo ayudarles.

Me miró, e introduciendo la mano en el bolsillo interior de su chaqueta extrajo un documento mientras yo notaba una extraña sensación en mis rodillas, como si fueran a ponerse a bailar el charleston. Si era una orden de registro la broma terminaría allí. Lo desdobló alargándomelo para que lo viera, e incluso a la escasa luz de un farol de la calle una mirada me bastó para hacerme recobrar la respiración. Sólo era una

orden de detención. Le eché un vistazo y entre otras cosas vi la firma de Ramsey Muir e hice un gesto de asentimiento.

El sargento gruñó:

—¿Ve el nombre? Clara Fox.

—Sí, es un bonito nombre.

—Vamos a entrar a buscarla. Abra.

Enarqué las cejas.

—¿Aquí? Están locos.

—De acuerdo, estamos locos. Abra la puerta.

Moví la cabeza y sacando un cigarrillo le prendí fuego diciendo:

—Escuche, sargento. Es inútil perder el tiempo repitiendo las cosas. Usted sabe perfectamente que tiene tanto derecho a entrar por esa puerta como el

que pueda tener una cucaracha, a menos que traiga una orden de registro. De ordinario, el señor Wolfe está más que dispuesto a cooperar con ustedes; si no lo saben, pregunten al inspector Cramer. Y yo lo mismo. ¡Diablos, algunos de mis mejores amigos son policías! Ni siquiera estoy molesto porque hayan intentado arrollarme y si les he empujado fue porque les tomé por ladrones. Pero da la casualidad que en este momento no deseamos compañía de ninguna clase.

—¿Está aquí Clara Fox? —dijo tras de lanzar un gruñido.

—¡Vaya una pregunta! —Le sonreí—. O bien no está, en cuyo caso la

respuesta es no, o si está y yo no quiero que ustedes lo sepan, ¿creen que iba a decirles que si? Podría hacerlo si estuviera en cualquiera otra parte para que no fueran allí a buscarla.

—¿Está aquí?

Me limité a menear la cabeza.

—Está usted protegiendo a una evadida de la justicia.

—Yo no soñaría siquiera con hacer semejante cosa.

El policía bajito con el que había barrido el recibidor intervino con voz de tenor:

—Detenle por resistirse a la autoridad.

—El sargento sabe que no debe

hacerlo —le reproché.— Sabe que no me encerrarían, o si lo hicieran, he leído en cierta ocasión que a un hombre le dieron el retiro por falso arresto.

El más alto me miró de hito en hito unos instantes y luego descendiendo los escalones del porche fue hasta la calle. No sé si esperaba ver allí al ejército ruso, o iba en busca de un bar para beber algo. Le gritó a su compañero.

—Quédate ahí, Esteban. Vigila esa puerta. Voy a telefonar y es probable que nos envíen a alguien para cubrir la retirada. Cuando ese pájaro se vuelva para entrar en la casa, propínale un buen puntapié donde tú ya sabes.

Le saludé con la mano.

—Buenas noches, sargento —hice sonar el timbre tres veces, saqué la llave de mi bolsillo y abrí la puerta para entrar en casa. Si aquel tenor me llega a propinar el puntapié le aplasto la nariz. Corrí el cerrojo. Fritz estaba en mitad del recibidor con mi automática en la mano, y le dije:

—Cuidado, está cargada.

Estaba muy serio.

—Lo sé, Archie. Pensé que podías necesitarla.

—No, gracias. Les muerdo en la yugular. Es un juego.

Fritz me entregó la pistola riendo y se marchó a la cocina. Yo me dirigí al despacho. Clara Fox se había marchado,

y yo imaginé que se estaría contemplando en el espejo con mi pijama puesto. Me lo probé una vez, pero nunca me atreví a usarlo. No había hecho más que entrar en el despacho cuando sonó el timbre. Cuando volví al recibidor y abrí la puerta, sin quitar la cadena, me pregunté si sería el tenor que me llamaba para propinarme el puntapié, pero esta vez era Saúl Panzer. Cuando le hube visto le pregunté por la mirilla:

—¿La encontraste?

—No. La perdí. Perdí la pista.

—Eres perro vieja.

Abrí para dejarle entrar y le acompañé al despacho. Wolfe hallábase

repantigado en su sillón con los ojos cerrados. La bandeja había vuelto a su posición habitual y en ella veíase un vaso rebosante de espuma y dos botellas. Estaba celebrando las complicaciones.

—Aquí está Saúl —le anuncié.

—Bien. —Sus ojos permanecieron cerrados—. ¿Fue todo bien, Saúl?

—Sí, señor.

—Por supuesto. Satisfactorio.

¿Puedes dormir aquí?

—Sí, señor. Me detuve para recoger mi cepillo de dientes.

—Ya. Muy bien. Archie, dale la habitación norte, la que está encima de la tuya. Dile a Fred que le esperamos a

las ocho de la mañana y envíale a su casa. Si tienes hambre, Saúl, ve a la cocina; si no, coge un libro y espera en la habitación contigua. En breve te daré instrucciones.

Fui a la cocina y haciendo levantar a Fred Durkin de su silla le acompañé hasta la puerta después de advertirle que no tropezase con los obstáculos que pudiera encontrar en el porche. Mas el policía había abandonado la entrada y hallábase en la acera apoyado en una boca de incendios. Se irguió para mirar a Fred, y yo esperaba que fuese lo bastante tonto para creer que era Clara Fox con pantalones, pero era demasiado esperar. Volví a atrancar la puerta y

regresé al despacho.

Saúl se hallaba en la habitación de al lado enfrascado en la lectura de un libro. Wolfe continuaba tras su escritorio. Cuando transcurrieron un par de minutos sin que Wolfe diera señales de vida, dije en tono indiferente:

—La conmoción que ha habido en el recibidor hace un rato fue porque el Mayor y el Comisario de Policía venían en busca de la libertad de la ciudad sitiada. Les he cortado la cabeza y las he tirado al cubo de la basura.

—Un momento, Archie. No me molestes.

—Está bien. Me tomaré la leche. Es probable que sea el último placer

inocente de que disfrute antes de que nos metan en la cárcel. Recuerdo que una vez me dijo usted que no hay ningún momento en la vida de un hombre demasiado vacío para ser dramatizado. Al parecer piensa que es una excusa para llenar la vida con...

—¡Maldita sea! —Wolfe suspiró y vi brillar sus ojos—. Muy bien. ¿Quiénes estuvieron en el recibidor?

—Dos de la policía secreta, uno nada menos que sargento, con una orden de arresto contra Clara Fox firmada por Ramsey Muir. Quisieron cogernos por sorpresa y yo les eché a la calle con mis manos y mis pies. ¿Satisfactorio?

Wolfe se alzó de hombros.

—Concedo que en ciertas ocasiones no hay tiempo para cortesías. ¿Se quedaron?

—Uno está ahí fuera apoyado en una boca de incendios. El sargento fue a telefonar. Quieren cubrir la parte de atrás. Es una suerte que Walsh y Hilda Lindquist se hayan marchado ya. Me imagino que...

Sonó el teléfono. Me volví para cogerlo, y dejé mi vaso de leche.

—Diga. Aquí la oficina de Nero Wolfe.

Alguien me dijo que esperase, y otra voz añadió:

—Oiga, ¿Wolfe? Soy el inspector Cramer.

Le dije que no cortara y me volví a Wolfe.

—Es Cramer. Despierto a estas horas de la noche.

Mientras Wolfe levantaba el teléfono que había encima de su mesa me hizo señas de que no dejara el mío, y yo me apresuré a coger mi block y el lápiz.

Cramer estaba furioso, un tanto asombrado y también resentido. Contó una historia lamentable. Al parecer el sargento Heath, uno de los mejores hombres de su división, durante el cumplimiento de su deber para realizar una detención, había intentado entrar en la oficina de Nero Wolfe para consultarle y se le había negado la

entrada. De hecho, se le impidió por la fuerza. ¿Qué clase de cooperación era aquélla?

A Wolfe también le sorprendieron sus protestas. Cuando su ayudante, el señor Goodwin, había arrojado a los intrusos a la calle con sus propias manos, ignoraba que fueran policías; Y cuando se descubrió su identidad, su actuación había demostrado sus intenciones amistosas sin lugar a duda. Wolfe sentía que hubiera un malentendido.

Cramer gruñó:

—Está bien. Es inútil tratar de escurrirse. ¿Qué es lo que pretende? ¿Ganar tiempo? Quiero la chica, y

cuanto antes mejor.

—Ya. —Wolfe no se inmutó—. ¿Quiere la chica?

—Ya lo sabe. Goodwin vio la orden de arresto.

—Sí, me contó que vio una orden de detención. Por robo, creo que dijo. ¿Pero no es un poco extraño, señor .Cramer? Es casi medianoche, y usted, todo un inspector, está frenético por un robo...

—No estoy frenético. Pero quiero encontrar a esa chica y sé que la tiene usted ahí. Es inútil, Wolfe. Hace menos de media hora que recibí una llamada telefónica diciéndome que Clara Fox estaba en su oficina en aquel momento.

—Cuesta sólo cinco centavos llamar por teléfono. ¿Quién era?

—Eso es asunto mío. El caso es que está ahí. Hablemos en plata. Si Heath vuelve ahora a su casa, ¿podrá llevársela? ¿Sí o no?

—Señor Cramer —Wolfe aclaró su garganta—, le hablaré en plata. En primer lugar, ni a Heath ni a nadie que se presente se le permitirá entrar en mi casa sin una orden de registro.

—¿Cómo diablos quiere que consiga una orden de registró a medianoche?

—No sabría qué decirle. En segundo lugar, la señorita Clara Fox es mi cliente, y aunque deseo ardientemente defender sus intereses, no por ello

espero violar la Ley. Tercero, por el momento no contestaré ninguna pregunta más, no importa cuál sea, que se refiera a su paradero.

—Conque no, ¿eh? ¿Y a eso le llama cooperar?

—En absoluto. Le llamo sentido común. Y no hay por qué discutirlo.

Hubo una larga pausa y al cabo Cramer volvió a decir:

—Escuche, Wolfe. Esto es más importante de lo que usted supone. ¿Puede venir a mi oficina en seguida?

—¡Señor Cramer! —Wolfe estaba despavorido—. Usted sabe que no me es posible.

—Quiere decir que no quiere.

Olvídelo por una vez. Yo no me moveré de aquí. Le digo que es importante.

—Lo siento, inspector. Como usted sabe, dejo mi casa muy rara vez y sólo impelido por exigencias personales. La última vez que salí fue en un taxi conducido por Dora Chapin y para salvar la vida de mi ayudante, el señor Goodwin.

Cramer gruñó un poco.

—¿No vendrá?

—No.

—¿Puedo ir yo a su casa?

—Yo creo que no, dadas las circunstancias. Como le he dicho, no puede entrar sin una orden de registro.

—¡Al diablo con la orden de

registro! Tengo que verle. Quiero decir sólo verle y hablar con usted.

—¿Sólo hablar? ¿No me oculta nada?

—No. Es la verdad. Estaré ahí dentro de diez minutos.

—Muy bien. —Vi que Wolfe desarrugaba las mejillas—. Trataré de contener al señor Goodwin.

Colgamos. Wolfe presionó el timbre para llamar a Fritz. Yo, cerrando mi block, lo coloqué sobre el escritorio y cogí el vaso para beber un sorbo. Luego, consulté el reloj, y viendo que era medianoche decidí que lo mejor era armarse de paciencia y fui hasta el armario para servirme una copa de

borgoña. Sabía bien; de modo que eché otro trago. Fritz había traído a Wolfe más cerveza, que iba llegando a su destino.

—Dígame dónde está Mike Walsh —dije—, e iré a romperle la crisma. Debe haber ido a la primera droguería para telefonar a Jefatura. Debimos hacer que Fred le siguiera.

Wolfe meneó la cabeza.

—Tú siempre te zambulles en la playa más cercana, Archie. Algún día te darás contra una roca y te abrirás la cabeza.

—¿Si? ¿Y ahora qué? ¿No fue Walsh quien le telefoneó?

—No tengo la menor idea. No estoy

dispuesto a zambullirme. Tal vez el señor Cramer nos proporcione una pista. Dile a Saúl que vaya a acostarse y que acuda a mi habitación a las ocho para recibir instrucciones.

Fui a la habitación contigua para dar cuenta del programa a Saúl, y tras desearle unas buenas noches, regresé de nuevo a mi mesa. Sobre ella vi una tarjeta blanca que había caído de mi agenda donde la colocara horas antes, olvidándola después. La recogí para leerla. *Francis Horrocks*.

—Me pregunto qué grado de intimidad tendrá Clara Fox con ese nuevo amigo suyo —dije—. Ese joven diplomático que le envió las rosas. Fue

él quien le consiguió la entrevista con su jefe. ¿Dónde imagina usted que interviene?

—¿Que interviene en qué?

De modo que eso era lo que pensaba. Alcé una mano comprensivamente.

—Oh, en la vida. Ya sabe, el misterio del Universo. La trama de todas las cosas.

—Te aseguro que no lo sé. Pregúntale a él.

—¡Vaya si lo haré! Sólo que creí que primero debía preguntárselo a usted. No sea tan reservado. El caso es que estoy deshecho. Ese Harlan Scovil que ha sido asesinado era un buen hombre. Le

hubiera gustado; dijo que nadie podía conocer lo bastante bien a una mujer para dejarla suelta por ahí. Aunque supongo que ahora usted habrá cambiado de opinión, puesto que hay una mujer durmiendo en su cama...

—¡Alto ahí!... Mi cama...

—Usted duerme en todas las camas de la casa excepto en la mía, ¿verdad? Claro que es suya. ¿Ha cerrado la puerta con llave?

—Sí. Le di orden de que no abriera más que a Fritz o a ti.

—Bien. Así puedo ir por allí en cualquier momento.

¿Hay algo que desee decirme antes de que llegue Cramer? Por ejemplo,

quién mató a Harlan Scovil, dónde están los treinta grandes y qué ocurrirá cuando cojan a Mike Walsh y les cuente lo de nuestra reunión de esta tarde? ¿Se da usted cuenta de que Walsh estaba aquí cuando Saúl se llevó a Hilda Lindquist? ¿No ve que Walsh puede estar en estos momentos en la oficina de Cramer? ¿No comprende...?

—Es suficiente, Archie. Definitivamente. —Wolfe se sirvió mas cerveza—. Es demasiado para mi. Como le dije al señor Walsh, no soy alarmista, pero desde luego comprendo que la señorita Fox corre un peligro más inminente que ninguno de mis anteriores clientes que yo recuerde; si no peligro

de perder su vida, si el de arruinarla por completo. Por eso he aceptado el riesgo de ocultarla aquí. En cuanto a la muerte de Harlan Scovil, mis pensamientos señalan la misma dirección, pero eso es poco para mi propia satisfacción y totalmente insuficiente para la seguridad de la señorita Fox o las demandas de una retribución legal. Puede que averigüemos algo por medio del señor Cramer, aunque lo dudo. Hay que dar ciertos pasos sin la menor dilación. ¿Podrían estar aquí con Orrie y Johnny Keems mañana a las ocho?

—Los traeré. Es posible que tenga que sacar a Johnny de la cama.

—Hazlo. Procura que estén aquí a

las ocho si es posible, y envíalos a mi habitación. —Suspiró—. Hemos de molestar a mucha gente, pero no puede evitarse. Tú tendrás que quedarte en casa. Antes de retirarnos habremos de discutir algunos acuerdos con respecto a la señorita Fox. Y a propósito, la carta que he dictado en beneficio de nuestra cliente, la señorita Lindquist, deberá enviarse certificada antes de que recojan el correo de la mañana. Envía a Fritz para que la eche.

—Entonces será mejor que la copie a máquina ahora, antes de que llegue Cramer.

—Como gustes.

Me volví, destapé la máquina y

abriendo mi block me dispuse a copiarla. Sonreí ante el «Muy señor mío», pero me contuve al pensar que si Wolfe no me hubiera dicho que fuese democrático me hubiera visto en un apuro y tal vez hubiera puesto algo así como: «Señor Marqués...». Por el artículo que había leído el día anterior supe dónde estaba: en el Hotel Portland. Wolfe la firmó y luego de entregársela a Fritz le acompañé hasta la puerta y esperé a que regresara. El policía bajito seguía esperando fuera.

Cuando regresaba al despacha, y antes de que tuviera tiempo de sentarme, sonó el timbre de la puerta. No quise correr el menor riesgo, ya que Fred se

había ido a su casa y Saúl estaba ya durmiendo arriba. Descorrí la mirilla y cuando vi que Cramer venia solo abrí la puerta. Penetró en el interior y una vez hube cerrada la puerta recogí su sombrero y su abrigo. Le miré con buenos ojos porque sabía que había estado defendiendo la Ley por espacio de treinta años.

Murmuró:

—Hola, muchacho. ¿Está Wolfe en el despacha?

—Si. Pase usted.

CAPÍTULO IX

WOLFE y el inspector se saludaron. Cramer tomó asiento y sacando un cigarro, del que mordió un extremo, le prendió fuego con una cerilla. Wolfe apretó su nariz entre sus dedos índice y pulgar para prevenir a sus membranas contra lo que se avecinaba. Yo estaba ante mi mesa con el block sobre las rodillas sin molestarme en ocultarlo.

—¿Sabe que es usted un diablo — soltó Cramer—. ¿Sabe lo que iba pensando cuando venia hacia aquí?

Wolfe movió la cabeza.

—No puedo adivinarlo.

—Ya veo que no lo adivina. Decidí que era una de estas dos cosas: o bien ha resuelto ocultar aquí a la señorita Fox y espera ganar tiempo, y esperar el día para llevarla a otra parte, o bien la ha enviado a otra parte y nos está engañando haciéndonos creer que está aquí para que no nos pongamos sobre su pista. A propósito, supongo que no sería Goodwin quien telefoneó a mi despacho a las once y media...

—Yo creo que no. ¿Fuiste tú, Archie?

—No, señor. Palabra de honor.

—Muy bien. —Cramer se llenó los

pulmones de aire y tosió—. Sé que es inútil jugar al *poker* con usted, Wolfe. Renuncié a ello hace años. He venida a poner algunas cartas sobre la mesa y a pedirle que haga lo mismo. La verdad es que el Comisario dice que no lo pedimos, sino que lo exigimos. No queremos correr el albur...

—¿El comisario de policía? ¿El señor Hombert? —Wolfe enarcó las cejas.

—El mismo. Estaba en mi despacho cuando le telefoneé. Ya le dije que esto es más importante de lo que usted se imagina. Ha metido usted la pata.

—No diga eso. —Wolfe suspiró—. Estaba seguro de que lo haría más

pronto o más tarde.

—Oh, no estoy tratando de impresionarle. También he renunciado a eso. Sólo le expongo los hechos. Como ya le dije al comisario, es usted tramposo y difícil de manejar, pero nunca he sabido que haya descendido hasta mancharse con el barro. Aparte de ciertas concesiones, usted ha sido siempre un buen ciudadano.

—Gracias. Continuemos.

—Bien. —Cramer aspiró su cigarro y sacudió la ceniza—. Dije que iba a mostrar algunas cartas. En primer lugar hay que considerar el fondo de la cuestión, y será mejor que lo mencione. Ya sabe usted lo que ocurre hoy en día,

todo el mundo lo hace por los demás y la mitad se han vuelto locos. Cuando un barco alemán atraca en nuestro puerto, un grupo de judíos van allí, le arrancan la bandera y arman un revuelo infernal. Si un profesor escapado de Italia trata de dar una conferencia, una banda de fascistas le echa abajo y le dan una paliza. Cuando se intenta alimentar a personas sin trabajo se vuelven comunistas y promueven una revolución. Se ha llegado hasta el punto de que cuando un par de presidentes de algún Banco tienen que cenar en la Casa Blanca, los criados revisan todo el suelo en busca de pieles de plátano que puedan haber puesto allí para hacerles

caer. Todo el mundo se ha vuelto loco.

Wolfe asintió.

—Sin duda alguna tiene usted mucha razón. Yo no salgo mucho, pero todo eso me parece asombroso.

—Lo es. Para ir a un caso más concreto, cuando cualquier extranjero prominente nos visita, tenemos que vigilarle de cerca. No deseamos que ocurra nada. Por ejemplo, le sorprenderían las precauciones que hemos de tomar cuando el embajador de Alemania viene a Washington para asistir a un banquete. Usted pensaría que ha estallado la guerra. ¡Y a decir verdad, así es! Nadie está dispuesto a ello, pero todos quieren dar primero.

Quienquiera que desembarque en este puerto hoy en día, puede estar seguro de que hay alguien esperándole para quitarle de en medio.

—Sería mejor que todo el mundo se quedara en su casa.

—¿Si? Oh, eso es asunto de ellos. De todas formas, le he expuesto la situación. Hace un par de semanas llegó un hombre procedente de Inglaterra llamado Marqués de Clivers.

—Lo sé. Lo leí en la Prensa.

—Entonces ya sabe a lo que vino.

Wolfe asintió.

—De un modo general. Por una alta misión diplomática... cuestiones del Oriente.

—Tal vez. No soy político, sino policía. Lo era hace treinta años y sigo siéndolo. Pero el Marqués de Clivers es tan importante como otro cualquiera. Conocimos su llegada por el Ministerio de Estado. Cuando desembarcó aquí hará un par de semanas le prestamos nuestra protección hasta que partió para Washington, y cuando regresó, hace ocho días, lo mismo.

—¿Lo mismo? ¿Quiere usted decir que sus hombres le acompañaron constantemente?

Cramer movió la cabeza.

—Constantemente no. Sólo en las apariciones públicas y vigilándole de un modo general. Empleamos hombres

especializados. Si observamos u oímos algo que despierte nuestras sospechas, nos ponemos a trabajar. A eso es a lo que voy. A las cinco y veintiséis de esta tarde fue asesinado un hombre sólo a unas manzanas de aquí. En su bolsillo encontraron un papel...

Wolfe alzó una mano.

—Sé todo eso, señor Cramer. Conozco el nombre de ese individuo, que había salido de mi despacho pocos minutos antes de ser asesinado y que en el papel aparecía el nombre del Marqués de Clivers. El detective que estuvo aquí, creo que se llamaba Foltz, me lo enseñó.

—¡Oh! ¿Se lo enseñó? ¿Y bien?

—Pues... vi los nombres en él escritos. El mío estaba entre ellos. Pero, como ya expliqué al señor Foltz, yo no había visto a aquel hombre. Habla llegada a nuestra oficina inesperadamente y sin anunciarse, y el señor Goodwin tuvo que...

—Si. —Cramer se quitó el cigarro de la boca y se inclinó hacia delante—. Escuche, Wolfe, no quiero discutir con usted, pues reconozco que es usted mejor que yo. He hablado con Foltz y sé lo que le dijo. Esta es mi posición: en nuestra ciudad hay un hombre que representa a un Gobierno extranjero en un asunto de importancia y yo soy el responsable de su seguridad y de evitar

que sea importunado. Un hombre es asesinado a tiros en plena calle y en un papel que encontramos en su bolsillo aparece el nombre del Marqués de Clivers entre otros. Naturalmente no me importaría saber quién mató a Harlan Scovil, pero el haber encontrado ese nombre hace que se trate de algo más que de un homicidio vulgar. ¿Cuál es la relación que existe y qué significa? El comisario dice que debemos averiguarlo a toda prisa o es posible que nos encontremos con un conflicto indeseable. Ya hemos cometido una equivocación. Como un estúpido novato, el capitán Devore fue esta noche a ver al Marqués de Clivers sin consultarlo

previamente con Jefatura.

—Ya. ¿Quiere un vaso de cerveza, señor Cramer?

—No. El marqués se limitó a mirar a Devore como si se tratase del más vil de los animales, diciendo que el muerto debía pertenecer a una agencia de Seguros y que aquel papel sería una lista de posibles clientes. Más tarde, el propio comisario telefoneó al marqués, quien por aquel entonces había recordado que hoy hace ocho días fue a visitarle una tal Clara Fox, contándole una historia absurda para tratar de sacarle dinero y que él la había echado. De modo que existe una relación. Sin duda alguna es una especie de complot y

puesto que es lo bastante importante como para que alguien se haya tomado la molestia de quitar de en medio a Harlan Scovil, no puede decir que sean tonterías. Su nombre aparecía en el papel. Sé lo que usted dijo a Foltz. Muy bien. Lo que tengo que hacer es encontrar a esos otros tres, y debiera estar en la cama hace ya dos horas. Primero permítame hacerle una pregunta muy sencilla: «¿Sabe usted qué relación existe entre Clara Fox, Hilda Lindquist, Michael Walsh y el Marqués de Clivers?»

Wolfe osciló la cabeza lentamente.

—Eso no le serviría de nada, señor Cramer.

—Eso he de decirlo yo. ¿Me

responderá? —Cramer mordió su cigarro con fuerza.

Wolfe volvió a negar con la cabeza.

—Desde luego que no... Permítame, por favor. Enfoquemos la cuestión, ahora desde otro punto distinto, así: ¿Qué me han contado con respecto a las relaciones existentes entre esas cuatro personas que pudiera, o bien resolver el problema de la muerte de Harlan Scovil, o amenazar la seguridad personal del Marques de Clivers o hacerle víctima de persecuciones ilegales e inmerecidas? ¿Quiere aceptarlo como su pregunta?

Cramer le miró con el ceño fruncido.

—Repítala.

Wolfe obedeció y Cramer dijo:

—Bien... respóndala.

—La respuesta es, nada.

—¿Eh? Le estoy preguntando,

Wolfe...

Wolfe le detuvo con un ademán y diciendo en tono seco:

—Basta. Hemos terminado. Admito que tiene derecho a visitarme, como ciudadano que disfruta de las oportunidades y privilegios de la ciudad de Nueva York, y que no debo poner obstáculos... sino ayudarle hasta cierto extremo... en sus esfuerzos por defender a un distinguido huésped extranjero contra el peligro y molestias impertinentes. También comprendo sus esfuerzos por resolver un crimen. Pero

debe tener en cuenta dos cosas: Primera, que es posible que sus dos empresas resulten incompatibles. Segunda, que por lo que a mi respecta, por lo menos de momento, ésa será mi respuesta a su pregunta. Puede que tenga otras que hacerme a las que no me importe contestar. ¿Quiere que probemos?

Cramer le miró mordisqueando su cigarro.

—¿Sabe una cosa, Wolfe? Algún día se caerá usted y se hará daño.

—Usted me dijo esas mismas palabras en esta habitación, hace ocho años.

—No me sorprende que lo hiciera.
—Cramer dejó el resto de su cigarro en

el cenicero y sacó otro—. Ahí va una pregunta: ¿Qué quiere decir con eso de incompatible? Supongo que sería el Marqués de Clivers quien quitó de en medio a Harlan Scovil. Es sólo una idea.

—A mi también se me ha ocurrido. Podría ser muy bien. ¿Tiene alguna coartada?

—No lo sé. Me figuro que el comisario se olvidó de preguntárselo. ¿Tiene usted alguna prueba?

—No. En absoluto. —Wolfe hizo un gesto—. Pero voy a decirle una cosa. Para mi también es importante resolver la muerte de Harlan Scovil en interés de un cliente.

Bueno, mejor dicha, de dos.

—¡Oh! ¿Usted tienes clientes?

—Los tengo. Ya le he dicho que hay varias preguntas a las que podría contestar si usted se molestara en hacérmelas. Por ejemplo, ¿sabe quién estaba sentada en la silla que ocupa usted ahora hace sólo tres horas? Clara Fox. ¿Y en esa otra? Hilda Lindquist. ¿Y en aquélla? Michael Walsh. Creo que queda cubierta la lista de ese famoso papel, con la excepción del Marqués de Clivers. Y siento decir que él estaba ausente.

Cramer se había inclinado hacia delante, y volvió a su posición anterior diciendo:

—Me engaña usted.

—Le hablo muy en serio.

Cramer le miró mientras quitaba de su lengua una partícula de tabaco. Al fin dijo:

—De acuerdo. ¿Qué debo preguntarle ahora?

—Pues... nada acerca del tema de nuestra conferencia, ya que se trata de un asunto privado. Puede preguntarme dónde se encuentra ahora Michael Walsh, y tendré que contestarle que no tengo la menor idea. Ni tampoco del paradero de la señorita Lindquist. Se marchó de aquí hará un par de horas. El encargo que he recibido de ella es un asunto puramente civil, que no roza para

nada la ley de lo criminal. Mi otro cliente es Clara Fox. Su caso sí que tiene que ver con la ley criminal, pero no se trata de ningún crimen. Como ya le dije por teléfono, de momento no quiero contestar a ninguna pregunta con respecto a su paradero.

—Muy bien. ¿Qué más?

—Ahora tal vez me permita que sea yo quien haga una pregunta. Usted dijo que deseaba ver a esas personas por la muerte de Harlan Scovil y en su deseo de proteger al Marqués de Clivers. Mas el detective que envió aquí y a quien el señor Goodwin recibió de un modo tan extraño, traía una orden de arresto por robo. ¿Se extraña de que estuviera, y

esté, algo receloso de su buena fe?

—Bien. —Cramer contempló el extremo de su cigarro—. Si recogiera toda la buena fe que hay ahora en esta habitación, no llenaría ni una cucharita de café.

—Mucha más, inspector, si incluyese la mía. —Wolfe abrió del todo los ojos—. La señorita Fox es acusada de robo. ¿Cómo sabe usted si justa o injustamente? Usted imaginaba encontrarla en mi casa. ¿Tenía alguna razón para suponer que yo ayudaría a una persona sospechosa de robo a escapar del tribunal de la ley? No. Si pensaba hallarla aquí, ¿no pudo telefonarme y disponer que la retuviera

en custodia hasta mañana por la mañana en que yo podría ponerla en libertad bajo fianza? ¿Necesitaba asaltar mi casa e insultar mi dignidad enviando a sus hombres para que echaran la puerta abajo y se llevaran a una joven encantadora a la cárcel en plena noche? ¡Es una vergüenza, inspector —Wolfe se sirvió otro vaso de cerveza.

Cramer movió lentamente la cabeza de un lado a otro.

—Cielos, es usted terrible. Sabe muy bien, Wolfe, que a mí no me interesaba ningún robo. Quería hablar con ella del crimen y de ese condenado marqués.

—Bah. Después de haber hablado

con ella, ¿la hubiera encarcelado?

—Supongo que sí. Diablos, muchísimas personas inocentes pasan una noche en la cárcel, y a veces mucho más.

—Las personas que me contratan para que lo evite, no. Si lo que usted deseaba era hablar con ella, ¿por qué esa orden de arresto? ¿Y por qué esa entrada hostil y violenta?

Cramer asintió.

—Eso fue un error. Lo admito. Le diré la verdad. El comisario estaba presente exigiendo acción inmediata. Y llegó la llamada telefónica. Ignoro quién la hizo. Sólo dijo que Clara Fox se hallaba en su casa, y que la misma Clara

Fox estaba reclamada por robo en la Seaboard Products Corporation. Me puse en contacto con otro departamento y supe que se había extendido una orden de arresto contra ella a última hora de la tarde. Fue idea del comisario el utilizarla para enviar a nuestros hombres aquí y llevársela a toda prisa.

Continué trazando signos anotando lo que decían, pero mi pensamiento estaba en otra parte... con Mike Walsh. Era evidente que Wolfe había cometido un error al permitir que Walsh se marchara sin ser vigilado, considerando que Nueva York está lleno no sólo de teléfonos, sino también de «metros», trenes y múltiples lugares donde poder

escondarse. Y por primera vez consideré seriamente si Walsh no pudo tener una razón para deshacerse de su antiguo amigo Harlan Scovil. Al ver que Wolfe movía los labios con un gesto muy característico, sospeché que pensaba lo mismo que yo. Cramer estaba diciendo:

—Vamos, Wolfe, olvídalo. Ya sabe cómo son todos los comisarios de policía. No son agentes. Creen que todo lo que tienen que hacer es mostrar su insignia y de este modo el hombre más fuerte romperá a llorar. Sea cooperador y ayúdeme por esta vez. Quiero ver a la señorita Fox. Creo en su palabra en lo referente a Walsh y la señorita Lindquist, pero ayúdeme con Clara Fox.

Si la tiene aquí hágala salir, y si no, dígame dónde puedo encontrarla. Si la ha dejado marchar, cosa que no es mal truco, déme su pista. Ella puede que sea su cliente, pero yo no bromeo al decirle que lo mejor que puede hacer por ella ahora, y a toda prisa, es dejarme verla. No me importa nada ese robo...

Wolfe le interrumpió.

—A ella sí, y a mí también. La acusación de robo sigue su curso y es cosa de la oficina del fiscal del distrito; usted no tiene autoridad para variarla en un sentido o en otro. Lo sé. Y en cuando al Marqués de Clivers, no necesita protegerlo de Clara Fox. Y de la muerte de Harlan Scovil, ella sabe tanto como

yo. Es decir, incluso menos, puesto que es posible que yo sepa quién le mató.

Cramer exhaló una bocanada de humo sin apartar los ojos de Wolfe. Al fin dijo:

—Bien. Se trata de un crimen. Yo soy el encargado del Departamento de Homicidios. Soy todo oídos.

—Eso es todo. Esa ha sido mi cooperación. Cramer pareció disgustado.

—No es posible. Es demasiado, o demasiado poco. Ha dicho usted lo bastante para convertirse en testigo esencial. Y ya sabe lo que podemos hacer con los testigos esenciales si queremos.

—Si, lo sé. —Wolfe suspiró—. Pero no irá usted a encarcelarme, porque entonces no estaría en libertad para poder desentrañar este misterio para mi cliente... y para usted. Dije, que es posible que lo supiera... —Se irguió de repente—. ¡Remotamente posible, inspector! ¡Dios les confunda a todos! A los marqueses que necesitan protección, a las hienas de las finanzas, a los mantenedores del poder para perseguir y difamar. Y no confunda esta explosión como un desahogo de indignación moral; es meramente la protesta sencilla de un hombre de negocios que ve sus asuntos obstaculizados por la ignorancia y la estupidez. Espero cobrar de mi cliente,

la señorita Fox. Para ello necesito presentar una reclamación en su nombre por deuda legal, desvirtuar esa falsa acusación de robo y me temo que descubrir además quién asesinó a Harlan Scovil. Esas son necesidades legítimas y las llevaré adelante. ¡Si usted desea proteger a su precioso marqués, hágalo, en nombre del cielo! ¡Rodéele de un círculo de hierro y acero, o sumérjale en gelatina antiséptica! ¡Pero no me moleste cuando intento trabajar! Es más de la una y tengo que levantarme poco después de las seis, y todavía nos queda mucho que hacer al señor Goodwin y a mí. Tengo pleno derecho a aconsejar a la señorita

Fox que evite todas las conversaciones molestas. Si desea verla, búsquela. Ya le he dicho que no contestaré a ninguna pregunta que se relacione con su paradero, pero le diré una cosa: si se propone invadir esta casa con una orden de registro, no la encontrará aquí.

La cerveza del vaso de Wolfe estaba ya caliente, pero él ni se daba cuenta, Bebió lo que quedaba y luego se enjugó los labios con un pañuelo que había sacado de su bolsillo.

—¿Bien, inspector?

Cramer dejó su cigarro en el cenicero y tras frotarse las manos unos instantes, tiró del lóbulo de una de sus orejas y se puso en pie mirando a Wolfe.

—Sabe que le aprecio. Lo sabe muy bien. Pero este asunto está más allá de mi alcance. El comisario estuvo hablando esta tarde con el Palacio de Justicia. Así es cómo están las cosas. Es posible que envíen a buscarle. Es una advertencia amistosa.

—Gracias, inspector. ¿Se marcha ya? El señor Goodwin le acompañará hasta la puerta.

Así lo hice. Fui al recibidor, le entregué su abrigo y su sombrero, y antes de abrir la puerta atisbé por la mirilla. El rió por lo bajo y me dio una palmada en la espalda, cosa que no me hizo desear abrazarle precisamente. Desde luego él sabía muy bien cuándo

una manzana está demasiado alta para alcanzarla sin escalera, y por supuesto es inútil dejar que un individuo adivine que uno está dispuesto a sacudirle a menos que se esté dispuesto a salir corriendo. Vi que su enorme automóvil, con su chofer correspondiente estaba detenido junto a la acera, y a un extraño que paseaba por allí. Por lo visto habían relevado al tenor.

Regresé al despacho y me senté bostezando. Wolfe estaba repantigado en su sillón con los ojos muy abiertos, lo cual significaba que tenía sueño. Nos miramos y yo le dije:

—De modo que si viene con una orden de registro no la encontrará aquí.

Es alentador. Y también que Mike Walsh haya resultado una ayuda tan grande... que usted sepa quién ha matado a Harlan Scovil, como yo sé quién puso la sal en el mar... y que estemos atados de pies y manos teniendo al comisario enfadado con nosotros. —Bostecé—. Me parece que mañana me quedaré en la cama leyendo y haciendo ganchillo.

—Mañana, no, Archie. Pasado, es posible. Saca el block.

Lo cogí y también el lápiz. Wolfe comenzó a dictar:

—La señorita Fox desayunará conmigo en mi habitación a las siete. Cualquier retraso podría ser peligroso. No olvides el batintín. No debes

abandonar la casa. Debes enviar a mi habitación inmediatamente a Saúl. Fred, Orrie y Keems según vayan llegando y por separado. Esta noche pide una conferencia para mañana a las ocho y media con la oficina de Hitchcock de Londres. Averigua por medio de la señorita Fox dónde vive Walsh y dónde trabaja como vigilante nocturno. Tan pronto como te sea posible llama a Morley del Departamento Fiscal y yo hablaré con él. Haz que Fritz me traiga una copia de lo que te estoy dictando cuando me despierte a las seis y media. Por medio de Saúl completa la información que la señorita Lindquist nos dio de su padre, su estado de salud,

si puede viajar en avión, su dirección y número de teléfono en Nebraska. Telefona a «Murger·s»..., abren a las ocho y media..., para pedirles ejemplares de las *Metropolitan Biographies*, de todos los años disponibles. Explica a Fritz y Teodora su comportamiento a seguir con respecto a la señorita Fox, del modo siguiente...

Continuó con el murmullo monótono que empleaba siempre para darme un plan de trabajo. Yo me caía de sueño, pero iba escribiendo. Algunas cosas me sonaban como si él tuviera alucinaciones, o bien tratase de hacerme creer que sabía cosas que yo ignoraba. Casi cambié un bostezo por una sonrisa

al oírle explicar el comportamiento a seguir con la señorita Fox.

Se fue a acostar. Después de copiar a máquina sus órdenes y dar una copia a Fritz y algunas otras cosillas, fui al sótano a echar un vistazo a la puerta posterior, y miré por la principal para dirigir un hurra al incansable vigilante. Una vez arriba, subí hasta el tercer piso para echar una ojeada a la puerta de la habitación sur, pero no quise ver si estaba cerrada, por temor a despertarla. Cuando bajé de nuevo, y ya en mi habitación, miré en la cómoda para ver si Fritz lo había revuelto al sacar el pijama. Estaba todo en orden.

CAPÍTULO X

CUANDO dejo mi despertar en manos de los caprichos de la Naturaleza, nunca puedo predecirlo por anticipado. Por ello el martes a las seis y media salté de la cama y fui a parar el despertador que sonaba sobre mi mesilla de noche. Luego procedí a lavarme y vestirme. Cuando terminé, el brillante sol de octubre doraba la parte superior de las casas del otro lado de la calle, y dije para mis adentros que sería una lástima pasar en la cárcel un día tan

hermoso.

A las siete y media, en un rincón de la cocina, desayunaba jamón, pastelillos y miel de tomillo que Wolfe recibía de Siria... y mucho café. Las ruedas ya habían empezado a girar. Clara Fox, que dijo a Fritz que había dormido como un tronco, estaba desayunando con Wolfe en su habitación. Johnny Keems había llegado muy temprano y él y Saúl Panzer estaban en el comedor engullendo pastelillos. Por teléfono saqué de la cama a Dick Morley, del Departamento Fiscal, y Wolfe ya había hablado con él. Aquel Morley hubiera perdido su empleo y tal vez algo más a no ser por Wolfe, que le sacó de un buen aprieto

tres años antes en el asunto Banister-Schurman.

Mientras comía fui leyendo las historias que aparecían en los periódicos de la mañana con respecto al asesinato de Scovil. No le daban gran importancia, pero los relatos eran casi completos. El mejor decía que era un *gangster* de Chicago, lo cual me arrancó una sonrisa, ya que Harlan se parecía tanto a un *gangster* como a una *prima donna*. Lo más esencial aparecía allí, supuesto que fuera cierto: no había sido encontrada el arma y el automóvil fue robado a un inocente vendedor de perfumes que lo había aparcado en la calle Veintinueve. El testigo ocular más

próximo había sido un hombre que caminaba a unos treinta pies de distancia de Harlan Scovil y que fue quien anotó mentalmente el número de la matrícula antes de buscar refugio cuando las balas empezaron a volar. A la escasa luz del crepúsculo no pudo ver bien al conductor, pero estaba seguro de que era un hombre con el sombrero calado y un abrigo oscuro con el cuello subido, y también de que iba solo. El automóvil salió a toda velocidad por la calle Treinta y Uno y torció al llegar a la esquina. No encontraron a nadie que le viera detenerse en la Novena Avenida, donde fue encontrado. No se habían hallado huellas dactilares... ni nada...

Terminé la segunda taza de café y a partir de entonces estuve más ocupado que un carterista la noche de Año Nuevo. Cuando llegaron Fred y Orrie les hice pasar, y después de haber recibido instrucciones de Wolfe les distribuí el dinero para los gastos y les acompañé de nuevo hasta la puerta. Seguía el asedio. Ahora eran dos los policías que había en la acera, uno de ellos parecido a Charles Laughton y cada vez que pasaba alguien le taladraba con los ojos. Conseguí la conferencia con Londres y Wolfe habló desde su habitación con Ethelbert Hitchcock. Yo telefoneé a «Murger's» para pedirle los ejemplares de las *Metropolitan*

Biographies, y cuando me las enviaron al cabo de un cuarto de hora las llevé al invernadero, puesto que Wolfe había dicho que las miraría después de las nueve. Cuando ya iba a salir me detuvo donde Teodoro Horstmann estaba cambiando de maceta algunas antiguas *Cattleyas triande* y le gruñí:

—Te van a pegar un tiro en el estómago.

Doy mi palabra de que se puso pálido.

Telefoneé a Henry H. Barber, el abogado con el que uno puede contar para todo, menos para repartir los honorarios, para asegurarme de que estuviera disponible en cualquier

momento dado durante todo el día, y para decirle que podía, considerarse contratado por nuestra mediación por la señorita Clara Fox, para realizar dos cosas: Un pleito para cobrar una deuda del Marqués de Clivers, y otro por daños y perjuicios por falsa detención contra Ramsey Muir. E igual que en el primer caso, por la señorita Hilda Lindquist.

Me parecía que podía disponer de un minuto, de modo que subí a la habitación sur y tras llamar con los nudillos di mi nombre. Ella me dijo que pasara y entré.

Hallábase ocupando una butaca rodeada de revistas y libros, pero

ninguno estaba abierto. Tal vez hubiera dormido como un tronco, pero sus ojos denotaban cansancio. Me miró frunciendo el ceño y yo le dije:

—No debiera sentarse tan cerca de la ventana. Si la quieren tal mal, podrían verla desde esa azotea de la calle Treinta y Cuatro.

Clara miró a su alrededor.

—Yo no lo creo, con esas cortinas...

—Son muy delgadas. Permítame que coloque el sillón en otro sitio por lo que pueda ser. —Ella se levantó y yo llevé la butaca y la mesa hasta la cama—. Por lo general no estoy tan nervioso, pero este caso es muy peliagudo.

Ella volvió a sentarse.

—A usted no le agrada, ¿verdad, señor Goodwin? Ayer noche me di cuenta de que no lo aprobaba. Ni yo tampoco lo apruebo.

La sonreí.

—Bendita sea,. pero ¿qué importa eso? Nero Wolfe está dando una representación y nosotros tenemos nuestro papel. Aténgase al guión, no lo olvide.

—Yo no puedo considerarlo una representación. —Había vuelto a fruncir el ceño—. Un hombre ha sido asesinado por mi culpa. No me gusta esconderme, ni lo deseo. Preferiría...

Extendí las manos.

—Olvídelo. Usted acudió a Wolfe en

busca de ayuda, ¿verdad? De acuerdo, pues déjele hacer. Tal vez sea algo duro, pero tiene usted suerte de que haya visto brillar la inocencia en sus ojos, o se vería en un buen apuro en estos momentos. Pórtese bien. Por ejemplo, si ese teléfono que hay ahí le resulta una tentación...

Ella movió la cabeza.

—Si lo es, la resistiré.

—Bueno, de todas formas para qué dejarlo aquí —Fui a desconectarlo y tras recoger el cordón regresé con él bajo el brazo—. En el colegio me enseñaron lo que son los impulsos femeninos... Ahora suena el teléfono del despacho. No abra la puerta ni se

aproxime a las ventanas.

Bajé los escalones de dos en dos. Era Dick Morley quien llamaba. Me ofrecí a ponerle con Wolfe, que seguía en el invernadero, pero dijo que no le molestase, que podía darme el recado. Había tenido algunas dificultades. La acusación de robo contra Clara Fox la llevaba un ayudante del Departamento Fiscal, llamado Frisbie, a quien Morley conocía bastante bien, y Frisbie no se había mostrado especialmente inclinado a confiarse, pero Morley consiguió algunos datos. A última hora de la tarde del lunes se había extendido una orden de arresto contra Clara Fox y otra de registro de su departamento. Este no

había sido registrado porque los detectives que trabajaban bajo la dirección de Frisbie fueron primero al garaje donde ella guardaba el automóvil, y habían encontrado, envueltos en un periódico, y debajo del asiento posterior, un fajo de billetes de cien dólares que sumaban hasta treinta mil, y el caso se consideró terminado. Los hombres de Frisbie ya no tenían la orden de registro, ya que había sido entregada al inspector Cramer a petición del comisario de policía.

Tras de dar las gracias a Morley, colgué y subí al invernadero para contar a Wolfe la triste historia. Le encontré en la sección de plantas tropicales quitando

hojas secas. Cuando terminé me dijo:

—Estábamos equivocados, Archie.

No son hienas. Las hienas se ceban en los cadáveres. Llama al señor Perry, ponme aquí la comunicación y anótalo todo.

Bajé de nuevo al despacho. No fue fácil dar con Perry. Su secretaria se hizo la remolona, o tal vez él, o los dos, pero al fin conseguí hablar con él y pasé la comunicación a Wolfe, al tiempo que abría mi block por una página en blanco.

Perry dijo que estaba muy ocupado y esperaba que Wolfe fuese breve. Mi jefe respondió que esperaba serlo, y que lo primero que deseaba saber era si entendió mal a Perry el lunes por la

tarde. El había imaginado que Perry creía en la inocencia de la señorita Fox, que era contrario a toda acción precipitada y que deseaba una investigación cuidada y completa. Perry dijo que estaba en lo cierto.

Entonces Wolfe adquirió un tono agresivo.

—Pero usted no supo hasta después de las siete de la tarde de ayer que yo no iba a trabajar para usted en este caso, y la orden de detención contra la señorita Fox fue expedida una hora antes. ¿No le llama usted a eso precipitarse?

Perry pareció confundido.

—Pues... sí fue precipitado... un poco precipitado. Lo fue... sí...

Comprenda... usted me preguntó ayer si no soy yo quien administra la justicia en esta organización. Hasta cierto punto, sí. Pero siempre queda... bueno... el elemento humano. No soy un zar ni de hecho, ni por temperamento. Cuando usted me telefoneó ayer tarde debió pensar de mí que era muy irritable... y a decir verdad pensaba llamarle para disculparme. La verdad es que estaba ofendido y profundamente disgustado. Entonces supe que había sido solicitada una orden de arresto por el señor Muir. Estoy seguro de que se hará usted cargo de mi posición. El señor Muir es un alto empleado de mi Compañía. Cuando supe más tarde que el dinero había sido

encontrado en el coche de la señorita Fox, quedé perplejo... no podía creerlo... ¿pero qué iba a hacer yo?

Estaba asombrado...

—Ya —replicó Wolfe—. Usted ha recobrado su dinero. ¿Tiene intención de llevar adelante este asunto?

—No necesita adoptar ese tono, Wolfe. —Perry se crispó un tanto—. Le digo que hay que contar con el elemento humano. No soy un zar. Y Muir es una muestra de ello. Le hablo con toda sinceridad. No puedo echarle. Aun en el supuesto de que yo pudiera echar al primer vicepresidente si lo deseara, lo cual es mucho suponer, ¿cree usted que lo haría? Después de todo, él tiene la

Ley de su parte...

—¿Entonces está usted con él?

Hubo una pausa.

—No. No... lo estoy. Yo... Yo siento la mayor de las simpatías por Clara... por la señorita Fox. Me gustaría que tuviera mucho más... algo mucho más humano que la justicia. Por ejemplo, si hay alguna dificultad para pagar su fianza estoy dispuesto a remediarla.

—Gracias. Nos arreglaremos. Usted me ha pedido que fuese breve, señor Perry. Primero, le sugiero que procure retirar la acusación contra la señorita Fox inmediatamente. Segundo, deseo informarle que nuestra intención es de que no se haga así. Mañana a las diez de

la mañana haré que la propia señorita Fox se someta al arresto y al instante la pondré en libertad bajo fianza. Entonces abriré un litigio contra Ramsey Muir y la Seaboard Products Corporation para cobrar un millón de dólares de indemnización por falsa detención. De ahora en adelante aquí sólo hablaremos de millones. Creo que tendremos las pruebas suficientes para sostener nuestra acción. Si la detienen ellos antes, tanto mejor. Será puesta en libertad.

—¿Pero cómo puede?... eso es absurdo... si tiene usted pruebas...

—Eso es todo, señor Perry. He sido breve. Adiós.

Oí que Wolfe cortaba la

comunicación. Perry seguía protestando, pero yo corté a mi vez. Dejé el block, y metiendo las manos en los bolsillos comencé a pasear de un lado a otro. Es posible que hablase solo mientras pensaba para mí: Si Wolfe logra lo que se propone es porque es mejor de lo que él se imagina, si ello fuera posible. Superficialmente, desde luego, parecía como si su loco orgullo hubiera invadido su cerebro deteniendo por completo sus procesos mentales; pero había un detalle que hacía que esa suposición resultara improbable: Y ello era que gastara dinero. Tenía a cuatro hombres corriendo en taxis y había puesto una conferencia con Londres

como si estuviera en la esquina; por lo tanto, existían mil probabilidades contra una de recuperarlo.

No obstante, aún debía realizar otro gasto inmediato, como supe cuando volvió a sonar el teléfono. Me senté para atender la llamada con la esperanza de que fuese Perry que llamase para ofrecer una tregua. Pero lo que oí fue la ronca voz de Fred Durkin y parecía apurado.

—¿Eres tú, Archie?

—Sí. ¿Qué has conseguido?

—Nada. Menos que eso. Escucha.

Te hablo desde la Comisaría de la calle Cuarenta y Siete.

—¿La... qué? ¿Por qué?

—¿Por qué diablos te imaginas? Me han arrestado.

Hice una mueca Y tomé aliento.

—¡Bravo! —le dije en tono festivo—. Eres una gran ayuda. Los hombres como tú son la medula del país, Continúa.

Su tono se hizo plañidero.

—¿Acaso podía evitarlo? Me engancharon en el garaje cuando fui a hacer preguntas. Dicen que cometí no sé qué cuando me llevé el coche ayer noche. Creo que están dispuestos a llevarme a alguna parte... supongo que a la calle Central. ¿Qué diablos podía hacer? ¿Correr para que me cogieran lo mismo? No te estaría hablando a no ser

por un amigo mío que por casualidad he encontrado aquí.

—Está bien. Si te llevan a la Central ten los oídos bien abiertos y cíñete a lo poco que sabes. Nosotros continuaremos.

—Será lo mejor. Si yo... ¡eh! ¿Telefonarás a mi costilla?

Yo le aseguré que la vería tan pronto como ella esperase verle y colgué. Me estuve rascando la nariz por espacio de un minuto y luego subí la escalera. Al parecer el estarme en casa no me iba a privar de hacer ejercicio.

Wolfe seguía con las plantas tropicales. Continuó cortando los tallos seco y escuchándome, pero sin mirar a

su alrededor. Le di cuenta de los acontecimientos y dijo:

—Estas interrupciones son abominables.

—Está bien —repliqué—. Deje que se pudra en una mazmorra.

Wolfe suspiró.

—Telefona ahora al señor Barber. ¿Puedes localizar a Keems? No, no puedes. Cuando sepas de él haz que hable conmigo.

Fui abajo de nuevo y telefoneé a la oficina de Barber pidiéndole que enviase a alguien que hiciera lo posible para que Fred durmiera con su costilla aquella noche.

No tenía ni idea de cuándo sabría

algo de Johnny Keems. Todos ellos habían recibido instrucciones directamente de Wolfe, y como siempre procuraba mantener mi cabeza alejada de toda obstrucción innecesaria. Cuando abrí la puerta a Orrie Cather para que se marchara había dicho indirectamente que era el único electricista de Nueva York que entendía los despachos de los directores, y desde luego sabía que Saúl Panzer tenía que ponerse en contacto con Hilda Lindquist, pero aparte de esto sus programas estaban fuera de mi alcance. Imaginé que Fred habría vuelto al garaje para ver si averiguaba algo, pero desde luego Wolfe habla estado hablando con Clara Fox casi una hora aquella mañana,

y desde luego todo estaba confuso. Pero al parecer Frisbie o alguien perteneciente al Departamento Fiscal trabajaba con ardor por un robo vulgar del cual ya tenían la prueba, y por ello dejaron un policía en el garaje; pero aquello era probablemente parte de la red que le estaban tendiendo a Clara Fox. Incluso paella ser uno de los hombres de Cramer.

Continué haciendo de telefonista. Un poco antes de las diez llamó Saúl Panzer y Wolfe le estuvo escuchando desde arriba, mientras yo anotaba los detalles que había recogido de Hilda Lindquist con respecto a su padre y su vida en Nebraska. Según ella, si el subir a un

avión no le ocasionaba la muerte, por lo menos le proporcionaría un susto mortal. Al parecer Saúl tenía más instrucciones, puesto que Wolfe le dijo que continuara. Algo más tarde telefoneó Orrie y lo que dijo a Wolfe me dio la primera visión de un nuevo aspecto que no se me había ocurrido. Presentándose como electricista había conseguido penetrar en el despacho del director de la Seaboard Products Corporation y averiguó que además de la doble puerta del extremo del pasillo había otra que daba al vestíbulo. Estaba cerrada con llave, pero podía abrirse desde dentro, y el propio Orrie había salido por allí atravesando el vestíbulo hasta los

ascensores. Wolfe dijo a Orrie que esperase y me habló a mí.

—No escribas eso a máquina, Archie. Y todo lo que anotes guárdalo en seguida en la caja fuerte. Deja que Orrie continúe hablando conmigo y asegúrate de que la otra línea está libre. Estoy esperando una llamada que no llega. Cuando llame Keems hablaré con él, pero primero debo dar instrucciones a Orrie y Fred.

Comprendiendo la indirecta, colgué al ver que no deseaba que escuchase las órdenes que daba a Orrie. Guardé algunas notas en la caja fuerte. Luego me dispuse a cargar la estilográfica de Wolfe, tarea que no había podido llevar

a cabo antes... porque mi mente estaba distraída siguiendo una nueva pista. No tenía la menor idea de qué fue lo que puso a Wolfe sobre la nueva pista. Presentaba bonitas posibilidades, sin duda alguna, pero una posibilidad contra cien es también una bonita posibilidad en una gran competición, ¿y cuántas veces se acierta? Después de meditarlo un poco, la proporción ascendió a una posibilidad contra un millón, y es probable que hubiera ido aumentando la cifra de no ser interrumpido por el timbre de la puerta, y todavía era yo el encargado de abrirla. Fui al recibidor y observé por la mirilla, recibiendo una sorpresa. Era la primera vez que

confundían la casa de Wolfe con una iglesia, porque no cabía otra explicación. Aquel individuo que estaba en la entrada iba vestido a propósito para una boda o yo llevaba muchos años viviendo engañado.

Los dos detectives seguían en la acera mirando a aquel hombre como si fuera un problema demasiado difícil para ellos. Abrí la puerta unas tres pulgadas dejando la cadena puesta y dije con mis mejores modales:

—Buenos días.

—Oiga —dijo mirándome—, el echar la cadena me parece poco adecuado, la verdad. —Tenía una voz bien timbrada, aunque un tanto aguda.

—Lo siento. Pero este es un mal barrio, y hemos de tener cuidado. ¿En qué puedo servirle?

—¿Es esta la casa de Nero Wolfe?

—Sí.

Vaciló volviéndose a mirar a los dos policías que le miraban del modo más indiscreto. Luego se aproximó más, e introduciendo la cabeza por la puerta entreabierta dijo casi en un susurro:

—Vengo de parte de *lord* Clivers. Deseo ver al señor Wolfe.

Tras un momento de reflexión, descorrí el cerrojo y abrí la puerta. Cuando hubo entrado volví a cerrarla y a echar la cadena. Cuando terminé le vi con el bastón colgado del brazo y

quitándose los guantes. Medía unos seis pies de estatura, tendría mi edad, y era rubio y de ojos azules. Le hice pasar y le seguí hasta el despacho, donde se tomó su tiempo en depositar el sombrero sobre la mesa de Wolfe antes de ocupar una silla. Entretanto yo le hice saber que el señor Wolfe estaría ocupado hasta las once y que yo era su ayudante confidencial y que me ponía a su disposición. Continuó sentado mirándome como si quisiera darse cuenta de mi existencia antes de pasar adelante.

—¿Es usted el señor Goodwin? Ya. Tal vez haya usted adivinado algo por lo que le dije en la puerta. Es decir... la

verdad es que tendría que ver al señor Wolfe sin pérdida de tiempo .

Le sonreí.

—¿Se refiere usted a que mencionó al marqués de Clivers? Eso está muy bien. Yo escribí esa carta, y sé todo lo referente a este asunto. No le será posible ver al señor Wolfe hasta las once, pero puedo decirle que está usted aquí...

—Si tiene usted la bondad... Hágalo. Mi nombre es Horrocks... Francis Horrocks.

Le miré. De modo que aquel era el individuo que compraba rosas con tallos de tres pies de largo. Hice girar mi sillón y me puse en comunicación con el

invernadero. Al minuto estaba hablando con Wolfe.

—Aquí hay un caballero que desea verle, el señor don Francis Horrocks. De parte del marqués de Clivers... Sí, en el despacho... No se lo he preguntado... Se lo diré, descuide... De acuerdo.

Volví a encararme con él.

—El señor Wolfe dice que podrá atenderle a las once, si es que no quiere confiarse a mí. El le sugiere esto último.

—Hubiera preferido ver al señor Wolfe. —Los ojos azules me escudriñaban—. A pesar de que únicamente vengo a traer un mensaje. Aunque primero... er... tal vez deba explicar... Estoy aquí por dos motivos.

Es algo confuso. He venido por... un asunto personal... y también semioficialmente. Quizá sea mejor que primero le transmita el mensaje de *lord Clivers*.

—Muy bien. Dispere.

—¿Cómo dice? ¡Oh, ya comprendo! *Lord Clivers* quisiera saber si el señor Wolfe podría ir a verle a su hotel. Se puede acordar una hora...

—Puedo responderle a eso sin lugar a dudas. El señor Wolfe no visita nunca a nadie.

—¿No? —Enarcó las cejas—. No... no estará en cama, ¿verdad?

—No, sólo que nunca sale. No le gusta lo que hay de puertas a fuera.

Nunca ha visitado a nadie, ni lo hará.

—Eso no se sabe. —Arrugó la frente —. Bien. *Lord Clivers* desea verle. ¿Dice usted que escribió esa carta?

Asentí.

—Sí. Sé todo lo referente a ella. Supongo que el señor Wolfe estará encantado de hablar con el marqués por teléfono...

—Prefiere no discutirlo por teléfono.

—De acuerdo. Iba a añadir, o el marqués puede venir aquí. Naturalmente, que la parte legal la lleva nuestro abogado.

El joven diplomático cruzó los brazos mirándome de hito en hito.

—¿Han acudido a un abogada?

—Desde luego. Si llegamos al pleito, cosa que esperamos no haya necesidad, no queremos perder tiempo. Tenemos entendido que el marqués pasará otra semana en Nueva York, de modo que hemos de estar preparados para terminar en seguida.

Asintió.

—Por eso. Es ser un poco cándido.
—Se mordió el labio ladeando un poco la cabeza—. Parece que hemos llegado al fin. Su posición está bien clara. Daré cuenta de ella, es todo lo que puedo hacer. —Aclaró su garganta—. Ahora, si no le importa, le hablaré de mi asunto particular. Le he dicho que he venido

con algo personal. Mi nombre es Francis Horrocks.

—Sí. Ese es su nombre personal.

—Exacto. Y quisiera hablar con la señorita Fox. Con la señorita Clara Fox.

Me di cuenta de que tensaba los músculos de mi rostro y esperé que no me hubiera visto.

—No puedo reprochárselo —le dije—. Conozco a la señorita Fox. Hágalo.

Frunció el ceño.

—Si tuviera la bondad de decirle que estoy aquí. Sé que va a pasarse unos días recluida, pero que todo va bien. Sabe, cuando me telefoneó esta mañana, insistí en que me diera la dirección de su encierro. La verdad es que la obligué.

Confieso que confié en que yo no vendría a verla, pero no me comprometí. Y no vine aquí para verla, sino semioficialmente. ¿Qué? Tráigala aquí, deseo verla, lo cual nada tiene de particular. ¿Qué?

Había conseguido dominar mi rostro pasada la primera impresión y dije:

—Claro que no tiene nada de particular, me refiero a pedirlo. Verla es otra cosa. Debe haberle dado mal la dirección o tal vez le ha telefoneado en sueños.

—¡Oh, no! Es cierto. —Volvió a cruzarse de brazos—. Escuche, señor Goodwin, abreviemos. Debo ver a la señorita Fox. Como amigo,

¿comprende?, y por motivos puramente personales. Y estoy completamente resuelto.

—Muy bien. Búsquela. Aquí no dejó ninguna dirección.

—Es inútil, se lo aseguro, es inútil. Ella me ha telefoneado. ¿Se encuentra en algún apuro? Yo lo ignoro. Tendré que verla. Si es usted tan amable de decirle...

Me puse de pie.

—Lo siento, señor Horrocks. ¿De veras tiene que marcharse? Espero que encuentre a la señorita Fox. Diga al marqués de Clivers...

Continuó sentado muy erguido y frunciendo el entrecejo.

—¡Maldita sea! La verdad, esto no me gusta. Yo no le había visto nunca. Ni tampoco al señor Wolfe. ¿No es posible que la señorita Fox estuviera bajo coacción cuando me telefoneó? Usted lo comprende, ¿verdad? Me gustaría quedar tranquilo viendo que no le ocurre nada. Si me echa usted, me veré obligado a decir a esos policías que esperan ahí fuera que la señorita Fox me telefoneó esta mañana a las nueve desde esta dirección, y también tendré que tomar la precaución de repetir la información en Jefatura. ¿Qué?

Le miré, comprendiendo que era demasiado para mí. No sé si estaba desesperado o decidido.

—Espere aquí —le dije—. El señor Wolfe tiene que saberlo. Le ruego permanezca en esta habitación.

Dejándole fui a la cocina para decir a Fritz que permaneciese en el vestíbulo, y que si veía salir a un inglés del despacho, que avisara. Luego subí de dos en dos los escalones hasta la habitación sur, llamé suavemente y al oír girar la llave en la cerradura, abrí la puerta y entré. Clara Fox estaba de pie y se echó los cabellos hacia atrás mirándome entre alarmada y esperanzada.

—¿A qué hora telefoneó usted a ese Francis Horrocks? —le pregunté.

Me miró sorprendida y la vi tragar

saliva.

—Pero yo... si él me prometió...

—De modo que le telefoneó. Muy bonito. Olvidó mencionarlo cuando se lo pregunté hace un rato.

—Pero usted no me preguntó si había telefoneado.

—¡Oh! ¿No? Qué descuido. —Alcé las manos—. ¡Al diablo! Supongamos que me dice para qué le telefoneó. Espero que no será un secreto.

—No, no lo es. —Se acercó a. mi—. ¿Por qué ese sarcasmo? No fue por nada... sólo una llamada personal.

—¿Como por ejemplo?

—Pues, por nada en realidad. Claro que... me envió esas rosas. Luego... tenía

que cenar con él el lunes y cuando me dio hora el señor Wolfe tuve que cancelar la cita del señor Horrocks, y cuando éste insistió, pensé que tres horas bastarían para hablar con el señor Wolfe; de modo que le dije que iría a bailar con él a cualquier sitio a eso de las diez. Probablemente iría a mi departamento y me estaría esperando no sé hasta cuándo, y esta mañana supuse que seguiría llamando allí, y al no obtener respuesta, y como tampoco podría encontrarme en la oficina... Además no le había dado las gracias por las rosas...

Alcé una mano.

—Respiré. Ya comprendo. Todo un

romance. Sería aún más romántico si viniera a verla a su encierro. Es usted toda una aventurera, a pesar de su tontería. Supongo que no sabrá que según un artículo aparecido ayer en el *Times*, este Horrocks es sobrino del marqués de Clivers y el próximo sucesor del título.

—¡Oh, sí! Me lo explicó... es decir... Lo sabía. Señor Goodwin, no me gusta...

—Discutiremos sus gustos en otra ocasión. Hay una cosa que usted ignora. Horrocks está abajo en el despacho diciendo que o la ve o corre a avisar a la policía.

—¡Qué! No es posible.

—Si lo es. Abajo hay un hombre, y

por su aspecto estoy dispuesto a admitir que se trata de Horrocks.

—Pero él no debiera... me prometió... ¡Dígale que se marche!

—No se irá. Si le echo irá en busca de un policía. Cree que se encuentra usted aquí por la fuerza y que precisa ser rescatada... esa es su tontería. Usted es una buena cliente. Con los riesgos que Nero Wolfe está corriendo por usted tiene que serlo. De todas formas, no hay manera de averiguar si viene de buena fe o no, ni tenemos escapatoria. Voy a hacerle subir aquí, y por amor de Dios, sea usted breve y hágale volver al lado de su tío.

—¡Pero yo... cielos! —Se atusó los

cabellos—. No quiero verle. Ahora no. Dígale... claro que podría... Sí, eso es... Bajaré a decirle.

—No bajaré. Luego querría salir a dar una vuelta con él por la manzana. Usted se queda aquí.

Una vez fuera de la habitación, vacilé sin saber si subir a contar a Wolfe la reunión que estábamos organizando, mas decidí que no había razón para molestarle. Volví abajo, haciendo una seña a Fritz al pasar por el recibidor, y encontré al joven diplomático sentado en el despacho con los brazos todavía cruzados. Al verme enarcó las cejas. Le dije que me acompañara y le dejé pasar primero. Subiendo tras él pude observar

que tenía las piernas ágiles. Al llegar arriba abrí la puerta, le hice pasar y entré tras él.

Clara Fox salió a su encuentro y él le alargó la mano con una sonrisa enternecedora, mas ella meneó la cabeza.

—No. No quiero darle la mano. ¿No le da vergüenza? Usted prometió no venir. ¡Ocasionar tanta molestia al señor Goodwin!...

—Vamos, no sea así. —Su voz era completamente distinta a la de antes... ahora se hizo dulce y concentrada... llena de tontería—. Después de todo, comprenda, era bastante alarmante... usted desaparecida y todo esto... No

podía dar con su paradero... y tiene mal aspecto... esos ojos...

—Muchísimas gracias. —De pronto se echó a reír. Yo no la había oído reír hasta entonces... Enseñaba los dientes y sus mejillas se colorearon. Se estuvo riendo... Yo de él hubiera procurado hacer algún comentario. Al fin le tendió la mano—. De acuerdo, chóquela. El señor Goodwin dice que va usted a rescatarme. Ya le advertí que dejara en paz a las chicas americanas... Ya ve a lo que conduce...

Con su enorme manaza estrechó la de la joven mirándola a los ojos.

—Usted sabe que tengo razón. Me refiero a sus ojos. De verdad, ¿está

usted bien? No podía esperar que yo...

Intervine porque tenía que hacerlo. Había dejado la puerta abierta y se oyó perfectamente el timbre de la puerta. Miré a Francis Horrocks decidiendo que si era un traidor por lo menos tendría el placer de ver cuánto tiempo permanecía tumbado en el suelo después de un buen directo antes de que saliera de la casa. Me volví bruscamente hacia Clara.

—¡Cállense! El timbre. Voy a cerrar esta puerta para bajar a abrir, y sería una buena idea que no hicieran ruido hasta que vuelva. —Volvió a sonar el timbre—. ¿De acuerdo?

Clara Fox asintió.

—¿De acuerdo, señor Horrocks?

—Desde luego. Lo que diga la señorita Fox.

Salí cerrando la puerta tras de mí. Algún sujeto impaciente estaba apretando el botón del timbre, ya que seguía sonando mientras bajaba la escalera. Fritz estaba en el recibidor con aire molesto; aborrecía a las personas que llaman con tanta insistencia. Me aproximé a la puerta y miré al exterior sintiendo que un escalofrío recorría mi espina dorsal. Eran cuatro. Sólo cuatro, y el teniente Rowcliff en primer término. Era él sin lugar a dudas. Hacia tiempo que no recibía un sobresalto semejante. Abrí la puerta todo lo que permitía la cadena.

Rowcliff gritó:

—¡Bueno! No somos hormigas.

Vamos, abra.

—Calma —dije yo—. Sólo soy el chico de los recados.

—¿Si? Aquí está el recado. —Y desdobló un papel que llevaba en la mano. Como había visto otras veces órdenes de registro, no necesité cristales de aumento. Lo miré a través de la puerta entreabierta. Rowcliff dijo:

—¿Qué es lo que espera? ¿Quiere que cuente hasta diez?

CAPÍTULO XI

—CÁLMESE, teniente —le dije—.

Si lo que desea está aquí no podrá salir, ya que supongo habrá hecho vigilar el tejado y la parte de atrás. Esta no es mi casa, pertenece a Nero Wolfe y está arriba. Espere un minuto, volveré en seguida.

Subí la escalera de tres en tres, sin prestar atención a los gritos de de Rowcliff, para dirigirme a la habitación sur. Estaban de pie, y le dije a Clara Fox:

—Están aquí. Dese prisa. Llévase a Horrocks, y si tiene algo que ver con esto le mataré.

Horrocks empezó a protestar:

—La verdad...

—¡Cállese! Vaya con la, señorita Fox. Por amor de Dios...

Se portó como una auténtica aventurera.. Recogió su bolso y su pañuelo, y agarrando a Horrocks de una mano se lo llevó tras ella. Yo eché una rápida ojeada para asegurarme de que no se dejaba la barrita de los labios ni la polvera; coloqué la mesa junto a la ventana para que pareciese más natural y me marché. En el rellano me detuve un segundo para componerme. Se oían las

voces que daba Rowcliff desde abajo. Horrocks y Clara Fox habían desaparecido, y bajando a la planta baja descorrí el cerrojo y abrí la puerta:

—¡Bienvenidos! —dije sonriente.—

El señor Wolfe dice que quiere conservar esa orden de registro como recuerdo.

Entraron en tropel detrás de Rowcliff, que gruñó:

—¿Dónde está Wolfe?

—Arriba con las plantas hasta las once. Me dijo que le dijera esto: que ustedes tienen derecho legal para registrar toda la casa, pero que las autoridades pagarán hasta el último céntimo de los daños que ocasionen,

aunque tenga que ir él en persona a cobrar al Ayuntamiento.

—¡No! No me asuste. Vamos, muchachos. ¿A dónde se va por ahí?

—A la habitación contigua al despacho. —Señalé con el brazo extendido—. El despacho. La cocina. La escalera del sótano. La puerta posterior está ahí abajo, y da a un patio.

—Escuche, Goodwin —me dijo—, ¿por qué no ahorramos tiempo? ¿Por qué no trae a esa señorita aquí? Nos evitaríamos el tener que revolverlo todo.

—¡Bah! Eso no va por usted, teniente; sé que tiene órdenes. Va por el inspector Cramer, y puede

transmitírselo. Lo que se van a reír cuando lo sepan en Bath Beach. ¿Es que cree que Nero Wolfe es tan tonto como para esconder una mujer debajo de su cama? Continúe jugando a «¿Dónde están las llaves?» y luego márchese de aquí.

Lanzó un gruñido y se dirigió con sus hombres hacia la puerta del sótano. Les seguí. De todas formas quería vigilarles y aparte de esto, había decidido marearle. Wolfe me había dicho que empleara mi inteligencia, y yo sabía que era el mejor medio de poner a un pájaro como Rowcliff en el estado de ánimo que yo deseaba. De modo que bajé tras él, y mientras revolvían todo el

sótano, levantando las cortinas que cubrían las estanterías, abriendo baúles, y mirando las cajas de cartón vacías, yo no dejé descansar mi lengua. Rowcliff trató de contestarme un par de veces y luego hizo como que no me oía. Abrí la puerta del cuarto donde guardábamos las botellas, y no les quité ojo como si esperase sorprenderles echando un trago de *whisky*. Terminaron echando una mirada al patio exterior, y después de cerrar la puerta de nuevo les seguí al primer piso.

Rowcliff dejó a uno de sus hombres ante la escalera del sótano y luego pasaron a la cocina para continuar el registro. Yo les seguí pegado a sus

talones y diciendo:

—¡Cuidado aquí, ahora, anden con precaución. Este lugar está plagado de trampas.

Y cuando él involuntariamente miró al suelo, no pude contener una carcajada. En el despacho le pregunté:

—¿Quiere que abra la caja fuerte? Hay un trozo de la chica ahí dentro. Así es como lo hacemos, las cortamos en pedazos y los repartimos por ahí.

Cuando empezamos a recorrer el segundo piso estaba furioso, aunque no quería demostrarlo, Y casi convencido. Dejó a otro de sus hombres en el rellano y fuimos a la habitación de Wolfe. Fritz había venido también para ver que no

estropearon nada, pensando que tal vez yo tenía la cabeza en otra parte, y allí había muchas cosas. Confieso que no estropearon nada, aunque lo registraron a conciencia. El doble colchón de Wolfe abultaba mucho bajo la colcha de seda negra y uno de ellos la levantó para mirar. Rowcliff revisó las estanterías de libros en busca de un armario secreto, y en el lugar en que Wolfe guardaba su diana y sus dardos, tras un biombo, lo quitó para asegurarse. Durante todo el tiempo yo no cesaba de hacer todos los comentarios que se me ocurrían.

En mi habitación, mientras Rowcliff registraba el fondo de mi armario, dije:

—Escuche. Voy a hacerle una

proposición. Me pondré un manguito que me tocó en una rifa y puede llevarme ante Cramer y decirle que soy Clara Fox. Después de esta hazaña no hay caso, pero él es demasiado tonto para notar la diferencia.

Dejó de mirar detrás de mis trajes y se volvió para decirme:

—Cierre la boca, ¿oye? O le llevaré a un sitio, y no será ante Cramer.

Le sonreí.

—No sea infantil, teniente. ¡Oh, espere! Nena, espera a que se marchen.

Salió al rellano y se dirigió a la otra habitación con las manos en la espalda. Confieso que estaba algo intranquilo cuando entramos en la habitación sur; es

difícil permanecer diez horas en un lugar y no dejar el menor rastro; pero ellos no andaban buscando un rastro. sino una mujer de carne y hueso... De todas formas, ella había seguido las instrucciones de Wolfe al pie de la letra y todo estaba en orden perfecto. Estuvieron sólo un par de minutos y lo mismo en la habitación norte, donde durmiera Saúl Panzer. Cuando volvieron a salir al rellano abrí la puerta que daba a la escalera estrecha del terrado.

—Invernaderos... cuarto y último piso. Y les aseguro que si derriban algún banco de orquídeas van a tener más trabajo que el que han traído consigo.

Rowcliff estaba deshecho. No lo

decía y trataba de disimularlo, pero lo estaba. Gruñó:

—¿Wolfe está ahí arriba?

—Sí.

—Bien. Vamos. Jack. Vosotros dos esperad aquí. Los tres subimos en fila india y al entrar vimos que el ascensor estaba parado allí con la puerta abierta. Rowcliff abrió la puerta de la escalera y gritó:

—¡Eh, Al! Sube, pon en marcha el ascensor y mira la rueda del cable. —
Luego se reunió con nosotros.

Aquellos invernaderos fueron considerados impresionantes por hombres mejores que el teniente Rowcliff... Por ejemplo, entre muchos

otros, por Pierre Fracard, presidente de la Sociedad Horticultural de Francia. Yo entraba y salía de ellos diez veces al día y me impresionaban, aunque ante Teodoro Horstman lo disimulaba. Claro que su aspecto era mejor en febrero que en octubre. pero Wolfe y Horstmann empleaban una técnica que les obligaba a ser dignos de admiración en cualquier época. En el interior del primer invernadero donde estaban los híbridos Odontoglossums, Oncidiums y Miltonia, se detuvieron Rowcliff y el policía. Los soportes de hierro pintados de plata resplandecían y en los bancos y estantes trescientas macetas de orquídeas mostraban sus verdes, azules, amarillos

y rojos. A mí, que lo había visto en todo su esplendor, no me maravilló, pero no era cosa despreciable.

—Bueno —dije—, ¿creen encontrarse en una exposición de flores? Aquí no se paga por entrar. Muévanse...

Rowcliff avanzó sin abandonar el pasillo central. Una vez se detuvo para mirar debajo de uno de los bancos.

Yo dejé escapar una carcajada. pero conteniéndome le supliqué:

—Perdóneme, teniente; ya sé que tiene un deber que cumplir.

El enderezó los hombros antes de seguir adelante, pero comprendí que había perdido el interés por la caza.

En la habitación contigua, llena de

cattleyas, Laelias, híbridos y demás. Teodoro Horstmann hallábase inclinado y vertía fertilizante en una hilera de Cymbidiums, y Rowcliff le miró, pero no dijo nada. El policía que iba entre nosotros se inclinó para introducir su nariz en un enorme híbrido lila y yo le dije:

—No. Si huele a algo dulce, soy yo.

Pasamos al departamento de plantas tropicales, donde hacía mucho calor, pues el sol daba de pleno y continuamos hasta los plantíos. Había bastante espacio libre para moverse y también sus habitantes. Francis Horrocks se hallaba de pie apoyado contra una baranda de hierro hablando con Nero

Wolfe, que estaba utilizando el pulverizador a presión. Había dos tablas puestas encima de una gran caja larga de madera llena de helechos, y sobre dichas tablas había treinta y cinco o cuarenta macetas de *Laeliocattleya* Lustre. Wolfe las estaba pulverizando y todo el lugar rezumaba humedad. Horrocks estaba diciendo:

—La verdad es que me parece un trabajo endiablado.

¿Qué? Claro que ya se sabe, cada individuo tiene perfecto derecho...

Rowcliff miró a su alrededor. Allí había esfacelas, arena, carbón de leña, y cientos de tiestos amontonados. Rowcliff avanzó hacia ellos y Wolfe

paró el pulverizador.

—¿Le conozco, señor? —preguntó volviéndose.

Me apresuré a presentarle.

—Don Nero Wolfe, el teniente Rowcliff.

Wolfe inclinó la cabeza sólo una pulgada.

—¿Cómo está usted? —Dirigió su vista hacia la entrada donde estaba el policía—. ¿Y el otro compañero?

Empleaba un tono indiferente que quedaba bien. Rowcliff replicó:

—Es uno de mis hombres. Estamos aquí cumpliendo un deber.

—Eso tengo entendido. Preséntemelo, si no le molesta. Me gusta

conocer los nombres de las personas que entran en mi casa.

—¿Si? Se llama Leodenkrantz.

—¡Vaya! —Wolfe volvió a inclinar la cabeza ligeramente—. ¿Cómo está usted?

El policía contestó sin moverse:

—Celebro conocerle.

Wolfe se volvió hacia Rowcliff.

—Conque es usted, teniente. ¿Tiene usted la medalla del mérito? ¡Increíble! —Su voz se hizo más profunda y rápida—. ¿Quiere llevarle un mensaje al señor Cramer de mi parte? Dígale que Nero Wolfe le declara el príncipe de los peles y tonto de remate. ¡Bah! —Y poniendo de nuevo en marcha el

pulverizador, que dirigió a las orquídeas, dijo a Francis Horrocks—: Pero mi querido amigo, puesto que toda la vida es trabajo, lo único que cabe hacer es conseguir una posición donde poder seleccionar variedades...

Yo dije a Rowcliff:

—Ahí al lado está la habitación del jardinero. No la pase por alto.

Fue conmigo a mirar el interior mientras yo comentaba que tenía la cara dura suficiente para mirar debajo de la cama y dentro del armario. Salió de nuevo vencido. Pero cuando se dirigía a la puerta me preguntó:

—¿Por dónde se sale al terrado?

—No se sale. El invernadero lo

cubre todo. De todas formas lo tiene usted vigilado. ¿No es cierto? No me diga que ha olvidado ese detalle.

Regresábamos por donde habíamos venido y yo volvía a caminar tras él. No me contestó, ni el señor Loedenkrantz se detuvo a oler más orquídeas. En mi interior la risa luchaba por desbordarse, mas yo la iba advirtiendo:

—Todavía no, querida, aún no se han ido.

Dejamos los invernaderos y descendimos al tercer piso, donde Rowcliff dijo al par que habíamos dejado allí:

—Listos.

Uno comenzó a decir:

—Me ha parecido oír un ruido...

—¡Cállate!

Les seguí hasta abajo. Después de todo lo que había estado hablando no me pareció prudente quedarme callado de pronto, de modo que procuré hacer un par de comentarios durante el descanso. Una vez en el recibidor de la planta baja, y antes de abrir la puerta, me cuadré ante Rowcliff para decirle:

—Escuche. He tenido la lengua un poco suelta, pero es que hoy es mi día. Todos lo tenemos de vez en cuando. Me doy cuenta de que usted no tiene la culpa de esto.

Mas como buen teniente era duro e implacable.

—Muchas gracias por nada. Abra la puerta.

Obedecí y salieron. En la acera se unieron a los compañeros que habían dejado allí. Cerré la puerta, eché el cerrojo y volví de nuevo al despacho. Rara vez bebo nada antes de oscurecer, mas la idea de un trago de borgoña me pareció agradable, y por ello fui al armario y me lo tomé. Animaba el sentirlo en la garganta. En mi opinión, era poco probable que a Rowcliff le quedara energía suficiente para intentar un segundo registro, mas volví a la puerta y estuve mirando el exterior por espacio de un minuto. No se veía a nadie que tuviera el menor parecido con un

empleado del Estado; así que fui directamente a los invernaderos... mejor dicho, al de los plantíos. Wolfe y Horrocks seguían allí, y el primero me miró interrogador.

Alcé una mano.

—Se fueron ya. Todo listo.

Wolfe colgó el pulverizador en su lugar correspondiente y gritó:

—¡Teodoro!

Hortsmann vino corriendo. Entre él y Wolfe levantaron las macetas de *Laeliocattleyas* que Wolfe había estado regando... Y las fueron colocando sobre un banco. Luego quitaron las maderas de encima de la gran caja de helechos; Horrocks alzó la tapa y Wolfe dijo:

—Ya puede salir, señorita Fox.

La joven se levantó chorreando agua, que salpicó nuestros pantalones. Empezamos a quitar pedazos de musgo que se habían adherido al traje de Clara Fox, que apartando los cabellos de su rostro exclamó:

—¡Gracias a Dios que no soy una sirena!

Horrocks tocó la manga de su vestido.

—¡Está empapada! La verdad, creo...

Yo le atajé sin contemplaciones:

—Creo que debe marcharse. Fritz atenderá a la señorita Fox... si a usted no le importa.

CAPÍTULO XII

A LAS doce del mediodía Wolfe y yo estábamos sentados en el despacho. Fred Durkin había ido a la cocina a comer chuletas de cerdo y pastel de calabaza. Había hecho aparición veinte minutos antes con las chuletas de cerdo en el bolsillo para que Fritz se las guisara. y la historia de que habían ultrajado su inocencia. Uno de los empleados de Barber le había encontrado en una celda de Jefatura, donde le hablan llevado a purgar sus

pecados después de pasar una hora demostrando su ignorancia ante el inspector Cramer. El abogado había conseguido libertarle sin grandes trabajos y él se dirigió desde luego a la calle Treinta y Cinco. Wolfe no se molestó en verle.

Arriba, en el invernadero destinado a las plantas tropicales, se veía el vestido de Clara Fox, así como otras prendas, tendidas a secar mientras ella se cubría en la habitación sur con el batín que Wolfe me regalara por Navidad cuatro años antes. Yo no la había visto, pero Fritz le llevó el batín. Al parecer, si no salía pronto de casa, a no tardar yo no tendría qué ponerme.

Francis Horrocks se había marchado aceptando mi indirecta sin «por qué». No se le explicó nada. Wolfe, por supuesto, no estaba ayudando a Clara Fox tan abiertamente por amor al arte, pero era fácil comprender que era una de las pocas mujeres a quien hubiera ayudado sin razón aparente, por el modo como hablaba de ella. Me contó que cuando ella y Horrocks subieron corriendo al invernadero, se había metido inmediatamente en la caja que ya estaba preparada, y que fijando los ojos en el joven diplomático, le había dicho: «No haga preguntas. ni comentarios y obedezca en todo al señor Wolfe. ¿Comprendido?» y Horrocks se quedó

con la boca abierta mientras ella se introducía en la caja y Horstmann iba amontonando sobre ella tres pulgadas de musgo y helechos, en tanto que Wolfe preparaba el pulverizador. Luego también él ayudó a colocar las tablas y los tiestos.

Wolfe bebía cerveza, aunque eran sólo las doce, haciendo todos los comentarios que se le ocurrían. Observó que, puesto que el inspector Cramer estaba dispuesto a injuriarle invadiendo su casa con una orden de registro, era muy posible que también descendiera a tomar otras medidas, tales como el intervenir las líneas telefónicas, y que por consiguiente debíamos tomar

precauciones. Declaré que había cometido una estupidez al dejar marchar a Mike Walsh el lunes por la noche antes de hacerle cierta pregunta, puesto que él había ya formado una conjetura que, de resultar cierta, resolvería el problema por completo. Dijo que era una lastima que Lindquist no tuviera teléfono desde su casa de Nebraska, ya que eso significaba que el pobre viejo tendría que soportar los rigores de un viaje de nueve millas hasta el pueblo más cercano para hablar por conferencia; y que esperaba que pudieran dársela a la una como quedó convenido; también confiaba en que Johnny Keems lograra encontrar a Mike Walsh para llevarle

hasta su despacho sin complicaciones, puesto que unas palabras con Walsh y una conferencia con Victor Lindquist le pondrían en condiciones de proceder a aclarar aquel asunto. Más cerveza... y demás.

Le dejé decir pensando que se cansaría pronto, pero no fue así.

Sonó el teléfono. Lo cogí y escuché la voz de Keems, le detuve antes de que empezara a hablar.

—No puedo oírte, Johnny. No hables tan cerca del teléfono.

—¿Qué?

—Digo que no te acerques tanto,

—¡Oh! ¿Está mejor así?

—Si.

—Bien... Voy a informarte de mis progresos. Encontré a la vieja en buen estado de salud y me estuve cuidando de ella un par de horas, luego la atropelló un taxi de color castaño oscuro y se la llevaron al hospital.

—¡Cuánto lo siento! Espera un minuto. —Tapé el auricular y me volví a Wolfe—. Johnny encontró a Mike Walsh y le siguió por espacio de dos horas, pero un policía le detuvo y le llevó a Jefatura.

—¿A Johnny?

—No. A Walsh.

Wolfe frunció el ceño y se mordió los labios.

—Esos malditos entrometidos. —

Suspiró—. Dile que venga.

—Ven, y de prisa —dije por el teléfono, y corté. Wolfe se reclinó en su sillón con los ojos cerrados y yo no quise molestarle. La situación era para dar un berrinche a cualquiera y no me sentía con ánimos para aguantar el chaparrón. Si sus observaciones fueron algo más que tiros al azar, aquel era un momento difícil, puesto que si Mike Walsh había confesado ante Cramer, no es necesario decir que tomarían todas las precauciones necesarias para proteger al marqués de Clivers de cualquier complot siniestro. Nada dije, y yendo al fichero de las plantas simulé revisarlo.

A la una menos cuarto sonó el timbre de la puerta y fui a abrir a Johnny Keems. Yo seguía haciendo de portero, porque con Cramer nunca se sabe lo que puede ocurrir. Johnny, con su cara lavada, que es la única cosa que tenía contra él, me siguió hasta el despacho y se sentó sin esperar a que le invitasen.

—¿Qué tal me salió la clave? No del todo mal, ¿verdad? —preguntó.

—Una perfecta maravilla —gruñí—. Eres un portento. ¿Dónde encontraste a Walsh?

Cruzó las piernas.

—No me costó nada. Cerca de la calle Sesenta y Cuatro Este, donde se hospeda. Las instrucciones eran no

aproximarse a él hasta que tuviera una pista o en caso de necesidad; de modo que averigüé, tras juiciosas pesquisas, que estaba allí y luego me limité a quedarme por los alrededores. Salió a las diez menos cuarto en dirección a la Segunda Avenida y luego torció hacia el sur. Fue por la calle Cincuenta y Ocho Oeste hasta el Park. Del Park...

Wolfe intervino.

—Suprime el itinerario.

Johnny asintió.

—De todas formas estuvimos por allí, y en la calle Cincuenta y Seis entró en el hotel Portland.

—¡Vaya!

—Si. Estuvo allí más de una hora.

Llamó por teléfono y luego subió en el ascensor, mas yo permanecí en el vestíbulo porque el detective del hotel me conoce, me vio, y comprendí que no lo hubiera consentido. Sabía que Walsh podía escaparse porque hay dos pares de ascensores, pero no tuve más remedio que esperar allí y a las once y cuarto le vi bajar y salir a la calle. Se dirigió al sur, torció hacia la calle Cincuenta y Cinco Oeste, y atravesando Madison penetró en una casa en construcción. Ese es el sitio que usted me dijo que probara si no le encontraba en la calle sesenta y Cuatro, donde trabaja de vigilante nocturno. Aguardé fuera pensando que si entraba podrían

detenerme, con la esperanza de que no saliera por otro sitio, y a los diez minutos volvía a salir, pero acompañado. Le había detenido un policía, y al llegar al Park tomaron un taxi. Yo tomé otro por mi cuenta y les seguí hasta la calle Central, donde entraron por la puerta grande y yo busqué un teléfono.

Wolfe, reclinándose de nuevo, volvió a cerrar los ojos.

Johnny Keemps, enderezando el nudo de su corbata, pareció muy satisfecho de si mismo. Arrojé mi block de notas con todo el informe sobre el escritorio, y traté de buscar algún comentario que expresara lo que sentía.

Entonces sonó el teléfono.

Yo contesté. Una voz me dijo que el inspector Cramer deseaba hablar con el señor Goodwin. Mientras contestaba que podía ponerle conmigo, hice seña a Wolfe para que escuchara por su teléfono.

—¿Goodwin? —dijo el policía—. soy el inspector Cramer. ¿Quiere hacerme un favor?

—Ya sabe usted que sí. —Procuré hablar con calor—. Me siento halagado.

—¿Si? Es muy sencillo. Coja su coche y venga en seguida a mi oficina.

Miré a Wolfe que estaba escuchando, pero no hizo el menor gesto, y dije:

—Tal vez pudiera, a no ser por una cosa. Aquí me necesitan para atender a las visitas,. por ejemplo, las que vienen con órdenes de registro. No tiene usted idea de cómo nos abruman.

Cramer se echó a reír.

—Muy bien, puede estar tranquilo. No habrán órdenes de registro mientras usted esté fuera. Le necesito para algo. Dígale a Wolfe que estará de regreso dentro de una hora.

—De acuerdo. Allá voy.

Colgué y me dirigí a Wolfe.

—¿Por qué no? Es mejor que estar aquí con los brazos cruzados. Fred y Johnny están en casa y ellos dos valen por cinco como yo. Tal vez quiera que le

ayude a encontrar a Mike Walsh. Me gustaría.

Wolfe asintió.

—Esto me gusta. Hay algo en esto que me agrada. Tal vez me equivoque, pero ve de todas maneras.

Estiré las piernas, puse mi block de notas y las fichas de las plantas en los cajones correspondientes y fui al recibidor. Johnny vino tras de mí para echar el cerrojo de nuevo cuando yo me hubiera marchado.

No había salido al exterior durante casi veinticuatro horas y resultaba agradable. Me llené los pulmones de aire, saludé con la mano a Tony que pasaba con un carrito por el otro lado de

la calle y tomé la dirección del garaje. El automóvil se inclinó bajo mi peso, le hice descender por la rampa y lo puse rumbo a la ciudad, sintiendo renacer mi buen humor por todos mis poros.

Aparqué y fui en busca del ascensor. Me enviaron directamente al reducido despacho interior de Cramer que estaba vacío, con la excepción de un empleado de uniforme, y me senté a esperar. Al minuto entró Cramer. Creí que tendría la virtud de mostrarse un tanto violento, pero no fue así; iba mascando un cigarro puro y parecía contento. No fue hasta su mesa, limitándose a permanecer de pie. Creí que no le molestaría que le fastidiara y por ello le pregunté:

—¿Todavía no ha encontrado a Clara Fox?

Meneó la cabeza

—No. A Clara Fox no, pero la encontraremos. Ahora tengo aquí a Mike Walsh.

Enarqué las cejas.

—No me diga. Le felicito. ¿Dónde le ha encontrado?

Cramer frunció el ceño.

—No voy a tratar de engañarle, Goodwin. Sería perder el tiempo. Por eso le he pedido que viniera... por Mike Walsh. Usted y Wolfe se han estado portando bastante mal hasta ahora, pero si me ayuda en esto, lo olvidaremos. Quiero que me diga quién es Mike

Walsh. No es necesario que se presente ante ellos, puede mirar por la ventana.

—No le comprendo. Creí que le habla detenido.

—¡Maldita sea! —Cramer mordió su cigarro—. Hemos cogida a ocho.

—¡Oh! —Le sonreí con simpatía—. ¡Figúrese, ocho Mikes Walsh! Ha sido una suerte que no se llamara Bill Smith o Abe Cohen.

—¿Querrá indicármelo?

—No me gustaría tener que hacerla. —Reprimí mi vacilación—. ¿Es que no pueden identificarse ellos mismos?

—No pueden. No tenemos nada en que basarnos, sólo sabemos que Harlan Scovil llevaba su nombre escrito en un

papel y que ayer noche estuvo en el despacho de ustedes. No podemos emplear el tercer grado con todos ellos aunque quisiéramos. El último lo trajeron hace menos de una hora, y es peor que cualquiera de los otros. Es vigilante nocturno, tiene setenta años, y dice que no sabe nada de nuestro condenado asunto, y yo me siento inclinado a creerle. Escuche, Goodwin. Este Walsh no es cliente de Wolfe. Usted no le debe nada y de todas maneras no vamos a hacerle nada a menos que él lo merezca. Vamos a echarles un vistazo y usted me dice si le hemos echado el guante.

Meneé la cabeza.

—Lo siento. No va con mi programa.

Me gustaría ayudarle, pero no puedo.

Cramer se quitó el cigarro de la boca y me señaló con él.

—Se lo pido una vez más. ¿Quiere hacerlo?

Me limité a negar con la cabeza.

Dio vuelta a su mesa y fue a ocupar su sillón, desde donde me miró como si lamentase algo. Al fin dijo:

—Es demasiado, Goodwin. Esta vez es demasiado. Voy a hacer que les castiguen por hacer obstrucción a la justicia. Está todo dispuesto para la orden de arresto. Aunque me doliera más de lo que me duele ahora, iría arriba para pedirla.

Y apretó el botón del timbre que había sobre su mesa.

Yo dije:

—Adelante. Y luego, muy pronto, lo lamentará durante uno o dos años, o tal vez más.

Se abrió la puerta y entró un agente. Cramer se volvió hacia él.

—Tendrás que soltarles, Nick. Haz que les sigan a todos excepto a ese muchacho que va a N.Y.U., y al cantante de la radio. Quedan descartados. Emplee a buenos hombres. Si alguno se perdiera tienes direcciones para volver a localizarle. A todos los que cojan les veré después de que tú hayas hecho su informe.

—Sí, inspector. Ese de Brooklyn, del Club MCGrue, está armando un verdadero escándalo.

—Muy bien. Déjale marchar. Más tarde telefonaré a McGrue.

El agente se marchó y Cramer intentó encender su cigarro.

—Y por lo que arriba respecta — dije—, ¡al diablo con el comisario! ¿Cómo sabe él si Wolfe se opone o no a la justicia? ¿Qué me dice del inválido Pal Chapin y del pájaro Bowen? ¿Acaso hizo obstrucción a la Justicia entonces? Si quiere que le diga mi opinión, creo que tiene mucha tranquilidad al pedirme que viniera aquí. ¿Nos oponemos a la justicia al procurar por esas criaturas?

Usted incluso buscó a una de ellas debajo de mi cama y la de Wolfe. ¿Es que Wolfe y yo somos policías que recibamos el primero y el quince de cada mes la paga del Estado? No lo somos.

Cramer gruñó.

—Debo pedir esa orden.

—¡Bien! Está usted dolido. Así son todos los policías y periodistas; no pueden soportar que uno sepa una cosa y no se la diga. —Miré mi reloj de pulsera, y vi que eran casi las dos—. Tengo apetito. ¿Dónde voy a comer, aquí o fuera?

—No me importa un comino que coma usted o no —replicó Cramer—.

¡Lárguese!

Me puse en pie de un salto, y bajando a toda prisa en el ascensor, regresé adonde había dejado mi automóvil. Miré a mi alrededor reflexionando que en el radio de unas pocas manzanas, ocho Mikes Walsh se iban alejando en todas direcciones, seis vigilados, y yo por lo menos hubiera dado dos cominos por saber adónde se dirigía uno de ellos. Mas aunque hubiera pasado junto a mí en aquel momento, yo no me hubiese atrevido a decirle nada, ya que de este modo les habría indicado quién era el hombre que buscaban; de modo que subí al coche y puse rumbo norte.

Cuando regresé a casa, Wolfe y Clara Fox estaban en el comedor tomando café. Hallábanse tan ocupados que sólo tuvieron tiempo de dedicarme una inclinación de cabeza cuando yo tomé asiento en un extremo de la mesa y Fritz me trajo la comida. Ella llevaba puesta mi bata con las mangas subidas, un par de zapatillas de Fritz. y sin medias. Wolfe le recitaba poesías húngaras, verso por verso, que Clara iba repitiendo; él parecía complacido, aunque lo quería disimular, mientras ella se inclinaba hacia delante con los ojos fijos en sus labios y preguntándole como si de veras le interesara. ¿Quiere repetirlo otra vez? Más despacio, por

favor.

El batín amarillo no le sentaba mal, pero yo tenía hambre. Devoré un plato de riñones de cordero con pimientos verdes y otro de escarola, y cuando Fritz me presentó otro con un buen pedazo de pastel, comenté dirigiéndome a la habitación:

—Si han terminado de tomar café y tienen algún tiempo disponible, podrían escuchar las novedades que traigo.

Wolfe suspiró.

—Supongo que no hay más remedio. Pero no aquí. —Se puso en pie—. ¿Si Fritz quisiera servir el café en el despacho? Y usted, señorita Fox... a su habitación.

—¡Oh, Dios mío! ¿Debo recluirme otra vez?

—Desde luego. Hasta la hora de comer. —Wolfe se inclinó... unas dos pulgadas y salió.

Clara Fox se acercó adonde yo estaba.

—Le serviré el café.

—Muy bien. Cargado y con dos terrones.

Se extrañó.

—¿Con toda esa crema de leche que hay ahí? Muy bien. Sabe, señor Goodwin, esta casa representa el insulto más insolente a los derechos de la mujer que un hombre haya podido concebir. Aquí no interviene para nada ninguna

mujer, pero el orden es perfecto, la comida espléndida, y la limpieza impecable. Nunca he sido ama de casa, pero no puedo pasar por alto este reto. Voy a casarme con el señor Wolfe, y conozco una chica que es ideal para usted. Nuestras amistades entrarán y saldrán de esta casa con frecuencia, y desde luego, este lugar necesita algunas reformas.

La miré. El borde del batín amarillo arrastraba por el suelo, el cuello abierto dejaba al descubierto su garganta y era interesante observar la curva de sus hombros y cómo su color hacía resaltar sus cabellos.

—Ya nos ha trastornado bastante —

le dije—. Vaya arriba y pórtese bien. Wolfe tiene tres esposas y diecinueve niños en Turquía.

—No lo creo. Siempre había aborrecido a las mujeres hasta que he visto lo bien que saben esconderse en una caja de musgo.

Sonriéndole me puse en pie.

—Gracias por el café. Tal vez consiga convencer a Wolfe para que la deje bajar a cenar.

En una mano sostuve el plato y la taza del café, mientras con la otra abría la puerta para que pasara. Luego, yendo al despacho, me senté ante mi mesa y comencé a sorberlo. Wolfe tenía el cajón entreabierto e iba contando los tapones

de botellas para ver cuánta cerveza había bebido desde el domingo por la mañana. Al fin lo cerró con un gruñido.

—No lo creo ni por un momento. ¡Bah! Las estadísticas son siempre increíbles. He sostenido una charla muy satisfactoria por teléfono con el señor Lindquist y estoy más que ansioso por cambiar unas palabras con el señor Walsh. ¿Le has visto?

—No. Rechacé la invitación. —Le referí mi entrevista con Cramer con todo detalle, casi textualmente, como a él le gusta. Wolfe me escuchaba, reflexivo.

—Ya. Entonces el señor Walsh vuelve a estar en libertad.

—Sí. Está de nuevo en la calle, pero

no veo cómo podemos acercarnos a él, puesto que le vigilan. En el mismo momento en que lo hagamos sabrán que es él y volverán a detenerle.

—Lo supongo. —Wolfe suspiró—. Sería inútil tratar de eludir a la policía. Son unos cazadores ideales, como debe ser. Y en cuanto a Walsh, es imprescindible que le vea... o que le veas tú. Llama a Keems.

Fui a la habitación delantera de la casa donde Johnny estaba jugando a las damas con Fred Durkin y le dije que Wolfe quería verle. Se sentó ante el escritorio y mi jefe le dijo señalándole con el dedo:

—Johnny, esto es importante. No

envío a Archie porque le necesito aquí, y Saúl no está disponible.

—Sí, señor. Dispare.

—Ese Michael Walsh, a quien has seguido esta mañana, ha sido puesto en libertad por la policía porque ignoran si es el hombre que buscan. Le vigilan, de modo que sería peligroso para ti acercarte a él, aunque pudieras hacerla. Es muy importante que Archie se ponga en contacto con él. Puesto que ante la policía finge no ser el que andan buscando, existe la posibilidad de que siga llevando su vida normal; es decir, que esta noche vaya a trabajar. Mas si lo hace le seguirán hasta allí y pondrán a un detective de vigilancia ante la puerta

durante toda la noche; por lo tanto Archie no puede entrar por allí para verle. Te doy todos estos detalles para que sepas exactamente lo que queremos. ¿Es cierto que cuando se construye una casa se levanta una valla en la parte que da a la acera, pero no en los otros lados donde hay edificios? Yo creo que es así; por lo menos algunas veces. Muy bien, quiero que investigues por qué medio puede Archie entrar en la construcción, pongamos... a las siete de esta tarde. Inspecciónalo todo. Tengo entendido, según me dijo la señorita Fox, que estuvo allí el jueves pasado para hablar con el señor Walsh, que acababan de empezar a colocar las vigas de hierro.

»La señorita Fox también me dijo que el señor Walsh empieza a trabajar a las seis. Deseo saber si hoy entra a esa hora. Puedes vigilar la puerta a esa hora, o tal vez habrás encontrado ya un lugar mejor de observación en el interior. Utiliza tu buen juicio y tu inteligencia. Si telefoneas aquí utiliza la clave siempre que te sea posible. Ven a informar a las seis y media.

—Sí, señor. —Johnny se puso en pie—. Si tengo que sobornar a alguien de los edificios cercanos para poder entrar, necesitaré algún dinero.

Wolfe asintió y me hizo una seña. Saqué cuatro billetes de cinco dólares que Johnny se guardó en el chaleco.

Luego le acompañé hasta el recibidor para abrirle la puerta.

Fui luego a mi mesa escritorio y estuve entreteniéndome con algunas cosillas. Llené un par de cheques y repasé unas facturas de Richardt. Wolfe bebía cerveza y yo le observaba con el rabillo del ojo. Yo estaba tranquilo y sabía por qué... por Wolfe. Cien veces había tratado de descubrir qué era lo que me daba a entender tan claramente que estaba a punto de encontrar la solución. Unas me parecía que era sólo su distinto modo de sentarse... un poco más inclinado hacia delante. Y otras yo diría que eran sus movimientos; no es que fueran más rápidos, pero si más

seguidos, y no obstante, en ciertas ocasiones, hubiera pensado que cualquier otra cosa. Dudo que fuera nada, de esto. Tal vez fuese como una corriente eléctrica que pasaba por él y yo la percibía. La sentí aquel día mientras llenaba su vaso, lo vaciaba y volvía a llenarlo. Y me sentí intranquilo porque yo estaba cruzado de brazos y porque siempre cabía el peligro de que Wolfe saliera con alguna extravagancia cuando se guardaba las cosas para él solo. Por ello al fin me atreví a hacer un comentario:

—¿Y yo tengo que quedarme aquí sentado? ¿Cree que esos gorilas van a volver? Yo no. Ni siquiera vigilan la

entrada. ¿Por qué no dejar a Fred y Johnny aquí? Yo hubiera ido a la calle Cincuenta y Cinco a hacer las exploraciones por mi cuenta. Eso hubiera sido lo más razonable si es que desea que vea a Mike Walsh a las siete. Todo lo que pido es que charlemos amistosamente. Le he oído confesar que tiene muchos defectos; pero el peor de todos es su costumbre de recoger extraños datos con llamadas telefónicas y otros medios parecidos cuando yo le doy la espalda y luego espera de mi...

Alcé las manos.

—¡Majadero! —respondió Wolfe—, ¿cuándo he esperado de ti algo que estuviera más allá de tu capacidad?

—Nunca. ¿Cómo iban a estarlo? Pero por ejemplo, si es tan importante que yo vea a Mike Walsh, sería conveniente para mi saber el por qué, a menos que desee que le envuelva y se lo traiga.

Wolfe meneó la cabeza.

—Creo que eso no te lo diré. Ya te informaré a su debido tiempo, Archie.

—Hizo sonar el timbre y luego apartó la bandeja con un suspiro—. Y en cuanto a por qué he enviado a Johnny dejándote a ti aquí, es porque puedo necesitarte. Mientras has estado fuera, telefoneó el señor Muir preguntando si podía venir a las dos y media. ¿Comprendes ahora...?

—¡Diablos! ¿Muir?

—Sí. Don Ramsey Muir. Y en cuanto a mantenerte en la ignorancia de los hechos, es porque ya te has entrometido con tanta insistencia en mis procesos mentales, que me siento inclinado a no proporcionarte más temas para tus lucubraciones. En el caso presente conoces la situación general tanto como yo. Lo que te molesta es tu falta de paciencia, y la mucha que yo tengo. Sí yo sé quien mató a Harlan Scovil... y después de la conferencia que puse para hablar con el señor Lindquist creo saberlo... ¿por qué no actúo en seguida? En primer lugar porque necesito confirmación, y en segundo porque nuestro principal interés en este caso no

es la solución de un crimen, sino el cobro de una deuda. Y si espero la confirmación que preciso del señor Muir, ¿por qué no cogerle en seguida, asegurarla, y luego dejar que le detenga la policía? Porque el curso que tomarían probablemente a continuación después de sonsacarle la historia, haría difícil que cobrásemos de *lord* Clivers y complicaría en gran manera el asunto de liberar a la señorita Fox de la acusación de robo. Tenemos tres metas distintas que alcanzar, y puesto que será necesario llegar simultáneamente a las tres... Pero suena el timbre. El señor Muir llega con tres minutos de retraso.

Fui hasta el recibidor y eché un

vistazo por la mirilla para asegurarme. Desde luego era Muir. Abrí la puerta y le dejé entrar. Por su modo de decir que deseaba ver a Nero Wolfe, comprendí que estaba enloquecido. Llevaba un abrigo pardo, cortado por un sastre muy por encima de mis posibilidades, pero que era veinticinco años demasiado juvenil para él, y al parecer no pensaba quitárselo. Le hice pasar delante de mí para conducirlo al despacho y me permití una sonrisa al ver que no estrechaba la mano más que a Wolfe. Le acerqué una silla y se sentó poniendo el sombrero sobre sus rodillas.

Wolfe dijo:

—Su secretaria, cuando llamó por

teléfono, al parecer ignoraba para lo que usted deseaba verme. Supuse que sería por su acusación contra Clara Fox. Usted comprenderá que yo soy el representante de la señorita Fox.

—Sí. Lo comprendo.

—¿Y bien? Usted dirá.

Los pómulos del señor Muir parecieron querer atravesar sus mejillas; mantuvo los labios apretados y su mandíbula iba de un lado a otro como si toda aquella emoción fuese demasiado para sus años. Recordé como había mirado a Clara Fox el día anterior y pensé que era notable que pudiera hacer bien la digestión con todo lo que debía haber en su interior.

—He venido —anunció— debido a la insistencia del señor Perry. —Su voz temblaba un tanto, y cuando se detuvo apretó las mandíbulas—. Quiero que comprendan que sé que ella cogió ese dinero. Es la única que pudo hacerla y fue encontrado en su automóvil. —Hizo una pausa para dominarse—. El señor Perry me habló de su amenaza de demandarnos por daños y perjuicios. Esa insinuación en sí ya es despreciable. ¿Qué clase de tunante es usted para proteger a un ladrón y lanzar calumnias contra personas que... que están por encima de toda sospecha?

Apretó los labios mientras Wolfe murmuraba:

—Bien, continúe. No contesto preguntas que contengan una o dos insinuaciones infundadas.

No creo que Muir le oyera; sólo se escuchaba a sí mismo y trataba de no estallar.

—Estoy aquí por una sola razón —dijo—, como representante de la Seaboard Products Corporation. Y tampoco por su vil amenaza. No es la Seaboard Products Corporation la que tiene nada que esconder. —Su voz volvió a temblar—. ¡Si no el presidente de la sociedad, que tiene que satisfacer sus apetencias personales salvando a una vulgar ladrona de lo que tiene muy merecido! ¡Por eso ella puede reírse de

mí! ¡Y por eso se respalda en sus amenazas! Porque lo que Perry desea, y sabe cómo...

—¡Señor Muir! —le gritó Wolfe—. Yo en su lugar no hablaría así. Es inútil. Sin duda alguna no habrá usted venido aquí para convencerme de que el señor Perry tiene apetencias personales.

Muir hizo un movimiento y su sombrero resbaló de sus rodillas y se fue al suelo, mas no le prestó atención. Tuvo que hacerlo para extraer del bolsillo de su chaleco un sobre cuadrado, del que sacó una fotografía de tamaño reducido que tendió a Wolfe.

—Ahí tiene —dijo—. Mire eso.

Wolfe lo hizo así, y luego me la

pasó. Era una instantánea de Clara Fox y Antonio D. Perry sentados en un *coupé* descapotable. La deposité encima del escritorio y Muir volvió a guardarla en el sobre.

—Tengo más de treinta —dijo—. Me las consiguió un detective. Perry ignora que yo las tengo. Quiero dejar bien sentado que ella merece... le tiene dominado...

Wolfe alzó una mano.

—Lamento tener que interrumpirle de nuevo, señor Muir. No me agradan las fotografías de automóviles. Dice usted que el señor Perry insistió para que viniera aquí. Y yo insisto en preguntarle a qué ha venido.

—Pero usted comprenderá...

—¡No! No le escucharé. Comprendo demasiado. Quizá será mejor que le haga un par de preguntas. ¿Es cierto que ha recuperado todo el dinero desaparecido?

—Usted sabe que sí. Lo encontraron debajo del asiento posterior de su automóvil.

—Pero si su coche es el de la fotografía, no tiene asiento posterior.

—Se compró uno nuevo en agosto. Esa fotografía fue tomada en julio. Supongo que Perry se lo compraría. Ella tiene el sueldo más alto que cualquiera otra mujer de nuestra Compañía.

—¡Espléndido! Pero volvamos al

dinero. Si lo ha recuperado. ¿por qué está tan resuelto a llevarla ante los tribunales?

—¿Y por qué no? ¡Es culpable! ¡Lo cogió de mi escritorio sabiendo que Perry la protegería! Con su tipo, su belleza y sus atractivos...

—¡No, señor Muir! —Wolfe había vuelto a alzar la mano—. Por favor. Le he hecho mal la pregunta, no tendría que haber preguntado por qué. Lo que quiero saber es si está decidido a llevar adelante este asunto.

Muir apretó los labios y al fin dijo:

—Lo estábamos. Lo estaba.

—¿Lo estaba? ¿Y lo sigue estando?

No hubo respuesta.

—¿Lo sigue estando, señor Muir?

—Yo... no.

—¡Ya! —Wolfe entornó los ojos—.

¿Está así dispuesto a retirar la acusación?

—Sí... Bajo ciertas condiciones.

—¿Qué condiciones?

—Quiero verla. —Muir se detuvo, pues volvía a temblarle la voz—. Le he prometido a Perry que retiraría la acusación si conseguía verla a solas y decírselo yo mismo. Esa es... ésas son las condiciones...

Wolfe le miró un momento y luego volvió a reclinarsse contra el respaldo de su sillón con un suspiro.

—Creo que puede arreglarse. Pero

primero debe usted firmar una declaración rehabilitándola.

—¿Antes de verla?

—Sí.

—No. La veré primero. Debo verla y decírselo yo. Si hubiera firmado ya una declaración, ella no querría... no. No lo haré.

—Pero así no puede usted verla antes. —Wolfe adoptó un tono paciente—. Existe una orden de detención contra ella, firmada por usted. Yo no sospecho que quiera traicionarla, pero me limito a proteger a mi cliente. Dice usted que ha prometido al señor Perry retirar la acusación. Hágalo. El señor Goodwin escribirá a máquina su declaración,

usted la firma y yo dispondré su entrevista con la señorita Fox a última hora del día.

Muir meneaba la cabeza, murmurando:

—No. No... no quiero. —De pronto se puso mucho más furioso de lo que estuvo en el despacho de Perry el día anterior. Poniéndose en pie de un salto descargó un fuerte golpe sobre la mesa de Wolfe—. ¡Le digo que debo verla! ¡Maldito tunante, usted la tiene aquí! ¿Para qué? ¿Qué saca de todo esto? ¿Qué es lo que traman usted y Perry...?

Tuve intenciones de propinarle una bofetada, pero era demasiado viejo y demasiado insignificante. Wolfe abrió

los ojos para mirarle y luego los cerró de nuevo. Muir seguía gritando. Yo me levanté y fui a decirle que se sentara, y comenzó a gritarme que ya había reparado en mi forma de mirarla el día anterior en la oficina de Perry. Tuve la impresión de que le iba a dar un ataque, de modo que le sujeté con fuerza por los hombros obligándole a sentarse. Se calló tan bruscamente como había comenzado a gritar y sacando un pañuelo de su bolsillo se secó el rostro con manos temblorosas.

Entretanto sonó el timbre de la puerta. No me atrevía a dejar a Wolfe a solas con aquel maniático, pero al ver que no me movía me hizo una seña de

modo que fui a ver quién era el visitante.

Atisbé por la mirilla. Era un individuo de aspecto tosco, de mediana edad, vistiendo un traje de *tweed* muy holgado. Sus mejillas eran sonrosadas, sus cejas rectas y sus ojos grises, de mirar cansado. Le faltaba el lóbulo de la oreja derecha. Aun sin ese detalle le hubiera reconocido por la fotografía del *Times*. Abrí la puerta y le pregunté qué deseaba, a lo que respondió en tono ofendido:

—Quisiera ver a don Nero Wolfe.
Soy *lord* Clivers.

CAPÍTULO XIII

ASENTÍ.

—Muy bien. Pase usted.

Me dispuse a ordenar mis ideas. Antes de seguir adelante debo hacer una confesión. Hasta aquel momento no había abrigado seriamente la idea de que el marqués de Clivers hubiese asesinado a Harlan Scovil. ¿Y por qué no? Porque, como a la mayoría de las personas, y tal vez especialmente los americanos, me repugna pensar que los hombres que ostentan títulos nobiliarios

pueden hacer cosas semejantes. Además, aquel individuo acababa de estar en Washington y almorzó en la Casa Blanca, lo cual probaba que no era un asesino. De todas formas, al ver a aquel personaje de carne y hueso y al recordar que llevaba un revólver, que sabía cómo utilizarlo y que tenía sus motivos, y que puesto que Harlan Scovil había sentido las sospechas suficientes para visitar por anticipado a Nero Wolfe, pudo fácilmente haber hecho lo mismo con el marqués de Clivers, rectificué algunas de mis opiniones anteriores. Ahora todo lo veía claro.

Todo esto pasó por mi mente como un relámpago y también, mientras

recogía su sombrero, bastón y guantes, me preguntaba si no sería conveniente confrontarle con Muir, pero no quise decidirlo por mi mismo. Así que dejándole en la habitación contigua al despacho, luego de decirle que Wolfe se hallaba ocupado, fui de nuevo al recibidor, donde escribí en un papel: «Es el viejo Clivers», y yendo hasta el despacho se lo entregué a Wolfe.

Wolfe lo leyó y después me guiñó un ojo. Me senté.

Muir estaba hablando mucho más calmado, pero con la misma determinación. Transcurrieron un par de minutos sin que consiguieran ponerse de acuerdo, hasta que Wolfe habló:

—Es inútil, señor Muir. No lo haré. Diga al señor Perry que llevaré adelante el plan que le anuncié esta mañana. Es definitivo. No aceptaré más que la total e incondicional entrega de la suma que reclama mi cliente. Buenos días, señor; me espera una visita.

Muir se puso en pie. No temblaba y su mandíbula estaba en su lugar, pero su aspecto era tan amistoso como el de Mussolini al dirigirse al mundo. No dijo nada. Me miró primero a mi y luego a Wolfe por espacio de un minuto sin pestañear y luego de agacharse para recoger su sombrero, echó a andar hacia la puerta. Le seguí para acompañarle y me quedé contemplando desde la

entrada como se alejaba por la acera. Iba tropezando con los árboles, y no es que estuviera ciego, sino que se sentía tan indignado que todo le importaba un comino.

Meneé la cabeza con más enojo que compasión y luego al regresar al despacho dije a Wolfe:

—Diría que esta vez ha dado usted en el clavo. Está furioso.

Wolfe asintió distraído, mientras yo continuaba:

—Le enseñé el papel porque pensé que tal vez considerase conveniente dejar que Clivers y Muir se enfrentasen. Siendo de un modo inesperado, pudiera haber sido interesante. Es mi instinto

social.

—No lo dudo. Pero este es el despacho de un detective, no un salón de moda. Ni una casa de fieras... puesto que el señor Muir es una hiena repulsiva. Haz pasar a *lord* Clivers.

Fui a la habitación donde esperaba por la puerta de comunicación y Clivers miró sorprendido al verme entrar por otra dirección. Se puso en pie en el acto. Le indiqué que me siguiera y se detuvo en el umbral de la puerta mirando a su alrededor antes de aventurarse a entrar. Luego avanzó hacia el escritorio, y Wolfe, contemplándole con los ojos muy entornados, le dedicó una inclinación de cabeza.

—¿Cómo está usted? —Wolfe le indicó la silla que Muir acababa de abandonar—. Siéntese.

Clivers dio la vuelta lentamente, tomando nota de las estanterías de libros, los mapas de las paredes, las reproducciones de Holbein, más librerías, el globo terrestre de tres pies, el grabado de Brillat-Savarin, más estanterías de libros, y el retrato de Sherlock Holmes que yo tenía sobre mi mesa. Al fin tomó asiento y mirándome con el ceño fruncido preguntó:

—¿Y este joven?

—Es mi ayudante confidencial —replicó Wolfe—. El señor Goodwin. Sería inútil decirle que se marchara,

porque iría al lugar que tenemos preparado para escuchar y anotaría todo lo que oyera.

—¡Diantre! —Clivers lanzó tres carcajadas secas, «¡ja, ja, ja!», y se olvidó de mi para dirigirse a Wolfe—. He recibido su carta en la que me habla de ese caballo. Es absurdo.

Wolfe hizo un gesto de asentimiento.

—Estoy de acuerdo con usted. Todas las deudas son absurdas. Representan el pasado envidioso que atenaza, con sus dedos fríos la garganta del presente.

—¿Eh? —Clivers le miró con los ojos muy abiertos—. ¿De qué está usted hablando? ¡Tonterías! Lo que quiero decir es que doscientas mil libras por un

caballo son demasiado, y además incobrables.

—Seguro que no. —Wolfe suspiró, inclinándose hacia delante para llamar al timbre, y luego volvió a su posición anterior—. El mejor argumento contra usted es su presencia en esta casa. Si son incobrables, ¿por qué ha venido? ¿Quiere tomar un vaso de cerveza?

—¿Qué clase de cerveza?

—Americana. Potable,

—La probaré. Vine porque mi sobrino me ha dado a entender que si quería verle tenía que venir aquí. Y quería verle porque deseo saber si es usted un estafador o un incauto.

—Mi querido amigo. —Wolfe alzó

las cejas—. ¿No cabe ninguna otra alternativa?... otro vaso y otra botella, Fritz —dijo al ver a Fritz que acudía a su llamada. Abrió la suya y se sirvió—. Me parece usted un hombre recto. No nos entretengamos con desatinos. Con franqueza, me siento aliviado. Temía que pudiera llegar además a discutir la cuestión de su identidad creando molestias innecesarias.

—¿Discutir mi identidad? —Clivers abrió mucho los ojos—. ¿Por qué diablos iba a hacerlo?

—Por nada, pero creí que lo haría. Hace cuarenta años en Silver City, Nevada, era usted conocido como Jorge Rowley?

—Desde luego que sí. Gracias, me la serviré yo mismo.

—Bien. —Wolfe echó un trago y se secó los labios—. Creo que podemos continuar. Me doy cuenta de que la reclamación del señor Lindquist no tiene apoyo legal, debido al tiempo transcurrido. Y lo mismo ocurre con las reclamaciones de los demás... han caducado; además, el papel que usted firmó y que lo hacía válido no podemos encontrarlo. Pero es una obligación moral razonable y demostrable, y he calculado que antes de que se dé a conocer en un juicio público, usted preferiría pagar. Sería un caso poco corriente que despertaría gran interés.

No sólo es usted un par de Inglaterra, sino que se halla en este país para cumplir una misión diplomática importante y delicada, y por consiguiente, tal publicidad no sería de desear. ¿No preferiría pagar lo que debe, o por lo menos una parte, antes que permitir esa publicidad? Yo creo que sí. ¿Le ha parecido tolerable la cerveza?

Clivers dejó el vaso después de haber bebido.

—Sí. —Secó se los labios y miró a Wolfe—. Diantre, ¿es posible que piense hacer eso?

—Es bien cierto, señor.

—Sí, cielos, puede hacerla. Voy a

decirle lo que he pensado. Creí que usted basaba la reclamación en ese caballo pretendiendo que era adicional a la obligación que contraje al firmar ese papel. No es mala idea y una excelente base para el chantaje. Si no hubiera firmado aquel papel y de no haber sido por aquel caballo, me hubieran echado la soga al cuello. No es muy agradable, ¿eh? Y naturalmente, eso es lo que están ustedes haciendo, reclamar un precio extra por ese caballo. Pero es absurdo. ¿Doscientas mil libras por un caballo? Pagaré mil.

Wolfe meneó la cabeza.

—No me gusta regatear, ni soy amigo de disimulas. Está en juego la

reclamación total y usted lo sabe. Yo represento no sólo al señor y la señorita Lindquist, sino también a la hija de Gilbert Fox; e indirectamente al señor Walsh; y debía haber representado al señor Scovil, que fue asesinado la noche pasada. —Volvió a menear la cabeza—. No, *lord* Clivers. En mi carta basé la reclamación en el caballo sólo porque el documento que usted firmó no está disponible. Estamos discutiendo la deuda total, Que hablando estrictamente, eso representaría la mitad de toda su fortuna. Como le digo, mis clientes están dispuestos a aceptar una parte.

En el rostro de Clivers apareció una nueva expresión mientras miraba a

Wolfe de hito en hito. Al fin dijo:

—Ya comprendo. De modo que es un juego serio, ¿verdad? Hubiera pagado mil libras por el caballo y posiblemente otras mil por el vaso de cerveza. Pero usted va en busca de una buena redada al amenazarme con hacer público todo esto y comprometer mi actual posición aquí. ¡Váyase al diablo!

—Y dicho esto se puso en pie.

Wolfe no perdió la paciencia.

—Permítame. No se trata de dar un millar o dos de libras por un caballo. Moralmente debe usted a esas personas la mitad de su fortuna. Si ellos. están dispuestos...

—¡Bah! ¡No les debo nada! Usted

sabe perfectamente que les he pagado.

Wolfe casi cerró los ojos.

—¿Cómo dice? ¿Que les ha pagado?

—Desde luego que sí, y usted lo sabe. Y ellos me dieron su recibo y el papel que yo firmé. —Clivers volvió a sentarse—. Escuche. Usted tiene aquí a su hombre y yo estoy solo; ¿por qué no hablar claro? No me importa que sea usted un pillo. He tratado con pillos antes de ahora y con muchas más pretensiones que las suyas. Usted tiene una buena base para el chantaje, lo admito, pero también pudo haber desechado la idea de una gran suma, porque no me avendré a ello. Pagaré tres mil libras por ese caballo a cambio de

un recibo de los Lindquist.

Wolfe tamborileaba con los dedos sobre el brazo de su sillón y' sus ojos eran apenas sendas ranuras. Al cabo de un momento dijo:

—Malo. Esto plantea la cuestión de la credulidad. —Alzó un dedo—. Muy malo, señor. ¿Cómo voy a saber yo si ha pagado realmente? Y si lo ha hecho, ¿cómo va a saber si yo lo ignoraba y si obro de buena fe? ¿Se le ocurre alguna buena idea? —Apretó el timbre—. Necesito más cerveza. ¿Quiere acompañarme?

—Sí. Es bastante buena. ¿Quiere usted decir que ignoraba que hubiera pagado?

—Si. Lo ignoraba. Aunque desde luego debiera haberseme ocurrido esa posibilidad. Estaba demasiado seguro del terreno que pisaba. —Se interrumpió para destapar las botellas, entregar una a Clivers y llenar su vaso—. Usted dice que les pagó. ¿A quiénes? ¿Cuándo? ¿Cuánto? ¿Con qué? ¿Le firmaron recibo? Cuéntemelo todo.

Clivers se tomó su tiempo y antes vació su vaso. Luego de enjugar sus labios miró a Wolfe pensativo. Al fin se decidió a hablar:

—No le conozco, pero es usted inteligente. ¿Quiere usted decir que si le demuestro que he pagado, y le enseño el recibo, abandonará este descabellado

asunto y retirará la reclamación si pago mil libras por el caballo?

—¿Con pruebas satisfactorias? — Wolfe asintió—. Lo abandonaré por nada.

—¡Oh, pagaré esas mil libras. Tengo entendido que los Lindquist están bastante apurados. Las pruebas serán satisfactorias y podrá verlas mañana por la mañana.

—Preferiría verlas hoy.

—No es posible. No las tengo. Llegarán esta noche en el *Berengaria*. Mi valija llegará esta noche, pero estaré ocupado. Venga a mi hotel a cualquier hora a partir de las nueve de la mañana.

—No salgo nunca. Estoy ocupado

desde la mañana a la noche. Puede traerme esas pruebas aquí cuando quiera a partir de las once.

—¡Diantre! —Clivers le miró y de pronto lanzó sus tres carcajadas—. ¡Ja, ja, ja! Puede usted venir a mi hotel. No es un inválido.

Wolfe conservó la calma.

—Si usted no las trae aquí o las envía, yo no las veré y tendré que presentar la demanda por el pago del caballo. Y a propósito, ¿cómo es que da la casualidad que llegan en el *Berengaria*?

—Porque las mandé traer. Hace ocho días, el lunes de la semana pasada fue a verme una mujer. Consiguió la

entrevista por medio de mi sobrino... al parecer se conocieron en alguna reunión de sociedad. Se presentó como la hija de Gilbert Fox y exigiendo. Yo no quise discutir con ella. Creí que se trataba de un vulgar chantaje y la eché de mi hotel. Era demasiado bonita para ser honrada, pero consideré que valía la pena cablegrafiar a Londres pidiendo aquellos documentos en caso de que se presentaran nuevos acontecimientos, y llegarán esta noche.

—Y ese pago... ¿cuándo se efectuó?

—En mil novecientos seis o siete. No lo sé exactamente. No he mirado esos papeles durante los últimos veinte años.

—¿A quién fue hecha la entrega del dinero?

—Tengo un recibo firmado por todos ellos.

—Eso ha dicho. Y también el papel firmado por usted. El hombre llamado Coleman «El Goma» es quien conservaba el documento. ¿Recibió él el dinero?

Clivers abrió la boca y volvió a cerrarla, y al fin dijo:

—Ya he contestado a bastantes preguntas. Mañana verá usted el cheque firmado por mi, abonado al portador, y cancelado. —Miró su vaso vacío—. No había probado la cerveza americana. Es bastante buena.

Wolfe tocó el timbre.

—Entonces, ¿por qué no nos anticipamos unas horas? No intento someterle a un examen, *lord* Clivers. Sólo deseo información. ¿Fue Coleman?

—Sí.

—¿Cuánto le pagó?

—Doscientas mil libras y pico. Un millón de dólares. Vino a verme en... julio creo que era... cosa de un año después de haber tomado posesión del título de mi familia. Debió ser en mil novecientos seis. Me hizo demandas exorbitantes. La mayoría de mis propiedades no podía convertirlas en efectivo. Estuvo de lo más irrazonable. Al fin quedamos en que le entregaría un

millón de dólares. Claro que yo necesitaba tiempo para reunirlo. El regresó a los Estados Unidos y volvió al cabo de un par de meses con un recibo firmado por todos ellos. Además era el delegado, según el documento que me entregó. Mi abogado quería que vinieran para comprobar las firmas, mas Coleman dijo que le había costado mucho trabajo persuadirles para que se avinieran a cobrar esa suma y que temía volver a tratar de la cuestión, y le pagué.

—¿Dónde está ahora Coleman?

—Lo ignoro. No he vuelto a verle desde entonces, ni he sabido más de él. No me interesaba; era un capítulo terminado. Y ahora tampoco me interesa.

Si les engañó y se guardó el dinero, ellos no debían haber confiado en él proporcionándole sus firmas. —Clivers vaciló y al fin se dispuso a continuar—. La verdad es que cuando vino a verme la señorita Fox hace una semana, la tomé por una chantajista, pero cuando Harlan Scovil fue a verme ayer tarde tuve mis dudas. Scovil era un hombre recto, nació así y no creo que ni siquiera estos cuarenta años transcurridos le hubieran hecho cambiar. Cuando supe por la policía que había sido asesinado, ya no me cupo duda de que algo andaba mal, pero no me era posible decirles lo que ignoraba, y lo que sabía era asunto mío.

—¿De modo que Harlan Scovil le

vio a usted ayer? —Wolfe se frotó la nariz—. Eso no es lo...

—No me vio. Yo había salido. Cuando regresé a última hora de la tarde, me dijeron que había estado allí. —Clivers bebió un trago de cerveza—. Esta mañana recibí su carta y me pareció que volvía a tratarse de un chantaje. Estando el asunto complicado con un crimen, me pareció que la publicidad sería inevitable si consultaba a la policía oficial. Lo único que cabía hacer era hablar con usted. Todo lo que me pedía era dinero y yo tengo un poco todavía a pesar de las tasas y revoluciones. Ni por un momento pensé que pudiera estar dispuesto a abandonar

por el mero hecho de enseñarle pruebas de que ya he pagado. Usted quiere dinero. Por su aspecto adivino que no se desanima fácilmente. —Señaló con el dedo—. Mire ese globo terráqueo, es el mejor que he visto, no puede haber costado menos de cien libras. Es dos veces mayor que el que tengo en mi biblioteca. Pagaré tres mil libras a Lindquist por el recibo del caballo.

—¡Vaya! —Wolfe suspiró—. Ya volvemos a las tres mil libras. Lo siento, señor, pero usted insiste en tomarme por un tratante de caballos, y yo quiero dinero. Ese globo fue hecho por Gouchard y hay muy pocos iguales. —De pronto se enderezó—. A propósito,

¿fue el señor Walsh quien le dijo que los Lindquist andan apurados?

Clivers se sobresaltó.

—¿Cómo diablos lo sabe? —Miró a su alrededor—. ¿Está Walsh aquí?

—No, no está aquí. Yo no lo sabía, lo preguntaba. Sé que el señor Walsh estuvo a verle en el hotel Portland esta mañana; de modo que habló con él. No ha sido usted del todo franco, *lord* Clivers. Usted sabía cuando vino aquí que el señor Walsh nunca cobró nada de ese dinero, y posiblemente que no firmó nunca ese recibo.

—Sé que él lo negó.

—¿No le creyó usted?

—Yo no creo a nadie. Sé muy bien

que soy un mentiroso. Soy diplomático. —Volvió a lanzar sus tres carcajadas— ; ¡Ja, ja, ja! Escuche. Olvídese de Walsh; yo mismo trataré con él. Tengo que aclarar este asunto, por lo menos mientras permanezca en este país. Yo trataré con Walsh. Scovil ha muerto, en paz descansa. Deje que la policía se las arregle como pueda. Y en cuanto a los Lindquist, les pagaré dos mil libras por el caballo, y usted tendrá su parte. La señorita Fox puede cuidar de si misma; las mujeres jóvenes y bonitas como ella no necesitan mi dinero. Por lo que a mi respecta, esto queda bien claro. Si consigue encontrar a Coleman y hacer que confiese, hágalo, pero le dará

trabajo. Era duro y artero, y apuesto sin temor a perder que sigue siéndolo. Puede usted ver los documentos mañana por la mañana, pero no los enviaré. Si no puede usted venir, envíe a alguien que los examine en su nombre. Yo le recibiré y podemos arreglar lo del pago a los Lindquist y su recibo. En la actualidad, mil libras serían suficientes por un caballo, ¿eh?

Wolfe meneó la cabeza, y reclinándose cruzó las manos sobre su abdomen, los que no le conocían podían haber pensado que dormía. Clivers le contempló con el ceño fruncido. Yo volví la página de mi block preguntándome si tendríamos que

asegurar el dinero de Clara Fox para cobrar nuestra paga. Al fin Wolfe alzó los párpados lo bastante para que supiéramos que no dormía.

—Hubieran evitado muchas complicaciones —murmuró— si le hubiesen ahorcado en mil ochocientos noventa y cinco. ¿No es cierto? Tal como están las cosas, *lord* Clivers, deseo asegurarle de nuevo que he obrado de completa buena fe en este asunto, y le sugiero que pospongamos la discusión hasta que hayan sido examinadas las pruebas de haber efectuado el pago. Hasta mañana, entonces. —Me miró—. ¡Maldito seas, Archie! Tengo que darte las gracias por

esa complicación inútil.

Era una idea nueva, pero la comprendí. Quiso decir que él había roto su espada en defensa de Clara Fox porque yo le había dicho que era el ideal de mis sueños. Supongo que debí ser yo quien le recitara poesías húngaras...

CAPÍTULO XIV

CUANDO Wolfe bajó al despacho de los invernaderos después de las seis, Saúl Panzer y Orrie Cather ya le estaban esperando. Fred Durkin, que había pasado la mayor parte de la tarde en la cocina comiendo galletas, salió para su casa a las cinco después de advertirle que cruzara la calle si veía algún policía.

No había ocurrido gran cosa, excepto que Antonio D. Perry telefoneó poco después de marcharse Fred, para

decir que desearía pasar por nuestra oficina a las siete para ver a Wolfe. Como a esa hora yo debía irme para procurar acercarme a Mike Walsh, le pregunté si no le era posible venir a las seis, pero respondió que tenía otros compromisos. Intenté hacerle un par de preguntas, mas se enfadó diciendo que sus asuntos pensaba tratarlos únicamente con Nero Wolfe. Era de esperar que Saúl estuviera en casa, o tal vez Johnny Keems, de modo que quedamos de acuerdo para las siete.

No habíamos sabido nada de Johnny. El acontecimiento más sobresaliente de aquella tarde había sido la llegada de otra enorme caja de rosas enviada por

Horrocks, que tuvo el atrevimiento de ponerlas a mi nombre y en el interior una tarjeta con las palabras: «Gracias, Goodwin, por entregarlas»; de modo que ahora además de hacer de portero y de proveedor de ropas de segunda mano para señoras, al parecer esperaban de mí que hiciera de vulgar botones.

Había perdido sesenta centavos. A las cuatro menos cuarto, pocos minutos después de haberse marchado Clivers, Wolfe me sugirió que puesto que no había salido no me vendría mal un poco de ejercicio. No hizo comentarios con respecto a las noticias que trajo Clivers, y pensando que pudiera hacerlo entonces me decidí a acompañarle. De modo que

subí la escalera mientras él tomaba el ascensor y nos encontramos en su habitación. Se quitó la americana y el chaleco exhibiendo unos dieciocho pies cuadrados de camisa amarillo canario y se dispuso a coger los dardos de plumas amarillas que eran sus favoritos. En la primera tirada consiguió un as y dos dianas, lo cual sumaban tres ases. A las cuatro, hora en que debía subir a los invernaderos, yo había perdido sesenta centavos y no conseguí sacarle nada, ya que estaba demasiado concentrado en el juego para hablar.

Fui a la habitación sur, y allí permanecí casi una hora. Tenía tres razones para ello: primera, Wolfe me

había ordenado que pusiera a Clara Fox al corriente de las visitas de Muir y Clivers; segunda, ella estaba impaciente y necesitaba un poco de disciplina, y tercera, que yo no tenía otra cosa que hacer entonces. Había vuelto a vestirse sus ropas. Dijo que Fritz le proporcionó una plancha, pero su vestido no parecía haber gozado gran cosa de ella. Le dije que yo hubiera supuesto que las aventureras planchaban algo mejor. Cuando le hablé de Muir se limitó a hacer una mueca sin parecer dispuesta a hacer más comentarios, pero sí los hizo de Clivers. Creía que le estaba mintiendo. Dijo que era considerado uno de los mejores diplomáticos británicos y

era de esperar que utilizase su talento, tanto en los asuntos privados como en los públicos. Yo le expliqué que no había observado en él nada de particular como no fuera el que vaciaba los vasos de cerveza con la misma velocidad que Nero Wolfe; que aunque no fuese tan estúpido como su sobrino Francis Horrocks, me parecía bastante primitivo, incluso para ser un individuo que había pasado la mayor parte de su vida en una pequeña isla.

Me contestó que eso era sólo una apreciación superficial, que ella también consideró a Horrocks un estúpido al principio, pero que ya cambiaría de opinión cuando le conociera mejor, y

que no tenían que ser necesariamente tontos por no ser americanos a pesar de todas sus tradiciones. Yo le dije que no hablaba de tradiciones, sino de tontos, y según mi parecer aquello nada tenía que ver con la raza, nacionalidad o religión. Continué hablando hasta que ella se dispuso a aprovechar la invitación de Wolfe para que contemplase sus orquídeas.

Cuando bajó Wolfe yo estaba sentado a mi mesa despachando unos bocadillos y un vaso de leche, puesto que no sabía cuándo iba a regresar de mi excursión a la ciudad. Le comuniqué la llamada telefónica de Perry. El fue a la habitación contigua para recibir los

informes de Saúl y Orrie, lo cual me molestó como de costumbre, y cuando regresó para sentarse en sillón dispuesto a beber cerveza no hice el menor esfuerzo para animarle a hablar porque no me dio oportunidad. Habiendo enviado a Orrie a casa y a Saúl a la cocina, estaba dispuesto a descubrir la naturaleza de mi misión que me llevaba a acercarme a Mike Walsh. No era eso precisamente lo que había esperado, pero supuse que lo hacía para dar la impresión de naturalidad. Bebió un buen trago de cerveza y luego de secarse los labios me dijo:

—Lo siento, Archie, si esto te molesta.

—Oh, lo esperaba —repuse—. Sólo es cuestión de rutina.

Me guiño un ojo y yo me volví para coger mi vaso de leche y de este modo no tener que sonreírle, cuando sonó el teléfono.

Era el inspector Cramer. Me preguntó por Wolfe y desde luego le pasé la comunicación sin dejar la mía. Cramer dijo:

—¿Qué hay de esa Clara Fox? ¿Va a enviarla aquí, o dígame dónde puedo mandar a buscarla?

—¿Qué es esto, señor Cramer? —replicó Wolfe por el aparato—. ¿Una nueva táctica? No le comprendo.

—¡Escúcheme, Wolfe! —Cramer

parecía furioso y dolido—. Primero nos dice que la ha escondido porque tratamos de acusarla de un robo no cometido. Y ahora que se ha retirado la acusación, ¿cree usted que va a...?

—¿Qué? —Wolfe le interrumpió—. ¿Han retirado la acusación de robo?

—Desde luego. No simule ignorarlo, puesto que lo sabe muy bien, aunque no sé cómo se habrá enterado. Usted emplea los trucos más absurdos.

—No lo dudo. Pero por favor dígame cómo se enteró de esto.

—Por Frisbie del Departamento Fiscal. Parece ser que un individuo llamado Muir, un vicepresidente de la Seaboard, donde ella trabaja, es amigo

de Frisbie. Es él quien presentó la denuncia. Ahora se ha retractado y la acusación ya no existe. Por lo tanto deseo ver a esa señorita Fox y oírla decir que nunca oyó hablar de Harlan Scovil como todos los Mike Walsh que cogimos. Claro que todo esto son novedades para usted.

—Vaya si lo son. —Wolfe me miró enarcando una ceja.— Y muy agradables. Veamos. Sospecho que será difícil convencerle de que no sé nada del paradero de la señorita Fox, de modo que no lo intentaré siquiera. Ahora son las seis y media y tendré que hacer algunas averiguaciones. ¿Dónde puedo telefonarle a las ocho?

—¡Oh, por amor de Dios! —Cramer parecía disgustado—. Ojalá hubiera permitido que el comisario le detuviera, como deseaba. No necesito decirle cómo aborrezco trabajar contra usted, pero tenga corazón. Envíela aquí, no la morderé. Esta noche pensaba ir al teatro.

—Lo siento, señor Cramer. —Wolfe adoptó un tono suave que siempre me hacía desear pegarle—. Primero he de comprobar si es cierto que han retirado la acusación y luego ponerme en contacto con la señorita Fox. ¿Estará usted ahí hasta las ocho?

Cramer lanzó un bufido y cortamos la comunicación.

—Vaya. —Dejé mi block de notas

—. El señor Muir está negro y el señor Perry probablemente vendrá para averiguar cómo sabía usted que iba a estarlo. Agitación en la Seaboard Products Corporation. ¿Pero dónde diablos estará Johnny?... Ah, ¿lo ve? Sólo tengo que pronunciar su nombre y ya está llamando a la puerta.

Fui al recibidor a abrirle. Una sola mirada a su aire de satisfacción fue suficiente para comprender que todo le había salido a pedir de boca. A decir verdad, Johnny Keems tenía una idea fija en su mente... aún la sigue teniendo... de que sería muy conveniente para el bien del mundo que él consiguiera ocupar mi puesto. Lo cual

no me extraña ni un ápice, porque sé que Wolfe no sería capaz de soportarle. Usa fijapelo y polainas y no creo que consiguiera alcanzar nunca la habilidad de manejar a Wolfe adecuadamente. Se me paga bien por ello, aunque jamás fui capaz de decidir si Wolfe sabe que yo lo sé.

Llevé a Johnny al despacho, y una vez hubo tomado asiento comenzó a sacar papeles de su bolsillo. Los desplegó anunciando:

—Pensé que sería mejor hacer unos diseños. Claro que podría haber documentado a Archie verbalmente, pero además de la taquigrafía he aprendido...

Wolfe intervino.

—¿Está allí ahora el señor Walsh?

—Llegó pocos minutos antes de las seis —afirmó Johnny—. Yo estaba observando desde la parte posterior de un restaurante que da a la calle Cincuenta y Seis porque sabia que le vigilaban y no quise correr el riesgo de ser visto, ya que me conocen muchos detectives del Estado. A propósito, la única entrada de la obra está en la calle Cincuenta y Cinco. —Le tendió los papeles a Wolfe—. He encontrado otros nueve sitios por donde poder entrar. Algunos no pueden utilizarse, pero con un par de ellos, un restaurante y una tienda de animales domésticos que está

abierta hasta las nueve, es suficiente.

En vez de coger los papeles, Wolfe me hizo una seña.

—Dáselos a Archie. ¿Hay alguien más allí, aparte del señor Walsh?

—No lo creo. La mayoría de los obreros trabajan ahora en colocar las vigas de hierro y terminan a las cinco. Claro que era ya de noche cuando me marché y no está muy iluminado. Hay un cobertizo de madera a un lado con un par de mesas, un teléfono y demás. Había un hombre de pie hablando con Walsh, un capataz, pero parecía dispuesto a marcharse. El motivo de haberme retrasado después de salir de allí es que fui a la calle Cincuenta y

Cinco para ver si el detective le seguía vigilando, y allí estaba. Le descubrí con facilidad. Estaba de pie al otro lado de la calle hablando con un taxista.

—Muy bien. Satisfactorio. Enséñale los dibujos a Archie.

Johnny me explicó los bocetos y tuve que darle la razón. Eran magníficos. Descarté cinco, ya que cuatro de ellos eran tiendas que estarían cerradas y el otro era del Club Oriente y no sería fácil entrar en él. De los cuatro restantes, uno era la tienda de animales domésticos, otro un «cine» con escalera de incendios y dos restaurantes. Después de escuchar la detallada descripción de las relativas ventajas y desventajas, escogí uno de los

restaurantes como primer objetivo. Me parecía un trabajo muy complicado sólo para ver a un individuo y hacerle una pregunta, pero considerando que aquella pregunta entraba en los planes mentales de Wolfe, creí que valdría la pena tomarse la molestia. Cuando terminamos de examinar los planes de campaña de Johnny faltaban sólo unos minutos para las siete, y yo seguí mi costumbre de guardar las cosas en los cajones, conectar todos los teléfonos de la casa, y sacando mi automática le eché un vistazo antes de guardarla en mi bolsillo. Una vez hecho esto me puse en pie y arrimé la silla al escritorio.

—¿Puedes quedarte un par de horas

más? —pregunté a Johnny.

—Si puedo cenar, sí.

—De acuerdo. En la cocina encontrarás a Saúl. Esperamos una visita a las siete y él abrirá la puerta. Tú quédate aquí. Es posible que el señor Wolfe desee que practiques tu taquigrafía.

Johnny salió de la habitación. Yo iba a seguirle, pero me volví para preguntar a Wolfe:

—¿Va a agarrar el tiempo por los pelos? ¿Encontraré aquí una reunión cuando regrese?

—No podría decírtelo. —Wolfe tenía la mano apoyada sobre su mesa en espera de que yo cerrara la puerta a mis

espaldas para llamar pidiendo cerveza.
Esperaremos esa confirmación.

—¿He de telefonar?

—No. Tráela.

—De acuerdo. —Me volví para marcharme, pero sonó el teléfono.

La fuerza de la costumbre me hizo acercarme a mi mesa para atender la llamada, aunque vi que Wolfe había levantado el suyo. De modo que los dos oímos una voz muy lejana, pero tensa y crispada por la excitación.

—¡Nero Wolfe! Nero...

—Sí —exclamé—. Al habla.

—¡Ya le tengo! Venga aquí... a la calle Cincuenta y Cinco... soy Mike Walsh... Le tengo acorralado... venga...

Fue cortada por el sonido de un disparo... que sonó tan cerca de mi oído que casi pudo haber sido un cañonazo. Luego, nada. Yo dije: ¡Oiga, Walsh! varias veces sin obtener respuesta.

Colgué y me volví a Wolfe.

—Bien. ¿Oyó usted algo?

—Ya lo creo. Y no lo comprendo.

—Vaya. Eso es un record. ¿Cuál es el plan, presentarme allí?

Wolfe habla cerrado los ojos y sus labios se movían. Yo le observé y al fin me dijo:

—Si Walsh ha disparado contra alguien, ¿quién era? Pero si alguien le mató a él, ¿por qué precisamente ahora? ¿Por qué no ayer o una semana atrás? De

todas maneras puedes ir a ver lo que ha ocurrido. Tal vez fuese sólo una viga de acero al caerse; hizo mucho ruido.

—No. Fue un disparo.

—Muy bien. Averígualo. Sí... ¡Ah! El timbre de la puerta. Vaya. Ve a abrir primero. El señor Perry es muy puntual.

Cuando llegué al recibidor Saúl Panzer salía de la cocina y le hice volver a ella. Antes de abrir observé por la mirilla, porque ya había adquirido la costumbre, viendo que era Perry. Le abrí y al entrar dejó el sombrero y los guantes sobre la mesita.

Le seguí hasta el despacho.

—Buenas tardes, señor —le dijo Wolfe—. Archie, he pensando que

cuanto menos se mete uno en las cosas, menos se ve complicado. Puedes hacer que Saúl telefonee al hospital diciendo que ha ocurrido un accidente... Oh, no, señor Perry, no se trata de nada serio; gracias.

Me fui a la cocina y dije a Saúl Panzer:

—Vete a «Allen's» de la calle Treinta y Cuatro y telefona a Jefatura diciendo que crees haber oído un disparo en el interior del edificio en construcción de la calle Cincuenta y Cinco cercano a Madison. Si quieren saber quién eres les dices que el rey Jorge. Date prisa.

Aquello era tirar un níquel, pero

entonces yo no lo sabia.

CAPÍTULO XV

PERRY me echó una mirada de reojo mientras me sentaba y abría mi block de notas.

—No recuerdo nada que me haya irritado tanto —dijo.— Supongo que me estoy haciendo viejo. No debe usted pensar que obro con mala voluntad; si prefiere representar a la señorita Fox, está en su derecho. Pero debe admitir que le he ayudado; puesto que yo sepa no existía la más leve sombra de evidencia en la que usted pudiera haber

basado su amenaza. —sonrió—. Desde luego, usted cree que mi... mi... respeto personal por la señorita Fox ha influido en mi actitud obligándome a hacer presión en Muir. Confieso que ha tenido mucho que ver. Es una jovencita encantadora y también una empleada competente.

Wolfe asintió.

—Y mi cliente. Naturalmente me alegré al saber que se había retirado la acusación de robo.

—¿Se lo dijo la policía? Yo esperaba ser el portador de la buena nueva.

—Me lo dijo el inspector Cramer.
—Wolfe ya tenía ante sí su cerveza.

Bebió un trago y continuó—. El señor Cramer me dijo que se lo había anunciado el señor Frisbie, un ayudante del Departamento Fiscal. Parece ser que el señor Frisbie es amigo del señor Muir.

—Si. Le conozco, y también a Skinner, el fiscal, y mucho. —Perry carraspeó observando cómo Wolfe vaciaba su vaso y luego se dispuso a continuar—: Está visto que no puedo traerle buenas noticias. Pero... —sonrió — ése no era el principal motivo de mi visita.

—¿Y bien, señor?

—Pues... creo que me debe usted algo. Se lo explicaré. Al amenazarme

con procedimientos judiciales que hubieran reportado una publicidad desastrosa para mi Compañía, me obligó a ejercer mi autoridad obligando a Muir a dejar su cargo. Muir no es un empleada más; es el que ocupa el cargo de más importancia después de mí y tiene parte en el negocio. No fue sencillo. —Perry, inclinándose hacia delante, adquirió un tono crispado—. Me sometí a usted, y ahora tengo derecho a saber a lo que me he sometido. La única interpretación posible de su amenaza era que la señorita Fox había sido víctima de un fraude y no se hubiera atrevido a hacer semejante amenaza sin tener alguna

prueba de ello. —Se reclinó de nuevo y concluyó lentamente—: Quiero saber cuáles son esas pruebas.

—Pero, señor Perry. —Wolfe le amenazó con el dedo.— La señorita Fox es mi cliente. Usted no.

—¡Ah! —Perry sonrió—. ¿Quiere que le pague por ello? Pagaré una suma razonable.

—Cualquiera que sea la información que haya recogido en beneficio de la señorita Fox, no está a la venta para nadie.

—¡Oh, oh, oh! A ella ya le ha servido. Ahora ya no lo necesita. —Se inclinó de nuevo hacia delante—. Escuche, Wolfe. No necesito hablarle de

Muir, ya le ha visto usted. Si se ha vuelto tan malo como para tratar de acusar falsamente a una muchacha por un despecho de viejo o por venganza, ¿no cree usted que debo saberlo? Es nuestro vicepresidente más antiguo. ¿No deben haberlo pensado nuestros accionistas?

—Ignoro lo que piensan los accionistas. —Wolfe suspiró—. Pero la respuesta a su primera pregunta es: sí, señor, usted debiera saberlo. Pero no lo sabrá por mí. Dejémonos de perder el tiempo, señor Perry. Esto es definitivo: tengo evidencia bastante para apoyar mi amenaza, pero bajo ninguna circunstancia conseguirá de mí ninguna prueba que pudiera usar contra el señor

Muir. De modo que es inútil discutirlo. Si hay alguna otra cosa...

Perry continuó insistiendo. Se franqueó. En su opinión era ya un viejo y sus servicios activos no interesaban a la Compañía. Deseaba obrar noblemente con Muir, pero ante todo su deber principal era la organización y sus accionistas. Desde el principio tuvo sospechas de que había algo extraño en la desaparición de los treinta mil dólares e insistía en su derecho a saber lo que Wolfe había averiguado con respecto a aquel asunto. Wolfe le dejó hablar, pero al fin se puso en pie con un suspiro y con resolución le anunció que no podía hacer nada.

Perry, resuelto a conservar la calma, se mordió los labios, me miró, y sin levantarse volvió sus ojos a Wolfe.

—¿Alguna cosa más, señor? —le preguntó Nero. Perry vacilaba, mas al fin asintió.

—Sí, la hay. Pero no creo... sin embargo... deseo ver a la señorita Fox.

—Vaya. —Wolfe se encogió ligeramente de hombros—. Parece que es un deseo universal. ¿Sabía usted que la policía sigue buscándola? Quieren interrogarla acerca de un crimen.

Perry alzó la barbilla.

—¿Un crimen? ¿Qué crimen?

—Un crimen vulgar. Un hombre que murió en la calle con cinco balas en su

cuerpo. Yo suponía que Frisbie se lo habría contado.

—No. Muir dijo que Frisbie le había estado hablando de algo... no recuerdo qué... pero esto parece serio. ¿Cómo es posible que ella tenga algo que ver con esto? ¿Quién era la víctima?

—Un hombre llamado Harlan Scovil. Los crímenes suelen ser siempre serios. Pero no creo que deba preocuparse por la señorita Fox; en realidad nada tuvo que ver. Comprenda, sigue siendo mi cliente, y de momento es bastante inaccesible; de modo que si usted pudiera decirme para qué quiere verla...

Vi que Perry mudaba de color y se

me ocurrió pensar que era el cuarto hombre que había visto afectarse aquel día por el nombre o la presencia de Clara Fox. No era una mujer, sino una epidemia, mas al parecer Perry no estaba dispuesto a repetir la escena de Muir. Observé cómo iba desapareciendo su rubor y al fin dijo a Wolfe con calma:

—Está en esta casa, ¿verdad?

—La policía la ha registrado sin encontrarla.

—¿Pero usted sabe dónde está?

—Desde luego. —Wolfe frunció el ceño—. Si tiene usted algún recado para ella, el señor Goodwin se lo llevará.

—¿Puede decirme cuándo y dónde podré verla?

—No. Lo siento. De momento no es posible. Mañana, tal vez...

Perry se levantó de su asiento. Quedó mirando a Wolfe y de pronto sonrió.

—No puedo decir que mi visita haya sido muy provechosa, pero no me quejo. Todo hombre tiene derecho a emplear sus propios métodos si puede salirse con la suya. Como usted me ha propuesto, esperaré hasta mañana; tal vez entonces piense de otro modo. —Y le tendió la mano.

Wolfe miró su mano extendida, y luego, abriendo del todo los ojos para mirar a Perry, meneó la cabeza.

—No, señor. Comprenderá usted

perfectamente que en vista de... lo ocurrido, no soy amigo suyo.

Perry volvió a enrojecer, pero nada dijo, y dando media vuelta fue hacia la puerta. Yo le seguí, y cuando llegué al recibidor ya había recogido sus guantes y el sombrero. Al abrirle la puerta vi que le esperaba un coche, uno de los últimos modelos «Wethershil» descapotable. Le vi subir a él y no entré en la casa hasta que hubo desaparecido de mi vista.

Me detuve en la cocina el tiempo suficiente para enterarme de que Saúl había telefonado a Jefatura, pero que no pudo convencerles de que era el rey Jorge y por lo tanto tuvo que colgar.

En el despacho, Wolfe seguía con los ojos entreabiertos y moviendo los labios de dentro a fuera. Después de sentarme, y recoger mi block, que guardé en un cajón, hice el siguiente comentario:

—Es un hombre inteligente.

No hubo respuesta y continué:

—Y más que usted. —Como tampoco supe si me había oído, esperé un poco y seguí diciendo—: El pobre viejo daría lo que fuese por evitar publicidad desagradable a la Seaboard Products Corporation. ¡Piense en lo que ha sacrificado! Ha pasado la mayor parte de su vida levantando ese negocio, y apuesto a que su parte en los

beneficios no es más que un triste medio millón de dólares al año. Pero lo que deseo saber...

—Cállate, Archie. —Wolfe abrió los ojos—. Ahora puedo pasarme sin eso. —Hizo una mueca al ver su vaso vacío—. Me siento terriblemente incómodo. Ya es bastante molesto tener que arreglarse con informaciones inadecuadas, que es lo que se tiene corrientemente, para que cuando me siento a reflexionar me quites las ideas... es algo insoportable. Tal vez hubiera sido mejor que fueses a la calle Cincuenta y Cinco. Con prudencia. De todas formas podemos tratar con el señor Cramer. Le dije que le llamaría a

las ocho, y sólo faltan diez minutos. Siento tener que molestarle a estas horas. Supongo que ya sabes que vamos a cenar pavo a la brazileira. Mira a ver si puedes comunicar con el señor Cramer.

Aquello resultó una ardua tarea. Al parecer Cramer tenía la línea siempre ocupada. Después de cinco o seis tentativas al fin lo conseguí y alguien me dijo que Cramer no estaba allí... que había salido poco después de las siete sin decir a dónde iba y sin dejar ninguna orden por si se recibía algún recado inesperado de Nero Wolfe. Este recibió la noticia de pie, puesto que Fritz había aparecido para anunciar la cena. Le di

cuenta de la ausencia de Cramer y agregué:

—¿Por qué no voy ahora a la ciudad y veo si el ruido fue producido por algo que cayó al suelo? O envió a Saúl.

—No. —Wolfe movió la cabeza—. La policía está allí, y si hay algo que oír lo sabremos más tarde en cuanto localicemos al señor Cramer y sin exponernos. —Se dirigió a la puerta—. No hay necesidad de que Johnny permanezca sentado en la cocina cobrando un dólar y medio por hora. Mándale a su casa. Saúl puede quedarse. Trae a la señorita Fox.

Yo fui a cumplir sus órdenes.

Una vez en la mesa, los negocios

quedaron olvidados, por supuesto. Nada se le dijo a Clara Fax de la llamada de auxilio de Mike Walsh ni de la visita de Perry. A pesar de llevar una rosa prendida en el hombro, se la veía triste y no hacía el menor esfuerzo por resultar atractiva, pero aun así, y analizándola fríamente, comprendí que representaba un problema para cualquier hombre que fuese impresionable. Había estado en los invernaderos con Wolfe de cinco a seis, y durante la cena él continuó una conversación, que al parecer empezaron allí, sobre bailes regionales y demás. Incluso tataréó un par de tonadillas después de haber despachado el pavo, lo cual me hizo tal gracia que tuve que

contenerme para no echarme a reír. Y eso, que era menos risible que cuando intentaba silbar, puesto que entonces sólo conseguía producir un ruido muy curioso.

Cuando tomábamos café le dijo que habla sido retirada la acusación de robo. Ella abrió mucho los ojos y la boca.

—No, ¿de veras? ¡Entonces puedo marcharme! —Se detuvo y poniendo una mano sobre la manga de Wolfe dijo enrojeciendo—: Oh, no quiero decir... fue terrible, ¿verdad? Pero ya sabe lo que pienso... tener que esconderme...

—Perfectamente. —Wolfe asintió—. Pero me temo que tendrá que soportarnos un poquitín más. Todavía no

puede marcharse.

—¿Por qué no?

—Porque, en primer lugar, podrían asesinarla. Es muy posible, aunque, desde luego, no lo considero probable. En segundo lugar, debemos aguardar todavía un acontecimiento. Debe confiar en mí. Si, puesto que Archie le contó la declaración hecha por lord Clivers diciendo que había pagado...

No oí el final, porque en aquel momento sonó el timbre de la puerta y no me atreví a entretenerme. Estaba sobre ascuas y no habría tardado en arder de no haber ocurrido algo que puso las cosas en claro. Bajé al recibidor.

Era Johnny Keems, a quien enviara a casa una hora antes. Le dejé entrar, preguntándome qué diablos le traía por allí. Dijo:

—¿Lo has visto?

Y sacando un periódico de su bolsillo me lo alargó.

—Me dirigía a un «cine» en Broadway cuando oí vocear este extraordinario, y como no estaba lejos de aquí pensé que era mejor venir que telefonar...

Yo había leído el titular y le dije:

—Ve al despacho. No, ve a la cocina. Estás en todo, muchacho. Buen trabajo.

Fui al comedor y apartando la taza

de café que Wolfe tenía ante sí, extendí el periódico sobre la mesa.

—Ahí tiene —le dije—. Ahí tiene el acontecimiento que estaba esperando. — Y sin sentarme lo leí en voz alta mientras Clara Fox nos miraba como extrañada.

*¡MARQUÉS, DETENIDO!
¡UN ENVIADO BRITÁNICO ES
ENCONTRADO JUNTO AL
CADÁVER DE UN HOMBRE
ASESINADO!*

*¡Un periodista de la «Gazette», testigo
de un drama sin precedentes!*

«A las siete y cinco de esta tarde, el

Marqués de Clivers, enviado especial de la Gran Bretaña en este país, fue encontrado por un detective del Estado en el interior de la cerca de un edificio en construcción de la calle Cincuenta y Cinco, Manhattan, de pie junto al cadáver de un hombre que acababa de recibir un balazo en la parte posterior de la cabeza. La víctima era Michael Walsh, el vigilante nocturno. Y el detective Purley Stebbins del Departamento de Homicidios.

A las siete el periodista de la Gazette, que caminaba por la Avenida Madison, al ver una multitud congregada en la calle Cincuenta y Cinco, se detuvo para investigar. Al

descubrir que se trataba sólo de dos automóviles con los guardabarros abollados y otros desperfectos de poca importancia producidos por un choque, se dirigió a la calle Cincuenta y Cinco. No lejos de la esquina vio a un hombre que bajaba de la acera para atravesar la calle. Reconoció en aquel hombre a Purley Stebbins, un detective del Estado y sus pasos parecían llevarle a un fin determinado. Se detuvo, al ver que Stebbins abría la puerta de una cerca de madera que rodea un edificio en construcción.

El periodista cruzó la calle a su vez impulsado por la curiosidad y entró por el mismo sitio que el detective. Se

aventuró un poco más y vio a Stebbins cogiendo por un brazo a un hombre elegantemente vestido de etiqueta, en tanto que éste forcejeaba por desasirse. Luego el detective vio algo más: el cadáver de un hombre tendido en el suelo.

Avanzó lo bastante para ver el rostro del hombre vestido de etiqueta, y reconociéndole en el acto, exclamó rápidamente: ¡Lord Clivers!

El hombre replicó:

—¿Quién diablos es usted?

El detective que le estaba cacheando en busca de un arma, dijo al periodista que telefonease a Jefatura para avisar al inspector Cramer. El

cadáver estaba en tal posición que el periodista tuvo que pasar por encima de él para llegar hasta el teléfono que estaba en la pared del cobertizo de madera. Entretanto Stebbins hizo sonar su silbato y al poco rato entró un policía de uniforme procedente de un coche patrulla. Stebbins habló con él, y el policía, después de inclinarse sobre el cadáver, exclamó: ¡Es el vigilante nocturno, el viejo Walsh!

Una vez hubo telefoneado a la Jefatura de policía, el periodista se acercó a lord Clivers para conseguir su declaración. pero fue rechazado por Stebbins, que le ordenó marcharse. Como el periodista insistiera, Stebbins

ordenó al policía que le echara fuera y aquél tuvo que renunciar por la fuerza.

El capataz de la obra, al que llamaron por teléfono, dijo que el nombre del vigilante nocturno era Michael Walsh, y que ignoraba que existiera alguna felación posible entre Walsh y un miembro de la nobleza británica.

En el Hotel Portald, donde lord Clivers tiene sus habitaciones, no pudo obtenerse ninguna información.

A las siete y media, el inspector Cramer y varios miembros del Cuerpo de policía se personaron en el lugar del crimen, pero no se permitió entrar a nadie en el recinto ni se obtuvieron más

informaciones.»

Se publicaba una fotografía de Clivers, tomada la semana anterior mientras bajaba la escalinata de la Casa Blanca.

Yo estaba furioso. ¡Si yo hubiera estado allí! Miré a Wolfe echando chispas:

—¡Seamos prudentes! ¡No hemos de exponernos! ¡Podría haber estado allí diez minutos después de aquella llamada telefónica! ¡Por Dios y todos los santos!

Sentí que me tiraban de la manga y vi que era Clara Fox.

—¿Qué ocurre? ¿Qué...?

—¡Oh, poca cosa! Sólo que otro de sus compañeros de juego ha sido

eliminado. Ya no le queda mucho equipo. Mike Walsh ha sido asesinado de un tiro en la cabeza, y Clivers estaba de pie a su lado...

—¡Mike Walsh... no! —Se puso en pie muy pálida—. ¡No! Déjeme ver.

Wolfe se había reclinado en su silla con los ojos cerrados y sus labios entraron en movimiento. Cogí el periódico y se lo entregué a Clara.

—Tome, lea, y espero que se divierta. —Al inclinarse sobre el periódico la oí contener la respiración, y añadí:

—De todas las condenadas direcciones maravillosas...

—¡Archie! —Wolfe me cortó en

seco.

—¡Váyanse todos al diablo! —dije sentándome en una silla y en tanto movía la cabeza con pesar. Todo estaba en claro, y yo, en vez de estar donde debiera haber estado, me quedé comiendo pavo a la Brazillinosequé mientras escuchaba a Wolfe tararear tonadillas regionales. y no sólo eso; todo había ocurrido en el peor lugar, y Nero Wolfe se veía en ridículo. Si yo hubiera ido allí, hubiese llegado antes que Cramer o que cualquier otro...

Wolfe abriendo los ojos dijo tranquilamente:

—Lleva arriba a la señorita Fox y luego ven al despacho. —Y se levantó

de su silla.

Clara Fox le imitó. Se puso en pie con el rostro más pálido que antes y nos miró a los dos, antes de anunciar:

—No voy a subir... ni puedo quedarme aquí... Me marchó... Me marchó...

—Sí. —Wolfe enarcó las cejas—. ¿Pero a dónde?

—¿Cómo voy a saber a dónde? —exclamó ella—. ¿No ven que... que tengo que hacer algo? —De pronto se dejó caer de nuevo en su silla y comenzó a temblar mientras se retorció las manos—. ¡Pobre Mike Walsh!... ¿por qué, en nombre de Dios...? ¿Por qué me metería nunca a...?

Wolfe se acercó a ella y puso una de sus manos sobre su hombro.

—Escuche —le dijo—. ¿Se maravilla de que prefiera tener en mi casa mil orquídeas en vez de una mujer?

Ella alzó sus ojos hasta él y se estremeció.

—Y fue usted quien dejó marchar a Mike Walsh, cuando sabía...

—Sabía muy poco. Ahora sé todavía menos... Archie, tráeme a Saúl.

—Johnny está aquí...

—No. Que venga Saúl.

Fui a la cocina a buscarle y Wolfe le preguntó:

—¿Cuánto tiempo tardarías en traer aquí a Hilda?

Saúl reflexionó unos instantes.

—Un cuarto de hora, si telefono, y hora y media si voy a buscarla.

—Bien. Telefona. Será mejor que le digas por teléfono que Mike Walsh ha sido asesinado, puesto que si viera una *Gazette* por el camino es posible que sucumbiera también. ¿Hay allí alguien que pueda acompañarla?

—Sí, señor.

—Utiliza el teléfono del despacho. Dile que no se retrase innecesariamente, pero que tampoco corre mucha prisa. Límpiase esa mancha de grasa de la parte izquierda de la nariz.

—Sí, señor. —Saúl se marchó sacándose el pañuelo del bolsillo.

Clara Fox dijo ya más serena:

—Yo no he sucumbido. —Se apartó los cabellos del rostro con la mano que aún temblaba—. Mi intención no era... cuando le dije que había dejado marchar a Mike Walsh...

—Claro que no. —Wolfe no se ablandó—. No estaba en condiciones de ofender a nadie. Y aún no lo está. Archie y yo tenemos que hacer un par de cosillas. Usted no puede abandonar esta casa, por lo menos ahora. ¿Quiere subir arriba y esperar a que llegue la señorita Lindquist? Y no sea tan orgullosa como para creerse responsable de la muerte de Michael Walsh. Sus manejos no la autorizan a usurpar la totalidad a

Atropos; no sea tan engreída. ¿Quiere usted subir arriba y tener paciencia?

—Si. —Se puso en pie—. Pero quiero... que si alguien me telefona me dejen hablar.

Wolfe asintió.

—Muy bien. Aunque imagino que el señor Horrocks estará demasiado ocupado con lo ocurrido a su jefe para seguir sus impulsos corteses.

Pero Wolfe no tenía un buen día; volvió a equivocarse, ya que a los quince minutos se recibió una llamada telefónica de Horrocks preguntando por Clara Fox. En el interín Wolfe y yo habíamos estado en el despacho donde Saúl nos dijo que había hablado con

Hilda Lindquist y que iba a venir. Wolfe se sentó en su sillón, para despachar otra botella de cerveza rechazando todas mis sugerencias. Horrocks no mencionó el trance en que se encontraba su noble tío; se limitó a preguntar por Clara Fox, y yo envié a Saúl para que le dijera que podía hablar con él desde la habitación de Wolfe, puesto que en la suya no había teléfono. Debiera de haber escuchado como cosa del negocio, pero no lo hice, ni Wolfe me lo ordenó.

Al fin Wolfe se puso en pie con un suspiro.

—Intenta llamar al señor Cramer.

Así lo hice sin resultado. Me contestaron que por él Cramer podía

encontrarse en el Canadá cazando ciervos.

Wolfe volvió a suspirar.

—Archie. ¿Te has encontrado alguna vez en una jungla más intrincada que ésta?

—No, señor. Si hubiese ido...

—No vuelvas a repetirlo, o te enviaré arriba con la señorita Fox. ¿Es que acaso así hubiéramos ordenado este caos? Es ridículo, y me obliga a tomar medidas no menos ridículas. Tendremos que investigar todos los movimientos del señor Muir desde las seis de esta tarde, confiar al señor Cramer por lo menos la mitad de lo que sabemos, considerar de nuevo los motivos y

actividades de *lord* Clivers, descubrir cómo puede un hombre estar en dos sitios distintos al mismo tiempo y poner otra conferencia con Nebraska. Creo que no existe revólver que dispare a una distancia de ciento cincuenta millas, pero al parecer nos enfrentamos con una determinación e ingenuidad capaz de casi todo, y antes de que termine este asunto es posible que necesitemos al señor Lindquist. ¿Encontraste el número de esa casa?. El nombre es Donvaag...

Asentí y me puse a trabajar. A aquella hora de la noche, eran cerca de las diez, las líneas telefónicas estaban libres y antes de los diez minutos me daban la conferencia con Pleinview,

Nebraska. Era una llamada personal y se oía perfectamente; la voz ronca de Ed Donvaag desde su granja situada en las praderas del Oeste llegó hasta mis oídos con tanta claridad como la de Francis Horrocks desde el Hotel Portland. Wolfe cogió su teléfono.

—¿El señor Donvaag? Aquí Nero Wolfe... Eso es. ¿Recuerda que hablé con usted esta tarde y usted tuvo la amabilidad de ir a avisar al señor Lindquist para que hablara conmigo?... Sí, señor. Tengo que pedirle otro favor. ¿Me oye usted bien? Espléndido. Será necesario que vaya a ver de nuevo al señor Lindquist esta noche o mañana a primera hora. Dígale que existen

motivos para sospechar que alguien quiere ocasionarle daño y podría atentar contra su vida... Sí. No sabemos cómo. Dígale que sea prudente... y ande con cuidado. ¿Suele comer dulces? Es posible que reciba por correo una caja de bombones envenenados. Y hasta una bomba. Cualquier cosa. Tal vez reciba un telegrama diciéndole que su hija ha muerto... con la esperanza de que la noticia acabe con él... No, en absoluto. Su hija está bien y no tiene que temer por ella... Bien, es una situación un tanto peculiar; sin duda se enterará usted de todo más tarde. Dígale que tenga cuidado y recele de todo... ¿Puede ir en seguida? Bien. Es usted un buen vecino,

caballero. Buenas noches.

Wolfe colgó y acto seguido apretó el timbre para pedir cerveza suspirando.

—Ese tonto tendrá que responder de muchas cosas. Otros cuatro dólares... ¿Tres? Oh, la tarifa nocturna... Tráeme otra, Fritz... Archie, dale a Saúl los datos necesarios del señor Muir y envíale a la calle. Deseamos saber dónde estuvo esta tarde de seis a ocho.

Fui a la cocina a dar la orden. Johnny Keems estaba ayudando a Fritz a lavar los platos y Saúl estaba ante la mesa del desayuno con los restos de un plato de aceitunas negras. Él no necesitaba anotar las cosas, ni nunca lo hizo. Dirigió hacia mi su larga nariz y

una vez hubo asimilado su tarea, le di veinte dólares para gastos, y recogiendo las aceitunas restantes en un puñado, estuvo listo para marchar.

De nuevo en el despacho, pregunté a Wolfe si quería que tratase otra vez de hablar con Cramer, pero me dijo que no con un gesto. Se reclinó con los ojos cerrados y por el ligero movimiento de sus labios comprendí que estaba conferenciando con él mismo. Yo me senté y puse los pies sobre mi mesa. A los pocos minutos fui hasta el armario y me serví un trago de borgoña, lo olfateé y volví a echarlo en la botella. No era alcohol lo que yo deseaba. Me fui a la cocina. y mientras hacía algunas

preguntas más a Johnny sobre lo ocurrido en la calle Cincuenta y Cinco, me bebí un vaso de leche.

Eran las diez cuando llegó Hilda Lindquist. Venía un hombre con ella, pero cuando le dije que Saúl no estaba, no quiso entrar. Le dije que Saúl lo arreglaría con él y se marchó. El rostro cuadrado de Hilda y su vestido castaño no tenía peor aspecto después de sus veinticuatro horas de ausencia, pero sus ojos parecían graves y resueltos. Dijo que, desde luego, todo había terminado, puesto que habían detenido al Marqués de Clivers y le ejecutarían por asesino, y que su padre tendría una gran decepción, porque era viejo y perderían

su granja; de modo que pensaba recoger el maletín que dejara en el hotel para marcharse a casa en el primer tren. Yo le dije que esperara, que aún nos quedaban algunos cohetes por lanzar, pero por su modo de mirarme comprendí que podía convertirse en un serio problema, y dejándola en la habitación contigua al despacho, le rogué que aguardara un minuto.

Corrí a la habitación sur y dije a Clara Fox:

—Abajo está Hilda Lindquist y voy a decirle que suba. Cree que todo ha terminado y que tiene que regresar a su casa, al lado de su padre con las manos vacías, y por su aspecto he comprendido

que será necesario algo más que diplomacia británica para evitar que tome el primer tren. Nero Wolfe va a resolver este asunto. Ignoro de qué modo y tal vez no sea en este preciso momento, pero lo hará. Nero Wolfe es incluso mejor de lo que yo pienso, y eso que no es poco. Usted escribió la música para este fragmento y la mitad de su orquesta ha sido asesinada. A usted le corresponde mantener la otra mitad intacta. ¿Qué me contesta?

La había encontrado sentada en su butaca con los labios apretados y las manos crispadas. Me miró.

—De acuerdo. Lo haré. Hágala subir.

—Puede dormir aquí con usted, o en la habitación de en frente. Ya sabe como llamar a Fritz.

—De acuerdo.

Bajé de nuevo y dije a Cara Cuadrada que Clara Fox deseaba hablar con ella. La acompañé arriba y las oí saludarse desde el rellano.

En el despacho reinaba el silencio. Wolfe seguía de conferencia. Hubiera tratado de llamar su atención si sólo estuviese soñando con pavos trufados o patas de cerdo, mas sus labios se movían, lo cual indicaba que seguía trabajando. Estuve tanteando por allí, repasé los diseños de Johnny de nuevo relacionándolos con una idea que

acababa de ocurrírseme, así como los informes de Horstman y los anoté en el fichero. Volví a leer el párrafo de la *Gazette* en que se hablaba del suceso de la calle Cincuenta y Cinco y me sentí tan sumamente inútil, qué a las once en punto estallé.

—¡Si esto continúa diez minutos más, alcanzaré a *Westschmerz*!

Wolfe abrió los ojos.

—¿De dónde has sacado eso?

Alcé las manos con desesperación al ver que cerraba los ojos de nuevo.

Sonó el timbre de la puerta. Sabía que no era Johnny Keems con otro extraordinario, porque estaba en la cocina con Fritz, ya que no conseguí que

Wolfe me permitiera enviarle a su casa. Probablemente sería Saúl Panzer con el informe de Muir. Pero no era él; lo supe cuando el timbre volvió a sonar antes de que yo llegara al recibidor. Seguía sonando, de modo que con toda calma atisbé por la mirilla y cuando vi que eran cuatro los que llamaban, otro cuarteto, encendí la luz de la entrada para contemplarles a mi sabor. Uno de ellos, vestido de etiqueta, era el que llamaba al timbre. Los reconocí a todos. Di media vuelta y volví al despacho.

—¿Quién diablos está llamando de ese modo? —preguntó Wolfe—. ¿Por qué no...?

Le interrumpí sonriendo.

—Es el comisario de policía Hombert. Le acompañan el inspector Cramer, el fiscal Skinner y mi viejo amigo Purley Stebbins, del Departamento de Homicidios. ¿Es demasiado tarde para recibir visitas?

—Vaya. —Wolfe se rascó la nariz—. Hazles pasar.

CAPÍTULO XVI

ENTRARON como Pedro por su casa. Cuando Purley pasó por mi lado le guiñé un ojo, pero estaba demasiado impresionado por sus acompañantes para corresponder, cosa que no le reproché, puesto que sabía muy bien que al terminar aquel asunto lo mismo lograría un ascenso que todo lo contrario. Desde la puerta vi un enorme automóvil negro estacionado ante la casa y detrás dos coches de la policía con varios agentes. Bien, bien, pensé

para mis adentros mientras cerraba la puerta, esto parece que se pone feo. Cramer me había preguntado si Wolfe estaba en el despacho y allí se dirigieron sin detenerse, yendo yo tras ellos cerrando la marcha.

Les acerqué sillas. Cramer presentó a Hombert y Skinner, pero éste y Wolfe ya se conocían. A petición de Cramer me llevé a Purley Stebbins a la cocina y le dije que jugara a las damas con Johnny Keems. Cuando regresé Hombert estaba hablando a gritos de lo que significaba desafiar la Ley, y sentándome ante mi mesa abrí mi block de notas. Cramer parecía más preocupado que nunca. Skinner, el fiscal

del distrito, estaba hundido en su silla como si llevara allí toda la tarde con la expresión fatigada y cínica de un hombre que ha bebido lo suyo tres horas antes, y no ha vuelto a probar un liquido desde entonces.

Hombert prácticamente se
desgañitaba.

—... ¡Y usted es el responsable! ¡Si nos hubiera entregado esas tres personas la noche pasada esto no hubiera ocurrido! ¡Cramer dice que estuvieron aquí... en este despacho! ¡Walsh estuvo aquí! ¡Esta tarde le tuvimos en Jefatura y su ayudante no quiso decirnos cuál era! ¡Es usted directa y legalmente responsable de su muerte! —El

comisario de policía dejó caer con fuerza su mano sobre el brazo de su sillón. Cramer le miraba moviendo ligeramente la cabeza.

—Este ataque es abrumador — murmuró Wolfe—. Si legalmente soy responsable de la muerte del señor Walsh, deténganme. Pero por favor no me grite...

—¡De acuerdo! ¡Usted lo ha querido! —Hombert se volvió al inspector—. ¡Deténgale!

Cramer replicó con calma:

—Sí, señor. ¿Bajo qué acusación?

—¡Cualquiera! ¡Como testigo esencial! ¡Veremos si habla o no!

Cramer se puso en pie.

—Tal vez deba advertirle, señor Hombert —dijo Wolfe—, que si me detienen, no hablaré. Y si no hablo, no tendrá posibilidad de resolver el problema que tiene ante sí. —Le amenazó con un dedo—. No me gusta gritar, pero nunca digo nada que no cumpla. Adelante, señor Cramer.

Cramer permaneció inmóvil. Hombert le miró, y luego se volvió de nuevo a Wolfe.

—¡Hablará usted o va a la cárcel!

—Entonces desde luego iré a la cárcel. —Wolfe volvió a amenazarle con el dedo—. Permítame una sugerencia, señor Hombert. ¿Por qué no se va a su casa a dormir y deja que

maneje este asunto el señor Cramer, que es un policía experimentado, y el señor Skinner, un abogado inteligente? Probablemente usted poseerá algunas habilidades, pero son poco apropiadas para el caso presente. El querer detenerme es pueril. No he quebrantado ley alguna y soy un ciudadano lo bastante respetable para que no me detengan sólo para interrogarme. ¡Maldita sea, no puede ir por ahí perdiendo los estribos de esta manera, es insoportable! ¡Está usted ante una seria dificultad, y yo soy el único hombre que puede librarle de ella, y viene aquí y empieza a lanzarme sus locas amenazas a voz en grito! ¿Es que

acaso esta clase de conducta ha de ganarse mi simpatía o hacer que me avenga a sus razones?

Hombert le miró. Iba a decir algo ya que abrió la boca, pero la cerró de nuevo para mirar a Cramer. El fiscal del distrito, Skinner, ahogó una risita. Cramer dijo a Hombert:

—¿No le dije que era un hueso? Déjeme manejarle a mi gusto.

Wolfe asintió gravemente.

—Es una idea, señor Cramer. Manéjeme usted.

Hombert, nada dijo y volvió a sentarse cruzándose de brazos. Cramer miró a Wolfe.

—De modo que sabe usted lo de

Walsh.

Wolfe asintió.

—Por la *Gazette*. Fue una desgracia que el periodista estuviera ahí casualmente.

—No me diga —observó Cramer con ironía—. Claro que el marqués no está detenido. No puede estarlo. La inmunidad diplomática. En Washington están furiosos porque ha aparecido en los periódicos, y si existiera algún medio en este mundo de quitar la noticia de esa página, lo harían. —Alzó una mano con gesto de disgusto—. Eso es. El comisario tiene razón. Usted es responsable. Ya le dije ayer que esto era importante y que su deber como

ciudadano era ayudarnos a proteger al Marqués de Clivers.

Wolfe enarcó sus cejas.

—¿No estará usted un poco confundido, señor Cramer? ¿O lo estoy yo? Yo entendí que deseaba proteger a *lord* Clivers para que no recibiera daño alguno. ¿Fue él quien recibió el daño esta noche?

—Desde luego —intervino Hombert—. ¡Ese Walsh le hacía víctima de sus chantajes!

Cramer dijo:

—Déjeme a mi. ¿Quiere?

—¿Dijo eso *lord* Clivers? — preguntó Wolfe.

—No —gruñó Cramer—. No ha

dicho nada, excepto que conocía a Walsh desde hace mucho tiempo y que esta tarde fue a verle, pues tenían concertada una entrevista y le encontró allí muerto. Pero no hemos venido aquí a contestar a sus preguntas, sino para averiguar lo que usted sabe. Podríamos haberle hecho acudir a Jefatura, pero decidimos que lo más rápido era venir. Es hora de hablar claro. ¿Qué sabe de todo esto?

—Supongo que si. —Wolfe suspiró—. Con franqueza, me parece que se equivoca. Creo que en tanto que ustedes pueden tener alguna información que a mi me serviría de ayuda, yo no tengo ninguna que pueda ayudarles. Pero de

eso hablaremos más tarde. La relación que yo tengo con este asunto comienza con mi compromiso con dos clientes, dos mujeres jóvenes para hacer una reclamación en su nombre. Y también para defender a una de ellas de una falsa acusación de robo presentada por un alto empleado de la Seaboard Products Corporation. Puesto que he tenido éxito en lo de la acusación de robo, que ya han retirado...

El fiscal del distrito, Skinner, se despertó, y dijo con su voz profunda:

—No hable tanto. ¿Qué tiene eso que ver? Vaya al grano.

—Las interrupciones sólo sirven para perder el tiempo, pues me obliga a

comenzar de nuevo mis frases. Puesto que he tenido éxito en lo de la acusación de robo, que ya han retirado, y puesto que ellas no pueden ser sospechosas de complicidad en la muerte del señor Walsh, estoy dispuesto a presentarle a mis clientes, quedando entendido que si envío a buscarlas para que vengan aquí, serán interrogadas sólo aquí y no saldrán de esta casa. No estoy dispuesto...

—¡Al diablo! —Hombert parecía a punto de volver a estallar—. Usted no puede dictarnos...

Pero el tono autoritario de Wolfe y sus modales mesurados habían producido suficiente impresión de modo

que al alzar su mano Hombert se detuvo.

—No estoy dictando nada — exclamó—. Maldita sea, continuemos o vamos a pasar así toda la noche. Iba a decir que no estoy dispuesto a que la vida de mis clientes corra ningún riesgo alejándolas de mi propia protección. ¿Por qué iba a hacerlo? Puedo enviar a buscarlas y pueden interrogarlas a su placer...

—Está bien, está bien. —Cramer convino con impaciencia—. No nos las llevaremos, de acuerdo. ¿Cuánto tiempo tardará en traerlas aquí?

—Quizá un minuto, si es que no se han acostado. ¿Archie? Haz el favor.

Me levanté sonriendo al ver la

sorpresa de Cramer; pasé por encima de los pies de Skinner y tras subir la escalera llamé a la puerta de la habitación sur.

—Adelante.

Entré. Las dos jóvenes estaban sentadas como si se sintieran demasiado desgraciadas para acostarse. Dije:

—Diantre, esto parece un funeral. ¡Vamos, ánimo! Wolfe desea que bajen al despacho. Abajo hay algunos hombres que quieren hacerles unas preguntas.

Clara Fox se enderezó.

—¿Interrogarnos... ahora?

Hilda Lindquist apretó los labios y comenzó a asentir con la cabeza.

—Sí. —Procuré que sonara como

algo definitivo—. Más pronto o más tarde era de esperar que vinieran. No se preocupen, yo estaré allí, y díganles todo lo que deseen saber. Son tres. El que va de etiqueta y tiene la boca grande es Hombert el comisario de policía; el de la nariz aguileña y ojos de rata es Skinner, el fiscal del distrito, y el gigante que mira con franqueza y simpatía aunque no lo sienta, es el inspector Cramer.

—¡Cielos! —Clara Fox apartó los cabellos de su rostro y se puso en pie.

—Muy bien. —Le sonreí—. Vamos. Abrí la puerta y las seguí hasta abajo.

Cuando entramos en el despacho los

tres visitantes se volvieron a mirarnos. Skinner, al ver a Clara Fox, se puso de pie el primero; luego Hombert y todos empezaron a acercar sillas. Yo las fui ordenando mientras Wolfe hacia las presentaciones. Había pedido cerveza durante mi ausencia y la escanci6. Vi que no tenia pañuelo y fui a buscarle uno.

—De modo que usted es Clara Fox —dijo Cramer—. ¿D6nde estuvo esta mañana?

Mir6 a Wolfe, que le hizo un gesto de asentimiento.

—Aquí.

—¿En esta casa? ¿Toda la mañana?

—Si, la noche pasada y todo el día

de hoy.

Cramer dirigió a Wolfe una mirada glacial.

—¿Qué hizo usted con Rowcliff?
¿Sobornarle?

—No, inspector. —Wolfe movió la cabeza—. El señor Rowcliff hizo lo que pudo, pero a la señorita Fox no se la descubre tan fácilmente. Le ruego que no culpe a sus hombres. Es necesario que sepa que tres de nosotros estamos dispuestos a declarar bajo juramento que la señorita Fox ha estado aquí constantemente para dejar bien sentado que no puede tener relación alguna con el asesinato del señor Walsh.

—Debo estar loco. ¿Y la otra?

—La señorita Lindquist vino aquí esta noche a las diez, pero ha estado recluida en otra parte de la ciudad. Por lo tanto debe limitarse a interrogarla acerca de acontecimientos que hayan ocurrido antes de las seis y media de ayer tarde. ¿Puedo hacerle una sugerencia? Comience por pedirle a la señorita Fox que le cuente la historia que me contó a mi ayer a esa hora ante la presencia de la señorita Lindquist y el señor Walsh.

—Pues... de acuerdo. —Cramer miró a Clara Fox—. Adelante.

Ella repitió su historia. Al principio estaba nerviosa y sus frases eran entre cortadas, y pude observar que cada vez

que vacilaba dirigía sus ojos a la figura de Wolfe que permanecía inmóvil con las manos cruzadas sobre su abdomen y los ojos casi cerrados. Le miraba y luego seguía hablando. No la interrumpieron apenas para hacerle preguntas. Leyó la carta de su padre y cuando hubo terminado y Cramer alargó la mano para que se la entregara, volvió a mirar a Wolfe. Wolfe asintió y ella se la dio. Luego siguió hablando incluso con más lujo de detalles que cuando nos lo contó a nosotros. Habló de sus primeras cartas dirigidas a Harlan Scovil y Hilda Lindquist, y de su primer encuentro con Mike Walsh.

Luego pasó a relatar el

reconocimiento del Marqués de Clivers por Walsh, al salir de su hotel, quince días atrás. A partir de entonces fueron acosándola a preguntas. Cramer no mucho, pero si Hombert y Skinner, especialmente este último. Empezó a mostrar su habilidad haciéndole preguntas astutas, tales como dónde guardó su madre la carta de su padre cuando tan de repente pudo mostrársela en su lecho de muerte. Su destreza consistía en mostrarse cortés y amable e ir de una cosa a otra y de repente volver a la primera. Clara Fox ya no estaba nerviosa y por eso no se aturrulló. Recordé lo fría y dulce que estuvo el día anterior ante el escritorio de Perry. De

pronto Skinner empezó a preguntarle por la acusación de robo. Ella siguió contestando; pero al cabo de una docena de preguntas Wolfe se irguió abriendo del todo los ojos y amenazó con el dedo al fiscal.

—Permítame, señor Skinner. Está usted perdiendo el tiempo. Esa acusación de robo desde luego es pertinente al asunto principal, pero existen poquísimas probabilidades de que descubra usted nunca el por qué. La verdad es que la pista que ha seguido usted desde el principio es absurda.

—Gracias —replicó Skinner secamente—. Sí como usted dice es pertinente, ¿por qué ha de ser absurda?

—Porque está dando vueltas a un círculo —dijo Wolfe—. Se le ha metido la idea fija de que es usted un instrumento de la justicia, por ser abogado fiscal, y que su deber consiste en acorralar a todo el que ve. Esa idea no sólo es una tontería peligrosa, sino además en el caso presente directamente contraria a su verdadero interés. ¿Por qué se encuentra en mi casa esta distinguida multitud? —Señaló a los congregados con su mano—. ¿Porque treinta mil dólares hayan desaparecido y dos hombres hayan sido asesinados? De ninguna manera. Es porque *lord* Clivers se ha visto desagradablemente complicado, el hecho se ha publicado y

usted está muy violento. Ha perdido treinta minutos intentando atrapar a la señorita Fox en algún desliz que indicase que el señor Walsh, el señor Scovil y la señorita Lindquist tramaban un complot chantajista contra *lord* Clivers; incluso ha insinuado que la carta que su padre escribiera a su madre diecisiete años atrás, de la cual ahora el señor Cramer tiene una copia en su bolsillo, fue inventada por ella. ¿Es posible que no comprenda cuál es su verdadero apuro?

—Gracias —replicó Skinner en tono más seco todavía—. Le concedo...

—No lo dudo. Pero permítame..., no, maldita sea, ¡estoy hablando! Deje que

le oriente un poco. Aquí está su problema. Un personaje eminente, un enviado de la Gran Bretaña, ha sido descubierto a solas con un hombre asesinado y el hecho se ha publicado. Incluso aunque quisiera no puede detenerle debido a su inmunidad diplomática. Entonces, para evitar muchas complicaciones oficiales e internacionales, ¿por qué no lo olvida y le deja marchar? Porque no se atreve; si realmente asesinó al señor Walsh usted tendrá que pedir a su Gobierno que se lo entregue, y luchar para conseguirlo de ser necesario, o los periódicos harán que tenga que abandonar su cargo. Está usted sobre un barril de dinamita, y lo

mismo el señor Hombert, y usted lo sabe. Imagino con qué disgusto se ve usted obligado a esforzarse por hacer que el Marqués de Clivers quede convicto de asesinato. Veo las complicaciones; y lo malo es que en este momento no tiene la menor idea de si lo mató él o no. Su historia de que fue a ver al señor Walsh y lo encontró ya muerto es posible que sea cierta.

De modo que, puesto que el intento de llevar a *lord* Clivers ante los tribunales acusado de asesinato y hacer que confiese, no sólo crearía un revuelo internacional, sino que además pudiera resultar desastroso para usted personalmente, ¿cuál ha de ser su

preocupación primera e inmediata? Parece evidente. Apresurarse a explorar la posibilidad de que no sea culpable. ¿Existe alguien más que desease la muerte de Harlan Scovil y Michael Walsh? y de ser así, ¿dónde está? Yo conozco sólo seis personas que pudieran ayudarle a proseguir esa investigación. Uno de ellos es el asesino, otro un viejo granjero de Nebraska y las otras cuatro están en esta habitación, y al interrogar a una de ellas, ¿qué hace usted? Da toda una exhibición de su habilidad en los interrogatorios en su esfuerzo por inferir que ha tratado de hacer víctima de sus chantajes a *lord* Clivers, a pesar de que él ha tenido varias oportunidades de

hacer semejante acusación y no las ha aprovechado. Y de nuevo, esgrime el arma de su astucia para atacar a la señorita Fox, cuando alude a la acusación de robo, aunque esa acusación haya sido retirada por el hombre que la hizo.

—¡Bah! —Wolfe miró a su alrededor—. ¿Se maravillan de que no les haya hecho participes de mi confianza en este caso, caballero? ¿Se extrañan de que tampoco tenga intención de hacerla incluso ahora?

Cramer gruñó mirando un cigarro que había sacado de su bolsillo cinco minutos antes. Skinner rascándose una oreja miró de reojo a Clara Fox.

Hombert lanzó un ¡ah! y dando un manotazo sobre el brazo de su sillón exclamó:

—¡De modo que ése es su juego! ¿No va a hablar, eh? ¡Vaya si hablará!

—¡Oh, hablaré! —Wolfe suspiró—. Pueden saber todo lo que es posible decirles. Saben ya que el señor Scovil estuvo en esta habitación ayer tarde y fue asesinado poco después de abandonarla. El señor Goodwin habló con él y les repetirá la conversación si lo desean. Pueden oír de labios de la señorita Fox y la señorita Lindquist todo lo que yo he oído; y de la señorita Fox referente al señor Walsh. Pueden saber que he presentado la reclamación del

pago de una deuda a *lord* Clivers en representación de la señorita Lindquist y su padre, que se ha comprometido a saldar. Pero hay ciertas cosas que no deben saber, por lo menos por mí; por ejemplo, los detalles de una extensa conversación que sostuve con *lord* Clivers cuando vino aquí esta tarde. El puede decirle...

—¿Cómo es eso? —Skinner se irguió. Hombert abrió mucho los ojos. Cramer, que al fin había conseguido encender su cigarro, lo elevó con el labio inferior haciendo que la ceniza cayera sobre la alfombra. Skinner continuó:

—¿Qué trata de decirnos? ¿Clivers

vino a verle hoy?

—Estuvo aquí cosa de una hora. Tal vez no debiera haber dicho hoy, puesto que son ya cerca de la una de la madrugada del miércoles. Si, *lord* Clivers vino a verme. Nos bebimos ocho botellas de cerveza, y admiró enormemente ese globo terráqueo que ve usted allí.

Sin sacarse el cigarro de la boca, Cramer masculló:

—Debo estar loco. —Hombert seguía con los ojos muy abiertos.

Skinner observó:

—Nunca oí decir que fuera usted un vulgar mentiroso, Wolfe; pero eso lo está inventando.

—¿Inventando? —Wolfe me miró—.

¿Eso quiere decir que miento, Archie?

—No —sonreí— ; es mera retórica.

—Ya. —Wolfe hizo sonar el timbre y luego se reclinó de nuevo—. De modo que ya ven, caballeros, que no sólo tengo un conocimiento superior en este asunto, sino que lo tengo por una fuente superior. *Lord Clivers* me proporcionó informaciones muy interesantes que desde luego no me considero facultado para revelarlas. —Volvió sus ojos para mirar al comisario de policía—. Tengo entendido que el señor Hombert, el señor Devore, el señor Cramer y usted estuvieron todos en comunicación con él, protegiéndole en el asunto de la

muerte del señor Scovil. Es una lástima que él no se sintiera inclinado a hacerles participe de sus confidencias. Tal vez lo haga ahora, si se lo insinúan adecuadamente.

—No lo creo —exclamó Hombert—. Lo comprobaremos.

—Hágalo. —Wolfe destapó su botella y se llenó el vaso.— ¿Quieren tomar cerveza, caballeros? ¿No? ¿Agua? ¿*Whisky*? ¿Señorita Fox? ¿Señorita Lindquist?... No le han preguntado nada a la señorita Lindquist.

—Yo tomaré un *whisky* bien cargado —dijo Skinner— Escuche, Wolfe, ¿dice usted la verdad?

—Claro Que sí... Fritz, sirve lo que

te pidan..., ¿por qué iba a ser tan tonto como para inventar semejante cuento? Me atrevo a sugerirles que permitan retirarse a las señoritas.

—Bien... —Skinner miró a Hombert que se encogió de hombros. El fiscal se volvió preguntando de improviso:

—¿Su nombre es Hilda Lindquist?

Su rostro cuadrado demostró un ligero sobresalto ante la inesperada pregunta, pero luego alzó la barbilla.

—Sí.

—Ha oído todo lo que ha dicho Clara Fox, ¿está de acuerdo?

—¿Qué quiere decir... si estoy de acuerdo?

—Quiero decir, que si, por lo que

usted sabe, lo considera cierto.

—Desde luego lo es.

—¿Dónde vive usted?

—En Plainview, Nevada. Cerca de allí.

—¿Cuándo llegó usted a Nueva York?

—El jueves pasado... por la tarde.

—De acuerdo. Eso es todo. Pero tenga entendido que no debe abandonar la ciudad...

—Mis clientes permanecerán en esta casa hasta que yo haya esclarecido este asunto —intervino Wolfe.

—Procure que así sea. —Skinner cogió su vaso—. De modo que va usted a aclararlo. Dios le bendiga. Si yo

tuviera su temple sería el dueño de la isla de Manhattan. —Vació el vaso.

Las jóvenes se pusieron en pie para marchar. Yo las acompañé hasta el recibidor y mientras sonó el timbre de la puerta. Era Saúl Panzer. Fui con él a la cocina para conocer su informe, que no fue largo. Johnny Keems estaba allí con la silla apoyada en la pared, medio dormido, Purley Stebbins en un rincón leyendo un periódico. Me serví un vaso de leche, tomé un par de sorbos y me llevé el resto al despacho.

Hombert y Cramer bebían *whisky* y Fritz estaba preparando otro para Skinner. Dije a Wolfe:

—Saúl ha vuelto. El sujeto

abandonó su oficina pocos minutos antes de las seis y apareció en su departamento después de las siete y cuarto, donde se vistió para la cena. Saúl no pudo seguirle la pista entre esas dos horas. ¿Tiene que seguir vigilando esta noche?

—No. Mándale a casa. Que venga mañana a las ocho de la mañana.

—¿Johnny también?

—Sí... No, espera. —Wolfe se volvió—. Señor Cramer. Tal vez pueda simplificarle una cosa. Sé lo abrumado que está. Sin duda alguna habrá descubierto que existen varios medios para entrar en la obra de la calle Cincuenta y Cinco, y supongo que los

habrá inspeccionado todos. También es posible que sepa que esta tarde fue allí un hombre para explorarlos.

Cramer le miraba de hito en hito.

—Alguien me lo dijo, ¿cómo lo sabe? Si, lo supimos y tenemos una buena descripción de él... veinte hombres le andan buscando.

—Ya me parecía que podría ahorrarles trabajo. —Wolfe asintió—. Debiera haberlo dicho antes. Ese hombre está en la cocina. Había ido allí enviado por mí.

A Cramer parecía que se le iban a saltar los ojos.

—¡Pero Dios santo! ¡Eso fue antes de que Walsh fuese asesinado! —Dejó

su vaso—. ¿Qué clase de...?

—Queríamos ver a Walsh, y sabíamos que ustedes tendrían un hombre apostado en la entrada. Estuvo allí para buscar un lugar por donde entrar. Se marchó pocos minutos después de las seis y estuvo aquí desde las seis y media hasta las ocho. Pueden hablar con él si lo desean, pero sería perder el tiempo. Les doy mi palabra.

Cramer le miró primero a él y luego a mí. Levantó su vaso.

—Al diablo.

—Envía a Johnny a su casa —dijo Wolfe.

Y Cramer agregó:

—Y dígale a Stebbins que salga y

diga a Rowcliff que cese la alarma y que haga volver a esos hombres.

Fui a cumplir los encargos; y después de abrir la puerta al trío, dejó la puerta entreabierta diciendo a Purley que la cerrara cuando volviera a entrar. De todas formas el enemigo ya estaba dentro, de modo que no existía razón para mantener la barricada.

De nuevo en el despacho encontré a Skinner y Hombert bombardeando a Wolfe. Ahora resultaba divertido. Clivers era el pájaro que habían estado protegiendo a toda costa, al que querían evitar el verse complicado en un crimen y allí estaban suplicando a Wolfe que confesara lo que Clivers le había

descubierto después de ocho botellas de cerveza. Me senté sonriendo a Cramer y que me aspen si no tuvo el atrevimiento de guiñarme un ojo. Pensé que me pedía otro *whisky* y fui a buscárselo.

Skinner con la mano extendida decía cuando volví:

—Pero, cielos, ¿es que no podemos trabajar juntos? Admito que nos hemos equivocado, pero ¿cómo íbamos a saber que Clivers estuvo aquí esta tarde? No quiso decirnos nada y por lo que a mí respecta me gustaría darle una patada en la espinilla y lanzarle al otro lado del Océano Atlántico. Y tampoco podemos obligarle a que nos dé esa información vital que dice recibió de Clivers, pero sí

pedirla, y la pedimos. Usted sabe quién soy. No es despreciable mi amistad en este condado, sobre todo para un detective. ¿Qué es Clivers para usted, de todas formas? ¿Por qué diablos habría de protegerle?

—Esto es asombroso —murmuró Wolfe—. Ayer noche el señor Cramer me dijo que debiera ayudarle a proteger a un distinguido huésped extranjero y ahora usted me exige todo lo contrario.

—Está bien, diviértase —gruñó Skinner—. Pero por lo menos díganos una cosa. ¿Dijo Clivers algo que indicara en verdad que estaba prevenido contra Mike Walsh?

Wolfe frunció el entrecejo y al cabo

de unos instantes se volvió hacia mí.

—Saca tu block, Archie. Encontrarás la pregunta que hice a *lord Clivers*: «¿No le cree? Me refería al señor Walsh. Por favor lee la respuesta de *lord Clivers*.

Yo había sacado mi block y lo hojeaba. Pasé demasiadas páginas y tuve que volverlas atrás. Al fin la encontré y leí en voz alta:

—Clivers: «Yo no creo a nadie». Sé muy bien que soy un mentiroso. Soy diplomático. Escuche. Olvídese de Walsh. Yo mismo trataré con él. Tengo que aclarar este asunto, por lo menos mientras permanezca en este país. Yo trataré con Walsh. Scovil ha muerto, en

paz descanse. Deje que la policía se las arregle como pueda. Y en cuanto a los Lindquist...

Wolfe me detuvo con un ademán.

—Es suficiente, Archie. Guarda el block.

—¡No lo guardará! —Hombert volvió a golpear el brazo de su sillón—. ¿Qué dice ahí? Queremos...

Se detuvo para mirar a Skinner que le había dado con el pie en la espinilla. Skinner estaba dispuesto a ser todo amabilidad y su tono fue tan dulce como el de Romeo en la escena del balcón.

—Escuche, Wolfe, trabaje con nosotros. Déjenos ver eso. Su ayudante puede copiarlo a máquina o dictarnos

sus notas y uno de nuestros hombres lo escribirá. Clivers sale en barco para Europa el domingo. Si no terminamos este asunto vamos a tener jaleo.

Wolfe cerró los ojos y al cabo de un momento volvió a abrir los. Todos le miraban, Cramer mascando lentamente su cigarro, Hombert conteniéndose para no estallar, y Skinner con aire inocente y amistoso. Wolfe dijo al fin:

—¿Quiere hacerme una concesión, señor Skinner? Permita me hacer algunas preguntas. Luego, considerando las respuestas, haré lo que pueda por ustedes. Creo más que probable que consideren provechosa mi ayuda.

Skinner frunció el ceño.

—¿Qué clase de preguntas?

—Ya las oirá.

Una pausa.

—De acuerdo. Adelante.

Wolfe se volvió bruscamente al Inspector.

—Señor Cramer. Usted hizo que uno de sus hombres siguiera al señor Walsh a partir del momento en que le dejó en libertad esta tarde y ese hombre se hallaba apostado a la entrada del edificio en construcción de la calle Cincuenta y Cinco. Me gustaría saber qué es lo que le hizo cruzar la calle y entrar en la obra, como declara en la *Gazette*: ¿Oyó un disparo?

—No. —Cramer se quitó el cigarro

de la boca—. Ese hombre está en la cocina. ¿Quiere oírlo de sus labios?

—Lo único que quiero es saber la respuesta.

—Bien, yo puedo dársela. Stebbins abandonó su puesto unos minutos, lo ha confesado. Hubo un choque de taxis en la esquina de Madison y tuvo que ir a echar un vistazo, cosa muy natural. Dice que sólo estuvo ausente un par de minutos, pero bien pudieran ser diez. Ya sabe lo que son esas cosas. De todas maneras, al fin regresó al lado sur de la calle Cincuenta y Cinco y al mirar la entrada de la obra vio que la puerta se abría lentamente y el rostro de un hombre que miraba al exterior y que no

era Walsh. Pasaban algunos transeúntes y el hombre retiró la cabeza y la puerta se cerró de nuevo. Stebbins se ocultó detrás de un automóvil que estaba aparcado. Al minuto siguiente volvió a asomar la misma cabeza y como pasara un hombre, se retiró nuevamente. Stebbins juzgó que era hora de averiguar lo que ocurría y atravesando la calle penetró en la obra y tuvo la mala suerte de que le viera ese maldito periodista. Era Clivers desde luego, y el cuerpo de Walsh yacía en el suelo...

—Lo sé. —Wolfe suspiró—. Estaba tendido ante el teléfono. De modo que el señor Stebbins no oyó ningún disparo.

—No. Claro que estaba en la

esquina y había bastante ruido.

—Para asegurarme. ¿Encontraron el arma en poder de *lord* Clivers?

—No. —Cramer parecía irritado—. Eso es uno de los detalles más curiosos. No pudimos encontrar arma alguna, excepto un revólver en el bolsillo de Walsh Que no había sido disparado. Todavía hay allí una patrulla de hombres buscándola. También hay cerca de mil vigas de acero Que son la base del edificio y pudiera ser Que hubiese caído alguna.

—Es posible —murmuró Wolfe—. Bien... ningún disparo, y ningún arma. —Les miró a todos—. No puedo dejar de observar, caballeros, que estas

noticias me alivian extraordinariamente. Por lo tanto, creo que tienen derecho a saber que el señor Goodwin y yo oímos el disparo.

Todos le miraron asombrados y Skinner preguntó:

—¿Ustedes qué? ¿De qué diablos está hablando?

Wolfe se volvió hacia mí.

—Cuéntaselo, Archie.

—Esta noche —comencé a decir, pero luego me corregí—. La noche pasada... el señor Wolfe y yo nos encontrábamos en este despacho. A las siete menos dos minutos sonó el teléfono y dio la casualidad de que los dos cogimos nuestros aparatos respectivos.

Una voz dijo: «¡Nero Wolfe!» Parecía muy lejana, pero muy excitada... sonaba... bueno, nada natural. Yo dije: «Si, al aparato», y la voz contestó: «Ya le tengo; venga a la calle Cincuenta y Cinco. Soy Mike Walsh, le tengo acorralado, venga». La voz fue ahogada por el sonido de una explosión muy fuerte, como si el disparo hubiera sido hecho muy cerca del teléfono. Llamé a Walsh varias, veces por su nombre, pero no hubo respuesta. Avisamos inmediatamente a la policía por teléfono.

Miré a mi alrededor respetuosamente en busca de aprobación. Skinner parecía reflexionar,

Hombert, como siempre. dispuesto a estallar y Cramer disgustado. Al inspector no le costaba mucho entristecerse y gritó a Nero Wolfe:

—¿Qué más sabe usted? Primero me dice que el hombre que toda la fuerza de la policía anda buscando, pensando que es un testigo importante, es uno de sus hombres que actuaba como avanzadilla. Ahora me habla de una llamada telefónica que hemos tratado de localizar... con lo que cuesta ahora con esos malditos discos... en la que se nos dijo que se había oído un disparo, y también me dice que la hizo usted. —Se metió el cigarro en la boca y casi lo parte en dos de un mordisco.

—Pero señor Cramer —protestó Wolfe—, ¿acaso es culpa mía que al Destino le guste esta dirección? ¿No le avisamos en seguida? ¿E incluso no impedí al señor Goodwin que se apresurara a acudir al lugar del suceso porque sabia que a ustedes no les iba a gustar que se entrometiera?

Cramer abrió la boca, pero le faltaron las palabras.

Skinner dijo;

—Oyeron el disparo por el teléfono a las siete menos dos minutos. Eso concuerda. A las siete y cinco Stebbins encontró allí a Clivers. —Miró a su alrededor abatido, como el que ha descubierto algo que no deseaba

descubrir—. Eso parece coincidir. — Gruñó dirigiéndose a Wolfe—. ¿Por qué le alivia tanto el que no se haya encontrado el revólver y el que Stebbins no oyera el disparo, si lo oyó usted mismo?

—Todo a su debido tiempo, señor Skinner. —Wolfe tamborileaba con sus dedos sobre el brazo de su sillón y yo me pregunté qué le tenía impaciente—. Si no le importa, permítame continuar. El periódico dice que el señor Stebbins cacheó a *lord* Clivers en busca de un arma. ¿La encontró?

—No —gruñó Cramer—. Tuvo el descaro de decirnos que siempre suele llevar encima una pistola, pero nunca

cuando viste de etiqueta.

—Pero puesto Que *lord* Clivers no había salido de la obra y ya que no pudo encontrarse arma alguna, ¿cómo es posible que él haya sido el asesino?

—La encontraremos —afirmó Cramer lúgubremente—. Existen allí mil lugares donde esconder una pistola, y tendremos que meternos entre esas vigas como sea. O tal vez la arrojara por encima de la cerca. La encontraremos. El le mató, ¡maldita sea! Usted ha arruinado las únicas pistas exteriores que tenía...

Wolfe alzó una mano.

—Anímese, señor Cramer. Dígame una cosa, por favor. Puesto que el señor

Stebbins siguió al señor Walsh toda la tarde, supongo que conocerá su itinerario. ¿Cuál fue?

Skinner rugió;

—No empiece a poner obstáculos, Wolfe.

—Vamos a...

—No pongo obstáculos, señor. ¿Señor Cramer?

El inspector dejó el cigarro en el cenicero.

—Pues, Walsh se detuvo para comer en un mostrador cerca de Broadway. No cesaba de mirar a su alrededor, pero Stebbins cree que no le vio. Luego tomó un autobús hasta la calle Veintisiete y luego caminó hacia el Oeste. Penetró en

el edificio de la Seaboard y subió en el ascensor hasta el piso treinta y dos, donde se hallan las oficinas de los altos empleados de la Seaboard Products Corporation. Stebbins aguardó en el vestíbulo. Walsh estuvo allí casi una hora. Volvió a tomar el ascensor para bajar y Stebbins, que no quiso bajar en el mismo, casi le pierde de vista. Caminó hacia el Este y entró en una droguería para llamar por teléfono. Luego cogió el «metro» y fue a una casa de huéspedes de la calle Sesenta y Cuatro Este, donde vivía, de donde volvió a salir poco después de las cinco y media para dirigirse a su trabajo en la calle Cincuenta y Cinco, llegando allí

poco antes de las seis.

Wolfe se había recostado en su sillón con los ojos cerrados. Todos le miraron. Cramer sacó otro cigarro, mordió uno de sus extremos y luego fue quitando de su lengua los trocitos de tabaco. Hombert preguntó:

—Bueno, ¿es que se ha dormido?

Wolfe no se movió, pero dijo:

—Con respecto a la visita que el señor Walsh hizo a la Seaboard Products Corporation, ¿sabe usted a quién vio allí?

—No, ¿cómo voy a saberlo? Stebbins no entró. Incluso aunque allí hubiera habido cualquier motivo... la oficina estaba cerrada cuando recibí el

informe de Stebbins. ¿Qué diferencia puede haber?

—No mucha. —El tono de Wolfe era amable, pero yo, que tan bien le conocía, percibí la ligera excitación de su voz—. No, no mucha. En ciertos casos las conjeturas son acaso tan buenas como los hechos... y algunas veces, incluso mejores. —De pronto se irguió y abriendo los ojos dijo con presteza—: Esto es todo, caballeros. Son más de las dos y el señor Goodwin está bostezando. Mañana sabrán de mi... mejor dicho, hoy.

Skinner movió la cabeza contrariado.

—Oh, no, no, no. Con sinceridad,

Wolfe, es usted capaz de acabar con la paciencia de cualquiera. Aún queda mucho por hacer. ¿Puedo tomar otro *whisky*?

Wolfe suspiró.

—¿Es que vamos a empezar a charlar otra vez? —Señaló con el dedo al fiscal del distrito—. Le he ofrecido una oportunidad, señor. Le dije que si conseguía las respuestas a unas preguntas luego de considerarlas vería lo que podía hacer por ustedes. ¿Creen que puedo considerarlas propiamente a estas horas de la noche? Les aseguro que no. No busco ninguna escapatoria. He ido mucho más lejos que ustedes en la solución de este problema, y me enfrento

con una dificultad que debe resolverse antes de poder pasar adelante. ¿Cuándo quedará resuelta?, no puedo decirlo. Tal vez encuentre la solución dentro de diez minutos, mientras me desnude para acostarme, o tal vez requiera extensas investigaciones y mucho trabajo. Maldita sea, ¿no se dan cuenta de que empezará a amanecer dentro de cuatro horas? Ayer noche eran más de las tres cuando me acosté. —Apoyó las manos en el borde de su mesa y retiró su sillón. Se puso en pie estirando las puntas del chaleco por donde asomaba una franja de su camisa amarillo canario—. La luz del día nos iluminará mejor. Basta por esta noche, dejemos de atormentarnos.

Ya sabrán de mí.

Cramer se puso en pie también diciendo a Hombert:

—Siempre es así. Sería más sencillo atravesar la piel de un rinoceronte con un alfiler.

CAPÍTULO

XVII

CUANDO a eso de las nueve y cuarto de la mañana del miércoles subí a los invernaderos con un recado, pensé que el genio de Wolfe había terminado para siempre y que se había vuelto loco de remate. Se encontraba en la habitación de las macetas, junto al banco con un pedazo de madera, de unas cuatro pulgadas de ancho por diez de largo, en cada mano. Cuando entré no me prestó

la menor atención, y separando las manos las juntó rápidamente, haciendo que las dos maderas chocaran produciendo un fuerte chasquido. Lo hizo varias veces. Al fin movió la cabeza y arrojando una de las maderas comenzó a golpear cosas con la otra, el asiento del banco, una de sus patas, una silla, la palma de su mano, y luego un montón de papel de embalar, etc., moviendo la cabeza sin cesar. Al fin se decidió a reconocer mi presencia y dejando la tabla me miró con feroz hostilidad.

—¿Y bien? —me preguntó.

—Cramer ha vuelto a telefonar — dije en tono resignado—. Esta es la

tercera vez. Dice que el fiscal del distrito, Skinner, salió de aquí embriagado y ahora está en su despacho con una fuerte resaca y cortando la cabeza a todo el mundo. Por lo que a mi respecta, llevo dos noches durmiendo cuatro horas y me duele la cabeza. Dice que el editor de la *Gazette* dijo al ministro de Estado por conferencia que se fuera al diablo. Ahora desea saber si hemos visto los periódicos de la mañana. Dice que dos hombres de Washington están en el despacho de Hombert con copias de los cables de Londres. Dice que Hombert vio a Clivers en su hotel hace media hora y que le preguntó por su visita a nuestro

despacho de ayer tarde, y Clivers le contestó que era un asunto privado, y que haría un día espléndido si no lloviera. Dice que usted debe contárselo o le abrirá en canal. Además, la señorita Fox y la señorita Lindquist se están peleando porque sus nervios pueden ya más que ellas. Fritz anda buscando pelea porque Saúl y Johnny revuelven demasiado en su cocina y Johnny se ha comido unos mariscos que él preparaba para la comida. Aparte de todo esto, no he conseguido que usted me diga si he de ir al Hotel Portland para mirar los documentos de Clivers que llegaron en el *Berengaria*. Además...

Me detuve para tomar aliento y

Wolfe me dijo:

—Me fastidias con todas esas nimiedades. Mírame... —cogió la tabla y volvió a dar un golpe con ella—. Estoy sacrificando mis horas de placer para procurar esclarecer el único nudo que queda por deshacer Y tú vienes a molestarme con esas tonterías. ¿Se fue al diablo el ministro de Estado? Si es así, di a los demás que vayan a hacerle compañía.

—Seguro. Le digo que van a venir todos otra vez, y no podré contenerles.

—Echa el cerrojo a la puerta. Que no entren. ¡No me dejaré atrapar!

Y dio media vuelta dando el asunto por terminado. Yo alcé las manos

volviéndolas a bajar en un gesto que expresaba mi desprecio. Cuando bajaba me detuve un momento ante la puerta de la habitación sur, y oí las voces de las dos mujeres que seguían discutiendo. En el recibidor me acerqué a la puerta de la cocina y pude percibir que Fritz seguía hecho una furia. Aquello era una casa de locos.

Wolfe había estado imposible desde las siete de la mañana cuando subí a su habitación por primera vez, ya que no había cogido el teléfono cuando le avisé, para informarle de la primera llamada de Cramer. Nunca le había visto de tan mal talante, pero no me importó realmente, sabiendo que sólo estaba

enfadado consigo mismo porque su cerebro no trabajaba a su gusto. Lo que me sacaba de mis casillas era mi dolor de cabeza. Me había empezado hacía dos horas y todavía continuaba. En segundo, el que Fritz y las clientes tuvieran que descargar su disgusto en mí; y en tercero, que no me gustan los insultos de extraños por teléfono.

Después de tomarme otra aspirina y hacer algunas cosillas por el despacho, me senté ante mi mesa, saqué las fichas de las plantas y anoté en ellas varias notas sacadas de los informes de Horstmann del día anterior; luego repasé algunas facturas. En el correo de la mañana llegaron unas circulares de

Richard y Hoehn, así como también un par de catálogos de Inglaterra que dejé a un lado después de echarles un vistazo. Hubo una llamada telefónica de Harry Foster de la *Gazette*, que había averiguado no sé cómo que nosotros sabíamos algo, y yo lo eché a broma y colgué. Luego, poco después de las diez volvió a sonar el teléfono y me encontré hablando personalmente con el Marqués de Clivers. Tuve intención de avisar a Wolfe, pero al fin decidí tomar el recado y después de colgar recogí las circulares y catálogos, sujetándolos con una goma y subí a los invernaderos.

Wolfe estaba de pie en la tercera habitación contemplando con el

entrecejo fruncido una hilera de plantas de semillero en su segundo año. Tenía un aspecto francamente amenazador y Horstmann, a quien encontré en la sección de plantas tropicales, al parecer había sido víctima de su furor.

Me dispuse a capear el temporal. Le mostré el montón de catálogos y prospectos diciendo:

—Aquí están las listas de Richard y también algunas de Hoehn, y unos catálogos de Inglaterra. ¿Los quiere o los dejo en la habitación de las macetas? Clivers acaba de llamar por teléfono. Dice que acaban de llegar esos documentos y que si quiere ir a verlos o enviarme a mi. No dijo nada de la

pequeña complicación que tuvo ayer noche con la policía.

Me detuve porque Wolfe no me escuchaba. Sus labios se fruncieron de pronto mientras sus ojos se fijaban en el paquete que yo tenía en la mano. Permaneció así un buen rato y yo me callé para observarle.

Al fin murmuró:

—Eso es. Maldita sea, Archie, ¿lo sabias? ¿Es por eso por lo que los trajiste aquí?

—¿Se ha vuelto loco? —pregunté cortésmente.

—Pero claro que no —replicó sin hacerme caso—. Es tu destino otra vez. —Cerró los ojos suspirando

profundamente al tiempo que murmuraba —: Coleman «El Goma». La banda de «El Goma». Claro. —Abrió los ojos y me miró con ojos brillantes—. ¿Está Saúl abajo? Dile que suba inmediatamente.

—¿Y qué hay de Clivers?

—Aguarda en el despacho —me gritó en tono imperioso—. Envíame a Saúl.

Sabiendo que era inútil seguir preguntando, me llegué hasta la cocina y dije a Saúl que saliera al recibidor donde le dije:

—Wolfe quiere que subas. Por amor de Dios, vigila todos tus pasos, porque acaba de encontrar el tesoro escondido

Y ya sabes lo que hay que esperar cuando está así. Si te encarga algo extravagante consúltame.

Volví a mi mesa. Después de encender un cigarrillo saqué mi revólver del cajón, lo revisé, volviendo a guardarlo, pegué un puntapié a la papelería, que quedó tumbada.

Se oyeron pasos en la escalera y la voz de Saúl llegó hasta mí desde la puerta:

—Ábreme la puerta, Archie. Tengo que trabajar.

—Ábrela tú. ¿Es que tienes miedo?

Introduje las manos en mis bolsillos y estirando las piernas cuanto pude me apoyé contra el respaldo de mi sillón

con el ceño fruncido. Diez minutos después de marcharse Saúl sonó el teléfono. Lancé un par de maldiciones mientras lo cogía pensando que iba a recibir nuevas quejas, pero fue la voz de Saúl la que sonó en mi oído.

—¿Archie? Ponme con el señor Wolfe.

Me pareció un trabajo muy rápido, y apretando el pulsador conecté la línea. No tardó en oírse la voz de Wolfe.

—Aquí Nero Wolfe.

—Sí, señor. Le habla Saúl. Estoy dispuesto.

—Bien. ¿Archie? No es necesario que tomes nota de esto.

Colgué lanzando un bufido. De

nuevo tenía que hacer gala de todo mi disimulo. Aunque aquellas clases de cosas no me molestaban realmente, porqué sabía muy bien el por qué Wolfe no me decía todo lo que pensaba hacer: él sabía muy bien que la mitad de las veces yo le daba pruebas de que aquello no podía hacerse, lo cual le representaba una contrariedad, ya que intentaba hacerla de todas maneras. Ningún sujeto que considere que tiene razón porque es demasiado soberbio para equivocarse, es de esperar que pida el parecer a nadie.

Cinco minutos después de la llamada telefónica de Saúl empezó la diversión. Wolfe me llamó desde arriba.

—Telefonea a *lord* Clivers.

Llamé.

Llamé al hotel Portland, y cuando tuve a Clivers al aparato, pasé la comunicación a Wolfe.

—Buenos días, señor —dijo Wolfe—. He recibido su recado... Si, eso tengo entendido... No, no puede ir... Si fuera usted tan amable... Un momento... Ha ocurrido un acontecimiento muy importante y no quiero discutir con detalle por teléfono. Debe usted recordar que ayer tarde el señor Walsh le habló por teléfono de cierta persona a quien él acababa de ver... Si, está desesperado y resulta peligroso; además está acorralado, y existe sólo un camino

abierto para que usted pueda evitar la publicidad más desagradable y completa de este asunto... Lo sé. Por eso deseo que venga usted a mi despacha en seguida. No, señor, le doy mi palabra, será inútil, tendría que exponerle a él inmediata y públicamente... Sí, señor... Bien. Eso es ser razonable. Asegúrese de que trae consigo los papeles. Le espero dentro de quince minutos...

Clivers cortó la comunicación, mas Wolfe permaneció al teléfono.

—Archie. Llama al señor Muir.

Me atendió la señorita Barish y cuando hubo avisado a Muir pasé la comunicación a Wolfe.

—¿El señor Muir? Buenos días,

señor. Aquí Nero Wolfe... Un momento, señor, se lo ruego. He sabido con gran pesar que ayer cometí un acto de injusticia y deseo rectificarlo... Si, si, desde luego, lo comprendo... Sí, ya lo creo. Prefiero no discutir por teléfono, pero le aseguro que quedará tan satisfecho como merece si viene a mí despacho esta mañana a las once y media y trae también al señor Perry... No, lo siento, no puedo hacer eso. La señorita Fox estará aquí... Sí, está aquí ahora... No, a las once y media, antes no, y será necesaria la presencia del señor Perry... ¡Oh!, seguramente no, ha demostrado tanto interés... Sí, está a tan poca distancia...

Oí que Muir cortaba y dije a Wolfe:

—Con eso conseguirá que ese viejo loca venga trotando sin detenerse ni para avisar a Perry, ni siquiera para recoger su sombrero, ¿por qué no...?

—Gracias, Archie. Llama al señor Cramer.

Me puse con Jefatura, y cuando el empleado avisó a Cramer, Wolfe continuó:

—Buenos días, señor Cramer... Si, desde luego, he recibido sus recados, pero he estado ocupado por una buena causa... Eso tengo entendido, ¿pero acaso podía evitarlo? ¿puede venir a mi despacha a las once y media? A esa hora estaré dispuesto a recibirle... La verdad

es que mi intención es no sólo informarle, sino entregarle la solución del caso... Tampoco puedo evitarlo; ¿usted cree que tengo a mi disposición un Moerae para que me haga recados?... Ciertamente, si desean venir tráigalos, aunque creo que sería conveniente que el señor Hombert volviera a usar pañales... Si, a las once y media...

Cramer cortó Y yo dije:

—¿Tengo que llamar al Ministerio?

—No, gracias. —Wolfe parecía satisfecho—. cuando llegue *lord* Clivers hazle subir en seguida.

CAPÍTULO

XVIII

CUANDO volvió Saúl Panzer le abrí la puerta. Ya no existía razón alguna para que yo continuara haciendo las veces de portero, tarea que normalmente correspondía a Fritz, pero me pareció más prudente darle tiempo a apaciguarse un poco; además, si le dejaba entregado a sus propias discusiones un rato más sin interrumpirle, cabía la posibilidad de que le pusiera una cacerola por

sombrero a Johnny, cosa que a los dos habría de hacerles bien.

De modo que dejé entrar a Saúl y le instalé en la habitación contigua al despacho, y luego, un poco más tarde, fui a abrir al marqués de Clivers. Tuve una deliciosa sorpresa, ya que venía acompañado de su sobrino. Al parecer hoy no iba de boda; Horrocks parecía robusto y apuesto debido a su magnífico traje que le caía como un sueño, y yo lo contemplé con tal interés que casi me olvidé de que el que iba en su interior era él. Le dije si quería pasar al despacho y luego me dirigí a Clivers.

—El señor Wolfe desea verle arriba. Hay tres pisos. ¿Quiere subir a pie o en

el ascensor?

Parecía pensativo y amargado. Dijo que a pie, y una vez le hube acompañado a los invernaderos, le dejé en presencia de Wolfe.

Cuando bajé Horrocks seguía de pie en el vestíbulo.

—Si desea esperar —le dije—, en el despacho hay un lugar que sostendrá su parte posterior... ya sabe, un sillón.

—¿Mi qué? —Se sorprendió hasta que al fin cayó en la cuenta—. ¡Oh, ya! Muchísimas gracias. Pero yo... oiga, creo que la señorita Fox sufrió un buen remojón. ¿No es cierto?

—Si, se empapó bien.

—¿Supongo que aún estará aquí?

Era cuestión de una de estas dos cosas: o dejarle que se anduviera por las ramas un rato más o solucionarle el problema. Me decidí por esto último y le dije:

—Espere aquí —y volví a subir la escalera.

Al parecer reinaba el silencio en la habitación sur. Después de llamar a la puerta le dije a Clara Fox:

—Ese joven diplomático está abajo y quiere verla. Voy a hacerle subir. Entreténgalo aquí. Vamos a tener trabajo en el despacho y su sala presencia me saca de quicio.

Fue a buscar su bolso para retocar su maquillaje y yo bajé de nuevo al

recibidor para decir a Horrocks que ya conocía el camino.

Eran las once y diez. No tenía más que sentarme y cruzarme de brazos. Había una casa que me hubiera gustado recordar a Wolfe antes de que comenzara la reunión, pero ignoraba su importancia, y de todas formas no tenía idea de cómo pensaba dar la representación. Cabía incluso la posibilidad de que sólo se tratase de un ensayo general, un anticipo, para ver el pánico que producía, aunque eso no era propio de él. Lo único que se dignó comunicarme por el teléfono interior fue que bajaría con Clivers después que hubieran llegado los otros y que hasta

entonces no debía mencionar la presencia de Clivers. Fui a ver si Saúl estaba hablando, pero no era así, de modo que volví a sentarme.

Los dos contingentes, el oficial y el de la Seaboard, hicieron su aparición con tres minutos de diferencia. Les hice pasar. El oficial llegó primero. Les llevé al despacho donde ya tenía las sillas preparadas. Skinner parecía furioso, Hombert fatigado, y Cramer relativamente serio. Cuando vieron que Wolfe no estaba en el despacho comenzaron a impacientarse, mas yo les apacigüé con algunas frases bien escogidas, y entonces volvió a sonar el timbre y fui a abrir a la segunda

hornada.

Muir y Perry entraron juntos. Perry me dedicó una sonrisa forzada dándome los buenos días, pero Muir no estaba para saludos; vi que le temblaba la mano cuando colgó el sombrero, y por mi hubiera podido quedarse completamente inválido sin que me costara una lágrima. Con una inclinación de cabeza les invité a pasar.

Se detuvieron en seco en la puerta del despacho al ver al trío. Muir pareció asombrado y furioso; Perry sólo sorprendido. Les miró a todos y luego se volvió hacia mí.

—Creí... Wolfe me dijo que a las once y media, eso me dijo Muir... Si

esos caballeros...

—Está bien. —Le sonreí—. El señor Wolfe ha preparado una pequeña reunión. Tomen asiento. ¿Conocen al señor Hombert, el comisario de policía? ¿Al inspector Cramer? El señor Ramsey Muir y don Antonio D. Perry.

Tomé el teléfono interior de encima de mi mesa y llamé al invernadero. Wolfe se puso al aparato y le dije:

—Ya están aquí todos.

Los dos grupos de visitantes eminentes estaban dando una exhibición de malos modales; ninguno esperaba ver al otro. Cramer les fue observando lentamente uno a uno y luego me miró con ojos relampagueantes. Hombert

cuchicheaba con Perry, y Skinner se volvió para exclamar:

—¿Qué clase de broma es esta?

Me limité a menear la cabeza y oí el ruido del ascensor. Al momento siguiente se abría la puerta dando paso a Wolfe y a otro visitante que ninguno de ellos esperaba ver.

Se acercaron. Wolfe se detuvo inclinando la cabeza.

—Buenos días, señores. Creo que algunos de ustedes ya conocen a *lord* Clivers. ¿No es así, señor Perry? No. Señor Muir. El señor Skinner, nuestro fiscal. Quiero darles las gracias a todos por su puntualidad...

Yo estaba viendo varias cosas.

Primera, que Clivers miraba fija y directamente a Perry, haciéndome recordar cómo le había mirado Harlan Scovil dos días antes, y que Clivers había introducido su mano derecha en el bolsillo lateral de su americana y no la sacaba. Segunda, Perry sostenía la mirada con ojos entrecerrados y apretando las mandíbulas. Y tercera, que el inspector Cramer estaba sentado con todo el peso de su cuerpo inclinado hacia delante y los pies recogidos bajo el asiento para poder llegar rápidamente a cualquier parte.

Yo hice girar mi sillón y abriendo un cajón ostentosamente, saqué mi automática y la dejé sobre mi mesa a la

altura de mí codo. A Hombert empezó a dolerle el estómago.

—No sé, Wolfe, qué clase de procedimiento cree que...

Wolfe, que había ido a ocupar su sillón detrás de su mesa, alzó una mano.

—Por favor, señor Hombert. Creo que siempre es aconsejable, cuando es factible, tomar el camino más corto. Por eso solicité un favor de *lord* Clivers. — Miró al aludido—. Siéntese, señor, y díganos, ¿ha visto al señor Perry antes de ahora?

Clivers, con la mano todavía en el bolsillo, se dispuso a tomar asiento entre Hombert y yo, sin apartar los ojos de Perry.

—Si —dijo ásperamente—. Tenía usted razón. Es Coleman. Coleman «El Goma».

Perry se limitó a mirarle.

Wolfe preguntó en tono amable:

—¿Qué dice. a esto, señor Perry?

Pudimos ver que tenía los dientes apretados. Sus ojos se apartaron del rostro de Clivers bruscamente y se fijaron en Wolfe y luego en mí. Sus hombros se fueron elevando poco a poco y al fin los dejó caer con un suspiro. Al cabo, mirando a Wolfe, exclamó:

—No hablaré. Por lo menos ahora. Continúe.

—No se lo reprocho, señor —dijo

Wolfe—. Cuesta mucho darse por vencido y renunciar a un viejo secreto. —Sus ojos recorrieron todo el círculo —. Caballeros, ustedes recordarán, por la historia que nos contó ayer noche la señorita Fox, Que Coleman «El Goma» era el hombre que dirigía la pequeña banda de libertadores hace cuarenta años, y ese hombre es el señor Perry, aquí presente. Pero lo que no saben todavía es que, atendiendo su obligación, *lord* Clivers pagó a Coleman... el señor Perry... la suma de un millón de dólares en el año 1906, es decir, hace veintinueve años. Y que Coleman-Perry, hasta la fecha, no ha distribuido esa suma como se

comprometió a hacer.

Cramer lanzó un gruñido y se inclinó todavía más hacia delante. Skinner estaba hundido en su sillón con los codos apoyados en los brazos del mismo y las manos unidas mientras sus ojillos iban de Wolfe a Clivers, de éste a Perry y vuelta a empezar. Hombert se mordía el labio mientras observaba a Clivers. Muir gritó de pronto:

—¿Qué es todo esto? ¿Qué tiene que ver con...?

Wolfe le atajó.

—¡Cállese! Usted se halla aquí presente porque me pareció el modo más sencillo de traer al señor Perry, y porque pensé que debía saber la verdad

con respecto a su acusación contra la señorita Fox. Si desea marcharse, hágalo; pero si se queda, refrene su lengua.

Clivers intervino con brusquedad:

—No estoy de acuerdo en que este hombre esté aquí.

—Creo que debe dejar esta cuestión en mis manos —replicó Wolfe—. Después de todo, *lord* Clivers, fue usted quien originalmente comenzó esto, y si la gallina ha venido a casa para ser asada y yo debo desplumarla, por lo menos debe permitirme escoger el método. —Se volvió bruscamente—. ¿Qué me dice a eso, señor Perry? Ya ha tenido unos momentos para reflexionar.

¿Usted era Coleman «El Goma», ¿no es cierto?

—No pienso hablar. —Perry le miraba y esta vez sus palabras salieron de sus labios con toda facilidad. Tenía los labios un tanto contraídos y tal vez pensase que estaba sonriendo—. Es muy posible que *lord* Clivers esté equivocado —. Trató de volver a sonreír—. Incluso es posible que... comprenda su error. —Miró a su alrededor—. Usted me conoce, señor Skinner, y usted también, señor Hombert. Celebro que se encuentren aquí. Puedo presentar pruebas de que ese hombre, el señor Wolfe, se ha comprometido a perjudicar mi

reputación así como la de mi vicedirector y la de la firma que dirijo. El señor Muir puede corroborarlo. — Volvió sus ojillos hacia Wolfe—. Voy a darle cuerda. Toda la que quiera. Continúe.

Wolfe asintió con admiración.

—Superlativo. —Se apoyó contra el respaldo de su sillón y contempló el grupo—. Caballeros, debo pedirles que me escuchen y estarán de acuerdo conmigo. Llegarán a la misma conclusión que yo, si les describo cómo he llegado a ella. Seré lo más breve posible.

»Empezó hace unas cuarenta y cinco horas, cuando el señor Perry vino a

visitarme para pedirme que investigara el robo de treinta mil dólares que habían desaparecido de un cajón del escritorio del señor Muir. El señor Goodwin fue a las oficinas de la Seaboard y estuvo haciendo preguntas. Estuvo allí desde las cuatro cuarenta y cinco a las cinco cincuenta y cinco, y por espacio de treinta y cinco minutos, desde las cinco y veinte a las cinco cincuenta y cinco, no vio ni al señor Perry ni al señor Muir, porque se encontraban asistiendo a una conferencia en el despacho del director. El caso presentaba algunos aspectos poco convincentes y decidimos no encargarnos de su investigación. Creo que voy a necesitar un poco de cerveza.

Hizo una pausa para presionar el botón del timbre y volvió a reclinarsse contra el respaldo de su sillón.

—Ya conocen ustedes la visita de Harlan Scovil a este despacho en la tarde del lunes. Pues bien, aquí vio al señor Perry. No sólo le vio, sino que le contempló fijamente. También conocen la llamada telefónica de las cinco y veintiséis que llevó al señor Scovil hacia la muerte. El lunes por la noche, aparte de estas cosas, conocí también la historia que la señorita Fox nos contó en presencia del señor Walsh y la señorita Lindquist; y cuando, habiéndome comprometido a trabajar en beneficio de la señorita Fox, se hizo necesario

considerar el asesinato de Harlan Scovil, examiné las posibilidades tal como se presentaban en aquel momento.

»Suponiendo, hasta que se demuestre lo contrario, que el asesinato de Harlan Scovil esté relacionado con el asunto de la banda de «El Goma», el primer sospechoso, sin duda alguna, era el propio *lord* Clivers, pero el martes por la mañana quedó eliminado cuando supe que el asesino viajaba solo en el automóvil. En un artículo del *Times* del domingo, que el señor Goodwin había tenido la amabilidad de leerme, se decía que *lord* Clivers no sabía conducir, y el martes, o sea ayer, lo comprobé a través de un agente en Londres, junto con otras

informaciones n respecto a *lord* Clivers. El segundo sospechoso era Michael Walsh. Había hablado con él formando cierta opinión de su persona. No tenía motivos aparentes, pero era sospechoso. Lo mismo he de decir de la señorita Lindquist. La señorita Fox quedaba definitivamente eliminada, puesto que después de considerarlo mucho la había aceptado como cliente.

Alguien exclamó ¡Ah!. Hombert aventuró un comentario mientras Wolfe se servía la cerveza y tomaba un buen trago, pero nadie le hizo caso. Wolfe continuó después de secarse los labios:

—Entre los otros sospechosos conocidos, el más prometedor era

Antonio D. Perry. Debido a la llamada telefónica que llevó al señor Scovil a la calle para morir, era prácticamente cierto que su asesino supo que estaba en nuestra oficina; Y ya que el señor Perry, según mis cálculos, era la única persona que lo sabía, me pareció que merecía la pena aceptarlo como sospechoso. A través de las *Metropolitan Biographies* y algunas pesquisas de uno de mis hombres, al fin conseguí evidencia negativa; y luego positiva al hablar por conferencia con Nebraska, con el padre de la señorita Lindquist. El recordaba con bastante exactitud el aspecto físico, el rostro y la figura de Coleman, Y aunque no podría haber verdadera

identificación por teléfono y al cabo de cuarenta años, no obstante era una base. Pedí al señor Lindquist que me describiera a todos los hombres relacionados con este asunto, pensando que pudiera haber alguna complicación más, aparte de las más evidentes, y fue su descripción de Coleman la que más se aproximaba a la del señor Perry. Mi paso siguiente...

—Aguarde un momento, Wolfe. —La voz de Skinner sonó imperativa—. No puede hacer eso. Así no. Si usted tiene que solucionar un caso, yo soy el fiscal del distrito. Si no tiene...

Perry intervino:

—¡Déjele que hable! Deje que él

mismo se condene.

Hombert murmuró unas palabras al oído de Cramer y el inspector le contestó. Clivers tomó la palabra.

—Esto me concierne a mí. Dejen hablar a Wolfe. —Señaló con la mano izquierda a Perry, ya que la derecha seguía en su bolsillo—. Ese hombre es Coleman. Wolfe lo ha sabido, ¿no es cierto? ¿Qué diablos tienen que hacer el resto de ustedes, como no sea molestarme?

Perry dirigió su mirada hacia el marqués.

—Está usted equivocado, *lord* Clivers. Se arrepentirá de esto.

Wolfe había aprovechado aquella

oportunidad para vaciar su vaso y llamar pidiendo otra botella. Luego miró a su alrededor.

—Caballeros, es posible que les parezca curioso que si el señor Perry no es Coleman, no exprese la menor indignación ni asombro por lo que estoy diciendo. ¡Oh!, él podrá explicárselo. Hace mucho tiempo, poco después de entrar como empleada en la Seaboard, la señorita Fox le contó la historia que ustedes le oyeron ayer noche. Sabe todo lo de la banda de «El Goma» por ella, y también sus esfuerzos por encontrar a los miembros supervivientes. Y a propósito, y por lo que respecta a la identidad... ¿Le telefoneó el señor Walsh

a eso de las cinco de la tarde de ayer, *lord* Clivers, para decirle que acababa de encontrar a Coleman?

Clivers asintió.

—Si.

—Si. —Wolfe miró a Cramer—.

Como usted me informó, inmediatamente después de abandonar las oficinas de la Seaboard, a donde había ido por sospechar de la señorita Fox y de mi mismo después del asesinato de Harlan Scovil, el señor Walsh buscó un teléfono. Allí... como sin duda podemos comprobar interrogando, así como otros múltiples detalles... había visto al señor Perry. Fue una lástima que no me lo dijera, ya que en este caso seguiría aún

con vida; pero lo que hizo fue telefonar a *lord* Clivers, con quien ya había hablado por la mañana. Había acudido al hotel Portland y *lord* Clivers consideró aconsejable recibirle, y durante su entrevista le informó del pago que había efectuado a Coleman mucho antes, expresando su intención de darle una respetable cantidad de dinero. Ahora bien, al saber por Walsh y a través de su conversación telefónica que había encontrado a Coleman, *lord* Clivers comprendió que debía entrar inmediatamente en acción para evitar el escándalo, y dijo al señor Walsh que a eso de las siete de aquella tarde, y antes de acudir a una cena de etiqueta, pasaría

por el lugar donde trabajaba el señor Walsh y que estaba a poca distancia de su hotel. He conocido estos detalles estas últimas horas. ¿Son correctos, señor?

—Lo son —afirmó Clivers.

Wolfe miró a Perry, pero éste tenía los ojos fijos en Clivers. El detective dijo:

—De modo que para la identificación tenemos la descripción del señor Lindquist, la llamada telefónica del señor Walsh y el reconocimiento actual de *lord* Clivers. El por qué, al cabo de cuarenta años, el señor Scovil y el señor Walsh hubieran reconocido a Coleman, creo que es

fácilmente explicable. Debido a las circunstancias, sus mentes estaban llenas de los recuerdos vivos de un antiguo suceso y alerta por la sospecha. Hubieran podido pasar por su lado por la calle más de cien veces sin dirigirle una segunda mirada, pero en la situación en que le vieron hicieron que en su mente despertara el recuerdo. —Volvió a mirar al presidente de la Seaboard volviendo a preguntar—: ¿Qué dice ahora, señor Perry? ¿No quiere darse por vencido?

Perry le miró y dijo en tono mesurado:

—Aún no estoy dispuesto a hablar. Escucho. —De pronto,

espasmódicamente, se echó hacia delante y hubo un revuelo en todo el círculo. Cramer se puso tenso. Skinner dejó caer las manos. Clivers pegó un respingo, y yo puse la mano sobre mi pistola. No creo que Perry observara nada de esto, ya que tenía los ojos fijos en Wolfe y volvió a apoyar su espalda contra la silla con las mandíbulas apretadas para decir con menos tranquilidad—: Continúe.

Wolfe meneó la cabeza.

—Es usted un hombre terco, señor Perry. Sin embargo... como había empezado a decir, mi paso siguiente, ayer tarde, fue ponerme en contacto con el señor Walsh para persuadirle de mi

buena fe, enseñarle la fotografía del señor Perry, y afirmar mi sospecha. Esto se hizo doblemente importante y urgente después de la visita de *lord* Clivers cuando supe el pago que había hecho a Coleman en mil novecientos seis. Se me ocurrió la idea de pedir a *lord* Clivers la descripción de Coleman, e incluso consideré la posibilidad de enseñarle la fotografía de Perry, pero la rechacé. En aquel momento no estaba convencido en absoluto de su devoción al escrúpulo, y aunque lo hubiese estado, no me hubiese atrevido a alarmarle mostrándole la inminencia del descubrimiento de Coleman... destapando el pastel. Primero necesitaba al señor Walsh, de

modo que envié un hombre a la calle Cincuenta y Cinco para que hiciera un reconocimiento.

»Claro que había descubierto otras cosas. Por ejemplo, uno de mis hombres visitó el despacho del director de la Seaboard Products Corporation averiguando que tiene una segunda puerta que da al vestíbulo superior por la que el señor Perry pudo haber salido a las cinco y veinte poco más o menos, la tarde del lunes para efectuar alguna diligencia, regresando una media hora más tarde sin que el señor Goodwin se percatara. Preguntando a los socios del negocio que estuvieron presentes, podremos saberlo con certeza. Por otro

lado, la señorita Fox había almorzado conmigo ayer mañana... y le aseguro, señor Skinner, que no perdí el tiempo con preguntas tontas, como por ejemplo dónde solía guardar su madre las cartas hace dieciséis años.

»Combinando las informaciones con mis conjeturas, formé una idea bastante exacta de las precarias actividades del señor Perry. En la primavera de mil novecientos treinta y dos vio un anuncio en un periódico en el que se pedían noticias del paradero de Michael Walsh y de Coleman «El Goma». De un modo indirecto pudo saber quién lo había insertado; y un mes más tarde Clara Fox entraba como empleada en la Compañía

Seaboard Products. Podía vigilarla y así lo hizo. Cultivó su compañía, y se ganó su confianza. Cuando ella encontró a Harlan Scovil y más tarde a Hilda Lindquist, así como a Michael Walsh, él lo supo. Trató de convencerla de lo tonto de su empresa, pero sin éxito. Luego, repentinamente, el jueves pasado, al saber que había dado con *lord* Clivers, tomó en seguida sus medidas para quitarlo de en medio. Es posible que incluso se le ocurriera la idea del crimen, pero la rechazó; de todas formas, decidió que el enviarla a presidio como ladrona la desacreditaría por completo y sería ya suficiente. Su iniciativa personal era la única fuerza

que le amenazaba, y estando ella a buen recaudo correría poco peligro. Se le presentó una oportunidad providencial. El viernes por la tarde él mismo cogió los treinta mil dólares del escritorio de Muir, y envió a la señorita Fox a aquel despacho con un cablegrama para que lo copiaran. No sé...

Muir había saltado de su sillón y gritaba:

—¡Cielos, lo creo! ¡Vaya si lo creo! ¡Y todo el tiempo estuvo maquinando contra ella! El muy cerdo... sucio...

Cramer, poniéndose en pie rápidamente, sujetó a Muir por el hombro.

—Está bien, está bien, pero siéntese

y todos lo creeremos. Vamos, obedezca. —Le ayudó a sentarse mientras Muir temblaba.

—De modo que eso piensa, Muir —dijo Perry mordiéndose los labios, y con un movimiento que hizo que volviera a colocar mi mano sobre la pistola—. Wolfe, todo eso que está inventando tendrá que tragárselo. —Y añadió despacio—: Y acabará con usted.

Wolfe meneó la cabeza.

—¡Oh, no, señor, se lo aseguro! —Suspiró—, para continuar: Ignoro cuándo y cómo el señor Perry escondió el dinero en el automóvil de la señorita Fox, pero uno de mis hombres ha descubierto una posibilidad que la

policía podrá comprobar fácilmente. De todas maneras es seguro que lo hizo. Eso no tiene importancia, otra cosa que le impulsó a actuar fue que Clara Fox le había dicho que habiéndole oído hablar favorablemente de las habilidades de Nero Wolfe, había decidido contratarme para presentar la reclamación de la deuda. Al parecer, el señor Perry tenía en gran estima mi competencia, puesto que se tomó la molestia de venir en persona para hacer que actuara en representación de la Seaboard Products Corporation, lo cual me hubiera impedido aceptar a la señorita Fox como cliente.

»Pero aquí se llevó una

desagradable sorpresa. Estaba sentado en esa butaca, la misma que ocupa ahora, cuando un hombre entró en esta habitación y dijo: «Mi nombre es Harlan Scovil» Y se quedó mirando fijamente al señor Perry. No sabemos si le reconoció definitivamente como Coleman, o si el señor Perry sospechó que lo había hecho. En cualquiera de los dos casos, fue suficiente para convencer al señor Perry de que se necesitaba algo más enérgico que una falsa acusación de robo y pronto: porque evidentemente no había persona alguna que pudiera tener la más remota sospecha de que existiera relación alguna entre Antonio D. Perry, presidente de la compañía, director de

un Banco, multimillonario, y ciudadano eminente, y la banda de «El Goma». *Lord Clivers* dice que cuarenta años atrás Coleman era testarudo y de firme voluntad, así como rápido en disparar. Al parecer ha conservado estas características. Fue a su despacho e inmediatamente telefoneó al señor Goodwin para que acudiese allí. A las cinco y veinte fue al despacho del director, y un momento más tarde, excusándose ante sus asociados, salió por la puerta que daba al vestíbulo superior, y bajando a la planta baja telefoneó a Harlan Scovil diciéndole lo que sólo podemos suponer, pero concertando una entrevista salió a la

calle, y escogiendo un automóvil de los allí aparcados, fue hasta el lugar por donde Scovil se acercaba al lugar de la cita, lo asesinó, y luego abandonó el coche en la Novena Avenida y regresó al edificio Seaboard y al despacho del director. Fue un acto admirablemente ejecutado que hubiera tenido menos de una oportunidad contra un millón de ser descubierto a no ser porque la señorita Fox tuvo la ocurrencia de escogerme para reclamar en su nombre una deuda fantástica.

Wolfe hizo una pausa y se sirvió la cerveza, mientras Skinner decía:

—Espero que tenga alguna prueba, Wolfe. Quiera el cielo que la tenga,

porque si no la tiene...

Wolfe dejó el vaso después de vaciarlo.

—Lo sé. Puedo ver las fauces abiertas de las fieras que aguardan. — Señaló a Perry—. Esta la primera. Pero dejen que espere un poco más. Pasemos a la noche de ayer. Esto es bien sencillo. No nos preocupan los detalles de cómo el señor Walsh consiguió ver al señor Perry en su despacho ayer tarde: es suficiente saber que lo hizo, puesto que telefoneó a *lord* Clivers para decirle que había encontrado a Coleman. Bien, al señor Perry sólo le quedaba una cosa que hacer y la puso en práctica. Poco después de las seis y media entró en el

edificio en construcción por uno de los lugares que conocemos... Posiblemente es socio del Club Oriente, otro punto que hay que averiguar... y sorprendiendo a Walsh le disparó un tiro en la parte posterior de la cabeza, tal vez ahogando el ruido del disparo envolviendo la pistola en su abrigo o algo por el estilo, trasladó el cuerpo hasta el teléfono, si es que no estaba ya allí, y saliendo por donde había entrado montó en su automóvil a toda prisa...

—¡Aguarde un minuto! —le interrumpió Cramer—. ¿cómo concuerda eso? Conocemos exactamente la hora del disparo: las siete menos dos minutos, cuando Walsh le llamó a usted

por teléfono. Y usted lo oyó. Ya sabemos...

—Por favor, señor Cramer. —Wolfe conservó la calma—. No le estoy contando lo que ya sabe; esto es nuevo para usted. Como iba diciendo, el señor Perry se dirigió a toda prisa a la ciudad en su automóvil, llegando a este despacho exactamente a las siete.

Hombert se irguió lanzando un gruñido. Cramer miró a Wolfe meneando la cabeza Y Skinner exclamó con el ceño fruncido:

—¿Está usted loco, Wolfe? Ayer nos dijo usted que había oído el disparo que mató a Walsh a las seis cincuenta y ocho. Ahora dice que Perry lo disparó y

luego llegó a su oficina a las siete. — Lanzó un gruñido—. ¿Cómo puede ser?

—Precisamente. —Wolfe le amenazó con el dedo—. ¿Recuerda que ayer noche le dije que tenía que hacer frente a una dificultad y resolverla antes de poder hacer nada? Era esta. Usted acaba de exponerla... Archie, por favor, dile a Saúl que puede empezar.

Me levanté y abrí la puerta que daba a la habitación contigua. Saúl Panzer estaba allí sentado y le grité:

—¡Eh! El señor Wolfe dice que puedes empezar. Saúl se dirigió al recibidor y le oí cerrar la puerta de la calle.

Wolfe decía:

—Fue muy ingeniosa y osado el señor Perry al hacer que el señor Goodwin y yo cubriéramos su coartada. Aunque, claro, estrictamente hablando, no era un coartada lo que él tenía en su mente, sino una serie de acontecimientos cronometrados que excluyeran de mi pensamiento la posibilidad de que él tuviera relación alguna con la muerte del señor Walsh. Semejante relación no era de esperar que se le ocurriera a nadie, y menos que a nadie, a mí; porque es bien cierto que desde que llegó aquí hoy, el señor Perry se sintió completamente seguro de que nadie tenía la menor sospecha de su interés en este asunto. Habían habido dos probabilidades

contra él: Harlan Scovil pudo haber hablado con el señor Goodwin desde el momento en que el señor Perry salió de aquí el lunes por la tarde y la hora que telefoneó para pedir que el señor Goodwin fuera a su oficina; o el señor Walsh pudo ponerse en comunicación conmigo entre las cinco y las seis de ayer. Mas pensó que no era así, puesto que nosotros no dimos la menor muestra de que así fuera, y se dispuso a asesinarles a los dos tan pronto como pudiera combinarlo razonablemente. De modo que preparó...

Skinner exclamó:

—Continúe. Es posible que él no pensara prepararse una coartada, pero

parece que la tiene. ¿Qué me dice de esto?

—Como le decía, señor, ésa fue mi dificultad, que quedará resuelta para usted en breve. Creí conveniente... ¡Ah!... Atiende, Archie.

Era el teléfono. Me volví para cogerlo y me encontré intercambiando saludos con el señor Panzer. Le dije a Wolfe:

—Es Saúl.

Asintió, agregando a toda prisa:

—Deja tu sillón al señor Skinner. ¿Tiene la bondad de coger el teléfono, señor Skinner? Quiero que oiga una cosa. Y usted, señor Cramer, siéntese en el mío... aquí... el cordón no es bastante

largo... y no llega. Me temo que tendrá que permanecer de pie. Le ruego que acerque el aparato a su oído. Ahora, señor Skinner, diga por el teléfono la palabra: «Listo», y será suficiente.

Skinner gruñó por mi teléfono: «Listo», y lo que siguió a continuación fue muy divertido. Pegó un salto y se volvió para mirar a Wolfe, en tanto que Cramer, con el aparato de Wolfe, también pegaba un respingo y gritaba por el teléfono:

—¡Eh! ¡Eh, oiga!

Wolfe les dijo:

—Pueden colgar, caballeros, y siéntense... ¡Señor Skinner, por favor! Esa demostración ha sido necesaria.

Han oído ustedes a Saúl Panzer desde un teléfono de una droguería situada en la esquina. Tienen cabina telefónica y desde luego el teléfono está sujeto a la pared, y lo que ha hecho ha sido esto.

Wolfe se llevó la mano a su bolsillo sacando una gran banda de goma que colocó alrededor de su teléfono y luego de estirla la soltó de pronto, dejando luego el teléfono en su sitio.

—Eso es todo —anunció—. Ese fue el disparo que el señor Goodwin y yo oímos por teléfono. La banda de goma, tiene que ser de unos tres cuartos de pulgada de ancha y bastante dura, como he podido averiguar tras los experimentos realizados esta mañana.

Desde luego en un teléfono como éste, no es nada; pero en uno público, con el golpe y la vibración simultánea, el efecto es sorprendente. ¿No le ha parecido así, señor Skinner?

—Debo estar loco —musitó Cramer—. Debo estar loco.

Skinner exclamó:

—¡Es extraordinario! Hubiera jurado que se trataba de un disparo.

—Sí. —Los ojos semicerrados de Wolfe se posaron en Perry—. Debo felicitarle, señor. No sólo es eficiente, sino muy apropiado. Coleman «El Goma». La banda de «El Goma». Imagino que por eso se le ocurrió la idea. Muy ingenioso y muy sencillo. Me

gustaría que nos dijera qué viejo amigo o empleado le ayudó a probarlo, ya que sin duda tomaría esta precaución, y le ahorraría mucho trabajo al señor Cramer.

Wolfe había salvado un obstáculo. Skinner, Hombert y Cramer estaban con él... como un solo hombre. Cuando había comenzado a hablar no apartaron sus ojos de él, más que para mirar de vez en cuando a Perry; luego, al ir descubriendo un punto tras otro, gradualmente se fueron fijando más en Perry, y ahora, aunque seguían escuchando a Wolfe, no se molestaban en mirarle apenas. Sus ojos estaban fijos en Perry, así como los míos y los de

Muir y Clivers. Era evidente que Perry había esperado demasiado de si mismo, aguardando en vano un momento conveniente para exteriorizar su indignación, defenderse o iniciar un contrataque, y sin duda la explicación de Wolfe con la banda de goma había sido una completa sorpresa para él. No es que estuviera dispuesto a darse por vencido, porque no era de esa clase de hombres, pero podía vérselo acabado. Como ninguno de nosotros podía apartar los ojos de él, Perry a su vez no podía dejar de mirar a Wolfe, y desde mi sitio pude ver cómo apretaba las mandíbulas.

No dijo nada.

—Nos ha contado usted una buena

historia, Wolfe —masculló Skinner—. Voy a hacerle una sugerencia. ¿Por qué no dejamos a su hombre aquí para que entretenga a Perry un ratito y el resto nos vamos a algún sitio para charlar? Necesito hacerle aún algunas preguntas sumamente necesarias.

Wolfe meneó la cabeza.

—En este momento, no, por favor, Tenga paciencia; le daré mis razones. Primera, ¿está clara la cronología para usted? A las seis treinta y cinco aproximadamente, el señor Perry asesinó al señor Walsh, dejando su cadáver cerca del teléfono, e inmediatamente fue a su automóvil hasta el centro, deteniéndose tal vez, en la

misma droguería desde donde Saúl Panzer acaba de hacer la demostración. Lo creo bastante probable, ya que ese establecimiento tiene una entrada lateral por la que se llega a las cabinas telefónicas sin apenas ser visto. Desde allí telefoneó a esta oficina disfrazando su voz y empleando el truco de la banda de goma. Dos minutos más tarde llamaba a mi puerta, habiendo dejado establecido el momento del asesinato de Michael Walsh. Desde luego existía el riesgo de que el cadáver hubiese sido descubierto, por casualidad, durante los veinte minutos que habían transcurrido, pero era muy remoto y de todas maneras nada le señalaba a él. Como suele

sucedier tuvo mucha suerte, ya que no sólo no se descubrió el cadáver prematuramente, sino que fue descubierto en el momento preciso, y por el propio *lord* Clivers. Creo muy poco probable que el señor Perry supiera que *lord* Clivers iba a ir allí a aquella hora; eso fue una coincidencia. Como debió pavonearse anoche cuando conoció las noticias,.. puesto que todos nos vanagloriamos más de nuestra suerte que de nuestros méritos, ¡La sonrisa feliz de la Providencia! ¿No es así, señor Perry?

Perry sonrió a Wolfe, forzadamente, pero lo consiguió.

—Sigo escuchando —dijo—, pero

me parece que ya está terminando. Como dice el señor Skinner, ha compuesto usted una bonita historia. —Se detuvo para apretar las mandíbulas y luego continuó—: Claro que usted no esperará mi réplica, pero voy a dársela y no sólo con palabras. Usted ha fraguado un complot para hacer a *lord* Clivers víctima de un chantaje, pero eso es asunto suyo. Voy a regresar a mi despacho para buscar a mi abogado, y voy a procesarle por calumnia y conspiración, y también a su ayudante, el señor Goodwin. También voy a pedir una orden de detención contra Clara Fox, y esta vez no será retirada. —Apretó las mandíbulas antes de

continuar—: Está usted vencido, Wolfe. Se lo aseguro,

—¡Oh, no! —Wolfe le amenazó con el índice—. Se precipita usted, señor. No estoy vencido. Déjeme terminar mi calumnia y así le daré más base para procesarme. ¿Le molesto? ¿No? No.

Wolfe miró al fiscal del distrito.

—Me doy cuenta, señor, Skinner, de que le he exasperado, pero al final creo que estará de acuerdo conmigo en que el procedimiento era aconsejable. En primer lugar, debido a la indeseable publicidad relacionada con *lord Clivers* y a la necesidad de tener que regresar pronto a su país, era esencial obrar con rapidez. En segundo, había la ventaja de

mostrar al señor Perry de una sola vez cuántos agujeros tenía que tapar, porque así es probable que se ponga frenético y haga el ridículo. Desde luego fue muy confiado al esperar que pasara desapercibida su relación con este asunto. El abandonar el despacho del director el lunes por la tarde y su regreso; el esconder el dinero en el .automóvil de Clara Fox, que ahora está siendo investigado por uno de mis hombres, Orrie Cather; la visita que le hiciera Michael Walsh... su entrada y su salida del edificio en construcción esta misma tarde; su abrigo, quizá, con que envolvió la pistola; su entrada en la droguería de la esquina para telefonar;

todos estos y una docena más de detalles que son fáciles de comprobar; y viéndose ante la necesidad de hacer frente a tantos problemas que requieren atención inmediata, es seguro que habrá de meter la pata.

Skinnes lanzó un gruñido de disgusto.

—¿Quiere decir que nos ha contado todo lo que ha conseguido averiguar? ¿Y ahora deja que él lo sepa?

—Pero si tengo todo lo necesario.
—Wolfe suspiró—. Ya que, puesto que todos estamos convencidos de que el señor Perry asesinó a Harlan Scovil y Michael Walsh, no tiene la menor consecuencia el que pueda ser

legalmente condenado y ejecutado.

Cramer murmuró:

—¡Hum!... Están locos.

Skinner y Hombert no pronunciaron palabra.

—Porque —continuó Wolfe— ahora ya no podrá causar más daño; y si ustedes consideran la ley criminal como un instrumento de venganza, les aseguro que lo pagará. ¿Qué es lo que él ha tratado de defender con tanta desesperación, con toda su maligna astucia? Su posición social, su alta reputación entre sus compañeros, su aureola de director. Pues bien, perderá todo eso, lo cual es bastante castigo para cualquier ley. —Extendió una mano.—

¿Me permite ver esos documentos, *lord* Clivers?

Clivers extrajo un sobre del bolsillo interior de su chaleco que yo recogí para entregar a Wolfe. Extrajo de él varios papeles que fue desdoblando con su acostumbrada habilidad.

—Aquí tengo —dijo— un documento fechado en Silver City, Nevada, el dos de junio de mil ochocientos noventa y cinco, por el cual Jorge Rowley se compromete a ciertas compensaciones futuras por servicios prestados. Está firmado por él, y por Michael Walsh y Coleman «El Goma» como testigos. También tengo otro, de la misma fecha, encabezado PACTO DE

LA BANDA DE «EL GOMA», que es un convenio firmado por varias personas. Tengo además uno fechado en Londres, Inglaterra, el once de agosto de mil novecientos seis, que es un recibo por doscientas mil setecientas sesenta y una libra, firmado por Coleman «El Gomas», Gilbert Fox, Harlan Scovil, «El Tortuga», Victor Lindquist y Michael Walsh. Después de «El Tortuga», entre paréntesis aparece el nombre de William Mollen. Tengo también un cheque de la misma suma, fechado el diecinueve de noviembre, pagadero a la orden de James N. Coleman y que fue cobrado.

Wolfe les miró a todos.

—El caso es, caballeros, que ninguno de esos hombres, excepto Coleman, vio jamás ese recibo. Falsificó las firmas de todos los demás. —Y volviéndose repentinamente hacia Perry, le dijo con voz que parecía un latigazo—: ¿Y bien, señor... es eso una calumnia?

Perry hizo un esfuerzo por contenerse, pero la voz apenas salía de su garganta.

—Lo es. Ellos lo firmaron.

—¡Ah! ¿Lo firmaron? De modo que al fin admite que es usted Coleman «El Goma»?

—Claro que soy Coleman. Lo firmaron y recibieron su parte.

—¡Oh, no! —Wolfe le amenazó con el dedo—. Ha cometido usted una terrible equivocación, señor; no asesinó a bastantes hombres. Victor Lindquist sigue con vida y en plena posesión de sus facultades. Ayer hablé con él por teléfono, para prevenirle contra todos los trucos que usted pudiera emplear. Su testimonio, con la corroboración que ya tenemos, será suficiente para un tribunal inglés. ¿Calumnias? ¡Bah! —Se volvió a los otros—. De modo que ya lo ven, en realidad, no es tan importante hacer que el señor Perry quede convicto de sus crímenes. Ahora tiene ya más de sesenta años. Ignoro el castigo que en Inglaterra se da a los falsificadores, pero desde

luego tendrá más de setenta cuando salga de presidio, desacreditado, roto, convertido en una reliquia digna de compasión...

Wolfe me dijo más tarde que su idea era poner a Perry en un estado tal que le firmara cheques para Clara Fox y Victor Lindquist, y para los herederos de Walsh y Scovil si los hubiera, de la parte que les correspondía del millón de dólares. De todas formas, los cheques no se firmaron, porque los muertos no pueden escribir ni siquiera su nombre.

Sucedió todo como un relámpago, como una sucesión de reflejos. Perry sacó un revólver y apuntando con él a Wolfe apretó el gatillo. Hombert gritó y

Cramer pegó un salto. No hubiera tenido tiempo de detenerle, y de todas formas, como digo, fue cuestión de reflejos. Agarré mi pistola y disparé, pero Cramer se interpuso y tuve que desistir. Hubo mucho ruido, Perry quedó debajo, hundido en su butaca, mientras los demás le sujetaban. Fui al otro lado de la mesa para asistir a Wolfe, que sentado en su sillón parecía sorprendido por primera vez en su vida, mientras con su mano derecha palpaba su brazo izquierdo.

Sin hacer caso de sus protestas, le desabroché la americana y eché un vistazo a la mancha de sangre sobre la camisa amarilla canario mucho más

vistosa que cualquier orquídea. Introduje mi dedo en el agujero hecho en la tela por la bala y luego de subirle la manga le dije sonriéndole:

—Sólo ha sido un arañazo, y no muy importante. De todas maneras no mueva mucho el brazo.

Oí a Cramer que decía a mis espaldas:

—Está muerto.

Me volví. Le dejaron escurrir del sillón y le habían tendido en el suelo. El inspector estaba arrodillado a su lado y los otros, Clivers y Skinner, de pie, procuraban apagar el «incendio». Clivers frotaba y golpeaba la parte delantera de su americana en el lugar

donde la bala había prendido fuego cuando disparó sin sacarla del bolsillo y Skinner le ayudaba. Debió disparar contra Perry una décima de segundo antes que yo.

Cramer se puso en pie y dijo pesadamente:

—Una en el hombro derecho y otra le ha atravesado de parte a parte, a través del corazón. Bien, él lo ha querido.

—La del hombro es la mía —dije yo—. Apunté demasiado alto.

—Seguro que no, Archie —murmuró la voz de Wolfe a mis espaldas. Todos le miramos: se estaba enjugando la sangre que manaba de su brazo con un pañuelo

—. Seguro que no. ¿No querrás que el retrato de *lord*, Clivers vuelva aparecer en la *Gazette*? Debemos protegerle. Tú puedes resistir la responsabilidad de un homicidio justificado. Tú puedes... ¿cómo lo llama usted, señor Cramer?... Cargar con el muerto.

CAPÍTULO XIX

—CINCO mil libras —dijo Clivers—. Pagaderas en el acto y que deben serme devueltas en caso de que se recobre la hacienda de Coleman. Eso es justo. No digo que sea generoso, pero ¿quién diablos puede permitirse el serlo hoy en día?

Wolfe meneó la cabeza.

—Veo que tendré que pescarle al vuelo. Usted salta como un colibrí de las dos mil a diez mil libras y de las siete a cinco. Aceptaremos diez bajo las

condiciones .que usted ha expuesto.

Clara Fox intervino.

—Yo no quiero nada. Ya se lo he dicho. No aceptaré nada.

Eran cerca de las tres y estábamos todos en el despacho. Habíamos sido seis a comer, lo cual representó tener que hacer otra improvisación. Muir se había marchado a toda velocidad sin ver a Clara Fox cuando Wolfe le acusó de ser un viejo verde. Cramer, Hombert y Skinner se fueron tras aceptar la insinuación de Wolfe de proteger al marqués contra la Publicidad futura, y yo me hube avenido a ello. El doctor Vollmer había venido a curar el brazo de Wolfe, volviendo a marcharse. Los

restos de Coleman, Antonio D. Perry, habían sido retirados bajo la supervisión de Cramer y el suelo del despacho aparecía desnudo, ya que la enorme alfombra roja y amarilla donde yaciera Perry, esperaba en el sótano a que fueran a recogerla los de la tintorería. Había vuelto a echar el cerrojo a la puerta y a actuar de portero, puesto que los periodistas revoloteaban en la entrada como las moscas alrededor de una pantalla en los días nublados.

Wolfe dijo:

—Es usted todavía mi cliente, señorita Fox. No tiene obligación de seguir mi consejo, pero es mi deber dárselo. Primero, tome lo que le

pertenece; su renunciación no resucitará al señor Scovil, ni al señor Walsh, ni siquiera al señor Perry. Es casi seguro que podrá sacarse una fuerte suma de las propiedades del señor Perry. Segundo, recuerde que yo me he ganado unos honorarios que tendrá que pagar. Tercero, abandone su carrera de aventurera: es demasiado tierna de corazón para llevar una vida así.

Clara Fox miró a Francis Horrocks, que la miraba con una expresión enternecedora de esas que de vez en cuando se ven en público y en las películas. Fue un alivio ver que al mirar a Wolfe tenía su mente ocupada en otra cosa por lo menos por un breve instante.

Exclamó:

—Oiga, si ella no quiere el dinero de esas propiedades, no tiene por qué tomarlo. Es asunto suyo, ¿no le parece? Y si mi tío le paga a usted sus honorarios... es lo mismo...

—Cállate, Francis —replicó Clivers con impaciencia—. ¿Cómo diablos va a ser lo mismo? Dejemos esto sentado de una vez. Ya he dejado pasar la hora de una cita y voy a llegar tarde a otra. Escuche, le doy siete mil.

—Yo aceptaré lo que pueda —dijo Hilda Lindquist—. No me pertenece a mi, sino a mi padre. —Su rostro cuadrado no es que estuviera precisamente alegre, pero tampoco

parecía desgraciada. Alzó sus ojos hasta Clivers—. Si hubiera usted tenido más cuidado al pagar ese dinero hace veintinueve años, mi padre habría recibido su parte entonces cuando mi madre vivía todavía y mi hermana no había muerto.

Clivers no le prestó atención y miró a Wolfe.

—Concretemos. Ocho mil.

—Vamos, vamos, señor. —Wolfe le amenazó con el dedo—. Conviértalo en dólares. Cincuenta mil. El cambio le favorece. Existen muchas probabilidades de que le sean devueltos cuando se liquiden las pertenencias de Perry; además, puede arreglarse que sea

usted quien pague mis honorarios en vez de la señorita Fox. No hay necesidad de decirle lo que pudiera haber resultado este asunto para usted de no ser por mi intervención.

—¡Bah! —gruñó Clivers—. En eso estamos iguales. Yo le salvé la vida al disparar contra él.

—¡Oh, no! Lea los periódicos. Fue el señor Goodwin quien le mató.

Clivers me miró y de pronto lanzó sus tres carcajadas, ¡ja, ja, ja!

—¿De modo que fue usted, eh? ¿Se llama Goodwin? ¡Valiente puntería! —Se volvió a Wolfe—. De acuerdo. Prepáreme un recibo y envíemelo a mi hotel y le firmaré un cheque. —Se puso

de pie contemplando su chaqueta deteriorada—. Ahora tendré que ir a cambiarme. Un traje magnífico estropeado. Siento no poder quedarme a contemplar sus orquídeas. ¿Tú, Francis? Vámonos.

Horrocks murmuraba dulcemente al oído de Clara Fox mientras ella asentía con la cabeza. Al fin también se levantó.

—Listo. —Se dirigió a Wolfe, a quien tendió la mano.

—Quiero decirle una cosa: fue muy listo al mojar a la señorita Fox ayer por la mañana... no sospecharon nada. Fue su expresión lo que les convenció.

—No lo dudo. —Wolfe retiró su mano tras estrecharle la suya—. Puesto

que ustedes embarcan el sábado, supongo que no volveré a verles. *Bon voyage!*

—Gracias —murmuró Clivers—. Al menos en mi nombre. Mi sobrino no me acompaña. Se ha gastado una fortuna en cables pidiendo su traslado a la Embajada de Washington. Va a tener una gran carrera... más vale así, porque pienso conservar el título por lo menos durante un par de décadas más. Vámonos, Francis.

Miré a Clara Fox y mis sueños e ideales terminaron allí mismo. Nunca vi a una mujer tan orgullosa y satisfecha de sí misma...

CAPÍTULO XX

A LAS cuatro menos veinte, Wolfe y yo, solos en nuestro despacho, vimos aparecer en él a Fritz. Debajo del brazo traía el tablero de corcho y la caja de jabalinas. Dejó la caja encima de la mesa de Wolfe y yendo hasta la pared colgó el tablero, y luego se dispuso a retirarse haciendo una ligera reverencia.

Wolfe vació su vaso de cerveza y levantándose de su sillón empezó a escoger los dardos amarillos.

—Supongo que es una tontería que

haga ejercicio con esta herida de bala que puede volver a sangrar en cualquier momento —me dijo.

—Seguro —convine—. Debiera estar en la cama. Es posible que tengan que amputarle el brazo.

—Ya. —Me miró con el ceño fruncido—. Claro que tú no puedes saber mucho de esto. Que yo recuerde nunca fuiste herido por un revólver de gran calibre y a tan poca distancia.

—¡Dios me asista! —Alcé mis manos—. ¿Es que se va a convertir en un estribillo? ¿Es que va a tener el valor de darse importancia por un arañazo? Ahora bien, si el pie de Hombert no hubiera empujado su silla y le hubiese

dado donde apuntaba...

—Pero no me dio. —Wolfe se colocó a una distancia de cinco pies del tablero—. Archie. Si quisieras acompañarme...

Meneé la cabeza con resolución.

—Es inútil. No parará de hablar de su herida y no podría soportarlo. probablemente tendrá más suerte que nunca.

Me miró muy digno.

—A diez centavos la tirada.

—No.

—A cinco.

—No. Ni siquiera por nada.

Guardó silencio y al cabo de un minuto exhaló un profundo suspiro.

—Te subiré el sueldo diez dólares semanales a partir del lunes pasado.

Alcé las cejas.

—Quince.

—Diez es suficiente.

Meneé la cabeza.

—Quince.

Volvió a suspirar.

—¡Maldita sea! De acuerdo, quince.

Me levanté, y yendo hasta el escritorio cogí los dardos rojos.

FIN

<***s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a***>

Título original: *The Rubber Band*
Autor: Rex Todhunter Stout (1936)
Traducción de: C. Peraire del Molino
Editorial Molino, 1957
Serie: Biblioteca Oro 346
Impreso en España